



Universidad Nacional
de General Sarmiento

DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES 2009-2016

Acreditación de la CONEAU (Resolución 320/04)

Tesis para obtener el grado de
Doctora en Ciencias Sociales

Huertas urbanas en contexto:
la cuestión ambiental en la ciudad de Buenos Aires

Nela Lena Gallardo Araya
Directora: Dra. María Carman
Codirectora: Dra. Beatriz Nussbaumer

Agosto 2016



**FORMULARIO “E”
TESIS DE POSGRADO**

Niveles de acceso al documento autorizados por el autor

El autor de la tesis puede elegir entre las siguientes posibilidades para autorizar a la UNGS a difundir el contenido de la tesis:

- a) Liberar el contenido de la tesis para acceso público.
- b) Liberar el contenido de la tesis solamente a la comunidad universitaria de la UNGS.
- c) Retener el contenido de la tesis por motivos de patentes, publicación y/o derechos de autor por un lapso de cinco años.

- a. Título del trabajo de Tesis: Huertas urbanas en contexto: la cuestión ambiental en la ciudad de Buenos Aires
- b. Presentado por: Gallardo Araya Nela Lena
- c. E-mail del autor: gallardo@agro.uba.ar
- d. Estudiante del Posgrado: Doctorado en Ciencias Sociales (IDES-UNGS).
- e. Institución o Instituciones que dictaron el Posgrado : Universidad Nacional de General Sarmiento e Instituto de Desarrollo Económico y Social
- f. Para recibir el título de (consignar completo):
 - a. Grado académico que se obtiene: Doctora
 - b. Nombre del grado académico: Ciencias Sociales
- g. Fecha de la defensa: / / (día/mes/año)
- h. Director de la Tesis (Apellidos y Nombres): Dra. María Carman
- i. Tutor de la Tesis (Apellidos y Nombres): Dra. Beatriz Nussbaumer
- j. Colaboradores con el trabajo de Tesis:
- k. Descripción física del trabajo de Tesis: 271 páginas, 11 gráficos, 2 fotografías, 3 tablas y 4 anexos.
- l. Alcance geográfico y/o temporal de la Tesis: Ciudad de Buenos Aires.
- m. Temas tratados en la Tesis (palabras claves): agricultura urbana, ambientalismos, naturaleza, espacio público.

n. Resumen en español:

Este estudio tiene por objetivo comprender el fenómeno de las huertas urbanas puestas en funcionamiento por diversos actores y grupos sociales en el ámbito de la ciudad de Buenos Aires considerando tres ejes de análisis: lo productivo-económico, la legitimación en términos ambientales y las disputas por el espacio. A partir de un abordaje micro-analítico, procesual y estructural, se mostrará que las huertas cambian de significado de acuerdo a la dinámica de los contextos históricos, de manera que representan algo más que la producción de alimentos y sus potenciales beneficios económicos. Luego de realizar una revisión crítica de la categoría agricultura urbana a nivel internacional y de las actividades agrícolas a nivel local, se analizarán los procesos conflictivos en -y por- el espacio público ocurridos en dos huertas, una originada durante la crisis del 2001 y otra diez años después. Dicho análisis permitirá revelar la existencia de diferentes naturalezas urbanas y la importancia que tiene la interiorización de nuevas habilidades por medio del saber hacer. Bajo el enfoque etnográfico, se dismantelará el supuesto homogéneo y apolítico del "sujeto ambientalista". Por otra parte, se estudiarán narrativas ambientales que son utilizadas con fines diferentes y hasta incluso antagónicos.

o. Resumen en portugués:

Este estudo visa compreender o fenômeno de hortas urbanas postas em prática por vários atores e grupos sociais na área da cidade de Buenos Aires, considerando três eixos: o produtivo-econômico, o da legitimação em termos ambientais e o das disputas sobre o espaço. A partir de uma abordagem micro-analítica, processual e estrutural, vai ser mostrado que as hortas se significam de acordo com a dinâmica dos contextos históricos, representando mais do que apenas a produção de alimentos e seus potenciais benefícios econômicos. Depois de uma revisão crítica da categoria de agricultura urbana a nível internacional e das atividades agrícolas a nível local, será analisado o conflito no, e através do espaço em duas hortas, um originado durante a crise de 2001 e outro dez anos depois. Essa análise permitirá revelar a existência de diferentes naturezas urbanas e a importância de internalizar novas habilidades através de know-how. Com o estudo etnográfico, foi dismantelado o curso homogêneo e apolítico da "questão ambiental". Por outro lado, serão estudados relatos ambientais que são utilizados com diferentes fins e até mesmo antagônicos.

p. Resumen en inglés:

This study aims to understand the phenomenon of urban gardens implemented by various actors and social groups in the city of Buenos Aires considering three axes: the productive-economic, the legitimation in environmental terms and the disputes over the space. Across a micro-analytical, procedural and structural approach, it will show that gardens change meaning according to the dynamics of historical contexts, so that they represent more than just food production and their potential economical benefits. After a critical review of urban agriculture category at an international level and agricultural activities in a local level, this work analyses the conflict that occurred in -and by- the public space in two gardens, one originated during the 2001 crisis and another ten years later. Such analysis will reveal the existence of different urban natures and the importance of

internalizing new skills through knowhow. Under the ethnographic study, the assumption about the "environmental subject" homogeneous and apolitical will be dismantled. Moreover, it will discuss the environmental narratives that are used with different and even antagonistic purposes.

q. Aprobado por (Apellidos y Nombres del Jurado):

Firma y aclaración de la firma del Presidente del Jurado:

Firma del autor de la tesis:

Gráficos, tablas y fotografías	9
1 INTRODUCCIÓN	13
1.1 Presentación.....	13
1.2 Algunos antecedentes y orientaciones teóricas.....	18
1.2.1 Acerca de la naturaleza	19
1.2.2 Acerca de la cuestión ambiental.....	24
1.2.3 Acerca del espacio	29
1.3 El trabajo etnográfico.....	32
1.3.1 La experiencia en el terreno.....	33
1.4 La metodología utilizada.....	39
2 EL MUNDO DE LAS HUERTAS EN EL MARCO GLOBAL DE LA AGRICULTURA URBANA	43
2.1 Introducción.....	43
2.2 El surgimiento del concepto de agricultura urbana a nivel mundial	45
2.2.1 La agricultura urbana como categoría política	49
2.3 Las actividades agropecuarias: una periodización de la evolución cuantitativa a nivel nacional y local.....	54
2.3.1 El surgimiento del Programa Pro huerta en la Argentina.....	57
2.3.2 La evolución de las huertas a nivel nacional (periodo 1990-2012)	59
2.3.3 La evolución de las huertas familiares, escolares y comunitarias a nivel nacional (periodo 1990-2012)	65
2.3.4 La evolución de las huertas en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (periodo 2002-2012)	71
2.4 La Ciudad Autónoma de Buenos Aires como escenario de la actividad agrícola	74
2.5 Las actividades agropecuarias en mapas y tipos	77
2.5.1 Un mapa de huertas en la Ciudad de Buenos Aires.....	79
2.5.2 Una tipología de huertas urbanas en la Ciudad de Buenos Aires	82
2.6 Las huertas urbanas en el marco de una cartografía verde.....	88
3 LA HUERTA ORGÁZMIKA (2002 - 2009).....	97
3.1 Introducción.....	97
3.2 Tras las huellas de la Huerta: los comienzos (2002 - 2004)	101
3.3 La huerta en su esplendor (2005-2006).....	106
3.3.1 La huerta como espacio vivido.....	108
3.3.2 El espacio como un ámbito de reproducción social.....	109
3.3.3 El espacio como un ámbito de transformación social: la experiencia vivida con el cuerpo	115

3.3.4 La huerta en palabras de los vecinos	119
3.4 El espacio vivido amenazado por un plan de obras públicas (2007)	122
3.4.1 Las acciones emprendidas en defensa de la Huerta Orgázmika.....	122
3.4.2 Dos modelos de ciudad: huerta versus plaza.....	126
3.5 Un nuevo intento de desalojo: la huerta como una ocupación ilegítima (2008)..	136
3.6 El desalojo definitivo: la huerta como presunción de “foco de riesgo” (2009).....	141
3.7 Reflexiones sobre la ambientalización de lo social	148
4 LA HUERTA LIBRE PARQUE ABIERTO (2012 - 2013).....	155
4.1 Introducción.....	155
4.2 La instalación de rejas y el ordenamiento del espacio público.....	156
4.3 Los vecinalistas a favor de la instalación de las rejas.....	160
4.4 Los vecinalistas en contra de las rejas	167
4.4.1 La huerta como acción política	171
4.4.1.1 La concepción del mundo natural y social desde la perspectiva permacultural..	174
4.4.1.2 Puntos de encuentro y desencuentro entre las vertientes ambientalistas.....	180
4.5 Tensiones y divisiones al interior del acampe	188
4.5.1 Las discusiones en torno a la construcción de una huerta	190
4.5.2 La huerta como el escenario de un conflicto: los dos acampes.....	196
4.5.3 El quiebre del acampe.....	198
4.6 El concepto de huerta desde la perspectiva pro-rejas.....	201
4.7 El desenlace	206
5 CONCLUSIONES	211
6 ANEXOS.....	231
6.1 Recursos consultados.....	231
6.2 Gráficos expandidos.....	243
6.3 Tabla N° 2 Huertas relevadas en el año 2013 en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires	246
6.4 Tabla N° 3 Número de huertas y Tasa interanual a nivel nacional (periodo 1990-2012).....	249
7 BIBLIOGRAFÍA.....	251

Gráficos, tablas y fotografías

Gráfico N°1. Total de huertas a nivel nacional (período Primavera Verano 1990/1991 y Otoño Invierno 2010). Evolución. (p. 60).

Gráfico N°2. Total de huertas a nivel nacional. Tasa interanual. (p. 64).

Gráfico N°3. Total de huertas familiares a nivel nacional. a) Evolución. b) Tasa interanual. (p. 67).

Gráfico N°4. Total de huertas escolares a nivel nacional. a) Evolución. b) Tasa interanual. (p. 67).

Gráfico N°5. Total de huertas comunitarias a nivel nacional. a) Evolución. b) Tasa interanual. (p. 67).

Gráfico N°6. Total de huertas de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (por campaña). Evolución. (p. 72).

Gráfico N°7. Total de huertas de la ciudad de Buenos Aires (periodo 2002-2012). a) Evolución. b) Tasa interanual. (p. 73).

Gráfico N°8. Total de huertas a nivel nacional (período 2002-2012). a) Evolución. b) Tasa interanual. (p. 73).

Gráfico N°9. Mapa de huertas en la ciudad de Buenos Aires. (p. 80).

Gráfico N°10. Mapa de la Huerta Orgázmika. (p. 104).

Gráfico N°11. Mapa de la Huerta Libre Parque Abierto. (p. 157).

Tabla N°1 Etapas en la evolución de las huertas vinculadas con el Pro huerta. (p. 70).

Tabla N° 2 Huertas relevadas en el año 2013 en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (p. 246).

Tabla N° 3 Números y tasas interanuales de huertas a nivel nacional (p.249).

Fotografías N°1 (p. 203).

Fotografía N° 2 (p. 203).

A mi madre y a todos los seres queridos que acompañaron este proceso.

1 INTRODUCCIÓN

1.1 Presentación

Mi interés como agrónoma en el conocimiento de las huertas urbanas se fue consolidando al comprobar que la profusa bibliografía difundida por los organismos internacionales, y los fundamentos que justificaban la actividad hortícola, coincidían en caracterizarla desde una visión utilitarista. Como muestro en los siguientes capítulos, la agricultura urbana es comúnmente concebida en términos de pequeñas superficies situadas dentro de una ciudad destinadas a la producción de cultivos y la cría de ganado para el consumo propio o para la venta en mercados locales (FAO, 1999a). Bajo esta definición restringida, la actividad suele estar asociada al aumento de la disponibilidad de alimentos frescos y la generación de empleo. Así, en los ámbitos de decisión política, la promoción institucional de la actividad se fundamenta generalmente en las limitaciones económicas de los sectores estructuralmente empobrecidos.

Si bien en el comienzo de mis primeras sistematizaciones sobre el tema señalaba cuáles eran los efectos positivos de llevar a cabo la actividad, la perspectiva antropológica de la indagación me permitió problematizar dichos beneficios. En ese entonces, la falta de experiencia profesional en el campo de las ciencias sociales así como también la vivencia cercana de la crisis socioeconómica del año 2001, impedían la distancia suficiente para desentrañar cuáles eran los procesos sociales vinculados con la práctica de la agricultura en la capital. A medida que avanzaba con la investigación, el problema fue ganando precisión como producto de la tensión entre el trabajo teórico y la inmersión en el campo empírico. Así el objetivo general de el estudio se centró en comprender el fenómeno de las huertas urbanas en la Ciudad de Buenos Aires puestas en funcionamiento por diversos actores y grupos sociales teniendo en cuenta tres ejes de análisis: lo productivo económico, su legitimación en términos ambientales y las disputas por el espacio.

El reconocimiento del sentido político de las prácticas agrícolas me condujo a la revisión de bibliografía especializada en movimientos sociales -principalmente aquellos impulsados por piqueteros y asamblearios. De esta manera pude constatar que la literatura académica mencionaba con frecuencia la realización de huertas como parte de los repertorios de protesta (Bottaro y Sola Álverz, 2011; Fernández, 2011; Grimson, Ferraudi Curto y Segura, 2009; Quirós, 2006). Sin embargo, los expertos no se preguntaban por las razones en las cuales se

desarrollaba dicha actividad. Del mismo modo ocurría con los estudios urbanos que analizaban las políticas de desalojo llevadas a cabo en la Ciudad durante los últimos años (Marcús, et al. 2013; Gurrieri y Szpilbarg 2010; Carman y Pico 2010). Allí se citaba a las huertas como parte de los espacios desalojados por el gobierno local; no obstante, dichas prácticas tenían ciertas especificidades que no habían sido tenidas en cuenta como, por ejemplo, las cuestiones relacionadas con la formas de vivir la naturaleza en la ciudad.

Las huertas urbanas como acción política también han sido invisibilizadas a través de otros medios. Esto se debe, en parte, a que las actividades de agricultura realizadas en las ciudades son promocionadas a partir de suplementos periodísticos que las clasifican en términos de “medio ambiente”, “ecología”, “hogar”, “arquitectura” y/o “vida saludable”, cuestiones que despolitizan dicho accionar y lo ubican en el plano de la vida privada. Dentro del ámbito gubernamental, las tipologías de “espacios verdes” no incluyen a las huertas como parte de las áreas de esparcimiento (Dirección General de Estadísticas y Censos, 2010), quedando así el fenómeno borrado, no sólo para las autoridades sino también para los actores interesados en dichas prácticas. En función de este vacío temático consideré importante reconstruir la huerta como modo de acción política implantada territorialmente y los conflictos que esto suscita. Asimismo, comprendí la importancia de estudiar cómo se creaban y particularmente de qué manera se desmantelaban las prácticas agrícolas en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires relevando no sólo los grupos sociales que llevaban adelante las huertas sino también las redes en las cuales estaban insertos.

A partir del recorrido realizado, la tesis a sostener fue articulada en torno a cuatro objetivos específicos, que son presentados a continuación:

1. Describir analíticamente los grupos sociales que llevaban adelante las huertas urbanas en relación con el entramado de prácticas, sentidos y relaciones sociales, políticas, económicas y culturales en las que las mismas se encontraban insertas y de las que eran en gran medida producto.
2. Identificar las redes vinculadas con las prácticas de agricultura urbana y describir los recursos, productos, imaginarios y subjetividades que circulaban por dichos entramados.
3. Reconstruir los sentidos y las prácticas sobre la naturaleza y la cuestión ambiental de los principales actores involucrados (huerteros, vecinos, funcionarios, técnicos, visitantes temporarios, medios de comunicación, etc.).
4. Releva y analizar los conflictos surgidos en torno a ciertas huertas urbanas focalizando en la construcción social de la legitimidad de los usos y usuarios de tales espacios.

Para cumplir con estos objetivos la propuesta de trabajo se basó en entender a la huerta urbana como una ventana de observación a partir de la cual es posible examinar diferentes procesos sociales de nuestro tiempo, algunos de ellos vinculados con la cuestión ambiental en su sentido amplio, y otros asociados con las disputas por los diferentes recursos, entre ellos, el uso del espacio público y sus reapropiaciones. Advertimos que las huertas urbanas adquieren y cambian de significado según los contextos históricos y que, como ya dijimos, no se limitan a los supuestos beneficios económicos. De hecho, la hipótesis principal de este estudio es que buena parte de las actividades de agricultura realizada en la Ciudad de Buenos Aires involucra algo más que la producción de alimentos. En efecto, el interés se explica por diferentes contenidos simbólicos que los actores involucrados le asigna a la práctica según su pertenencia de clase, su trayectoria histórica y expectativa. Las razones para la realización de las huertas recorren un amplio espectro que va desde la recuperación de los espacios verdes hasta la impugnación por la privatización del espacio público y la aspiración a diferentes condiciones de vida dentro del ámbito urbano.

Más aún, los relatos indican que las huertas forman parte de una estrategia privilegiada de acción política colectiva, implicando entre otras cosas: el encuentro con el otro, la realización de trabajos en conjunto, el intercambio de saberes, el cultivo de la tierra y la alteración del ritmo urbano. Frente a tal diversidad resultó fructífero retomar una concepción de la huerta como artefacto híbrido producido y reinterpretado de manera diferenciada por los actores involucrados. Dichas prácticas, en términos de Latour (2007, p. 163), ya no serían sólo artefactos humanos producidos por los humanos sino también artefactos no humanos con efectos sobre los humanos. Es decir, sociales y asociales a la vez, productores de naturalezas y constructores de sujetos.

El estudio de las prácticas y los discursos relativos a los conflictos analizados deja entrever el enfrentamiento de intereses, ideologías y valores sobre las relaciones entre naturaleza, cultura y sociedad. Como pretendo mostrar, en dichos conflictos se juegan relaciones de poder, específicamente la competencia entre actores y poderes institucionales por el control del espacio público y de la naturaleza en el ámbito urbano. Analizar los conflictos desde esta perspectiva reveló la necesidad de ubicarlos en el campo de las luchas por la hegemonía. A lo largo del tiempo encontramos que en las huertas se movilizan controversias -pasadas y presentes- sobre la naturaleza involucrando a diversos actores que, bajo distintas posiciones, intereses y expectativas internalizan diferencialmente la cuestión (Bourdieu, 1979). Por medio del estudio etnográfico, fue posible develar que tanto la naturaleza como el ambiente no eran conceptos monolíticos sino que estaban impregnados por el contexto, la posición y los

intereses no sólo de los huerteros sino también de los funcionarios, los vecinos y los técnicos, entre los diferentes actores implicados.

El contenido de la tesis está organizado en cinco partes: una introducción, tres capítulos centrales y un apartado de conclusiones que han sido presentadas en función de los diferentes objetivos. Luego de esta breve presentación de la temática, en la *Introducción* (capítulo 1) ofrezco un panorama de las publicaciones que actuaron como antecedentes para este estudio, así como también una revisión de las principales orientaciones teóricas que retomo a lo largo de la tesis. Por otra parte, en relación a la metodología utilizada, expongo algunas reflexiones sobre las distintas estrategias de aproximación elegidas en el trabajo de campo y en la construcción de este texto. En el capítulo 2 denominado *El mundo de las huertas en el marco global de la agricultura urbana*, desarrollo una descripción del estado del arte de la agricultura urbana a nivel nacional e internacional y procuro información contextual necesaria para ubicar al lector ante los hechos que se narran posteriormente. Allí se presenta la bibliografía disponible sobre el tema que fundamenta y justifica la relevancia del estudio en cuestión. Además se dan a conocer la ubicación de algunas huertas de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y ciertos relatos que me permitieron mostrar quiénes son los sujetos que las transitan, articulando otros puntos de encuentro, como los mercados, las ferias y los centros culturales. Los relatos presentados a modo de pinceladas reflejan el transporte de recursos vivos -semillas y plantines- así como también herramientas y formas del saber hacer aprehendidas en distintos puntos de la ciudad y del mundo. Todo esto permite (re)pensar las redes en forma de circuitos vinculados con la producción y el consumo en términos de autonomía, subsistencia y resistencia que, sin quedar fuera de la lógica del capital y en términos de Zibechi (2008), buscan andar caminos diferenciados.

En los capítulos siguientes (3 y 4) tomé como analizadores conflictos ambientales que se generaron en torno al desarrollo de dos huertas que finalmente fueron desmanteladas por el gobierno local con el objeto de construir plazas públicas. Se trata de sitios ubicados en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires: la Huerta Orgázmika, próxima a las vías del ferrocarril Sarmiento, y la Huerta Libre Parque Abierto, localizadas en el Parque Centenario. Si bien la Huerta Orgázmika surgió en el contexto de una de las crisis más importantes del país, y el caso de la Huerta Libre se constituyó varios años después en función de un reclamo local, ambas propuestas compartieron el hecho central de disputar el uso del espacio urbano. En efecto, a través de dichas prácticas, diferentes grupos sociales quedaron enfrentados por los usos del espacio público así como también por las múltiples visiones en torno a la naturaleza, contraposiciones que luego se hicieron cada vez más explícitas en los medios de comunicación.

El análisis de estos dos conflictos estuvo guiado por diferentes preguntas, entre ellas: qué sentidos se crearon alrededor de las huertas; qué tipo de orientaciones agrícolas inspiraban estas prácticas; cuáles fueron las reacciones de la comunidad y cuáles fueron las lógicas que prevalecieron en las disputas en (y por) dichos espacios. Estos interrogantes además nos invitan a reflexionar sobre las causas que explican el escaso número de huertas existentes en nuestra Ciudad, una capital que cuenta con 6,1 m² de espacio verde por habitante cuando lo recomendado a nivel internacional ronda los 10 y 15 m² (Indicadores ciudad, 2009)¹.

El capítulo 3 *La Huerta Orgázmika (2002-2009)* aborda la apropiación de un espacio público que se inició luego de la proliferación de las asambleas barriales durante la crisis del año 2001. Una de las claves del análisis se centra en mostrar la importancia de la internalización de nuevas habilidades por medio del saber hacer. Allí observamos que los huerteros establecieron intercambios con lo explícito y lo conocido en relación a las ideas de naturaleza y de ciudad revelando así una concepción de la huerta vivida, un producto de la vinculación con el cuerpo y con el entorno que resulta diferente a lo considerado desde el sentido común. Además en este capítulo, se hizo especial hincapié en la identidad colectiva construida por este grupo a través de la práctica política y la red de relaciones que se tejieron en torno a la actividad agrícola, como parte de una crítica a la hegemonía del capital. Lo que el análisis de este conflicto aporta puntualmente a la tesis es que la conceptualización de la naturaleza también forma parte de un proceso de construcción de significados que revela la presencia de un mapa de naturalezas urbanas dentro la ciudad. A su vez, muestra quiénes son los que se benefician con la narrativa ambiental y cómo dicho discurso es utilizado con fines diferentes y hasta incluso antagónicos.

En el capítulo 4 *La Huerta Libre Parque Abierto (2012-2013)* se reconstruye la articulación entre la lógica ambiental y la lógica asamblearia en una protesta por el cercado de un predio que se desencadena a fines del año 2012. En el marco de dicho conflicto, analicé dos cuestiones de interés. Por un lado, de qué modo la agricultura se convierte en una práctica pensada hegemónicamente como atrevida para ser desplegada dentro de un parque público. Por otro, hemos de analizar de qué modo la visión ordenancista del espacio público se extiende a la naturaleza urbana. Bajo la reivindicación de un “parque normal”, diferentes organizaciones contrarias a la instalación de la huerta urbana, invocaron la defensa del

1 Cabe aquí señalar que Rosario ha sido una de las 10 ciudades de América Latina y el Caribe destacadas por la presencia de agricultura urbana y periurbana en un informe de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO, 2014). En dicho informe se sostiene que la capital “más verde” es La Habana, donde 90.000 residentes se dedican a la agricultura, ya sea cultivando huertos caseros o trabajando en los huertos y las granjas pecuarias comerciales de la ciudad (ibíd.). El resto de las ciudades mencionadas son Quito, México, Tegucigalpa, Managua, Antigua y Barbuda, Lima, el Alto y Belo Horizonte (ibíd.).

ambiente como una forma de legitimar quiénes pueden acceder y quiénes no a los espacios públicos de la Ciudad. De hecho, allí vemos que la huerta urbana sólo puede ser entendida en estrecho diálogo con un tipo de intervención paisajista particular, el ideal de jardín histórico, entendido como una cultura cultivada, cultura de jardín o jardín cultural. Asimismo, observamos puntos de encuentro y desencuentro entre assembleístas barriales, huerteros adherentes a distintas escuelas agrícolas y ambientalistas de disímiles corrientes, contribuyendo a dismantelar el supuesto del sujeto ambientalista homogéneo y apolítico. En efecto, la contribución específica de este capítulo consiste en cuestionar los estudios técnicos, productivos y organizativos que muestran a la agricultura urbana como una actividad armónica y sin conflicto de intereses.

En las conclusiones, reúno las reflexiones más relevantes del trabajo, surgidas a partir de la inmersión en las relaciones interpersonales que se generaron en torno a estas huertas, ubicándolas en el marco de una discusión mayor sobre la agricultura urbana. En esta parte final retomo cada uno de los objetivos e hipótesis con el propósito de mostrar cómo, en última instancia, una propuesta agrícola se constituye en un ámbito de luchas en (y por) el espacio urbano con efectos en las dimensiones económicas, políticas y culturales de la vida social.

1.2 Algunos antecedentes y orientaciones teóricas

Inicié este estudio interesada en encontrar perspectivas que me permitieran comprender los procesos que se desarrollaban en las huertas urbanas de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Me preguntaba, por un lado, acerca de las razones por las cuales los sujetos elegían este tipo de actividad. Y, por el otro, acerca de las consecuencias que tenían sobre el conjunto de las prácticas cotidianas y sobre las relaciones entre distintos sectores de la sociedad. Una de las primeras observaciones realizadas en el trabajo de campo fue el hecho de que los huerteros manifestaban sentirse convocados por la naturaleza. Esto condujo a realizar una exhaustiva búsqueda de los estudios que analizaban dicha categoría con el propósito de repensarla desde un abordaje socio-antropológico. Luego, en el transcurso de la investigación, fue posible observar que tanto las discusiones teóricas como los discursos sobre la práctica estaban estrechamente asociados a una problemática más reciente: la cuestión ambiental.

Dado que las huertas estudiadas se ubicaban en un lugar particular, la ciudad, y como el uso de la tierra se constituía en uno de los recursos más disputados, también resultó relevante ahondar sobre aquellas publicaciones que trataban al espacio urbano como heterogéneo, discontinuo, diferenciado y jerarquizado. Así, la articulación tripartita entre la naturaleza, el

ambiente y el espacio urbano permitiría analizar a las huertas urbanas como parte de un repertorio de prácticas que disputaban la ciudad en tanto espacio privilegiado de acumulación de capital. En tal sentido, tres controversias guiaron este trabajo. La primera fue pensar sobre el uso del espacio público considerado legítimo, donde lo legítimo depende de las expectativas culturales, sociales, políticas y económicas. La segunda fue reflexionar sobre la cuestión ambiental como un concepto dinámico que se ha transformado en una nueva fuente de legitimidad y de argumentación en los conflictos urbanos (Carman, 2014). La tercera fue profundizar sobre las distintas formas en que la naturaleza es experimentada dentro de la ciudad.

1.2.1 Acerca de la naturaleza

La categoría naturaleza contiene diferentes significados no siempre claros ni coherentes entre sí. En el campo disciplinar en el que me formé inicialmente existen escasas discusiones sobre el tema aunque los significados están entrelazados con las formas de hacer agricultura a lo largo de la historia. En efecto, las cosmovisiones sobre la naturaleza están en permanente conflicto y así lo demuestran los estudios que analizan los proyectos de desarrollo rural, entre ellos, el trabajo de Göbel en Salta (2001), de Cáceres y otros en Córdoba (2006) y de Domínguez en Buenos Aires (2008).

En el campo de las ciencias agrarias actualmente es posible identificar por lo menos dos modelos de producción agrícola que permiten reflexionar sobre esta cuestión, el agroindustrial y el agroecológico. El modelo agroindustrial supone la existencia de un modo de producción agrícola universal, basado en el uso intensificado de los recursos y en la concepción moderna de la naturaleza. Vale decir, una naturaleza única e igual para todos, que se estudia focalizando sobre los procesos biológicos y que se puede dominar, artificializar y cosificar en función de los intereses económicos. Bajo dicha modalidad, se siembran grandes extensiones de un mismo cultivo (monocultivos) y se crían animales en forma controlada, en espacios reducidos y con alimentos balanceados, como por ejemplo, los criaderos de aves, los sistemas confinados de cerdos y los lotes de alimentación o *feedlot* de vacunos. En contraposición y en diálogo asimétrico, se constituye el modelo agroecológico cuyas premisas son, entre otras, el holismo, el contextualismo y el pluralismo (Norgaard y Sikor, 1997). Bajo este modelo, Ellen sostiene que las estrategias agrícolas no sólo responden a presiones biológicas, bióticas o del cultivo como presupone el modelo agroindustrial. Allí también se consideran las estrategias humanas de subsistencia y las condiciones económicas en las cuales dichas estrategias productivas se enmarcan (Ellen citado en Hecht, 1996). Por esos motivos, además de la aplicación de

principios basados en la ecología para el diseño y el manejo de los agroecosistemas sostenibles (Gliessman, 2002), son importantes los aportes de otras disciplinas, como la antropología, la geografía y la sociología porque permiten explicar cuestiones vinculadas con el desarrollo rural y la racionalidad de los sistemas agrarios en las culturas tradicionales (Guzmán Casado et al., 2000).

Las dificultades para comprender en qué consistía el concepto de naturaleza dentro de las ciencias agrarias me condujeron a indagar en los aportes de otras disciplinas, entre ellas la antropología, la historia y la geografía. Por ese entonces, algunos estudios ya indicaban que la problemática ambiental no había sido abordada en forma sistemática en el campo social, como por ejemplo, en el pensamiento sociológico (Leff, 1994). Si bien la naturaleza se consideraba como un concepto medular en la antropología, otros autores también reconocían que el tema ecológico había sido relegado en décadas pasadas (Descola y Pálsson, 2001), apareciendo con más fuerza en la actualidad. Particularmente y según los antropólogos, una de las grandes dificultades para el estudio del concepto radicaba en la dualidad naturaleza/cultura constituida como dogma de la antropología materialista y simbólica por más de cuarenta años (Ortner, 1993; Descola, 2005). Al respecto Ortner (1993) especificaba que la pugna se reflejaba en términos de materialismo e idealismo, aproximaciones duras o suaves, interpretativos *emics* (nativo) y explicativos *etics* (investigador). Se trataban de duplas que habían dominado el campo antropológico durante las décadas del sesenta y setenta, enraizadas en los esquemas que más han permeado el pensamiento de Occidente: naturaleza/cultura; inercia/movimiento; observación/participación; subjetivo/objetivo; mente/cuerpo.

En tal sentido, según Descola y Pálsson (2001), este debate atraviesa diferentes asuntos dentro de la ciencia moderna, como por ejemplo, las tecnologías híbridas, el cuerpo humano y la animalidad. En la agricultura urbana las controversias son similares por lo complejas. Por un lado, en la expresión agricultura se plasma la relación cultura/naturaleza en términos de “cultivar la tierra” (Real Academia Española, s. f.). Por otro, la agricultura aquí estudiada se realiza en la ciudad, una palabra que ha sido conceptualizada desde el Siglo XVI como opuesta al campo y a la tierra (Williams, 1976, p. 315). Asimismo, la agricultura es una actividad desplazada e incluso negada dentro de la metrópoli, siendo ésta uno de los sitios donde se consume la mayor cantidad de los alimentos².

² Inicialmente se presupone que lo que diferencia la agricultura urbana de la rural es su ubicación; sin embargo, como ya se ha mencionado en otros trabajos, lo que la distingue es su integración en el sistema urbano que tiene problemáticas específicas, entre ellas, el consumo masivo, la producción excesiva de desechos, el crecimiento inmobiliario desmedido; la disputa por los espacios públicos; el aislamiento social y la contaminación de suelos y de napas (Gallardo Araya, 2014).

En cuanto a la comprensión de la dupla naturaleza/cultura distintos trabajos identifican múltiples posturas. Por ejemplo Milton (1997), con el objetivo de mostrar cómo han evolucionado los estudios antropológicos sobre las relaciones entre seres humanos y ambiente, presenta tendencias que parten desde el determinismo ambiental hasta los modelos vinculados con el enfoque ecosistémico y la etnoecología, las reacciones contra el relativismo cultural y las dicotomías modernistas. Por su parte, Durand (2002) realiza una revisión que distingue la asignación de tres papeles distintos de la cultura en relación con el ambiente, todos correlacionados con las escuelas de pensamiento más generales de la antropología: el determinismo ambiental, el determinismo cultural y una relación mutua de influencia por medio de la antropología ecológica. Santamarina Campos (2008), en tanto, identifica tres perspectivas antropológicas que se han ocupado del entorno, de la construcción de la naturaleza y del papel otorgado a ella en la distribución de las relaciones de poder: la ecológica, la simbólico-cognitiva y la política, siendo para esta autora, estas dos últimas las concepciones más pertinentes para analizar los conflictos ambientales. Asimismo, Göbel (2009) clasifica cinco enfoques antropológicos que analizan las relaciones entre el ser humano y su entorno: la antropología económica, la antropología ecológica, la antropología cognitiva, la antropología simbólica y la teoría de la práctica. De igual modo, Escobar (2010a) presenta las epistemologías naturales y sus implicaciones para la ecología política descubriendo un número creciente de epistemologías postconstructivistas que abogan por la vuelta al realismo y despojan las versiones cartesianas como la teoría de la complejidad o el realismo holístico.

Algunos de los trabajos mencionados son significativamente útiles para este estudio porque permiten desnaturalizar determinados términos. Es el caso del artículo realizado por Milton (1997) en el cual se hace una especial referencia al tema en cuestión, la agricultura. Al respecto la autora sostiene que la agricultura intensiva -propia de las sociedades industriales- ha llevado la intervención humana hasta extremos insospechados y junto con ello se ha construido un tipo particular de naturaleza. Bajo dicho modelo de producción agrícola,

“las plantas se cultivan en vastos monocultivos y los parásitos que deberían atacarlas de un modo 'natural' son eliminados con productos químicos. También se utilizan productos químicos para revitalizar el suelo despojado, debido a estas prácticas, de toda fertilidad 'natural'. [Por lo tanto] no debería sorprendernos que actividades de esta índole acompañen visiones del mundo que oponen naturaleza a cultura y [consideren] el progreso humano como la dominación de la primera por la segunda” (Milton, 1997).

A su vez, Milton (1997) reconoce que, más allá de la agricultura industrial, las sociedades industriales proponen muchos otros modos de relacionarse con el entorno natural. Algunos de

ellos son el cuidado de los huertos, las prestezas vinculadas con la caza, las salidas de pesca, la observación de animales salvajes, el mantenimiento de animales domésticos, las visitas a los zoológicos y los paseos en recreos rurales. Según esta autora, dichas actividades proporcionan distintas visiones del entorno (ibíd.), algunas de las cuales han sido relevadas en el presente trabajo.

En este mismo sentido -pero desde la perspectiva histórica- son útiles los trabajos de Glacken (1967), quien menciona que existen ideas cambiantes sobre el mundo natural desde la antigüedad clásica hasta la época contemporánea. Así como los estudios de Gudynas (2010), que focalizan sobre distintas concepciones de naturaleza en América Latina. Asimismo se ubican los análisis de Arnold (2001), quien postula que es necesario advertir que la naturaleza no es simplemente algo que existe “ahí afuera” sino también dentro de nuestros mundos mentales y nuestro conocimiento histórico. Particularmente, son importantes los estudios de Williams (1976) quien, además de señalar que la palabra naturaleza es una de las palabras más complejas del lenguaje, analiza el desarrollo histórico identificando tres áreas de significado: en primer lugar, la calidad y el carácter esenciales de algo; en segundo lugar, la fuerza inherente que dirige al mundo, a los seres humanos o a ambos; y en tercer lugar, el mundo material que incluye o no a los seres humanos. El autor advierte que, si bien la segunda y la tercera referencia son claras en límites generales, los significados son variables y por momentos opuestos. La palabra naturaleza sufre usos y cambios críticos en forma de personificación que incluye, como señala Williams, de la diosa al ministro, el monarca, el abogado, la fuente de inocencia original o la criadora selectiva de especies. Como veremos más adelante, muchas de estas ideas y experiencias (re)aparecen hoy en las formas de hacer y de decir de los distintos actores involucrados en el campo de estudio³.

En base a estos textos y amparada en una perspectiva donde conviven agregados con diferentes propuestas explicativas (Durand, 2002), he establecido tres supuestos básicos en relación a la naturaleza: a) existe una realidad física de la naturaleza que es innegable, b) la idea de la naturaleza cambia en función del contexto en que se enuncie y c) el ser humano en su intervención con la naturaleza cambia su naturaleza humana. Para ello, me he basado

³ Cabe aquí mencionar que la clasificación realizada por Williams también ha sido citada de manera similar en un trabajo de Foladori (2005) utilizando el Diccionario Filosófico de Savater publicado en el año 1996. Por otro lado, dentro de la perspectiva histórica, resulta de interés las discrepancias en relación al ambiente y al paisaje. Ambas palabras son utilizadas en nuestros días de manera casi intercambiable, sin embargo, a modo de ejemplo, Aliata y Silvestre (2001, pp. 185–186) sostienen que forman parte de una división de competencias: la científica para el ambiente y la estética/ contemplativa para el paisaje. Williams (2001), desde otra propuesta teórica, manifiesta que el paisaje es -antes que nada- un punto de vista y no una construcción estética. Según este autor, para que el paisaje exista como tal es necesaria la emergencia de un tipo de ser humano particular, un observador que no trabaja, más que la existencia de una naturaleza dotada de ciertas cualidades (ibíd.).

particularmente en la definición de Descola y Pálsson (2001) quienes sostienen que las conceptualizaciones del ambiente son productos de contextos y especificidades culturales en perpetuo cambio. De estos autores he tomado la idea de que la naturaleza no sólo se articula sobre el concepto de sociedad, sino también sobre el concepto de ambiente y de intervención humana sobre él (ibíd.). Asimismo he recuperado la diferenciación que realiza Ingold (1992 traducción propia, 2012) entre naturaleza y ambiente para argumentar que la naturaleza, en su dimensión física, se transforma en ambiente a partir de la interpretación cultural y a su vez el ambiente se constituye en un *work in progress*. Además, ha sido útil pensar que las sociedades que se ocupan de ciertos tipos de actividad económica tienen visiones particulares del entorno y que las diferentes teorías sobre la(s) naturaleza(s) ayudan a dar sentido a esa diversidad, tanto intercultural como intracultural (Milton, 1997, p. 15). En esta misma línea, pero inspirada en los híbridos sociales y asociales a la vez, he recuperado la propuesta de Latour (2007, p. 121) quien afirma que naturaleza y sociedad ya no son términos explicativos por sí mismos sino que requieren de una explicación conjunta, vale decir, cómo el sujeto construye al objeto y cómo el objeto construye al sujeto: un deslizamiento conceptual de los dos extremos hacia el centro.

En función de estas últimas reflexiones, en el presente trabajo veremos una tendencia particular en la cual muchos huerteros manifiestan sentirse convocados por la naturaleza, aunque la palabra parece decir cosas totalmente diferentes, dependiendo tanto de las creencias como de las posiciones económicas, sociales y políticas. Como señala Castro (2011), los sentidos atribuidos a la naturaleza han sido -y lo siguen siendo aún- no sólo variados y cambiantes sino también contradictorios. De hecho, según sostiene Smith (1984), el concepto social de naturaleza ha acumulado capas innumerables de significado en el curso de la historia que pueden organizarse en un dualismo de tradición kantiana donde, a las duplas ya mencionadas por Ortner (1993), se agregan las siguientes: orden y desorden, organismos y máquina, dominada y dominadora, espontánea y diseñada, silvestre y jardín. Aquí será posible observar que, al igual que el concepto de cultura (Wright, 1998; Grimson y Semán, 2005), la naturaleza es un concepto dinámico, siempre negociable y en proceso de aprobación, discusión y transformación. En otras palabras, un campo atravesado por relaciones sociales en el cual los actores diferencialmente posicionados apelan a, (re)trabajan y (re)fuerzan los significados en pos de sus propios intereses.

1.2.2 Acerca de la cuestión ambiental

Si bien la consideración del tema de lo natural no resulta novedosa en la historia de la humanidad, es posible afirmar que el planteamiento de que existe un problema ambiental es algo relativamente moderno (Reboratti, 2006, p. 74). En líneas generales y sólo a modo introductorio, Lezama (2001a, pp. 11–16) señala que tópicos como el uso intensivo de combustibles no fósiles, el uso militar de la energía nuclear, los fertilizantes químicos, los plaguicidas y los pesticidas son los fundamentos iniciales y las razones materiales que animaron el surgimiento de la revisión de la sociedad industrial, tanto en el plano teórico como en la práctica de los movimientos sociales. Según este autor, estos sucesivos cambios en el mundo actual, así como sus repercusiones en el rumbo adoptado por el proceso de industrialización, han hecho emerger la cuestión ambiental a un primer plano.

Sobre este tema, Azuela (2006, pp. 29–44) agrega que no hay duda que los movimientos ecologistas introdujeron elementos nuevos en la manera de ver las cosas. Sin embargo, dichos movimientos no se enfrentaron con una racionalidad homogénea, sino que ya existía en el sentido común de la modernidad una serie de percepciones respetuosas hacia la naturaleza (y sobre todo una manera de ver el lugar de los humanos en ella) que hacían que esos movimientos fuesen comprensibles y aceptables. A partir de la evocación de personalidades como Jean-Jacques Rousseau y Ludwig van Beethoven, Azuela afirma que dichas percepciones han sido el sustrato sobre el cual se ha ido construyendo la cultura ambiental: un sustrato que es mucho más que un pensamiento marginal, un fundamento que parte de las contradicciones culturales de cualquier sociedad contemporánea.

Los primeros planteamientos reflexivos sobre la cuestión ambiental se plasman en libros como *La primavera silenciosa* de Carson (1962) y *Nuestro ambiente sintético* de Bookchin (1962). Posteriormente, surgen aportes de la teoría crítica y la ecología política y se publican trabajos que dan cuenta de una visión pionera que mostraban los límites del desarrollismo. Algunos de ellos son *Los límites del crecimiento* de Meadows y otros (1972), *La bomba poblacional* de Ehrlich (1972) y la *Conferencia de Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente* en Estocolmo (1972). A fines de nuestro estudio, estos hitos sirven para subrayar que, no casualmente, el resurgimiento de las prácticas de agricultura en las ciudades se produce en ese mismo período. De hecho, algunos de los participantes de las huertas aquí analizadas se rigen por los principios de la Permacultura, una forma de hacer agricultura que surgió en Australia en los años setenta como una acción de protesta frente a la ya mencionada agricultura agroindustrial que bajo una

racionalidad económica generaba, en palabras de Leff (2009, p. 162), niveles crecientes de consumo, explotación y transformación desmedida de la naturaleza en función de la ganancia⁴.

En el trabajo de Lezama (2001a) también se menciona que las reflexiones de dicha época se tradujeron en dos discursos opuestos en sus planteamientos teóricos y contrarios en sus propuestas de acción: por un lado, la búsqueda de arreglos institucionales que permitieran detener y prevenir los daños causados por el desarrollo, y por otro, la emergencia de una crítica a fondo de los valores, las instituciones y la práctica misma de la modernidad. Dentro del primer grupo se podría ubicar lo que algunos autores llaman la visión estándar (Harvey traducción propia, 1996) o la modernización ecológica (Hajer traducción propia, 2000; Lezama, 2001a), donde se asume que las instituciones políticas, económicas y sociales actuales pueden internalizar el cuidado del medio ambiente (Hajer, 2000). Mientras tanto el segundo grupo se ha dado a conocer con diferentes nombres como, por ejemplo, la modernización ecológica reflexiva (ibíd.), el paradigma ambiental (Lezama, 2001a), el paradigma ecológico (Garrido Peña, 1993; Guzmán Casado et al., 2000) o el paradigma sustentable (Leff, 2002), que se orienta a reconocer la esencia autodestructiva de la sociedad moderna y su potencial reflexivo.

Así se muestra que existen diferentes corrientes ecologistas que no son uniformes ni ideológica ni políticamente (Toledo, s.f.). Al respecto, es posible retomar la distinción realizada por Naess (2007) quien en 1973 ya diferencia entre la ecología superficial como un sector poderoso y la ecología profunda de carácter menos influyente. Gudynas (1992, pp. 107–108), por su parte, reflexiona sobre este tema con particular énfasis en los ambientalistas latinoamericanos y anticipa la existencia de un abanico de opciones con dos puntos distantes: los administradores y los contra-hegemónicos. Esta clasificación fue también utilizada por Grohmann (1997, pp. 25–27) quien sostiene que en América Latina existen dos tipos de movimientos sociales que parecen predestinados para el desarrollo urbano ecológico: los movimientos ambientalistas cuyo fin es la protección ambiental y los movimientos populares urbanos que defienden el espacio existencial. Casi diez años después, Foladori y Tommasino (2000) identifican cuatro posiciones respecto a la problemática ambiental y las formas de concebir el desarrollo sustentable: los catastrofistas, los tecnócratas optimistas, los ecologistas a ultranza y los ecodesarrollistas. Más tarde, en relación a la educación ambiental, Foladori

⁴ Otras formas de producción que se empiezan a propagar por esos años son, por ejemplo, la agricultura tradicional llevada a cabo por campesinos que mantienen sus tecnologías tradicionales y por agricultores modernos que deciden adoptar comportamientos productivos del campesinado histórico. También es reconocida la agricultura natural experimentada por Fukuoka (1978) que, según los mismos permacultores, es “la filosofía de trabajar con la naturaleza, más que contra ella; [...] la filosofía de la observación prolija y meditativa más que de la labor prolija y pensativa; y de la observación de plantas y animales con todas sus funciones más que del tratamiento de elementos como si fueran un producto particular del sistema” (Mollison, 1994).

(2007, 2005) también presenta tres posiciones que se corresponden con los intereses económicos de determinadas clases y sectores sociales, así como con las posturas éticas y las visiones de mundo: la posición ecocentrista, la tecnocentrista y la humanista-clasista⁵.

Todas estas clasificaciones ayudan a dismantelar el presupuesto de que el sujeto ambientalista es homogéneo y apolítico. La dicotomización presentada por Naess (2007) y Gudynas (1992), así como la ubicación en un diagrama continuo desarrollada por Foladori y Tommasino (2000) resultan estrategias analíticas interesantes para dar cuenta de los matices, los diálogos y las complejidades que se ven implicadas tras la figura de este actor social en el contexto urbano. Como ya hemos anticipado, en este estudio la propuesta es analizar cuáles son y qué características tienen los grupos sociales que llevan a cabo las huertas en la Ciudad de Buenos Aires. Creemos que es posible reconstruir los rasgos centrales de una perspectiva huertera-asamblearia caracterizada por la interiorización de nuevas habilidades a través del “saber hacer” que se diferencia, articula y dialoga con otros tipos de ambientalistas⁶. Por otra parte y como especificaré a continuación, también veremos que el discurso ambientalista ha dejado de ser propiedad exclusiva de los ambientalistas para ser apropiado por los diferentes sectores de la sociedad, conformando lo que Gudynas ha denominado los “múltiples verdes del ambientalismo” (Gudynas, 1992).

Al respecto Leite Lopes (2006), inspirado en Norbert Elias, acuña un concepto que se correlaciona con la proliferación de significados en torno a lo ambiental: la ambientalización de lo social. Es decir un proceso que empieza a ser cada vez más visible en la sociedad e incluye diferentes transformaciones tanto en el Estado como en el comportamiento de las personas. Esto se encuentra asociado a cinco factores, dos de los cuales nos interesan en particular, (punto a) el crecimiento de la esfera institucional del medio ambiente entre los años 1970 y fines del Siglo XX y (punto b) la cuestión ambiental como nueva fuente de legitimidad y de argumentación en los conflictos (ibíd.). En términos de Latour (2011), este nuevo fenómeno

⁵ Según Naess (2007), por ejemplo, la ecología superficial tiene por objetivo central la salud y la vida opulenta de los habitantes de los países desarrollados. Bajo dicho enfoque se propone combatir la contaminación y el agotamiento de los recursos naturales sin considerar las relaciones sociales implicadas en el proceso moderno. La ecología profunda, en cambio, involucra los enunciados de principios valóricos como la diversidad, la complejidad de los sistemas, la autonomía local, la descentralización, la igualdad biosférica y la postura anticlasista (ibíd.). Menciono dicha clasificación para mostrar cómo los autores también son posicionados en diferentes corrientes. En este caso particular, Naess es ubicado por Foladori (2000, pp. 25–27) en la posición de los ecocentristas y no en la de los clasistas como cabría esperar en un principio. Para Foladori, la corriente ecocentrista considera a la sociedad humana como un bloque enfrentado a la naturaleza y bajo una posición ahistórica. Asimismo, el autor señala un fundamentalismo naturalista implícito que radica en atribuir a las leyes naturales el carácter de “buenas” o “mejores” que las actividades humanas; sin embargo, sostiene que no queda claro por qué estas leyes debieran ser mejores que su contraparte social (ibíd.).

⁶ Recordemos que ciertos activistas de grandes ciudades luchan por la conservación de animales salvajes con los cuales jamás han estado en contacto en su vida cotidiana (Carman, En prensa b).

puede concebirse como “las políticas de la naturaleza”: un ámbito de lucha y de representación que está en constante movimiento y que, si bien se encuentra limitado por ciertas reglas y valores, no es posible anticipar.

En cuanto al crecimiento de la esfera institucional del medio ambiente (punto a), lo que señalaremos en este estudio es que, luego de la reaparición de las huertas urbanas en los años setenta, en los años ochenta y noventa dicha experiencia se traslada al ámbito institucional donde se convierte en objeto de promoción de diversos organismos. Por esos años, ciertas instituciones no sólo promovían el desarrollo de la actividad sino que también la definían bajo la categoría de agricultura urbana, constituyéndose así en una estrategia gubernamental ampliamente recomendada en las políticas públicas, especialmente para los países considerados en desarrollo, marcando una diferencia relevante entre el Norte y el Sur Global.

En relación a la cuestión ambiental como nueva fuente de legitimidad y de argumentación en los conflictos (punto b), me interesan particularmente los estudios nacionales e internacionales que muestran a la cuestión ambiental como un campo en construcción para analizar las ideas de naturaleza que presentan los diferentes actores involucrados en los conflictos, y por otro lado, (de) construir los argumentos pretendidamente ambientalistas que se utilizaron en la instalación y/o el desalojo de dos huertas en la ciudad.

En tal sentido, a nivel internacional resultan útiles los trabajos de Sabatini (1997) porque se ocupan de la creciente emergencia de los conflictos ambientales, entendidos como luchas sociales por el control de los territorios urbanos, ligados al desarrollo de proyectos inmobiliarios o de infraestructura, cuestión decisiva para entender los debates en torno a las prácticas agrícolas en la ciudad. También son relevantes los estudios de Azuela (2006) y Azuela y Musseta (2008) quienes, bajo una visión maximalista (Carman, 2011b), definen los conflictos ambientales como aquellos donde por lo menos una de las partes hace valer un argumento ambiental. Asimismo, es importante incorporar las discusiones de Alonso y Costa (2002) en las cuales, además de realizar una evaluación crítica de la literatura brasileña sobre la sociología del ambientalismo, se mencionan diferentes claves para comprender el contexto socio histórico donde se inscriben dichas luchas. En el orden de lo metodológico resulta notable la propuesta de Little (2006, p.92) donde se menciona como crucial el relevamiento de las demandas de cada grupo en particular y sus respectivas cuotas de poder, formal e informal, lo que el autor denomina la etnografía de los conflictos socioambientales.

A nivel nacional existen trabajos que muestran una gran diversidad de problemáticas ambientales, como por ejemplo, las protestas vinculadas con los bienes naturales (Giarraca,

2006); la creciente concentración de la propiedad de la tierra, la agriculturización y su especialización (Pengue, 2008); la incineración de residuos y basurales en rellenos sanitarios (Shammah, 2009); la extracción de recursos naturales no renovables en la minería a cielo abierto (Svampa y Antonelli, 2009) y el avance de la frontera agropecuaria sobre bosques nativos (Reboratti, 2006). En cuanto a los movimientos sociales, luego de un análisis sobre su evolución en el periodo democrático (1983-2008), resulta relevante señalar el estudio de Pereyra (2008, p. 98) porque anticipa que en los próximos años la configuración de los reclamos generados por los problemas ambientales y ligados a la explotación de los recursos naturales sería -junto a los desacuerdos sindicales- uno de los dos ejes de conflicto más importantes. A su vez, Bottaro y Sola Álvarez (2011) sostienen que los proyectos de minería a gran escala inauguran un nuevo capítulo en la tradición de la movilización argentina, observación que conduce a las autoras a caracterizar al movimiento socioambiental en términos de demandas judiciales, saber experto y multiescalaridad. Dichas particularidades también han sido reconocidas en la presente tesis.

Como parte de los antecedentes directos cabe mencionar dos líneas de investigación que abordan el modo en que los sujetos, los colectivos, las organizaciones y las instituciones participan en la construcción de la cuestión ambiental de manera diferenciada. Desde una visión sociológica, considero relevante los trabajos de Merlinsky (2009a, 2009b) quien analiza cómo los actores definen el ambiente y cómo éste se transforma en un tema socialmente problematizado cuya presencia en la agenda pública varía según la coyuntura. Allí se reconoce que en la Argentina desde principios de la década del 2000, no sólo se han multiplicado las demandas ambientales sino que se han ampliado los debates en torno a lo que debiera ser legítimamente considerado como problema ambiental (Merlinsky, 2009b). A su vez, desde una visión antropológica urbana, son útiles los estudios de Carman (2011a, 2011b) en los cuales se analizan los argumentos medioambientales que movilizan diferentes políticas, entre ellas las políticas de desamparo, revelando la manera en que el poder local o el sector privado utilizan la naturaleza como un plusvalor en el armado de proyectos urbanísticos que celebran la belleza, lo irrepetible del paisaje y su privilegio cultural. De hecho, en el mencionado estudio se señala que no existe un medio ambiente sino un trabajo de medioambientalización que el cientista social debe reconstruir por medio del trabajo etnográfico (ibíd.). En efecto, como indica Milton (1997), en el discurso medioambiental, la obligación de la antropología es tratar a todas las perspectivas culturales como cuestionables por igual. En sintonía con estos razonamientos, en este documento argumento que en el campo estudiado se encontraron diferentes visiones ambientales. No todas ellas tienen, claro está, la misma posibilidad de

imponer su punto de vista como legítimo, ni de prescribir los usos “adecuados” del espacio público.

1.2.3 Acerca del espacio

La agricultura realizada en la ciudad es frecuentemente asociada a subdisciplinas o disciplinas híbridas como la economía ecológica y la ecología urbana. De hecho, no está de más señalar que una de las bases de la sociología urbana fue el enfoque ecológico desarrollado por sociólogos como Robert Ezra Park, asociado a la Escuela de Chicago en los años veinte. Desde la economía ecológica, por ejemplo, algunos autores proponen pensar el ambiente urbano como un poli-sistema conformado por un conjunto dinámico de sistemas abiertos que intercambian materia, energía e información con el medio que lo circunda (Jiménez Herrero, 1989). En el ámbito de la ecología urbana, en cambio, el ambiente urbano ha sido comprendido como un conjunto de factores externos que influyen y son influidos por un sistema – objeto (Di Pace, 2001). Como es posible observar, en estas definiciones se muestra cierto interés por los balances, en términos de beneficios, riesgos, materia y energía. De ahí que nuestro trabajo toma distancia de esta perspectiva para centrarse en las discusiones que analizan cuestiones como las disputas en (y por) el espacio urbano, abonando el sostenido interés de las ciencias sociales en torno a las temáticas de la ciudad. De hecho, como se mencionó anteriormente uno de los objetivos específicos de este estudio es describir -no sólo los recursos y los productos de las prácticas agrícolas en la ciudad, sino también los imaginarios, los afectos, los saberes y las subjetividades por parte de los involucrados (huerteros, vecinos, técnicos y funcionarios). Mientras que otro de los objetivos está estrechamente asociado a los conflictos urbanos por los recursos, entre ellos la tierra, su tenencia y su uso.

En este trabajo resultó necesario incorporar propuestas disciplinares que cuestionaran la idea del espacio como mero escenario y así analizar a la ciudad en su sentido material, social, relacional y sobre todo disputado. Para ello una de las primeras inspiraciones fue el estudio urbano de Simmel (1903), quien sostiene que la ciudad no es una entidad espacial con consecuencias sociales sino una entidad sociológica que se forma en el espacio⁷. Desde otra óptica y a pesar del salto cronológico, me resultaron reveladores los trabajos de Foucault (1999, p. 434) donde se señala que los seres humanos no vivimos en el interior de un vacío coloreado por diferentes tornasoles sino que formamos parte de un conjunto de relaciones

⁷Es decir, para Simmel (1903, p. 644), “lo que tiene importancia no es el espacio, sino el eslabonamiento y la conexión de las partes del espacio, producidos por factores espirituales”.

que definen emplazamientos irreductibles. De hecho, dice Harvey citando a Foucault (1998, p. 238), es precisamente en el espacio donde el poder se ejerce y se materializa por medio de las fuerzas de represión, socialización, disciplina y castigo.

Los sucesos que se llevaron a cabo en las huertas urbanas me indujeron a indagar sobre la propuesta teórica de De Certeau (2000, I pp. 105-110) quien se inscribe como una continuación y como una vía recíproca en el análisis de Foucault para concentrarse en el ámbito de la resistencia. Desde esta perspectiva, la ciudad ya no será sólo entendida como un campo de operaciones programadas y controladas en tanto que allí también proliferan “los ardides y las combinaciones de poderes sin identidad legible, sin asideros, sin transparencia racional: imposibles de manejar” (ibíd.). Con los trabajos de De Certau (2000) y Reguillo (1998), es posible pensar las experiencias hortícolas como prácticas cotidianas, prácticas “microbianas, singulares y plurales” que escapan a la disciplina pero sin quedar fuera de dicho campo (2000, I pp. 105-110). Dichas prácticas no sólo producen espacio, si no que se “espacializan”, por medio del “proceso de apropiación” (ibíd.), es decir, lugares que se tornan espacios en tanto que son practicados (Segura citando a De Certau, 2013).

Para profundizar sobre la perspectiva del espacio apropiado y resignificado resultó importante utilizar la distinción dialéctica del espacio que realiza Lefebvre desde la escuela francesa de la sociología urbana y que es retomada por diferentes autores (Escobar, 2000; Harvey, 1998; Soja, 1996; Smith, 1984; Bachelard, 1957). Vale decir, la diferenciación entre el espacio material asociado a la ciencia positivista; el espacio social vinculado a la teoría social; el espacio vivido que trasciende el espacio geométrico y el espacio percibido para ser poético, imaginado y habitado. Por medio de la interrelación de las distintas dimensiones del espacio me propongo fundamentar por qué la huerta sólo puede ser comprendida a partir de sus dimensiones materiales y simbólicas y, lo que es más importante aún, por qué las prácticas agrícolas urbanas se diferencian de otro tipo de actividades de recreación vinculadas con la naturaleza, tales como la visita a una reserva ecológica, el paseo en bicicleta o la realización de un picnic.

En pos de explicar en qué consiste la particularidad de la tarea del huertero urbano, retomaré una serie de autores que analizan temas como la experiencia corporal (Jackson, 1983) y el conocimiento práctico (Ingold, 1992, 2001, 2012). Pretendo mostrar que en el hacer, el ser humano se está haciendo a sí mismo (ibíd.)⁸. Para ello también utilizaré el concepto marxista de trabajo entendido como un proceso por medio del cual el ser humano pone en movimiento

⁸ En tal sentido, Ingold (2012) sostiene que lo que una generación contribuye a la siguiente son los contextos de aprendizaje en los cuales los novicios pueden redescubrir por ellos mismos lo que sus predecesores ya conocían.

las fuerzas naturales que pertenecen a su corporalidad, a fin de apoderarse de los materiales de la naturaleza bajo una forma útil para su propia vida, transformando la naturaleza y junto con ello la naturaleza humana (Marx, 1867, pp. 215–223). Por medio del concepto de trabajo buscaré explicar de qué modo los protagonistas de las huertas analizadas viven una experiencia que tensiona los sentidos aprehendidos socialmente de la naturaleza, la cultura y la sociedad.

El uso del cuerpo induce a nuevas experiencias que cuestionan los sentidos aprehendidos acerca de la naturaleza y la ciudad. A su vez, la realización de la actividad perturba los patrones naturalizados del habitar urbano. En este doble marco, subjetivo y colectivo, la experiencia hortícola se constituye en una actividad que motoriza tradiciones que se distancian de la cultura hegemónica en forma de prácticas residuales y/o emergentes (Williams, 1976, 1977). Las prácticas residuales dan cuenta de experiencias, significados y valores que no pueden ser expresados o verificados en términos de la cultura dominante, pero que son vividos y practicados sobre la base de un remanente cultural o social. Los elementos emergentes, en cambio, son aquellos nuevos significados y valores alternativos o de oposición.

En algunos casos, como la Huerta Orgázmika y la Huerta Libre, estas experiencias presentes se instalan en un espacio urbano particular: el espacio público. Se trata de, una categoría que -como señala Gorelik (2008)- no tiene resuelto su nudo teórico fundamental, entre forma urbana y forma política. Este hecho nos condujo a buscar trabajos que desarrollaran temas vinculados con los usos del espacio público. Particularmente fueron significativos los artículos de Franqueza (2007), Menazzi (2007, 2008), Delgado (2008, s.f.), Carman y Pico (2010), Huffshmid (2012) y Segura (2012) porque reconstruyen dicho concepto como lugar practicado, en el cual existe un conjunto de regulaciones y reglamentaciones explícitas e implícitas que prescriben y proscriben las acciones y los usos del espacio. Por medio de la etnografía del conflicto observaremos que -en ciertos momentos- los huerteros contradicen los preceptos dominantes y naturalizados respecto de los usos del espacio público, revelando en qué medida dicho acceso resulta desigual.

Por último, atendiendo a los contextos e historias locales, en este estudio observamos que las huertas analizadas forman parte de redes más amplias y complejas, ligadas a otros lugares de encuentro como los mercados, las ferias, las ecoaldeas, los centros culturales, las bibliotecas populares y las cooperativas de trabajo. En el marco de múltiples procesos de micro-resistencias a las relaciones capitalistas de producción, veremos que los lazos con organizaciones y redes internacionales también se potencian, abriendo nuevas oportunidades para la acción. Es decir, redes construidas a partir de una constelación particular de relaciones

sociales que se encuentran y se entrelazan integrando lo local y lo global (Massey, 1994). De hecho, retomando algunos de los trabajos principales de Escobar como *El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar ¿globalización y postdesarrollo?*, se busca delinear los trazos principales de estas prácticas en las que se articulan otras experiencias similares, conformando espacios desterritorializados (Zibechi, 2008, 2003), geografías políticas (Porto Gonçalves, 2001) y rizomas con caminos totalmente inciertos (Deleuze y Guattari, 1994).

1.3 El trabajo etnográfico

“Comparado con los procedimientos de otras ciencias sociales el trabajo de campo etnográfico se caracteriza por su falta de sistematicidad. Sin embargo, esta supuesta carencia exhibe una lógica propia que adquirió identidad como técnica de obtención de información: la *participant observation*. Traducida al castellano como ‘observación participante’, consiste precisamente en la inespecificidad de actividades que comprende: integrar un equipo de fútbol, residir con la población, tomar mate y conversar, hacer las compras, bailar, cocinar, ser objeto de burla, confidencias, declaraciones amorosas y agresiones, asistir a una clase en la escuela o a una reunión de un partido político. En rigor, su ambigüedad es, más que un déficit, su cualidad distintiva (Guber, 2001:55-56)”.

Esta tesis es el resultado de un trabajo de investigación de campo que se desarrolló –con distinto ritmo- a lo largo de cinco años. Una parte del trabajo de campo lo realicé en torno a dos huertas ubicadas en el barrio porteño de Caballito, durante los años 2012 y 2014. Este trabajo consistió en la concurrencia periódica a una de las huertas donde pude observar situaciones diversas, conversar informalmente, realizar entrevistas abiertas y revelar documentos. Dado que al iniciar el trabajo de campo la Huerta Orgázmika ya había sido destruida, la reconstrucción estuvo basada fundamentalmente por medio de entrevistas abiertas, testimonios y material periodístico. En cambio en el caso de la Huerta Libre Parque Abierto pude realizar más de 25 visitas entre los cuatro meses de su existencia, los cuales me permitieron conocer “la huerta en acción”.

El objetivo de reconocer los grupos que integran la red de huerteros en la Ciudad de Buenos Aires implicó el recorrido por distintos espacios y actividades en los cuales transitan los diversos actores involucrados, por lo cual el trabajo de campo no se circunscribió a un solo ámbito de observación y participación sino que procuró seguir la vida social de los huerteros en su dimensión cotidiana. Asimismo, como desarrollaré más adelante, mi actividad

profesional como agrónoma habilitó el encuentro con distintos actores, relacionados con la actividad agrícola urbana, en espacios de extensión académica que por su relevancia pasaron a formar parte del referente empírico, poniendo en evidencia que tales ámbitos constituyen otro de los circuitos que forman parte de la red.

Cabe aquí señalar que la originalidad metodológica del trabajo de campo radica en que el investigador, a través de las interacciones que establece con los otros, es el instrumento principal de investigación. Por medio de los intercambios cotidianos con y entre los huerteros pude no sólo acceder a un mundo nuevo de significaciones compartidas sino también a la proyección que ellos daban a su vida. Perseguir la objetividad bajo el enfoque etnográfico implicó una transformación de mi mirada porque, como señalan Batallán y García (1992), conocer el punto de vista del otro es aproximarse a una objetividad social a través de la intersubjetividad. Así, a partir del relevamiento de sus prácticas y discursos fue posible responder a las preguntas del estudio en cuestión y vislumbrar los rumbos hacia los que se encaminaba la agricultura en nuestra ciudad.

En este apartado realizaré algunas especificidades del trabajo de campo para detenerme en dos aspectos. Por un lado, el lugar privilegiado que ocupó mi experiencia en terreno y, por el otro, la metodología utilizada, lo que permitirá comprender la mirada que fui construyendo en el trabajo. Ambos aspectos se basan en lo que Batallán (2007, p. 39) llama el sentido genérico de la investigación, es decir, el camino de la problematización de la realidad, de desmenuzamiento, de análisis y descubrimiento de nuevas aristas o facetas del problema. En cuanto a la modalidad de escritura adoptada, advertiré que ha sido un gran esfuerzo (de) construir el tecnicismo agropecuario, con frecuencia estructurado en voz pasiva y bajo supuestos teóricos ambiguos, cuestión que no sólo es gramática sino epistemológica, teórica y metodológica. A su vez, los criterios actuales de validez etnográfica (Rocwell, 2009) y el proceso de construcción del objeto de estudio (Bourdieu y Wacquant, 2005) exigen que se expliciten tanto los intereses del investigador como las condiciones bajo las cuales se realizó el trabajo de campo. Por estos motivos a continuación realizo una reconstrucción narrativa de mi trayectoria sobre el tema en la que se explicitan los intereses y las distintas experiencias que fueron constituyendo y aportando al trabajo de campo.

1.3.1 La experiencia en el terreno

Mi interés por la agricultura en la ciudad se inició en el año 1999 a partir de una experiencia como docente de huerta en una escuela pública del conurbano bonaerense. En el paso por la carrera de agronomía me especialicé en las experiencias de organizaciones formales, sobre las

cuales realicé diferentes prácticas acompañadas con trabajos reflexivos en el marco del Programa de Extensión Universitaria en Huertas Escolares y Comunitarias (PEUHEC). Como parte del equipo de coordinación, a partir del año 2001 y hasta la actualidad, accedí a más de 70 historias de grupos huerteros en distintos puntos de la ciudad. En el año 2005, desde el ámbito de la investigación agrícola, mi tesis de grado se centró en el relevamiento de objetivos y tecnologías llevadas a cabo en huertas realizadas en escuelas públicas de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, apoyándome en el enfoque agroecológico y en la teoría del desarrollo a escala humana (Max Neef et al., 1994). Una de las principales contribuciones fue demostrar que la huerta escolar se constituía como un satisfactor sinérgico, vale decir, una práctica que satisface una necesidad determinada pero que además, puede estimular y contribuir a la satisfacción de otras necesidades de manera simultánea (Gallardo Araya, 2005)⁹.

Cautivada por el supuesto de que los sistemas agropecuarios no se reducen a los procesos biológicos, económicos y ecológicos sino que están principalmente vinculados con las dimensiones culturales y políticas, decidí continuar los estudios profundizando en el enfoque agroecológico (Altieri, 1997; Gliessman, 2002; Sevilla Guzmán, 2006a). Con dicha elección, tenía la expectativa de comprender por qué las huertas escolares en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires no producían alimentos en forma permanente. Así mi tesis de postgrado se orientó a dilucidar las relaciones entre la agricultura urbana y la agroecología formulando no sólo especificidades de la agroecología urbana sino también potencialidades (Gallardo Araya, 2007)¹⁰.

Por medio de los conocimientos adquiridos durante la maestría en España y las experiencias relevadas en otros países fue posible comprender que, mientras los habitantes de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires usualmente presentaban la agricultura como una estrategia para resolver situaciones de inseguridad alimentaria urgente, las observaciones empíricas mostraban que en dichas prácticas no se producían alimentos suficientes para el autoconsumo. Surgió así una pregunta clave para la investigación dirigida a entender ¿por qué las personas hacen huertas en nuestra ciudad del modo en que lo hacen? Y junto con este

⁹ El PEUHEC tiene origen y sede en la Cátedra de Extensión y Sociología Rurales de la Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires, reconoce antecedentes desde fines de la década de 1980 y desde sus inicios, 1997, empezó a recibir una alta demanda de personas interesadas en la realización de huertas en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y el Gran Buenos Aires. La experiencia se constituye como un programa de extensión universitaria que promueve espacios de trabajo, capacitación y encuentro entre: a) grupos de la comunidad que demandan acompañamiento técnico para llevar adelante proyectos de huerta orgánica y b) estudiantes, docentes y unidades académicas de la mencionada Universidad (Arqueros y Puhl, 2002).

¹⁰ Cabe aquí recordar que, si bien los sistemas agropecuarios son el resultado de procesos ecológicos, culturales y políticos, este supuesto es poco habitual en el modelo de producción agroindustrial, hegemónico en la conformación de las ciencias agropecuarias.

interrogante- fue ganando precisión otra pregunta que devino recurrente y compartida con aquellos interesados en temáticas similares, : ¿por qué las personas insisten en que el jardín es un lugar de descanso y reposo, un lugar para olvidarse de las preocupaciones del mundo, un lugar para distanciarse de uno mismo y de la dolorosa responsabilidad de ser un humano? (Dawn McKay, 2011). Así fue como surgió el objetivo general de esta investigación que fui presentando en el apartado anterior: comprender cómo son las huertas de nuestra ciudad -y no cómo debían ser- observando las relaciones con los emprendimientos productivos, la cuestión ambiental y las disputas por el espacio.

En octubre de 2010 inicié el registro etnográfico luego de asistir al primer festival “Por las Huertas”¹¹. Elegí el barrio de Caballito, situado en el centro de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, y focalicé la tarea en la Huerta El Caskote por dos razones: se trataba de un espacio comunitario que estaba ubicado en un club barrial sobre el cual tenía muy poca información y el grupo no tenía contacto con el PEUHEC, programa del cual yo formaba parte. Concurrí a dicho predio todos los días de jornada laboral procurando dialogar con los asistentes y participando en las distintas actividades que allí se desarrollaban. Si bien no sabía a dónde me conduciría el trabajo de campo, desde el primer día mis anotaciones estuvieron dedicadas a contestar cuáles eran las razones por las cuales los huerteros llevaban a cabo la actividad y qué otros circuitos recorrían de manera simultánea. De una forma intuitiva relevé el primer objetivo específico de la tesis que consistió en describir analíticamente los grupos sociales que llevaban adelante las huertas urbanas en relación con el entramado de prácticas, símbolos y relaciones sociales, políticas y culturales en la que la misma se encontraba inserta y de la que en gran medida era producto.

Pasados dos meses, al terminar el año lectivo, me distancié de la Huerta El Caskote. Durante un extenso período sólo me dediqué a releer mis notas y discutir con mis pares. De esta manera advertí que, aunque contaba con mucha información, necesitaba precisar los ejes de análisis para orientar la investigación. Luego de una intensa búsqueda bibliográfica, identifiqué dos dimensiones claves para explicar la realización de la agricultura en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires: una mayormente ligada a la categoría naturaleza y otra vinculada a las disputas por los recursos, entre ellos la tierra, que más tarde se traduciría en la categoría analítica espacio. La hipótesis principal consistía en sostener que el significativo interés en las huertas urbanas no se explicaba sencillamente por la producción de alimentos -y sus potenciales beneficios económicos- sino por diferentes contenidos simbólicos que los actores involucrados

¹¹ El festival “Por las Huertas” surgió luego del contacto entre representantes de diferentes huertas de la ciudad y el conurbano luego del desalojo de la Huerta Orgázmika, una de las experiencias sobre la cual dedicaré un capítulo.

le asignaban a la práctica, según su pertenencia de clase, su trayectoria histórica y expectativas. Dichos sentidos recorrían un amplio espectro entre la recuperación de los espacios verdes, la impugnación por la privatización del espacio público, la reproducción social por parte de los migrantes y la aspiración a diferentes condiciones de vida dentro del ámbito urbano. A su vez, me proponía indagar si el interés estaba asociado a la emergencia de la cuestión ambiental y si dicha cuestión era un asunto socialmente problematizado por los diversos sectores de la población.

A partir del mes de septiembre de 2011 me incorporé en actividades vinculadas a la vida huertera que se desarrollaban en otros ámbitos como, por ejemplo, las marchas de la Asamblea Ambiental Nacional, las jornadas sobre los modelos urbanos móviles de Articultores y los encuentros de los agricultores urbanos en Morón Sur y los productores familiares en Cañuelas. Además de recorrer las huertas urbanas, concurrí a ferias y mercados, acompañé manifestaciones y protestas, asistí a asambleas, debates de cine, exposiciones, congresos y contra-congresos, cursos públicos y privados. Me proponía trabajar con mayor énfasis en el segundo objetivo de esta tesis: por un lado, identificar con precisión cuáles eran las redes vinculadas con las prácticas de agricultura; y por otro, describir quiénes las llevaban a cabo y con qué recursos, productos, imaginarios, afectos y subjetividades. Dedicué gran parte del tiempo a transcribir las visitas realizadas para documentar que allí no sólo se ponían a prueba las intervenciones artísticas, las construcciones de barro y las prácticas de agricultura. También se debatían y compartían informaciones sobre otras propuestas asociadas al reciclado de basura, la práctica medicinal, las condiciones del trabajo autogestivo, las formas de consumo y las múltiples formas de vivir dentro de la ciudad. Durante los recorridos me fui encontrando con antiguos conocidos, amigos, docentes y técnicos vinculados a diferentes instituciones, con quienes intercambié ideas acerca de lo que estaba registrando en el campo, así como también constaté ciertas disputas y conflictos que se producían de manera similar en diferentes puntos urbanos.

En octubre del año 2012 tomé la decisión de estudiar un conflicto producido en un parque público ubicado en el barrio de Caballito, que persistió durante cuatro meses. Lo distintivo del conflicto es que entrañó la realización de una huerta urbana: La Huerta Libre Parque Abierto, situación que se presentó como una oportunidad única para poner en funcionamiento el andamiaje teórico desarrollado hasta el momento y contrastar las múltiples categorías de análisis con las de aquellos actores que constituían directa o indirectamente el mundo social que me interesaba investigar. El trabajo de campo consistió en la concurrencia periódica a la

Huerta, en la que pude observar y participar de diversas prácticas cotidianas, así como también realizar entrevistas abiertas, mantener conversaciones informales y relevar documentos.

En los primeros meses concurrí al lugar varias veces por semana para dialogar con los actores involucrados: huerteros, asambleístas, acampistas, vecinos, habitantes y funcionarios. Participé en las asambleas que se desarrollaban luego de cada jornada de trabajo y en la preparación de diferentes festivales, también acompañé los momentos de desalojo y las protestas callejeras. Desde el primer día fui invitada a realizar talleres huerteros por mi profesión; varias tardes me dediqué a regar el suelo y a proponer actividades para realizar con las personas que se acercaban. Así fui testigo directo de la creación, el mantenimiento y el desmantelamiento de una huerta que se había instalado en un sitio disputado, dejando entrever sorpresivamente cierta asociación entre la lógica asamblearia y las demandas de tipo ambientalista.

Debido a las reiteradas referencias realizadas por diversos actores sobre el desalojo precedente de otra huerta (La Huerta Orgázmika) ocurrido en el mismo barrio, sopesé la importancia de relevar el conflicto que se había consumado cuatro años atrás. Varias razones fundamentaban la reconstrucción de lo sucedido. Por un lado, permitía conocer los orígenes de una propuesta precursora que había surgido en el momento de mayor auge de la agricultura en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires en las últimas décadas, la crisis socioeconómica del 2001. Por otro, dicha experiencia aportaba material empírico privilegiado para reflexionar sobre los diferentes argumentos ambientalistas esgrimidos durante el conflicto. Por último, la situación había dejado marcas imborrables en la memoria colectiva, una y otra vez los huerteros recordaban la Huerta Orgázmika como un espacio único e irrepetible. De hecho, al iniciar el estudio, a pesar de haber asistido pocas veces al predio, ya me sentía familiarizada con la historia, tanto por los relatos previos como por la información proporcionada por colegas y allegados. La estrategia de campo para reconstruir la historia del conflicto en torno a la Huerta Orgázmika combinó la realización de entrevistas a ex participantes junto con el relevamiento de fuentes secundarias.

Cabe aclarar que la estrategia metodológica de estudiar estos conflictos ambientales y no otros, respondió a los potenciales aportes que ofrecían a los objetivos trazados para el trabajo. A su vez, si consideramos la historia de movilización que atravesó esta localidad a comienzos de Siglo y el saldo organizativo que dejaron las asambleas barriales podemos suponer que no es casualidad que ambos conflictos sucedieran en el mismo barrio (el barrio de Caballito no sólo fue sede de una de las asambleas más numerosas de la crisis del año 2001 sino que también allí se realizaron las asambleas interzonales). Los conflictos aquí relevados

presentaban una ventaja: la convergencia de clases sociales, permitiendo relevar diferentes significados y prácticas. Es decir, la composición de ambos conflictos se caracterizó por la heterogeneidad social y política en términos de trayectorias, condiciones laborales, modos y condiciones de vida, así como de experiencia política de sus participantes ofreciendo una diversidad de perspectivas. Asimismo, dichos conflictos habían atravesado las fronteras de lo que para mí era cotidiano alcanzando visibilidad en el ámbito público, en las redes sociales virtuales y en los medios de comunicación masivos.

Otra experiencia que aportó a la realización del trabajo fue mi colaboración a fines del año 2012 como parte del equipo de coordinación del PEUHEC, a partir del cual participé en forma simultánea al trabajo de campo en la creación de una huerta-escuela, en un predio del Centro de Innovación y Desarrollo para la Acción Comunitaria (CIDAC) al cual frecuentaban habitantes de la villa 21/24, 26 y del Núcleo Habitacional Transitorio Zabaleta¹². A partir de la asistencia a las actividades que allí se desarrollaban pude observar que, aunque existían ciertas particularidades en el grupo, también se presentaban generalidades que coincidían con diferentes relatos de huerteros provenientes de distintas zonas de la ciudad. Incluso reuní información surgida de los comentarios y diálogos informales que circulaban en las reuniones con estudiantes de la facultad, activos participantes de los lugares aquí plasmados. Esta modalidad de indagación me ha permitido registrar en forma simultánea y en un contexto explícito de discusión y estudio -en el que he participado como coordinadora e investigadora- diversas perspectivas e interpretaciones, habilitando la reflexión de las dimensiones ambiguas, contradictorias, contingentes e impredecibles de la agricultura practicada en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

A fines del año 2012 tuve la oportunidad de visitar la República de Cuba, el ejemplo más reconocido de agricultura urbana a nivel mundial, que es citado por diferentes organismos internacionales, entre ellos, la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura (FAO). Gracias a los contactos del Grupo Nacional de Agricultura Urbana y Suburbana del Ministerio de la Agricultura pude diferenciar los organopónicos, los huertos intensivos y los centros de reproducción de entomófagos y entomopatógenos en municipios cercanos a la ciudad de La Habana. Posteriormente, a principios del año 2014 realicé visitas a distintos predios de la

¹² El CIDAC depende de la Secretaría de Extensión Universitaria de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y trabaja desde el año 2008 desarrollando un conjunto sistemático de prácticas de extensión, investigación y docencia en el sur de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires en pos de aportar herramientas que promuevan una mejora en la calidad de vida de quienes habitan ese sector de la ciudad. El trabajo del CIDAC influye, particularmente, en la Villa 21-24 que abarca un espacio de más de 65 hectáreas, delimitado por las calles Iguazú, Avenida Amancio Alcorta, terrenos del CEAMSE, vías del ex Ferrocarril Gral. Belgrano, calle Luna y el Riachuelo (Aguilar Merlino, M. et al., 2014).

ciudad de Santiago de Chile, incluyendo los huertos obreros, los biohuertos y los huertos de movimientos sociales vinculados con la lucha por la vivienda. Luego, en septiembre de 2014 llevé a cabo una estancia de investigación en Leeds, Inglaterra, donde pude familiarizarme no sólo con los reconocidos *allotments* surgidos a fines del Siglo XIX y en tiempos de guerra, sino también con una amplia diversidad de experiencias como los *county farm*, *private garden*, *school garden* y *community garden* presentes en toda la región. Con los intercambios realizados en términos de experiencias, visitas y lecturas, obtuve resultados muy fructíferos a nivel comparativo puesto que los expertos de los distintos países coincidieron en afirmar que la mayoría de los análisis latinoamericanos se reducían a la categoría de la seguridad alimentaria y la pobreza urbana (ONG Cultivos Urbanos, 2014).

Además de las discusiones que se realizaban dentro de mi lugar de pertenencia institucional, la Facultad de Agronomía, en todo este recorrido tuve la oportunidad de participar en múltiples espacios académicos con predominancia en los estudios urbanos, entre ellos, los proyectos de investigación de la Facultad de Ciencias Sociales, así como también un programa de intercambio interdisciplinario que reunió a investigadores de universidades latinoamericanas y europeas¹³. Esto facilitó el debate con colegas que me permitieron insertar el tema analizado en una trama comparativa más amplia de usos y ocupaciones populares, conflictos e impugnaciones prácticas en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y en otras ciudades del mundo.

1.4 La metodología utilizada

La aproximación metodológica de este análisis está basada en una orientación cualitativa que supone un ir y venir entre, por un lado, el trabajo de campo y la profundización teórica (Rockwell, 2009) y por otro, lo individual y lo social, con el objeto deliberado de superar las formas binarias de pensar propias de los estudios clásicos, a favor de un enfoque relacional y

¹³ Esta investigación se desarrolló en el marco de los siguientes proyectos: "Naturaleza, cultura y segregación: una lectura antropológica sobre políticas socio-urbanas hacia sectores populares en el Área Metropolitana de Buenos Aires" (UBACyT 2012-2014, Dra. Carman); "Conflictos e impugnaciones prácticas en la ciudad: un estudio etnográfico sobre las políticas socio-urbanas, ambientales y culturales hacia sectores populares y medios en diversos espacios del área metropolitana de Buenos Aires" (UBACyT, Dra. Carman 2014-2016); "Las relaciones de mediación social en los procesos de apropiación de los recursos naturales" (PICT 2011-2015, Dra. Nussbaumer); "Antropología, ciudad y naturaleza: políticas socio-urbanas y apropiación popular de espacios en diversos estudios de caso en el Área Metropolitana de Buenos Aires" (PICT 2014-2017, Dra. Carman) y la red "Contested Cities" (Marie Curie 2012-2016, Dr. Janoschka). Este último proyecto es una red internacional de acción, investigación e intercambio de investigadores. Reúne investigadores de universidades europeas y latinoamericanas para discutir las consecuencias de la neoliberalización urbana y los movimientos sociales de resistencias originados en diferentes contextos geográficos. Como parte de sus objetivos se propone generar un ámbito teórico para articular los debates urbanos en la literatura en inglés, español y portugués.

constructivista (Corcuff, 2005; Gallart, 1993). Como mencioné con anterioridad, el enfoque adoptado es de tipo etnográfico, entendido como una práctica de conocimiento que busca comprender los fenómenos sociales desde la perspectiva de los actores (Guber, 2001). A partir de dicho enfoque, cobró especial relevancia la indagación de la dinámica de relaciones sociales que configuraban y en la que eran construidos los involucrados, las instituciones y las políticas en cuestión. Se reconstruyó por lo tanto las interacciones entre los actores y la historia que constituían los procesos bajo análisis.

Con el propósito de obtener información empírica necesaria sobre las dimensiones mencionadas, se pusieron en práctica distintas estrategias de aproximación, entre ellas, observaciones con distintos grados de participación; entrevistas semi-estructuradas, abiertas y en profundidad a diferentes actores involucrados; y se elaboraron registros de prácticas y discursos de diversos participantes en distintos momentos y situaciones históricas atravesadas por los diversos grupos. El corpus de fuentes primarias se complementó con un sinnúmero de fuentes secundarias para combinar la información sin renunciar al tratamiento de elementos cuantitativos (Vasilachis de Gialdino, 1993). Este amplio corpus documental que también incluyó bibliografía específica y contextual fue analizado a partir de las operaciones de corte etnográfico sistematizadas por Rockwell (1987) que me permitieron reconstruir en el momento de la escritura los sucesos significativos y contextualizar las redes de grupos implicados. Frente a la gran cantidad de material empírico producido en esta tesis, decidí recuperar los relatos más significativos priorizando la pluralidad de voces en función de los objetivos propuestos.

Una de las estrategias privilegiadas fue la observación participante que permite a la vez distancia y proximidad, empatía y extrañamiento, cuestionario y charla íntima. En ese proceso el investigador asume papeles que se auto-asigna y que le son atribuidos, en ocasiones sin su consentimiento. Las técnicas de campo implementadas han contribuido al acercamiento a la realidad social tal cual la viven los sujetos, a partir de sus percepciones, experiencias y el significado conferido a sus acciones-, a través de la articulación de diferentes ejes de análisis: a) estructural, referido a las condiciones económicas, sociopolíticas y ambientales que enmarcan los discursos y prácticas incluyendo interlocutores claves dentro del Estado, organizaciones locales y grupos de apoyo; b) procesual, abordando las trayectorias y construcciones histórico-sociales de los actores que participan en estas experiencias; y c) microanalítica, brindando datos sobre los diversos conceptos, percepciones, significados y actitudes de los involucrados.

Como se anticipó, la unidad de estudio escogida estuvo conformada por las transformaciones de dos huertas en la Ciudad de Buenos Aires: la Huerta Orgázmika (2002 - 2009) y la Huerta Libre Parque Abierto (2012 - 2013). Progresivamente y como señalé anteriormente, se retomaron en el análisis otros espacios que permitían profundizar en la comprensión y complejización de lo planteado en la hipótesis de trabajo, como por ejemplo, la Ecoaldea Velatropa (Nuñez), la Huerta El arte de vivir (Villa Crespo), la Huerta Vuelta de Obligado (Parque Patricios), la Huerta del Espacio Albariño (Lugano), el Mburucuyá (Parque Patricios), la Huerta El galpón (Chacarita), la Feria Provincial de Semillas Nativas y Criollas en La Plata, la feria porteña itinerante Buenos Aires Market, la Feria del Productor al Consumidor de la Facultad de Agronomía en La Paternal, la Feria del Encuentro en Caballito, El galpón en Chacarita y la Feria de Malvinas Argentinas y Marcos Paz¹⁴. El universo de análisis contempló todos los actores sociales que resultaron relevantes para cumplir con los objetivos propuestos: huerteras y huerteros de diferentes clases sociales; acampistas; asambleístas; vecinos barriales; referentes de las agrupaciones; visitantes esporádicos; integrantes de instituciones locales; empleados y funcionarios de los gobiernos locales y nacionales¹⁵.

¹⁴ En un trabajo anterior (Gallardo Araya, 2011), señalamos que la definición más utilizada de ecoaldea es la de Gilman (1991) quien la conceptualiza como "un asentamiento humano, concebido a escala humana, que incluye todos los aspectos importantes para la vida, integrándolos respetuosamente en el entorno natural, que apoya formas saludables de desarrollo y que puede persistir indefinidamente". Según Grimberg (2006, p. 113), las aldeas están conformadas por un grupo de personas que vive bajo ciertas reglas consensuadas en comunidad. Generalmente, los integrantes practican la agricultura orgánica, la permacultura y otras dinámicas que buscan el funcionamiento equilibrado del sistema por medio de la biodiversidad (ibíd.). En la mayoría de los casos, se acepta la contribución de personas externas, quienes se acercan por medio de contactos directos, foros de discusión o redes sociales y participan bajo diferentes modalidades como estudiantes, voluntarios, internados y/o pasantes.

¹⁵ En este estudio se utiliza el estilo Harvard para las citas bibliográficas. En cuanto a la presentación, los términos escritos en otro idioma son transcritos en bastardilla. Por su parte, las voces de los entrevistados se referencian mediante comillas dobles. Las citas directas o indirectas que superan las tres líneas se mantienen en el texto pero con otro formato ad hoc (comillas dobles, sangría izquierda e interlineado de 1,5, autor y fecha). En relación a las referencias, si las citas provenían de diarios, páginas y/o videos, la mención se sostuvo dentro del texto y en paréntesis para agilizar la lectura. En cambio, si las citas provenían de entrevistas y/o comentarios, esta referencia se ubicó como nota al pie para no interrumpir el análisis.

2 EL MUNDO DE LAS HUERTAS EN EL MARCO GLOBAL DE LA AGRICULTURA URBANA

2.1 Introducción

“[La tierra es] el escenario en el que el juego de nuestras destrezas procede [y] el suelo en el cual nuestro conocimiento es adquirido y aplicado” (Kant citado en Ingold, 2012, p. 44).

En la Ciudad de Buenos Aires existe una amplia gama de experiencias vinculadas con la producción de alimentos que muy pocas veces es reconocida y que incluye desde pequeñas macetas en los balcones hasta florecientes terrenos ubicados en espacios públicos y/o privados. Desde los trabajos académicos de las ciencias agropecuarias, los fenómenos vinculados a la agricultura realizada dentro de las ciudades son temas marginales e incipientes en comparación con otros debates como el desarrollo rural, las cadenas alimentarias o las transformaciones productivas y sociales en los cinturones hortícolas. A esta cuestión se añade que la experiencia agrícola está dominada por el hacer, ya sea por el interés de los participantes, el activismo propiamente dicho o el involucramiento de los investigadores. Esto a su vez impide en muchos casos la sistematización y la reflexión de las prácticas realizadas.

A pesar de ello se presentan valiosas discusiones que dan cuenta de la gran diversidad de prácticas y la importancia que tienen en el contexto actual caracterizado por la urbanización sin planificación, la creciente migración de los habitantes rurales, el aumento de las actividades informales y la producción doméstica de alimentos (Colao, 2011; Pengue, 2009; Ottmann, 2005; García Prudencio, 2004; Souza Casadinho, 2002; Gutman y Gutman, 1986). Otro grupo de estudios muestra a la actividad huertera como una práctica que permite satisfacer diferentes necesidades en forma simultánea, constituyéndose en un satisfactor sinérgico (Arqueros y Gallardo Araya, 2014; Gallardo Araya, 2007, 2005, 2003; Monzón, 2004; Abruzzese et al., 2003; Lombardo y Viviani, 2002). Debido al estrecho vínculo entre los autores y las diferentes estrategias políticas que promueve la realización de prácticas agrícolas en la ciudad, en dichos trabajos también se analiza la actividad hortelana a la luz de los conceptos y las herramientas de la intervención social. Es decir, con el objeto explícito o implícito de hacer proposiciones técnicas para generar cambios en pos del desarrollo de la comunidad local

(Lapalma, 1995). De esta manera, predomina la alusión al modelo normativo de la agricultura centrándose en lo que la actividad debería ser, cuestión que impide ver lo que sí es hoy en día.

Uno de los objetivos de este capítulo será realizar una revisión genealógica de la agricultura urbana, que es el concepto que ubica la discusión de la temática bajo estudio a nivel internacional. Luego presentaré los aspectos cuantitativos con el propósito de complementar la perspectiva histórica del fenómeno. Posteriormente se caracterizarán las diferentes huertas de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Finalmente, mostraré algunos elementos compartidos en diversos espacios huerteros metropolitanos con el propósito de presentar un universo social particular y así introducir ciertos procesos de apropiación del espacio urbano a partir de la realización de prácticas agrícolas en la ciudad.

Cabe aquí señalar que la reconstrucción del fenómeno en términos cuantitativos y cualitativos dentro de la Ciudad de Buenos Aires y zonas aledañas ha sido el resultado del trabajo ininterrumpido en un programa de extensión universitaria. A partir de la participación en dicho espacio he podido estar en contacto con diferentes huertas en el rol de huertera, docente, asesora técnica y finalmente investigadora para, en palabras de Rockwell (1987, pp. 5–6), observar lo cotidiano, conversar sobre ello con quien se pueda y “conversar por escrito” la mayor parte posible de esa experiencia. Durante los últimos años, el tiempo laboral se distribuyó en múltiples actividades que me obligaron a armar un trabajo discontinuo en el tiempo y extendido en lo espacial para abarcar una gama diversificada de huertas en distintas zonas de la ciudad. Todas estas condiciones -que Rockwell define como el contexto de la investigación- facilitaron otras cuestiones que fueron significativas para el análisis, como por ejemplo, la observación de los cambios de corto y largo alcance así como también la interacción necesaria entre el trabajo conceptual y la observación para modificar las concepciones iniciales acerca del objeto estudiado¹⁶.

¹⁶ Aquí me estoy refiriendo al Programa de Extensión Universitaria en Huertas Escolares y Comunitarias (PEUHEC) que, como mencioné en la introducción de este trabajo, tiene origen y sede en la Cátedra de Extensión y Sociología Rurales de la Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires. La experiencia se constituye como un programa de extensión universitaria que promueve espacios de trabajo, capacitación y encuentro entre: a) grupos de la comunidad que demandan acompañamiento técnico para llevar adelante proyectos de huerta orgánica y b) estudiantes, docentes y unidades académicas de la mencionada Universidad (Arqueros y Puhl, 2002). Reconoce antecedentes a fines de la década de 1980 y desde sus inicios, 1997, empezó a recibir una alta demanda de personas interesadas en la realización de huertas en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y el Gran Buenos Aires.

2.2 El surgimiento del concepto de agricultura urbana a nivel mundial¹⁷

“Somos una organización [...] que trabaja desde el año 1999 para aliviar la desnutrición y la malnutrición infantil en Argentina, mediante la construcción de huertas de media hectárea junto a un invernadero en escuelas rurales de zonas desfavorecidas. Trabajamos en forma solidaria en escuelas rurales primarias en donde haya casos de desnutrición y malnutrición, construyendo huertas comunitarias con el fin de brindar una solución sustentable en el tiempo al hambre de los niños” (Fundación Huerta Niño, 2011).

En este epígrafe se muestra la asociación entre las condiciones de vida precaria y la agricultura, develando uno de los discursos más empleados en el Sur Global: se puede aliviar la desnutrición infantil mediante la construcción de huertas. La cita, que ha sido elaborada por una organización sin fines de lucro con sede en Buenos Aires, permite reflexionar sobre el abordaje asistencialista que se suele dar a los cultivos y el discurso pretendidamente despolitizado en pos de resolver los problemas estructurales de la sociedad. Ese será uno de los temas de este apartado. En primer lugar, me propongo señalar que la agricultura urbana es una categoría de aparición reciente: el ser humano ha producido alimentos en áreas próximas a su residencia desde tiempos remotos. En segundo lugar, aportaré una mirada crítica al concepto de agricultura urbana elaborado por los organismos internacionales con el objeto de precisar algunas narrativas convencionales sobre la agricultura llevada a cabo en nuestra ciudad.

En cuanto al primer punto, cabe aquí reafirmar que las formas de las ciudades estaban marcadas y hasta incluso definidas por la procedencia de los alimentos de manera histórica (Steel, 2009). Desde mediados del Siglo XIX, innovaciones técnicas en el transporte y el desarrollo de las cadenas de frío facilitaron el traslado de los recursos -incluso los perecederos- reduciendo el número de huertas (Halweil y Nierenberg traducción propia, 2007; Peña y Bancroft, 2001; Mougeot, 1994) y aumentando el anonimato de los productos (Steel, 2009). En un estudio realizado en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, se sostiene que la huerta urbana o periurbana ha estado presente hasta un pasado reciente; sin embargo, en el último Siglo, los mismos fenómenos que redujeron la importancia de la agricultura periurbana

¹⁷ Este apartado en una versión anterior fue presentado en las VII Jornadas de Sociología, La Plata (Gallardo Araya, 2012).

comercial también causaron la decadencia de la huerta urbana familiar (Gutman y Gutman, 1986, p. 131). Como parte de los acontecimientos que redujeron este tipo de práctica los autores incluyen, por un lado, el aumento de la densidad de la población, la reducción de los espacios disponibles en la vivienda individual; el desarrollo de las oportunidades de empleo y el aumento de los ingresos. Por otro lado, mencionan además el desarrollo de los sistemas comerciales de aprovisionamiento a distancia y la diversificación de los hábitos de consumo, los cambios en la forma de vida y en los patrones culturales (ibíd.).

Otros autores también señalan que las huertas urbanas disminuyeron debido a una asociación implícita entre la agricultura y aquello considerado como obsoleto, contrapuesto al progreso y las edificaciones (Halweil y Nierenberg, 2007; Peña y Bancroft, 2001; Cruz Hernández, 2000). Por ese entonces podríamos pensar que la agricultura era una actividad vinculada con lo rural, un pasado arcaico, opuesto a lo moderno, que atentaba contra la tecnología, el acceso a la información y la movilidad (Cruz Hernández 2000). Bajo dicha perspectiva, las huertas urbanas fueron mayormente concebidas como espacios de retroceso y los huerteros como minifundistas. Vale decir, pequeños productores conservadores y con escasas “expectativas de progreso, propensión al crecimiento y predisposición para adaptarse al cambio” (Lerner, Foster y Hagen citados en Cáceres et al., 2006). Dichas discusiones binarias -en términos de pasado/futuro y naturaleza/sociedad- persisten en la actualidad, tal como veremos en los próximos capítulos.

La tasa de caída de las huertas urbanas se atenuó en los setenta y los ochenta. Algunos estudios explican el fenómeno como resultado del aumento poblacional y las situaciones de crisis económicas, especialmente para los sectores vulnerables de la población (Mougeot, 2006; Santandreu y Dubbeling, 2002). Uno de los ejemplos más nombrados en la bibliografía especializada es el de la República de Cuba. Según los especialistas la situación cubana fue particular porque, luego de la caída del bloque socialista, Cuba dejó de recibir los insumos necesarios para producir bajo el modelo agrícola industrial (González Novo y Murphy traducción propia, 2000, pp. 333–334). Con la falta de recursos agrícolas, combustibles fósiles y alimentos, los ciudadanos se vieron sumidos en una grave crisis alimentaria que fue agravada por el recrudecimiento del bloqueo norteamericano desde 1992 (ibíd.). De ser una ciudad donde la agricultura era casi inexistente, La Habana se transformó entonces en un territorio donde ninguna parcela podía quedar baldía. El éxito fue posible no sólo por el apoyo gubernamental sino principalmente por la presencia de un conocimiento específico aportado

por los campesinos que se habían trasladado a las ciudades en busca de trabajo¹⁸. Por estos motivos actualmente la Habana es una ciudad de vanguardia en este tipo de cuestiones, ampliamente citada como ejemplo mundial, incluso por las organizaciones internacionales, entre ellas, la FAO cuya oficina está radicada en la isla desde 1968 en pos de “facilitar la cooperación” en aspectos vinculados con el sector agropecuario (FAO, 2010)¹⁹.

Sin embargo, algunos autores afirman que la crisis no es el único factor que impulsa el resurgimiento de la actividad. Diferentes estudios muestran escenarios donde la agricultura se mantiene sin que haya sido necesario experimentar un período de crisis especial (Drescher, 2001a). Por ejemplo, Holmer y Drescher (2006) describen cómo las huertas individuales ubicadas en parcelas comunales de Alemania se sostienen desde mediados del Siglo XIX. Estos autores afirman que los *Kleingärten* o *Schrebergärten* fueron impulsados de manera decisiva cuando el Doctor Schreber solicitó predios con el propósito de que los niños pudieran jugar en un ambiente higiénico y en armonía con la naturaleza en Leipzig (Holmer y Drescher, 2006, pp. 32–33; Aliata y Silvestre, 1994)²⁰. Más tarde, los adultos asumieron el control y el cultivo de los jardines popularizándose en diferentes países europeos (Crouch y Sidblad citados en Holmer y Drescher, 2006). Luego -frente a la situación socioeconómica de la Primera Guerra Mundial- los municipios, las iglesias y los propietarios de las tierras se vieron obligados a ceder el uso de los espacios vacíos a familias rurales migrantes para que pudieran producir sus propios alimentos (Holmer y Drescher, 2006, pp. 32–33). Así al finalizar la Segunda Guerra Mundial en la ciudad de Berlín se contabilizaron un total de 200.000 jardines, de los cuales el 40% continúan funcionando en el Siglo XXI con propósitos vinculados al ocio y la recreación (Drescher, 2001b traducción propia)²¹.

¹⁸ Conversación personal con una integrante del Grupo Nacional de Agricultura Urbana de Cuba, 14/12/12.

¹⁹ Los especialistas locales sostienen que fueron diversos los factores que influyeron definitivamente en el desarrollo de la Agricultura Urbana y Periurbana en Cuba, de los cuales se destacan a) la cantidad de población localizada en zonas urbanas y periurbanas, b) la contradicción existente entre la agricultura basada en la utilización de altos insumos, la mayoría contaminantes y la agricultura más naturalizada, basada en el uso racional de insumos naturales y del potencial productivo local y c) el prolongado período con fuertes limitaciones de recursos o insumos productivos para las tecnologías agrícolas convencionales, producto del recrudescimiento del bloqueo, la guerra económica y la agresividad del gobierno norteamericano contra Cuba” (Rodríguez Nodals y otros citado en Rodríguez Manzano, s.f.).

²⁰ Daniel Gottlob Moritz Schreber (1808 - 1861) fue un médico alemán que dictó clases en la Universidad de Leipzig, Alemania. La mayor parte de sus publicaciones tratan sobre la salud de los niños y los consecuencias sociales de la urbanización durante la revolución industrial. Fue el fundador del movimiento Scherber que se popularizó después de su muerte.

²¹ Los *Kleingärten* se caracterizan por la concentración en un solo lugar de unos pocos a unos cientos de parcelas que se asignan a diferentes familias para cultivar de especies hortícolas, frutícolas y/o florícolas (Holmer y Drescher, 2006; Drescher, 2001b;). Las parcelas de 200 a 400 m² se cultivan individualmente pero están organizadas en asociaciones que se encargan de diferentes tareas, como por ejemplo, arrendar las tierras y mantener los espacios comunes (ibíd.).

Con crisis o sin ella, lo cierto es que determinados proyectos de huerta perduraron en el tiempo, adaptándose a las necesidades y las situaciones históricas. Dichas experiencias no sólo preexisten a la modernidad sino que permiten ser analizadas bajo lo que Latour (2007) llama los fundamentos no modernos. Como hemos visto, las explicaciones focalizadas en la crisis como único móvil del crecimiento de las huertas no es suficiente. En los años setenta y en los ochenta, las prácticas agrícolas dentro de las ciudades aumentaron no sólo por la crisis sino fundamentalmente por un contexto particular. Ciertos planteamientos reflexivos sobre los valores, las instituciones y la práctica misma de la modernidad asumieron un nuevo giro con libros pioneros en cuanto a abordajes ecológicos, como el caso de *Lo pequeño es hermoso* de Schumacher (1973). En dichas propuestas se alentaba la realización de producciones agrícolas domésticas de baja escala y el uso de tecnologías apropiadas en términos económicos, políticos y sociales. En forma paralela, durante 1972 se celebró la primera Conferencia Mundial sobre Medio Ambiente en Estocolmo. En ese espacio y no casualmente, la temática ambiental dejaba de ser, en palabras de Porto Gonçalves (2001), un problema de “hippies románticos” para convertirse en algo institucionalizado con la recomendación de incorporar esta problemática en las agendas políticas²².

En sintonía con Gutman y Gutman (1986, pp. 131–132) considero que el interés por las huertas urbanas responde a numerosos motivos. En los países desarrollados del Norte Global, a la búsqueda de alimentos naturales se suman tradiciones culturales que continuaron asignando una alta preferencia a la vivienda individual y suburbana y a la actividad florihortícola como pasatiempo familiar, en especial en los países anglosajones (ibíd.). En los países del Sur Global, la huerta urbana ha sido propuesta como una forma de mejorar las condiciones de alimentación en los pobres urbanos, crear fuentes de trabajo y reducir las importaciones de los alimentos (ibíd.). En ambos casos, las motivaciones ambientalistas encuentran una forma de hacer a la ciudad más independiente, reducir los costos energéticos del transporte de alimentos y crear ambientes urbanos variados y más naturales (ibíd.). A ello se puede agregar las motivaciones éticas y culturales, como por ejemplo, la relación con la naturaleza, con los

²² Recordemos que -como parte del resultado de la Conferencia de Estocolmo- se emitió una Declaración donde se abordaban los principales problemas relacionados con el medio ambiente: la industrialización, la explosión demográfica y el crecimiento urbano (Foladori y Tommasino, 2000, p. 44). A su vez, se creó el Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente y la Comisión Mundial para el Medio Ambiente y el Desarrollo (WCED) que luego emitiría su informe sobre el ambiente y el mundo, conocido como el Informe Brundtland en 1987 (ibíd.). Cabe mencionar que el espíritu general de dicha Declaración partía de la base de que con la aplicación de tecnologías limpias en los países desarrollados y la transferencia de recursos financieros y técnicos para el Tercer Mundo, junto a políticas de control de la población, se podían solucionar todos los problemas señalados (ibíd.). Sin embargo, también se vislumbraban ciertas contradicciones entre los pobres que veían la necesidad del desarrollo y los países ricos que pretendían controlar la producción y la explosión demográfica (ibíd.).

alimentos y con la autoproducción de las condiciones de vida (ibíd.). De hecho, es precisamente por esos años donde por añadidura “todos” nos hemos vuelto “campesinos” a partir de lo que se conoce como el cuestionamiento ambiental (Latour, 2011).

Luego de diferentes encuentros mundiales, entre ellos la mencionada Conferencia sobre el Medio Ambiente en Estocolmo (1972) y en Rio de Janeiro (1992), también creció el interés por parte de diferentes organizaciones, como la Organización de las Naciones Unidas (ONU). La popularidad que alcanzó la temática se puede observar por la cantidad de libros, informes y eventos que fueron financiados en esa época con el propósito de divulgar las experiencias a nivel mundial. Además, se llevaron a cabo distintas colaboraciones internacionales vinculadas con la agricultura en la ciudad como por ejemplo la *Resource Centres on Urban Agriculture and Food Security* -la RUAF- una red global de organizaciones que se presentaba como un organismo sin fines de lucro, registrado en los Países Bajos desde 1999 y cuyo mandato inicial fue responder a problemáticas vinculadas con el incremento de la pobreza urbana, la inseguridad alimentaria y el cambio climático para el Sur Global (RUAF, s.f. a)²³. En palabras de Gutman y Gutman (1986, pp. 11–12), se podría afirmar que, por ese entonces, la agricultura realizada en las ciudades se dio a conocer como una vía para mejorar la alimentación de los habitantes urbanos de menores ingresos e incluso como una forma de reemplazar total o parcialmente los alimentos que venían de otras zonas del país, principalmente del campo.

2.2.1 La agricultura urbana como categoría política

Como parte del progresivo interés en las prácticas hortícolas, la agricultura urbana ingresa a la agenda internacional a mediados de los años noventa en términos de categoría política, buscando dar respuesta a diferentes preocupaciones, como la viabilidad de las grandes ciudades, el crecimiento de la población y el abastecimiento urbano. En dicho marco, luego de diferentes publicaciones, el Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo de fondos canadienses (CRDI) presentó una de las definiciones más conocidas a nivel mundial. Esa conceptualización tenía como propósito unificar criterios intervencionistas puesto que, según su autor, se necesitaba identificar gradaciones significativas para poder evaluar mejor las situaciones e intervenir con medios adecuados en la promoción y/o la gestión de la actividad

²³ Dichas problemáticas fueron identificadas por un grupo de representantes de 28 organizaciones internacionales que se reunió en Ottawa en 1994 (Canadá). Algunas de las organizaciones participantes fueron el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), el Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo de Canadá (CDRI), la Cooperación Internacional Alemana (GTZ) y el Centro de Cooperación Internacional en Investigación Agronómica para el Desarrollo (CIRAD) (RUAF, s.f. a).

internacionalmente (Mougeot, 2001). Una vez reconocidos los elementos comunes en diferentes estudios de caso,²⁴ la agricultura urbana se definió como:

“una industria ubicada dentro (interurbana) o en la periferia (periurbana) de un pueblo, una ciudad o una metrópoli, que cultiva o cría, procesa y distribuye una diversidad de productos alimenticios y no alimenticios, (re) utilizando en gran medida recursos humanos y materiales, productos y servicios que se encuentran en y alrededor de dicha zona urbana, y a su vez provee recursos humanos y materiales, productos y servicios en gran parte a esa misma zona urbana” (Mougeot traducción propia, 2000, p. 10).

Por medio de la palabra industria, Mougeot muestra reconocer la complejidad de la agricultura incluyendo no sólo los productos alimentarios y no alimentarios (entre ellos el abono, el tabaco, la seda animal, etc.) sino también los recursos y los servicios que aporta al ambiente. En esta definición la agricultura queda delimitada a un lugar particular, la ciudad, y se encuadra bajo una propuesta explicativa específica: el ecosistema urbano. Bajo la utilización de diferentes supuestos de la ecología, los flujos entran y salen del sistema descrito por el autor, develando la presunción no sólo de un espacio urbano entendido como un soporte físico sino también como un escenario geométrico sobre el cual los funcionarios pueden y deben administrar. De esta manera la dimensión sociológica del sistema urbano queda desestimada y junto con ella el ejercicio del poder en términos de intereses específicos que definen el uso del espacio (Delgado, s.f.; Foucault, 1999; Simmel, 1903).

Las acciones llevadas a cabo por los centros de cooperación internacional tuvieron múltiples repercusiones en cuanto al incremento de la actividad agrícola en las ciudades. Así lo demuestra la cantidad de veces que el concepto de agricultura urbana es referenciado en cuestiones vinculadas con la temática, incluso en la ciudad de Buenos Aires. El lenguaje sencillo y directo de los informes, artículos, libros y materiales de apoyo que han sido elaborados para la promoción de la actividad, revela el esfuerzo de los autores por hacer inteligibles sus principios a una audiencia diversificada de funcionarios gubernamentales, planificadores urbanos y técnicos de organizaciones no gubernamentales. Aunque los autores están plenamente al corriente de que la agricultura representa mucho más que beneficios económicos y ecológicos, en estos documentos se observa que las argumentaciones descansan en una noción de agricultura disociada de las relaciones sociales. Los propulsores presumen que el sólo hecho de hacer una huerta en la ciudad permite erradicar el hambre y la pobreza

²⁴ Es decir, los tipos de actividad económica, las categorías y subcategorías alimenticias/no alimenticias de productos, el carácter intraurbano y periurbano del sitio, los tipos de áreas donde se la práctica, los tipos de sistemas de producción, el destino del producto y la escala de producción (Mougeot, 2000).

extrema en términos de seguridad alimentaria (Mougeot, 2006, p. 15)²⁵. Hasta el día de hoy, la agricultura se propone como una forma de resolver o enfrentar los desafíos de los llamados países en desarrollo (Mougeot traducción propia, 2011, 2001), discurso que -como mostraré más adelante- reaparece en los medios de comunicación y en los diferentes sectores de la población porteña. Uno de los libros financiados por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo y más citados en las temáticas vinculadas con la agricultura urbana fue el de Smit, Nasr y Ratta (2001) que por medio de encuestas y observaciones realizadas en 1993 estimó unos 800 millones de agricultores urbanos a nivel global. Sin embargo, existe muy poca información fundada sobre los alcances y las limitaciones de la propuesta. De hecho, en relación a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y alrededores, algunos autores arriban a la conclusión de que las huertas urbanas no pueden reemplazar por sí solas otras estrategias para enfrentar la nutrición (Gutman y Gutman, 1986, pp. 11–12).

Otro hito importante en cuanto a la conceptualización de la agricultura urbana como categoría política se produce cuando la FAO sitúa el tema en su 30ª Conferencia en 1999, realizada en Roma. Considero este hecho relevante porque -en dicho contexto- se elaboró un documento que resulta útil para mostrar algunos elementos del discurso convencional asociados a las oportunidades y a los riesgos de la actividad. Bajo un diagnóstico donde se presupone que la zona urbana superará a las rurales en población y que el suministro de alimentos será un reto considerable para toda la humanidad, la agricultura urbana se enuncia en los siguientes términos:

“pequeñas superficies (por ejemplo, solares, huertos, márgenes, terrazas, recipientes) situadas dentro de una ciudad y destinadas a la producción de cultivos y la cría de

²⁵ Aquí es importante señalar que “seguridad alimentaria” no es sinónimo de “soberanía alimentaria”. El primer término es acuñado por la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) y el segundo por la Vía Campesina en un marco de disputa por los significados. La FAO es una organización que fue creada en 1945 y rige en 191 países miembro, entre los cuales, se incluye la Argentina (Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, 2012); en tanto que, la Vía Campesina nació en 1993 como movimiento mundial de organizaciones de campesinos, trabajadores y pueblos indígenas (Sevilla Guzmán, 2006b, p. 16). Según la FAO (1996), existe seguridad alimentaria “cuando todas las personas tienen en todo momento acceso físico y económico a suficientes alimentos inocuos y nutritivos para satisfacer sus necesidades alimenticias y sus preferencias en cuanto a los alimentos a fin de llevar una vida activa y sana”. En contraste con este concepto -que se centra en la disponibilidad de alimentos-, Vía campesina defiende la soberanía alimentaria, es decir, el derecho a decidir “una producción alimentaria sana, de buena calidad y culturalmente apropiada, para el mercado [interno]” (Sevilla Guzmán, 2006b, p. 16). Bajo esta expresión, Sevilla Guzmán sostiene que no sólo se remarca la importancia de la calidad de los productos, el modo de producción y el origen de los mismos; sino que principalmente se denuncia la relación existente entre la importación de alimentos baratos y el debilitamiento de la producción local (ibíd.).

ganado menor o vacas lecheras para el consumo propio o para la venta en mercados de la vecindad” (FAO, 1999a, p. 2)²⁶.

Al igual que el concepto elaborado por Mougeot (2000), aquí la definición queda supeditada a la ubicación, el tipo de actividad y el fin en sí mismo. A su vez, en diferentes párrafos también se denota el carácter asistencialista, utilitarista y clasista que se le da a la agricultura, como por ejemplo cuando entre las oportunidades de este tipo de prácticas no sólo se mencionan los “posibles empleos e ingresos agrícolas” y las “posibilidades de recuperación y reutilización de desechos” sino también el “acceso de los consumidores pobres a los alimentos por medios distintos a los del mercado” (FAO, 1999a, p. 3). Aunque no se menciona cuál es el modelo apropiado para la producción de alimentos dentro de la ciudad (agroindustrial o agroecológico) ni las consecuencias políticas que conlleva tal decisión, en dicho documento es posible advertir que la actividad está mediada por relaciones de poder desigual. De hecho, allí también se explicita que la contribución de la agricultura urbana depende de otros dos factores como: “el grado en que se aprovechan las oportunidades” y “el conocimiento de cómo pueden vigilarse y controlarse los riesgos” (ibíd.).

Es decir, desde una ideología pretendidamente neutral y despolitizada, las agricultura urbana se presenta como una solución aceptable y deseable para todos los sectores de la población, especialmente aquellos que “carecen del poder adquisitivo necesario” para su alimentación (FAO, 1999a). En dichos discursos, las causas de la “pobreza” o los motivos que explican la “competencia por los recursos” o la falta de acceso a los alimentos no son temas en discusión (ibíd.). Todo lo contrario, la agricultura urbana es comprendida como una estrategia a disposición de aquellos que desean abandonar las situaciones en las cuales están inmersos, por las cuales también se los responsabiliza, siempre y cuando no se afecte el *statu quo social*. Así la resolución de las necesidades alimentarias urgentes, la obtención de ganancias rápidas para los habitantes sin acceso a los bienes básicos y la reutilización de medios desaprovechados como terrenos baldíos, aguas residuales y desechos son sólo algunas de las múltiples potencialidades que se promocionan para el desarrollo de la actividad (FAO, 1999b). En el mismo pie de igualdad y de forma contradictoria, también se perciben ciertas dudas acerca de la contribución que realiza la agricultura urbana al ambiente en su conjunto (FAO, 1999a). En tal sentido, según estos documentos, la agricultura urbana practicada sin control se puede transformar en un peligro social por medio del cual los sectores más desfavorecidos

²⁶ En dicha ocasión también se invitó al Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CRDI) en reconocimiento a su trayectoria en la temática (Mougeot, 2006). Cabe aquí recordar que, como se mencionó anteriormente, es en ese marco institucional donde se publica una de las definiciones de agricultura urbana más reconocidas a nivel internacional.

atentan contra el mantenimiento de los recursos naturales urbanos produciendo deterioros ambientales irreversibles como el “uso inadecuado o excesivo de insumos agrícolas” o la “contaminación microbiana del suelo y el agua” (ibíd.).

En un contexto donde crece el interés en las prácticas agrícolas urbanas y lo social se ambientaliza (Leite Lopes, 2006),²⁷ este tipo de discursos permite establecer cierta conexión entre la categoría agricultura urbana (FAO, 2014, 2010, 1999a, s.f.; Mougeot, 2001, 2000) y lo que algunos autores llaman el pensamiento ambientalista tecnocentrista moderado (Foladori y Tommasino, 2000); o bien con lo que otros definen como el falso discurso ecologista (Alonso y Sevilla y Naredo citado en Sevilla Guzmán y Soler, 2009). Es decir, un mensaje por el cual los organismos internacionales sostienen que:

“el planeta está en peligro, no porque los países ricos hayan desarrollado una forma de producción y consumo despilfarradora de energía y recursos, contaminante y destructora de los equilibrios naturales; sino, porque los países pobres tienen un gran crecimiento de población y deterioran la naturaleza, debido a su pobreza y degradante apropiación de los recursos naturales, mediante la tala de bosques y su esquilmante agricultura” (Sevilla Guzmán y Soler, 2009, p. 34)²⁸.

Bajo esta postura se afirma que los efectos colaterales pueden ser revertidos con la utilización de tecnologías limpias como, por ejemplo, el mejor aprovechamiento de los residuos, el aumento de la productividad en el uso de los recursos naturales y el cambio en el uso de los recursos no renovables hacia renovables (ibíd.). Es en este discurso donde la agricultura urbana -bien controlada- cumpliría con todos los requisitos para ser considerada como técnica sustentable: no sólo facilita el acceso de los alimentos sino también produce beneficios ecológicos por medio de la amortiguación de los ruidos molestos y la reducción del calentamiento global. Así se convierte en una actividad ampliamente avalada y hasta promovida para los diferentes sectores de la población, principalmente los “consumidores

²⁷ Recordemos que esto hace referencia al proceso histórico y creciente de ambientalización de la vida social que ha acuñado Leite Lopes (2006) inspirado en Norbert Elias.

²⁸ En este mismo sentido, Toledo (s.f.) denuncia que uno de los razonamientos centrales de ciertos sectores del ecologismo es creer que la única solución factible y deseable para resolver el problema del ambiente es el inmediato control de la población y esto, dice el autor, es una forma de legitimar el actual orden social. En efecto, para Toledo este pensamiento es un nuevo intento de las clases dominantes para detener el amenazante incremento de las masas “empobrecidas”, las cuales no sólo agotarían los recursos de la Tierra sino que también terminarían acabando con aquéllas (ibíd.). Por otro lado, esto también nos permite pensar cómo en los contextos postcoloniales y neoliberales los países “ricos” aumentan sus ganancias con la anuencia de los gobiernos de países “pobres” al instalar en estos últimos multinacionales extractivas de recursos naturales, generando contaminación, explotación y conflictos locales .

pobres” (FAO, 1999a) quienes -además de no contar con obra social y/o vivienda digna- deben trabajar la tierra para obtener su alimento.

Al respecto, también resulta útil recuperar la concepción de sustentabilidad limitada defendida por los organismos internacionales puesto que es en dicho marco donde se crea la agricultura urbana como categoría. Según Foladori y Tommasino (2000), el pensamiento ambientalista tecnocrático moderado se preocupa por corregir el capitalismo adaptándolo a los problemas que el medio ambiente causa. En función de esta perspectiva, la pobreza no es un problema asociado a las relaciones sociales de desigualdad; por el contrario, el problema se vincula con las consecuencias que la pobreza genera en el ambiente (ibíd.). Supongamos un grupo de productores que realizan sistemas hortícolas dentro de la ciudad. En el discurso institucional de los organismos, el reclamo de la insustentabilidad no apunta a la distribución desigual de recursos o condiciones necesarias para la población, el alegato radica en que la utilización de aguas residuales contamine los alimentos. Así la pobreza resulta de interés en la medida que causa insustentabilidad ecológica. Esto en cierta medida explica por qué en los documentos institucionales es posible encontrar dudas sobre la agricultura urbana, en los siguientes términos: “riesgos para el [ambiente] y la salud derivados de prácticas agrícolas y acuícolas inadecuadas”; “aumento de la competencia por la tierra, el agua, la energía y la mano de obra” y “reducción de la capacidad del [ambiente] para absorber la contaminación” (FAO, 1999a, p. 3).

De aquí se desprende que el discurso sobre la agricultura como una solución para los sectores pobres de la población del Sur Global (Mougeot, 2011, 2001, 2000; FAO, 2010, 1999a) está asociado a una visión cultural de progreso ilimitado, anidado en la institucionalización de la economía y en lo que Leff (2009, p. 162) llama la racionalidad económica. En tal sentido, encontramos algunas preguntas que pueden ayudar a repensar esta conexión implícita entre las prácticas agrícolas y la cuestión asistencialista/utilitarista. La agricultura realizada en las ciudades, ¿es una agricultura de crisis?

2.3 Las actividades agropecuarias: una periodización de la evolución cuantitativa a nivel nacional y local

“El [Pro huerta] está dirigido a población en situación de pobreza que enfrenta problemas de acceso a una alimentación saludable, promoviendo una dieta diversificada y equilibrada mediante la autoproducción en pequeña escala de alimentos frescos por

parte de sus destinatarios. Eso se realiza difundiendo modelos de huerta y granja orgánica de tipo familiar, escolar, comunitario e institucional [autoproducción de alimentos]. La huerta orgánica es una forma natural y económica de producir hortalizas sanas durante todo el año. Natural porque imita los procesos de la naturaleza. Económica porque ahorramos dinero al producir nuestros alimentos. Sana porque producimos sin usar productos químicos” (Díaz et al., 2004).

Como se puede observar en el epígrafe, el Programa Pro huerta, el de mayor envergadura a nivel nacional, no queda al margen de la lógica dominante a la hora de definir a los destinatarios de sus intervenciones. Su abordaje en este trabajo tiene un doble propósito. El repaso por su historia contribuye a conocer en qué contexto y cómo se llevó a cabo esta importante política social dirigida a la promoción de las huertas en nuestro país, a la vez que el Programa aporta datos cuantitativos sustanciales que permiten realizar una periodización de las etapas de la evolución de las huertas bajo su órbita, tanto a nivel nacional como en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, ámbito éste último donde se llevó a cabo nuestro estudio.

A continuación me propongo analizar dichas etapas por medio de diferentes estudios, entre ellos, Teubal y Palmisano (2013), Fernández (2011), Manzanal (2009), Fernández y Erbetta (2007), Lattuada y Neiman (2005), García Prudencio (2004)²⁹. En cuanto a los aspectos cuantitativos de las huertas en la Ciudad de Buenos Aires, debemos señalar que el procesamiento y el análisis de los datos generados por el Pro huerta han sido acciones complejas debido a los intereses involucrados, la amplia cobertura y la cantidad de participantes durante el relevamiento de la información. A pesar de ello -y sin desconocer que los técnicos forman parte del proceso de recolección-, dichos datos resultan significativos para este estudio por dos motivos. Por un lado, son los únicos que muestran las tendencias de las huertas en el mediano plazo (por un lapso de más de veinte años). Por el otro, al menos el 70 % del total de las huertas y granjas relevadas se ubican en las áreas urbanas y periurbanas del país (Pro huerta, 2012). Además, son datos útiles para describir el fenómeno en cuestión y

²⁹ En el caso particular de la tesis realizada por García Prudencio, desconocemos si el autor disponía de las curvas aquí utilizadas. Tampoco disponemos de la interpretación de la última etapa porque el trabajo de campo realizado finalizó en abril de 2003. A pesar de ello, utilizaremos ese trabajo por dos cuestiones que aquí son centrales. Por un lado, se muestran citas directas de entrevistas realizadas al entonces Director Gerente del Programa que ingresó al Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria en 1990 para “iniciar” el Programa Pro-Huerta, siendo su Coordinador Nacional hasta 2006 (Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria, s.f.). Por otro, se analiza el recorrido de dos de los actores más importantes en el proceso de la Agricultura Ecológica Urbana en la Argentina, el mencionado Pro huerta y el Centro de Estudios Producciones Agroecológicas de Rosario (CEPAR).

también originales, en tanto que se conocen pocos programas destinados a la promoción de huertas de alcance nacional a nivel mundial³⁰.

Sin embargo, para hacer uso de estos datos, será importante tener en cuenta algunas consideraciones. En primer lugar, es necesario mencionar que son datos tentativos. Se basan en la estimación, al igual que la mayoría de las cifras mencionadas en los estudios vinculados con las huertas urbanas, como por ejemplo, el ya citado trabajo de Smit, Nasr y Ratta (2001). A su vez, son datos relevados por técnicos con diferentes criterios, entre los cuales se cuenta la contra entrega de paquetes de semillas dirigidos a la “población en condición de pobreza” en múltiples zonas del país y en distintas campañas estacionales (Otoño-Invierno, Primavera-Verano) (Pro huerta, s.f. a). En segundo lugar, al ser un programa focalizado hay experiencias hortícolas que no se ven reflejadas, como el caso de las quintas destinadas a la comercialización o los predios en los cuales las semillas se adquieren de manera privada (Schonwald, 2010a). También hay que reconocer que la población beneficiaria es más amplia puesto que las semillas entregadas por el Programa son un recurso muy solicitado por dos motivos: el alto poder germinativo y la no utilización de agroquímicos³¹. En tercer lugar, aunque los técnicos recolectan valores a nivel local por medio de planillas de registro manuscrito donde se asientan los datos de las familias participantes, como señala Schonwald (2010a) dichas planillas constituyen el insumo principal para la confección de informes nacionales. Esto dificulta el análisis, variando a escala provincial y/o municipal. Por último y no por eso menos importante, ciertos valores no coinciden entre los informes institucionales y las bases de datos, como el caso de la cantidad de huertas en la campaña primavera-verano del año 2002/2003 (451.720) o la cantidad de huertas situadas las áreas urbanas, periurbanas y rurales expresadas en porcentajes³².

A pesar de las dificultades mencionadas, existen ciertos valores del Pro huerta que me gustaría señalar antes de finalizar esta introducción. En términos organizativos, durante el año 2008 la estructura operativa del Programa estaba compuesta por 318 técnicos contratados, 290 técnicos de planta transitoria del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) y 220 técnicos y administrativos del plantel de INTA con colaboración parcial (Schonwald, 2010a).

³⁰ En cuanto al porcentaje de huertas relevadas por el Programa, en el informe se especifica que el 44% se ubica en ciudades menores a 50.000 habitantes y el 29% restante en ciudades mayores a 50.000 habitantes (Schonwald, 2010a).

³¹ Es necesario también señalar que uno de los principales propósitos del Programa es la autogestión en los recursos, característica apoyada por las prácticas de intercambio y la autoproducción.

³² Los propios técnicos del Programa reconocen que existen distintos problemas en cuanto al relevamiento de datos, entre ellos, la heterogeneidad de sistemas operativos, la heterogeneidad de los datos relevados, la falta de análisis, la cantidad de tiempo en la carga y en el procesamiento de los datos (Pro huerta, 2010).

Según datos oficiales, la cantidad de personas involucradas en la campaña otoño-invierno 2011 había alcanzado a 585.860 familias, 6.654 establecimientos escolares y 2.902 grupos comunitarios e institucionales, “lo que representa una población involucrada en las acciones de 3.350.234 personas” (Pro huerta, 2012), mostrando también en esta dimensión el gran alcance del Programa. Paralelamente, en los últimos datos de acceso público (campaña otoño invierno 2013) se manifiesta la existencia de 557.417 huertas, distribuidas en 548.417 familiares (98,38%), 6.703 escolares (1,20%) y 2.756 comunitarias (0,49%) (Pro huerta, s.f. b). La distribución territorial, así como también la continuidad y la solvencia del Programa, son sólo algunos de los elementos que explican su éxito a nivel nacional (Fernández y Erbetta, 2007). Asimismo, es una propuesta que ha sido reconocida en el orden internacional y esto se muestra a partir del año 2005 con la puesta en marcha del Proyecto “Autoproducción de alimentos frescos en Haití”.

2.3.1 El surgimiento del Programa Pro huerta en la Argentina

En cuanto a su conformación, el Programa Pro huerta sólo se comprende si nos remontamos a la Argentina de la década del setenta, momento en el cual se sustituye el modelo keynesiano y la política del Estado de Bienestar por el modelo económico expresado en una política neoliberal (Manzanal, 2000, pp. 78–83). Según ciertos autores, (Benencia y Flood, 1998; Manzanal, 2000), el cambio fue posible por la legitimación de la crisis de la deuda de principios de los ochenta y fue ejecutado a partir de diferentes medidas que llevaron al desmantelamiento de los organismos públicos así como también a la polarización social de la población y a la elaboración de políticas sociales que contrarrestaran los efectos producidos. Al mismo tiempo, una porción importante de las innovaciones institucionales en el sector público agropecuario fue condicionada por organismos multilaterales de crédito que apoyaban, financiaban y promovían la reforma estatal (Benencia y Flood, 1998, p. 9; Lattuada y Neiman, 2005, pp. 21–22). Dentro de los cambios trascendentales en este periodo, se consideraba que el Estado benefactor era ineficaz en la universalidad e ineficiente en la gestión de los recursos y esto dio lugar al concepto de programas focalizados, es decir, una forma de lograr una mejor asignación de los recursos disponibles a través de la definición a priori de los grupos de riesgos a los cuales dichos programas sociales estaban destinados (ibíd.). En ese formato nace el Pro huerta “como un programa compensatorio del ajuste estructural de esos años” orientado al

desarrollo rural -pero con una fuerte incidencia urbana- destinado a los sectores más vulnerables de la población (RUIF, s.f. b)³³.

En función a los antecedentes del Pro huerta, algunos especialistas señalan que se inspira en la experiencia chilena, lugar donde muchos de sus técnicos se formaron desde el año 1985. Dicho estímulo explicaría la cantidad de citas que se utilizan en las cartillas del Programa vinculadas con la agricultura familiar en el mencionado país³⁴. Por otra parte, Gutman y Gutman (1986, p. 138) mantienen que desde los años ochenta cuestiones como la agudización del deterioro económico de la región, el fortalecimiento de las iniciativas a escala local y la mayor conciencia de las necesidades y carencias de las poblaciones pobres urbanas dieron lugar a un interés creciente en los programas de difusión de huertas urbanas a nivel de micro-escala en términos de organización y asesoramiento al horticultor. De hecho, los autores afirman que,

“en 1985, Argentina reconoce el deterioro de las condiciones de vida de su población. El estudio oficial ‘La pobreza en la Argentina’ realizado con datos del censo de población de 1980 identifica un 22% de hogares con necesidades básicas insatisfechas y aunque en porcentajes, las zonas en peor situación son las áreas rurales alejadas, en números de familias, casi un tercio (2,1 millones de personas) se encuentran en el área urbana del Gran Buenos Aires” (Gutman y Gutman, 1986, p. 141).

Frente a esta situación, la propuesta del Pro huerta buscaba dar una doble respuesta. Por un lado, a la crisis hiperinflacionaria del año 1989 que había agudizado “los problemas de abastecimiento alimentario de los sectores más vulnerables de la población”, y por otro, a las demandas específicas de las organizaciones de la sociedad civil que “requerían alternativas

³³ El Pro huerta se origina junto a otros programas como el Programa Social Agropecuario, el Programa “Cambio Rural” y el Proyecto de Desarrollo de Pequeños Productores Agropecuarios pensados para, según Lattuada y Neiman (2005, p. 23), la reconversión empresaria y la asistencia de los sectores más vulnerables de la estructura agraria, tanto de agricultura familiar empresaria como campesina. Hasta el año 1995/1996 fue financiado en su totalidad por el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) (Conversación personal con un ex integrante del Programa, 06/10/15). En el año 2005, en cambio, fue financiado por el INTA con un 30% y por el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación con un 70% (Arqueros, 2010).

³⁴ Comunicación personal con un docente de la Cátedra de Extensión y Sociología Rurales de la Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires, 12/08/12 y 21/06/12. Aquí se abre un nuevo punto en la investigación que está asociado a las múltiples conexiones entre la agricultura para la autoproducción en Chile y en Argentina. Por ejemplo, cabe señalar que uno de los entre promotores de la agricultura urbana, la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación para América Latina y el Caribe (FAO) tiene su oficina regional en Santiago de Chile desde 1955. Según Gutman y Gutman (1986, pp. 170–171) dicha organización contribuía con la publicación de folletos de divulgación del Centro de Educación y Tecnología (CET). El CET es una institución no gubernamental de investigación y difusión de programas sociales que trata, entre otras temas, cuestiones técnicas, organizativas y productivas vinculadas con la horticultura orgánica intensiva (ibíd.). Sus folletos han sido ampliamente citados en las cartillas del Pro huerta. Por otro lado, uno de los autores agroecológicos más conocidos a nivel internacional es Miguel Altieri, de procedencia chilena y cuya formación es las ciencias agropecuarias en la Universidad de Chile. Como el objetivo de esta investigación no es realizar un exhaustivo estudio histórico sobre la agricultura urbana ni los programas de intervención dejaremos para un proyecto futuro la aproximación y el estudio sobre dichos vínculos.

originales de intervención en lo alimentario” (Pro huerta, 2012). Recordemos que, por ese entonces, una de las transformaciones más profundas de la política neoliberal se asociaba a la cuestión alimentaria y a la red de relaciones que se gestaban en torno a la producción y el acceso a la alimentación. Esto era el resultado de, en palabras de Teubal y Rodríguez (2002), la concentración, la extranjerización y la integración vertical del capital por parte de empresas agroindustriales en detrimento de las pequeñas y medianas empresas.

Por otra parte, los técnicos del Pro huerta no sólo recomendaban la realización de huertas privadas y públicas. También reconocían los límites de la actividad al admitir que el impacto en la alimentación se consideraba marginal y que las experiencias previas adolecían de escala, continuidad y resultados evaluables (Pro huerta, 2012). Esto significa que, desde sus inicios, los especialistas advertían que la autoproducción no resolvía por sí sola las condiciones estructurales de la pobreza. Las formas de intervención debían estar acompañadas de cambios estructurales. A pesar de estas limitaciones los técnicos se inclinaban por apoyar la propuesta para -por lo menos- contribuir con el ofrecimiento de nuevas oportunidades (Pro huerta, 2012).

2.3.2 La evolución de las huertas a nivel nacional (periodo 1990-2012)

En el gráfico de la Evolución Operativa del Pro huerta se puede observar que mientras en la Primavera Verano (PV) 1990/1991 se registró el trabajo en 4.446 huertas, casi 20 años después ese mismo número se multiplicó 140 veces (PV 2009/2010) alcanzando un valor máximo de 628.236 en PV 2008/2009 (Gráfico N°1). Con más detenimiento también se puede advertir que la cantidad de huertas ascendió de manera casi ininterrumpida hasta la PV 1998/1999 con un pico de 455.170 aproximadamente. Luego, a partir del Otoño Invierno (OI) 1999 y hasta el final del periodo representado, el crecimiento fue discontinuo, alcanzando no sólo los descensos más pronunciados sino también los valores máximos de huertas a nivel nacional. Todos estos datos permiten identificar tres etapas significativas durante la Evolución Operativa del Programa: 1) PV 1990-1991 a PV 1998/1999 donde se produce un crecimiento exponencial; 2) OI 99 a PV 2001/2002 donde el comportamiento de los datos presenta ascensos y descensos pronunciados y 3) OI 2002 a OI 2010 donde los cambios en cuanto a las cantidades de huertas entre campañas son cada vez menores mostrando una tendencia creciente pero no exponencial, alcanzando un *plateau* o meseta a partir de la PV 2007/2008 y cierta tendencia a la baja en las últimas campañas.

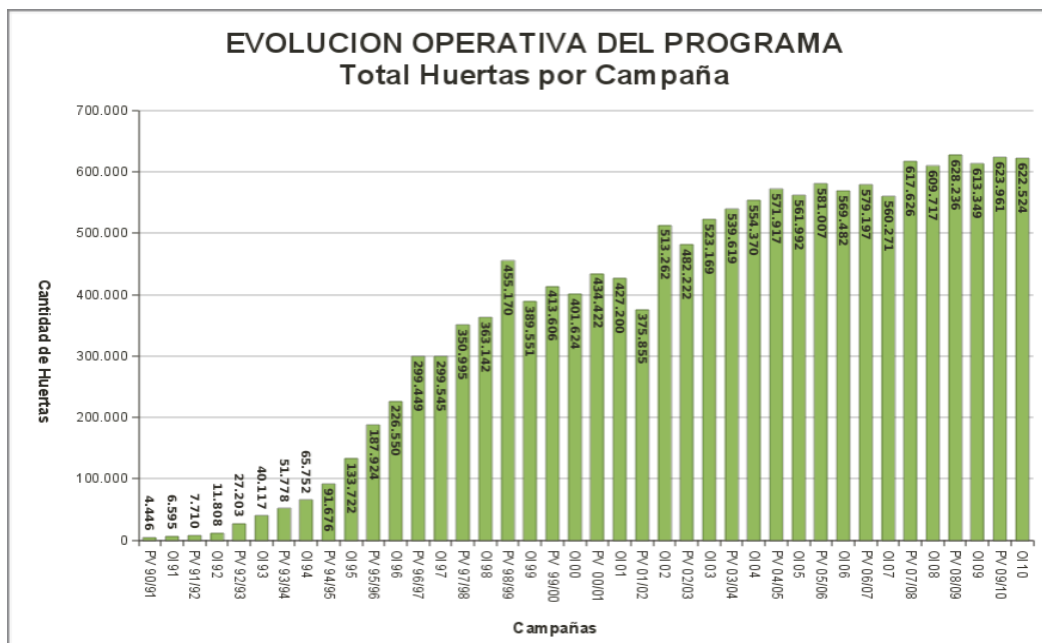


Gráfico Nº1. Total de huertas a nivel nacional. Evolución. Fuente: Plan Operativo Anual 2011. Anexos (Pro huerta, 2011)³⁵.

La primera etapa que muestra el gráfico anterior (PV 1990-1991 a PV 1998/1999) es coincidente con el primer ciclo expansivo de los artefactos de la globalización señalado por (Ciccolella, 2009), producto de la administración menemista (08/07/89-10/12/99) que, como se expresó con anterioridad, impulsó la reforma estatal, la desregulación económica, la convertibilidad peso-dólar y la privatización de empresas estatales y servicios públicos³⁶. Dichas medidas conformaron un escenario macroeconómico sumamente atractivo para una nueva generación de inversiones dirigidas fundamentalmente al sector de servicios y a la adquisición de empresas, muy especialmente las del complejo agroalimentario, provocando una acelerada globalización de la economía argentina hacia fines de la década y su consecuente polarización social (ibíd.). El sector agropecuario, respondió a las nuevas condiciones estructurales con lo que Lattuada y Neiman (2005, pp. 9-10) llaman una paradoja de crecimiento con exclusión. Mientras se duplicaba la producción y el volumen de las exportaciones, también se producía un proceso de concentración y exclusión que afectaba a productores campesinos, familiares capitalizados y trabajadores del sector en general. En dicho contexto y como ya se ha señalado, nace el Pro huerta como una “prueba piloto” en el marco del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) por recomendación de la

³⁵ El Plan Operativo Anual consiste en un informe de gestión del año en curso donde se describen las actividades realizadas y la planificación presupuestaria junto a las acciones previstas para el año siguiente (Schonwald, 2010a).

³⁶ Los artefactos de la globalización son conceptualizados como nuevos objetos urbanos como las autopistas, los centros de negocios, los shoppings, los hipermercados, los centros de espectáculos, los parques temáticos, los barrios privados, los countries verticales, las plantas industriales y la hotelería internacional (Ciccolella, 1999).

Secretaría de Agricultura que convocó a un comité de expertos para formular un programa que fuera capaz de asegurar la alimentación de una población en estado de inseguridad alimentaria cada vez más creciente (García Prudencio, 2004). Para este autor, el hecho de que el Pro huerta se introdujera como programa “estrella” en la estructura del INTA en un momento delicado de la financiación propia derivó en un doble discurso: por un lado significaba un ingreso económico considerable para la institución; por el otro, la incorporación de un modelo que no era totalmente aceptado por un organismo caracterizado por la alta utilización de inputs y outputs agrícolas (ibíd.). Al respecto, el Director Gerente del Pro huerta en una entrevista comentaba que,

“el Programa seguiría, si se observaba que funcionaba, y que las cosas que estaban escritas primero en el papel se empezaban a reflejar de buena manera en la realidad; sin que [...] se viera contaminado por cuestiones de carácter político partidario; ...si [...] demostraba que funcionaba bien podía continuar ampliándose, si [...] presentaba problemas de carácter político se desactivaría inmediatamente” (Entrevista al Director Gerente del Pro huerta 2003, García Prudencio, 2004, p. 114).

El Pro huerta se inicia así en cuatro provincias: Gran Buenos Aires, Santa Fe, Chubut y Mendoza; mientras que al segundo año se unen voluntariamente provincias cercanas y al tercer año el seguimiento crece hasta involucrar a casi la totalidad del país (García Prudencio, 2004, pp. 114-115). Esto explicaría la multiplicación de experiencias en los primeros años, alcanzando un nivel máximo en el año 1998 en cuanto a, por un lado, definición, aplicación y campo de actuación; y por otro, presupuesto asignado, número de huertas funcionando, técnicos de campo contratados y promotores asociados (ibíd.).

La segunda etapa que muestra el Gráfico N°1 con puntos de crecimiento acompañados por ascensos y descensos pronunciados (OI 99 a PV 2001/2002), se enmarca en la prolongada crisis económica que se inicia a fines de 1998 y que se torna dramática y también política en el periodo 2001-2002. Por ese entonces, los problemas financieros y las restricciones presupuestarias son comunes en los diferentes Programas de Desarrollo Rural pero las dificultades fueron particularmente graves en los años de la crisis (previo al 2001 y en el 2002) (Manzanal, 2009). Al respecto, García Prudencio (2004) sostiene que en el segundo semestre del año 1998 el Gobierno Nacional decidió reducir su presupuesto, a pesar del éxito que tenía el Pro huerta. Así se imposibilitó la ejecución debido a, en palabras del Director Gerente, “el fuerte protagonismo que estaba asumiendo en lo social”. Frente a los reclamos de aquellos que estaban implicados, el Director afirmarí que,

“[el Gobierno asumía] que [era] menos costoso el pago de los 4 millones de pesos que restaban para completar el plan, que tener tantos frentes conflictivos abiertos por el eventual cierre del Programa” (Entrevista al Director Gerente del Pro huerta 2003, citado por García Prudencio, 2004, p. 123).

A pesar de los problemas financieros y por efecto del apoyo popular, durante la presidencia de De la Rúa (10/12/99 a 21/12/01) el Pro huerta sobrevivió siendo uno de los pocos programas nacionales que permaneció sin grandes modificaciones en cuanto a la denominación, la conformación del equipo directivo, la organización institucional y el presupuesto requerido (García Prudencio, 2004)³⁷.

En referencia a la tercera etapa del Gráfico N°1 (OI 2002 a OI 2010) observamos que en el inicio se produce un aumento considerable del número de huertas que puede ser comprendido como una respuesta a la prolongada crisis económica, social y política. De hecho, ciertos indicadores muestran con crudeza la situación. En junio de 2002, por ejemplo, se estimaba que más de la mitad de la población era pobre (18 millones de personas), mientras que el 22% no tenía ingresos o medios suficientes para acceder a la canasta de bienes alimenticios básicos (Teubal y Palmisano, 2013, p. 50). En el año 2003, la diversidad y la complejidad de la red asistencial era tal que bajo la Ley N° 25.724/03 se crea el Programa Nacional de Seguridad Alimentaria “El Hambre más Urgente” (PNSA) con el propósito de concentrar y dar coherencia a las distintas iniciativas estatales vinculadas con la alimentación (ibíd.). Allí se articularían diferentes programas alimentarios como el Fondo Participativo de Inversión Social, el Programa Comedores Escolares y, junto con ellos, el programa en cuestión (Plan Nacional de Seguridad Alimentaria, s.f.). El Pro huerta permanecería activo aunque con serios problemas en los primeros años para la ampliación de su ejecución debido a la falta de financiación.

A partir de allí la economía se reactivó aprovechando diferentes factores, entre ellos, los altos precios de las exportaciones agrícolas y el crecimiento de la economía de servicios y del sector de la construcción. Por esos años también ocurrían cambios en lo institucional, tales como, una mayor claridad entre las competencias del Ministerio de Desarrollo Social y las dependencias vinculadas a la actividad agropecuaria³⁸. En tal sentido algunos autores sostienen que el

³⁷ Parte de esta información ha sido corroborada a partir de diferentes comunicaciones personales con técnicos del Programa en el año 2001 que expresaban dificultades como la precarización laboral y la falta de acceso al presupuesto en tiempo y forma.

³⁸ Recordemos que en ese período, las instituciones financiadoras del Pro huerta fueron bipartitas, el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria y el Ministerio de Desarrollo Social con un porcentaje del 30 y 70 respectivamente (Arqueros, 2010).

Gobierno Nacional conducido primero por el presidente Kirchner (2003-2007) y luego por Fernández de Kirchner (2007-2015) inició un proceso para incrementar y consolidar las condiciones y las capacidades presupuestarias, organizativas, reglamentarias y humanas en pos de llevar efectivamente adelante políticas sectoriales y de desarrollo rural explícitas, activas e inclusivas (Lattuada et al., 2015, p. 77). Esta tendencia se vio reforzada a partir de la creación de estructuras responsables del desarrollo rural y de la agricultura familiar en 2008, y su posterior jerarquización ante la elevación de la Secretaría de Agricultura, Ganadería y Pesca de la Nación al rango de Ministerio en 2009, así como en el fortalecimiento del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (ibíd.). En relación a las huertas, todos estos cambios se reflejaron en un aumento constante con una inclinación decreciente a partir del año 2009.

Para finalizar este primer análisis, utilizaré la Tasa interanual de Huertas Totales porque es allí donde las tres etapas mencionadas resultan notorias (Gráfico N°2). Cabe aquí señalar que dicha tasa ha sido posible a partir del cálculo del promedio de huertas entre campañas y la incorporación de nuevos datos, 2011 y 2012. El cálculo corresponde a la evolución de las huertas año a año, es decir, $[(\text{cantidad de huertas año 2} - \text{cantidad de huertas año 1}) \times 100 / \text{cantidad de huertas año 1}]$.

Esto significa que entre el año 1998 y 1999, por ejemplo, las huertas totales a nivel nacional decrecieron un 1,85%. En el gráfico esto se representa por medio de una línea descendiente. Este tipo de análisis ha permitido identificar cinco datos de interés que complementa lo observado en el Gráfico N°1: tres puntos de crecimiento y dos de decrecimiento que dan indicios de una cuarta etapa en la evolución operativa del Pro huerta que abarca a partir de otoño invierno 2009 y hasta otoño invierno 2012.

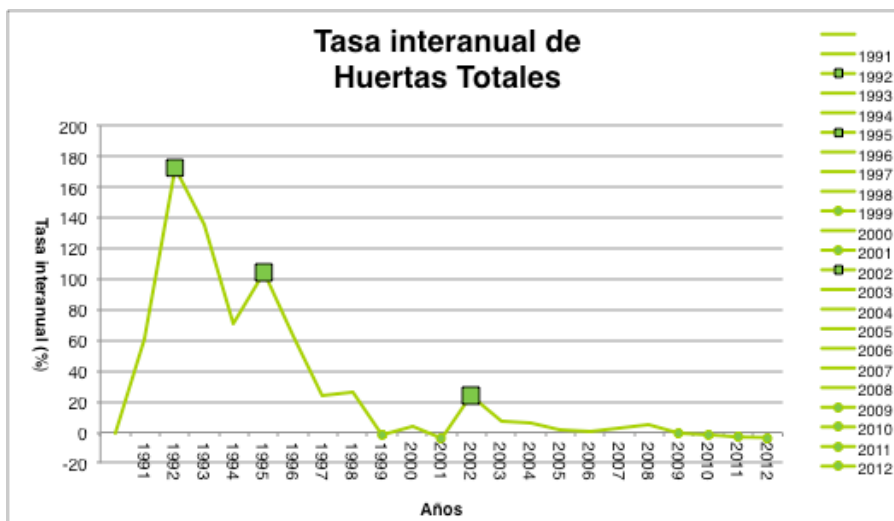


Gráfico N°2. Total de huertas a nivel nacional. Tasa interanual. Elaboración propia con datos de Plan Operativo Anual 2011. Anexos (Pro huerta, 2012a) y Banco de Datos con sus valores históricos definitivos (Pro huerta, s.f.)³⁹.

Los picos de crecimiento ocurridos durante la primera etapa en el año 1992 y 1995 (172,70% y 104,31% de crecimiento interanual respectivamente) pueden estar asociados con los cambios en el financiamiento del Programa. Como mencionamos anteriormente, en respuesta a la situación hiperinflacionaria del año 1989 y en un marco donde lo social se fue progresivamente ambientalizando (Leite Lopez, 2006), el 8 de agosto de 1990 el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) lanzaba el Programa Integrado Pro Huerta, en el formato de proyecto interregional con una duración de tres años que comprometía a toda la institución (Fernández y Erbetta, 2007). Según estos autores -uno de ellos coordinador provincial-, el encuadre institucional no sólo favoreció la distribución territorial de la propuesta hortícola sino también la continuidad y la solvencia. Esto hizo que, a fines de 1992, el Gobierno Nacional ampliara su operatoria y lo articulara con el conjunto de las políticas sociales mediante el apoyo financiero del área social del Estado, primero a través del entonces Ministerio de Salud y Acción Social y luego, desde 1995, mediante la ex Secretaría de Desarrollo Social de Presidencia de la Nación (Schonwald, 2010a, pp. 74–75; Fernández y Erbetta, 2007). Durante esos años, la escala de cobertura creció de manera exponencial en función de la demanda y, en simultáneo, se integraron actividades tales como la cría casera de animales de granja y frutales (Fernández y Erbetta, 2007).

³⁹ Los valores marcados con cuadrado indican los tres puntos positivos más importantes, siendo la principal la del año 1992. Los valores marcados con círculos muestran los puntos negativos, siendo el más pronunciado el del año 2001.

El punto de crecimiento interanual que se produce en la segunda etapa, en cambio, es menor en comparación con los dos picos anteriores (1992 y 1995). Dicho punto se enmarca luego de un descenso pronunciado de huertas en el año 2001 que podría estar explicado -en parte- por los problemas financieros mencionados en el trabajo de García Prudencio (García Prudencio, 2004, pp. 111–133) aunque también por los efectos de la crisis socioeconómica del año 2001, dimensión no mencionada en el citado análisis. De hecho, se podría pensar que el crecimiento de las huertas era un espejo de la crisis, momento en el cual las huertas parecían cada vez más importantes para el conjunto de la sociedad. Debido a esto, la cantidad de consultas que llegaban a la Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires iba en aumento, mostrando un interés pocas veces visto. Precisamente en el 2002, la desocupación también se hacía superlativa cuando las tasas se ubicaban en torno al 20%; siendo especialmente grave el fenómeno en el Gran Buenos Aires, donde llegaban casi al 23% (Ciccolella, 1999). Recordemos que, en dicho período, diversos sectores sociales comenzaron a participar en movilizaciones y formas de protesta que no respondían a las modalidades habituales (Fernández, 2011, pp. 37–58). Allí los sujetos construían sus propios espacios-tiempos, a los costados, en los intersticios, en las fisuras y también por fuera de los poderes instituidos (ibíd.). Esto conducía a la organización de eventos o la inauguración de nuevos lugares, entre ellos, huertas comunitarias, comedores y/o ollas barriales, eventos culturales, espacios de asistencia médica, de atención psicológica en plazas y emprendimientos (ibíd.).

Como se ha anticipado, la curva de la Tasa interanual de Huertas Totales también muestra dos períodos de tendencia decreciente. El primero se produce en el lapso de 1999 y 2001 probablemente asociado a las dificultades financieras y a la crisis económica, social y política de esos años. El segundo se origina en el año 2009 y se mantiene hasta el año 2012 sugiriendo que, a partir del año 2009 y a esta parte, el número de huertas ha decrecido.

2.3.3 La evolución de las huertas familiares, escolares y comunitarias a nivel nacional (periodo 1990-2012)

En este apartado analizaré con más detalle el gráfico de la Evolución Operativa del Programa (Gráfico N°1) y la Tasa interanual de Huertas Totales (Gráfico N°2) en función de la tipología establecida por el Programa Pro huerta, es decir, las huertas familiares, escolares y comunitarias. Esto nos permitirá mostrar ciertas diferencias y, junto con ello, nuevos datos tal

como se observa en los gráficos que se presentan a continuación (Gráfico N°3, N°4 y N°5)⁴⁰. Cabe aquí mencionar que la tasa interanual de cada tipo particular de huerta fue construida de la misma manera que la tasa interanual de huertas totales, vale decir, promediando el número de huertas por año, incorporando los datos del 2011-2012 y utilizando la siguiente fórmula: $[(\text{cantidad de huertas año 2} - \text{cantidad de huertas año 1}) \times 100 / \text{cantidad de huertas año 1}]$.

⁴⁰ En esta presentación se privilegió la ubicación de los gráficos en miniatura en pos de facilitar la comparación; sin embargo, para mayor detalle se recomienda ver los anexos. Los valores marcados con cuadrado indican los tres puntos positivos más importantes. Los valores marcados con círculos señalan todos los puntos negativos. El mayor punto de crecimiento en las huertas familiares, escolares y comunitarias fue el del año 1992, 1993 y 1991, respectivamente; mientras que en el caso del punto de decrecimiento los años negativos fueron el 2001, 2001 y 2008, correspondientemente.

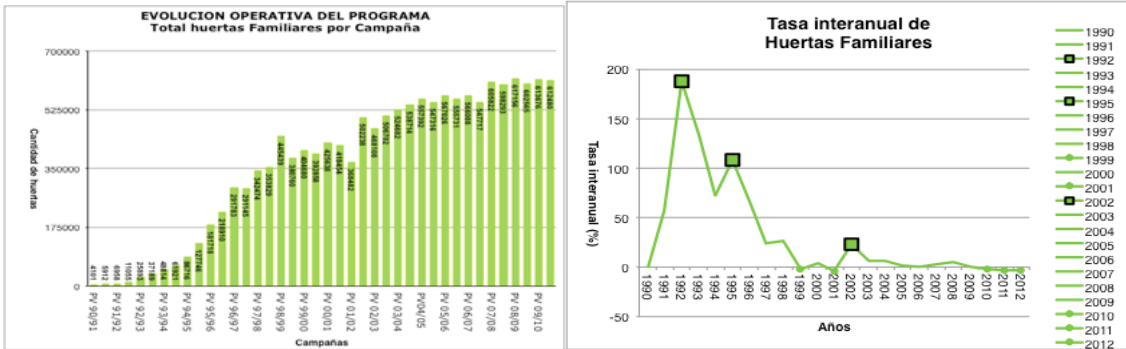


Gráfico N°3. Total de huertas familiares a nivel nacional. a) Evolución. b) Tasa interanual. Elaboración propia con datos del Plan Operativo Anual 2011 - Anexos (Pro huerta, 2011) y Banco de datos con sus valores históricos definitivos (Pro huerta, s.f. b).

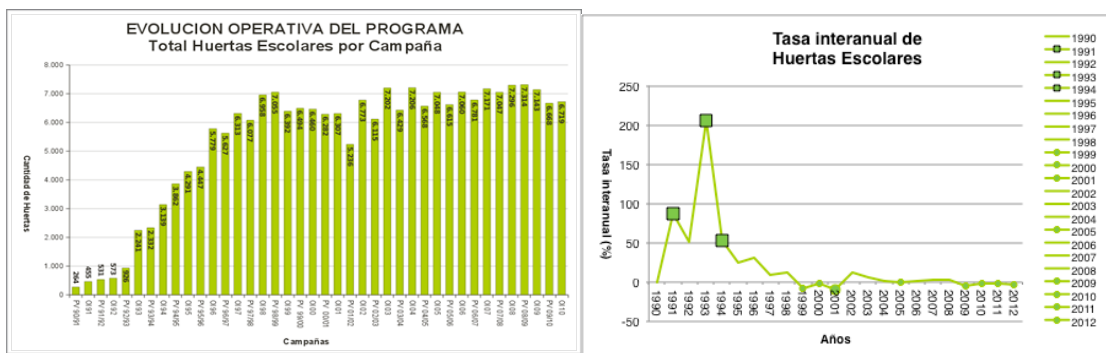


Gráfico N°4. Total de huertas escolares a nivel nacional. a) Evolución. Fuente: Plan Operativo Anual 2011 - Anexos (Pro huerta, 2011). b) Tasa interanual. Elaboración propia con datos del Plan Operativo Anual 2011 - Anexos (Pro huerta, 2011) y Banco de Datos con sus valores históricos definitivos (Pro huerta, s.f. b).

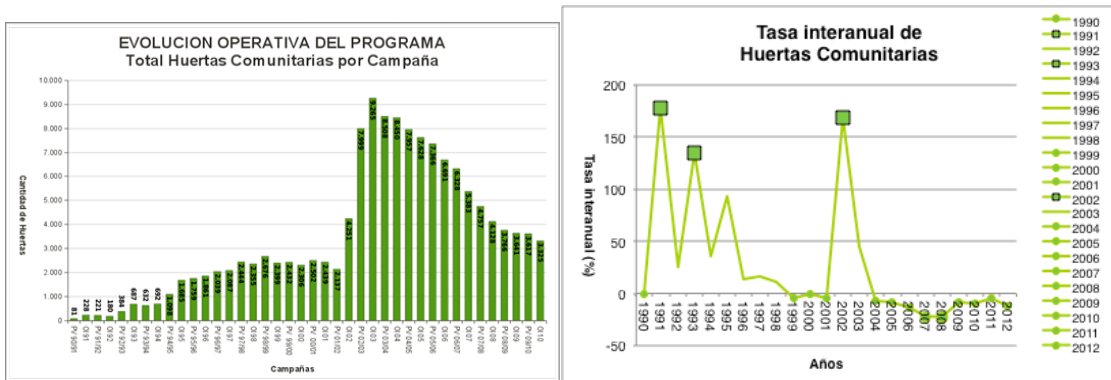


Gráfico N°5. Total de huertas comunitarias a nivel nacional. a) Evolución. Fuente: Plan Operativo Anual 2011 - Anexos (Pro huerta, 2011). b) Tasa interanual. Elaboración propia con datos del Plan Operativo Anual 2011, Anexos (Pro huerta, 2012a) y Banco de Datos con sus valores históricos definitivos (Pro huerta, s.f. b).

En el Gráfico N°3a se observa un Programa que empezó su trabajo con 4.101 huertas familiares (PV 1990/1991) multiplicó el número de huertas casi 150 veces 20 años después (PV 2009/2010), siendo este tipo de huerta la que más se incrementó en el período. Allí es posible identificar tres etapas significativas: 1) PV 1990-1991 a PV 1998/1999 donde se produce un crecimiento casi ininterrumpido; 2) OI 1999 a PV 2001/2002 donde se observan diferentes altibajos, 3) OI 2002 a OI 2010 donde el número de huertas continuó creciendo pero de manera menos pronunciada mostrando una tendencia a la estabilización (*plateau*). Como se puede observar, la evolución de las huertas familiares es muy similar a la curva de las huertas totales y esto se debe a que es el tipo de huertas que predomina a nivel numérico. Sin embargo, con más detenimiento es posible identificar tres excepciones de esta similitud. Por un lado, mientras que las huertas familiares se mantuvieron constantes en el año 1993 y bajaron en el año 1996, dichos cambios no se reflejaron en la curva de huertas totales debido al crecimiento de otro tipo de huertas, las escolares. Por otro lado, si bien la curva de la tasa interanual de huertas familiares tiene valores negativos entre 1999 y 2001, dicha tendencia se reinicia en el año 2010, un año después de lo que ocurre en las huertas totales revelando que allí desciende otro tipo, las huertas comunitarias. Finalmente, en el Gráfico N°3b también es posible identificar una cuarta etapa a partir del año 2010 donde se observa una tendencia decreciente de huertas familiares.

En el Gráfico N°4a la Evolución Operativa del Programa del Total de Huertas Escolares muestra un comportamiento diferente en comparación con lo que ocurre a nivel familiar. Estas divergencias pueden interpretarse como insignificantes en función del aporte mínimo que realiza a la curva total, salvo en los dos años mencionados en el párrafo anterior (1993 y 1996) que pueden estar explicados por el mayor financiamiento en 1992 y 1995, respectivamente. La cantidad de huertas escolares iniciales fue de 264 (PV 1990/1991) multiplicándose sólo unas 25 veces en 20 años (OI 2010) lo que representa un valor muy inferior en comparación con el crecimiento de las huertas familiares cuyo valor fue de 617.156. Mientras tanto, el valor máximo de huertas escolares fue alcanzado en la PV 2008/2009 con 7.314, valor que coincide con la curva de las huertas familiares. En términos evolutivos, las huertas escolares ascendieron desde la PV 1990/1991 hasta el OI 1996 para luego mostrar oscilaciones que se mantuvieron hasta la PV 1998/1999. A partir del OI 1999 las variaciones continuaron pero con una menor intensidad hasta que en la PV 2001/2002 se produjo el descenso más brusco. Desde dicha campaña en adelante, la curva se estabilizó. Esto nos conduce a la identificación de dos etapas únicas: 1) PV 1990/1991 a PV 1998/1999 donde se produce un crecimiento exponencial principalmente en los primeros años y 2) OI 1999 a OI 2010 donde se produce una

caída abrupta en PV 2001/2002 y una posterior saturación diez años antes que en el resto de las curvas, mostrando cierto interés sostenido en el tiempo. Por medio del Gráfico N°4b, Tasa Interanual, también se puede observar que la tendencia decreciente iniciada en el año 2009 se mantiene hasta el año 2012.

En el Gráfico N°5a, las huertas comunitarias muestran una evolución que difiere aún más de las curvas anteriores; de hecho, son las huertas que más se reducen en el último período. Sin embargo, dicha evolución tuvo una repercusión mínima en la curva de huertas totales debido a las bajas cantidades que representa. Por ejemplo, el número inicial de huertas en el año 1990 (PV) registró un valor de 81 huertas multiplicándose 44 veces 20 años después (PV 1999/2010). A su vez, la cifra máxima se produjo en el OI 2003 con 9.265, año no coincidente con el resto de las curvas donde el mayor valor se efectuó en PV 2008/2009. Por otro lado, el crecimiento de este tipo de huertas se logró en las dos primeras estaciones y es leve en comparación con el resto de los gráficos. Luego ese crecimiento se transformó en continuas oscilaciones durante cinco campañas, retomándose recién en el OI 1994 pero en forma moderada y de manera continua hasta la PV 1997/1998. A partir de ese punto las variaciones se repitieron hasta la PV 2001/2002 e inmediatamente se originaron tres saltos de crecimiento sugestivos -OI 2002 con 4.251 huertas, PV 2002/2003 con 7.999 y OI 2003 con 9.265 huertas respectivamente- que tampoco se tradujeron en la curva de huertas totales dominada por las cantidades de las huertas familiares. Posteriormente, las huertas descendieron sin interrupción hasta el OI 2010. Todos estos valores nos permiten señalar tres etapas significativas: 1) PV 1990/1991 a PV 2001/2002 donde se produce un crecimiento que no es exponencial sino moderado en comparación con el resto de las curvas, con un pico máximo de 2.676 en PV 1998/1999 y un principio de descenso en los años posteriores; 2) OI 2002 al OI 2003 con ascensos pronunciados y 3) PV 2003/2004 a OI 2010 con un descenso importante en el inicio y paulatino en los últimos años que se mantiene hasta el año 2012 como se observa en el Gráfico N°5b. Cabe aquí mencionar que la Tasa interanual (Gráfico N°5b) también confirma que las huertas comunitarias son las de mayor variabilidad en comparación con el resto de los gráficos. Parte de esto se puede deber a que dichos espacios tienen un mayor nivel de complejidad en comparación con las familiares y las escolares, donde se observa un importante respaldo organizativo muchas veces asociado a la disponibilidad de los recursos y la pertenencia institucional.

A continuación se presenta un cuadro resumen con las etapas citadas. Aunque las campañas estacionales son importantes por la superposición de datos no se mencionarán con el objeto de simplificar la información (Otoño-Invierno y Primavera-Verano).

Huertas Totales	Huertas Familiares	Huertas Escolares	Huertas Comunitarias
1990/1991 a 1998/1999 (crecimiento exponencial)	1990/1991 a 1998/1999 (crecimiento exponencial)	1990/1991 a 1998/1999 (crecimiento exponencial)	1990/1991 a 2001/2002 (crecimiento moderado)
1999 a 2001/2002 (oscilaciones)	1999 a 2001/2002 (campana de Gauss)	1999 a 2012 (estabilización - decrecimiento)	2002 a 2003 (ascensos pronunciados)
2002 a 2009 (crecimiento-estabilización)	2002 a 2009 (crecimiento estabilización)		2003/2004 a 2012 (decrecimiento)
2010 a 2012 (tendencia decreciente)	2010 a 2012 (tendencia decreciente)		

Tabla N°1 Etapas en la evolución de las huertas vinculadas con el Pro huerta. Elaboración propia con datos del Plan Operativo Anual 2011 - Anexo (Pro huerta, 2011) y el Banco de datos (Pro huerta, s.f. b).

A partir de los gráficos presentados anteriormente se pueden destacar tres cuestiones de interés. Por un lado, seis puntos de crecimiento pronunciado confirman la primera conclusión de este apartado: existe una tendencia creciente de las huertas desde 1990 a 1998. En 1991 y 1993, el principal crecimiento se produjo en las huertas escolares y comunitarias; en 1992 el ascenso estuvo mayoritariamente representado por las huertas familiares; en 1995 por las huertas familiares y comunitarias y en 1996 por las huertas escolares. Por otro lado, aunque el crecimiento fue menor en comparación con los otros años, el año 2002 se convirtió en un momento destacado porque se manifestó en todo tipo de huertas, principalmente en las experiencias comunitarias. Posteriormente el número de huertas se mantuvo relativamente estable. Finalmente, estos gráficos también revelan una tercera conclusión: existe una tendencia actual decreciente de huertas que se manifiesta incorporando los datos de la Tasa interanual desde el año 2009 a 2012. Se observaron doce puntos de descenso interanual, siendo las más afectadas las huertas comunitarias. Al respecto es posible observar que todas las huertas decrecieron en 1999, 2001, 2010, 2011 y 2012; en cambio, en el año 2000, 2005 y 2009 disminuyeron las huertas escolares y comunitarias, mientras que en el año 2004, 2006, 2007 y 2008 sólo se redujeron las huertas comunitarias⁴¹.

⁴¹ Otro dato que puede ser útil es que, entre la PV 1990/1991 y la PV 2009/2010, el tipo de huertas que más se multiplicó fue el de las huertas familiares mientras que el que menos se acrecentó fue el de las huertas escolares.

La construcción de estos datos ha permitido ponderar por lo menos tres factores asociados a la evolución de las huertas de manera combinada: la institucionalidad, la organización política y las condiciones materiales. Como se ha mencionado en apartados anteriores, luego de un contexto de crisis inflacionaria, el afianzamiento institucional del Pro huerta en términos de financiación parece explicar los ascensos abruptos de huertas totales en el año 1992 y 1995, particularmente de las huertas familiares. Sin embargo, frente a las múltiples adversidades materiales que se produjeron por efecto de las crisis del 2001, muchas experiencias no sólo continuaron sino que se multiplicaron, siendo activamente sostenidas y defendidas por diferentes sectores de la población. Por otro lado, las huertas escolares muestran que la crisis tampoco es el único elemento que las explica puesto que la temprana estabilización de la tasa interanual a partir de la campaña PV 1998/1999 por más de diez años revela la existencia de un campo ávido de experiencias hortícolas, que se produce -no casualmente- en un contexto de creciente ambientalización de la vida social asociado a la educación ambiental como nuevo código de conducta individual y colectiva (Leite Lopes, 2006, pp. 34–36). En el rubro de las huertas comunitarias, en cambio, los datos muestran una existencia supeditada a la organización política que se explica, a partir del año 2002, en función de las nuevas formas de protesta en lo que Fernández (2011) dio a llamar “la maquinaria inventiva” de las asambleas barriales.

2.3.4 La evolución de las huertas en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (periodo 2002-2012)

Hasta el momento se dieron a conocer los datos de las huertas relevadas por el Pro huerta a nivel nacional en el periodo 1990-2012. A continuación se centrará la atención en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires para realizar algunos paralelismos a partir del año 2002, momento en que se publicaron los datos cuantitativos en la página oficial de dicho Programa. Cabe señalar que la falta de datos en los años anteriores no nos permite establecer las relaciones directas entre la nación y la localidad en el período anterior al año 2002 (1990-2002). Tampoco habilita a analizar los datos de los puntos más relevantes del proceso como el año de inicio del Programa, los años de crecimiento (1992, 1995 y 2002) y de decrecimiento (1999 y 2001). Por otro lado, se ha relegado la tipología de huertas (familiares, escolares y comunitarias) porque no es posible comparar los datos de las campañas anteriores y posteriores a la crisis del 2001, año donde radica el mayor interés de dicha diferenciación.

En el Gráfico N°6 se puede observar que -atravesada la primera campaña en Primavera Verano (PV) 2002/2003- las huertas de la ciudad de Buenos Aires descendieron durante tres

estaciones: Otoño Invierno (OI) 2003, Primavera Verano 2003/2004 y Otoño Invierno 2004. Luego de dichas etapas, las huertas ascendieron durante seis estaciones de manera continuada, a partir de la PV 2004/2005 y hasta el OI 2007, punto en el que la curva alcanzó el máximo valor. Posteriormente las cifras cayeron hasta alcanzar uno de los puntos más bajos en la PV 2008/2009 en forma opuesta a lo que ocurrió a nivel nacional. Finalmente, a partir de la campaña OI 2009, las huertas porteñas retomaron los valores habituales, creciendo de manera casi ininterrumpida.

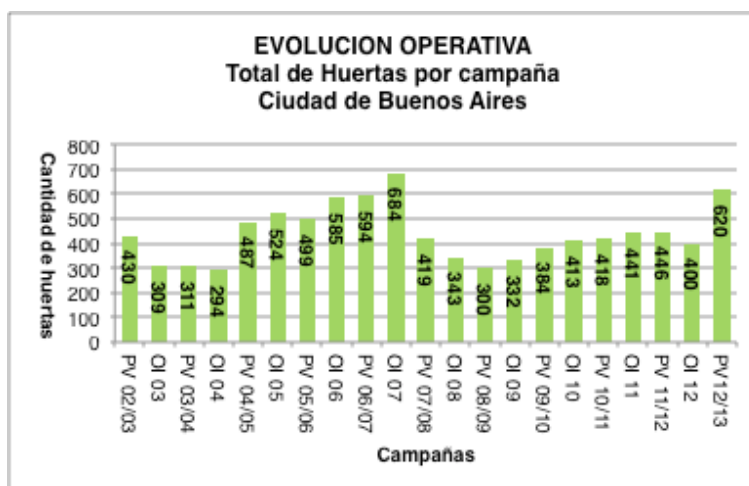


Gráfico N°6. Total de huertas de la ciudad de Buenos Aires (por campaña). Evolución. Elaboración propia con datos del Banco de Datos, valores definitivos del Informe de Campaña completo (Pro huerta, s.f. b).

Para una mejor comprensión de los datos a continuación presento el total de huertas de la ciudad de Buenos Aires (Gráfico N°7) y el total de huertas a nivel nacional en ese mismo período, 2002-2012 (Gráfico N°8). En ambos casos se utiliza el promedio de los valores de cada campaña, los datos del 2011-2012 y la fórmula utilizada anteriormente $[(cantidad\ de\ huertas\ año\ 2 - cantidad\ de\ huertas\ año\ 1) \times 100 / cantidad\ de\ huertas\ año\ 1]$.

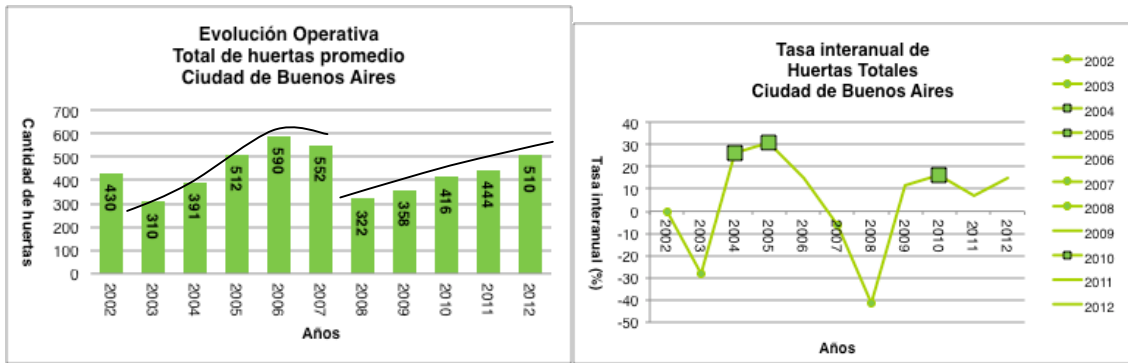


Gráfico N°7. Total de huertas de la ciudad de Buenos Aires (periodo 2002-2012). a) Evolución. b) Tasa interanual. Elaboración propia con datos del Banco de Datos, valores definitivos del Informe de Campaña completo (Pro huerta, s.f.)⁴².

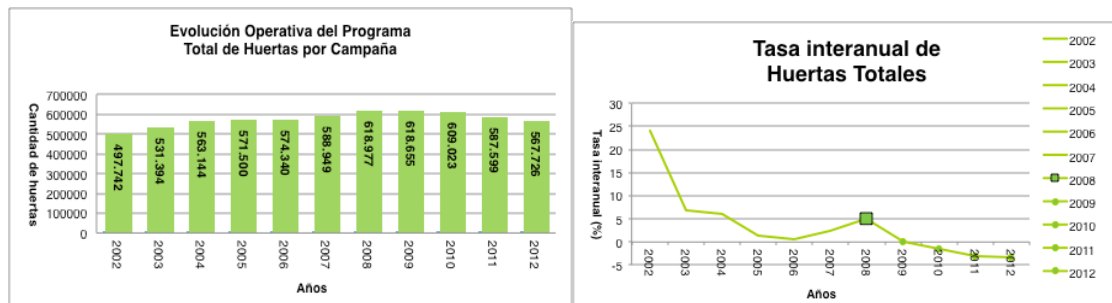


Gráfico N°8. Total de huertas a nivel nacional (período 2002-2012). a) Evolución. b) Tasa interanual. Elaboración propia con datos del Plan Operativo Anual 2011, Anexo (Pro huerta, 2011) y Banco de Datos con sus valores históricos definitivos (Pro huerta, s.f. b). Los datos son a nivel nacional⁴³.

Por medio de la Tasa interanual de Huertas Totales se puede confirmar que existe un alto grado de variabilidad en relación al número de huertas en la zona. Mientras en las huertas porteñas la tasa interanual varía entre el 31% al -41%, en las huertas nacionales el rango oscila entre el 23% y el -3.38%. A nivel país la tasa de mayor crecimiento en el período 2002-2012 se produjo en el año 2002; sin embargo, en la ciudad de Buenos Aires dicha tasa se hizo notoria en el año 2005 junto con otros puntos de crecimiento importantes en el año 2004 y 2010. Por otro lado, mientras en el gráfico nacional se observaron tasas negativas a partir del año 2009 y hasta el año 2012, en esta localidad los cambios se localizaron temporalmente en el año 2003, 2007 y 2008, siendo el más importante en el año 2008. De esta manera, en la ciudad porteña

⁴² Los valores marcados con cuadrado indican las tendencias positivas más importantes, siendo principal la del año 2005. Los valores marcados con círculos indican todas las tendencias negativas, es decir, los decrecimientos interanuales de huertas, siendo el más pronunciado el del año 2008.

⁴³ Los valores marcados con cuadrado indican las tendencias positivas más importantes, siendo principal la del año 2008. Los valores marcados con círculos indican todas las tendencias negativas, es decir, los decrecimientos interanuales de huertas, siendo el más pronunciado del período 2002-2012, el del año 2011.

es posible identificar dos etapas dentro del período 2002-2012: 1) 2003 al 2007, año en el cual las huertas alcanzan su máximo valor (589,5) y 2) 2008 al 2012, con un crecimiento menor en relación a la etapa anterior. Esta última etapa permite afirmar una de las conclusiones más importantes sobre esta localidad en este período: en los últimos años y de manera diferenciada a lo que ocurre a nivel país, el número de huertas de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires aumenta. Si bien son fenómenos recientes, lo que podemos caracterizar de esta etapa es la mayor preocupación por el ambiente bajo diferentes argumentos: (a) el incremento del consumo de los productos orgánicos acompañado por la existencia de un precio diferencial, (b) el apogeo de movimientos socioambientalistas en contra de las prácticas extractivistas como la minería, el petróleo y el monocultivo de exportación y (c) el resurgimiento de los mercados de comercialización corta en diferentes barrios de la Ciudad. A esto también debemos agregar las recientes políticas gubernamentales locales vinculadas con el eslogan de la “Ciudad Verde”, bajo un fuerte énfasis en el reciclado de los residuos, las estaciones de primeros auxilios y las ferias de comercialización.

2.4 La Ciudad Autónoma de Buenos Aires como escenario de la actividad agrícola

Antes de continuar con el análisis y con el objeto de comprender más acabadamente los datos presentados anteriormente resultará útil una descripción de los rasgos generales sobre la Ciudad Autónoma de Buenos Aires para mostrar las dificultades existentes en su caracterización.

Como es sabido, la Ciudad de Buenos Aires es la capital del país y el núcleo central de lo que se conoce como el Área Metropolitana. En cuanto a sus características físico naturales, tiene un clima templado húmedo con vientos del noreste alterado por vientos del oeste (Pampero) y sudeste (Sudestada), una temperatura media anual de 16 a 18 ° C y precipitaciones medias de 900 a 1000 mm, pronunciadas en verano y otoño (Perahia y Vidal-Koppmann, 2010). Se asienta sobre la pampa ondulada presentando un relieve llano, suavemente ondulado y formado recientemente con un sistema hidrográfico compuesto por ríos de llanura entre los que se destacan el Río Luján, el Reconquista y el Matanza y cuenta con un sistema de afluentes y arroyos tributarios que configuran cuencas internas, siendo las mayores dificultades las inundaciones y la contaminación (ibíd.).

En relación a las particularidades socioeconómicas, la estructura de la Ciudad es tentacular y fragmentada, correspondiéndose con los principales ejes de acceso vial, que unen los núcleos vinculantes de jerarquía nacional, regional y local (Perahia y Vidal-Koppmann, 2010). Algunos autores señalan que las viejas dinámicas vinculadas a la tradición monocéntrica continúan vigentes, así como también la aparición y la consolidación de nuevas tendencias hacia la construcción de una red de distritos de localización del sector terciario más compatible con las inclinaciones metropolitanas mundiales, es decir, centros de negocios, hotelería, grandes superficies del ocio y el consumo (Ciccolella y Vecslir, 2010). A la incorporación de nuevos artefactos urbanos o artefactos de la globalización (ibíd.) se debe sumar un reciente auge inmobiliario destinado a las capas de mayor poder adquisitivo que, en muchos casos, no está pensado para resolver los problemas habitacionales de la Ciudad (Girola, 2007). Incluso ese *boom* constructivo concentrado en los barrios más prestigiosos como Puerto Madero, Recoleta, Belgrano, Núñez y Caballito refuerza una desigualdad socio-espacial histórica entre un área norte acomodada y un sur relegado (ibíd.).

En términos de actividades agropecuarias, la transformación dentro de la Ciudad es total. Sin embargo, algunos autores sostienen que la agricultura no ha desaparecido (Gutman y Gutman, 1986, p. 56). Al contrario, los especialistas afirman que si bien la agricultura no ocupa hoy los terrenos que hace 400 años destinaba la colonización hispánica a huertas y chacras, ésta se ha ido corriendo y adaptando al crecimiento urbano en un espacio de casi ilimitada oferta de suelos agrícolas pampeanos, aunque no sin conflictos (ibíd.). De esta manera la creciente urbanización fue desplazando la actividad hacia la periferia conservando predios agrícolas intensivos en los partidos más alejados del núcleo (ibíd.).

En sus 200 km² de extensión geográfica y en relación a la composición vegetativa, la capital del país presenta un estrato espacialmente muy heterogéneo compuesto por vegetación espontánea, cultivada, remanente y “nueva naturaleza” que se desarrolla en sitios abandonados y/o recuperados de manera deliberada (Faggi, s.f.). Dentro de ese conjunto de plantas, uno de los vegetales más estudiados es el árbol que se encuentra registrado en censos arbóreos debido a la necesidad de inspección, mantenimiento y gestión. Los censos muestran que las especies difundidas en orden de importancia son el fresno, el plátano, el paraíso, el ficus, el tilo y el jacarandá. Dichos censos cuantifican 372.699 árboles de alineación (87,86%) y 51.502 ejemplares ubicados en parques grandes, plazas y espacios públicos menores (12,14%) (Drovandi, 2016). Esto muestra un total de 424.201 árboles en toda la Ciudad representando un valor de 0,15 de árboles por habitante cuando se señala como recomendable, a nivel mundial, una relación de 2 árboles/habitante (ibíd.).

En cuanto a los espacios verdes, se ofrecen distintas cuantificaciones. Por un lado, dicha categoría difiere según los documentos presentados. A modo de ejemplo, es posible señalar que el Programa MAPA-MAPI (1994) define al espacio verde como el espacio público con aptitudes para el desarrollo de actividades recreativas, el disfrute paisajístico y/o el cumplimiento de determinados roles ecológicos⁴⁴. En el Anuario 2011, en cambio, se refiere al espacio de uso colectivo y de libre acceso que actúan como reguladores del equilibrio ambiental, caracterizados por el predominio de suelo natural y forestación urbana, destinados a la recreación, el deporte, la contemplación y el esparcimiento de todos los habitantes. Las diferentes definiciones repercuten en la forma de cuantificación y por ende en la cantidad relevada en los informes institucionales (Dirección General de Estadísticas y Censos, 2012). En el Informe anual ambiental 2008 se sostiene que en el año 2006 la ciudad contaba con 1.066 espacios verdes públicos representando un valor de 5,6 m² de espacios verdes por habitante (Agencia de Protección Ambiental, 2009, p. 96). En el Anuario de 2009, en cambio, se releva un total de 1.131 de espacios verdes, lo que significa 6,1 m² de espacios verdes por habitante (Dirección General de Estadísticas y Censos, 2010, p. 189). En el Anuario de 2010, los valores sobre espacios verdes no se mencionan por estar “en proceso de revisión, actualización y corrección a cargo de la Dirección General de Espacios Verdes” (Dirección General de Estadísticas y Censos, 2011). Mientras tanto en el Anuario de 2011, se establece un valor de 1055 espacios verdes con 6,3 m² de espacios verdes por habitante, lo que representa una menor cantidad de espacios verdes y una mayor cantidad de hectáreas, que es el dato que se utiliza para el cálculo en las recomendaciones internacionales (Dirección General de Estadísticas y Censos, 2012). En todos los casos, también se observa que la superficie verde de la Ciudad es menor a la recomendada por la Organización Mundial de la Salud, que ronda entre 10 a 15 m² de área verde por habitante (Indicadores ciudad, 2009).

En relación a las huertas de la Ciudad, los Censos Nacionales Agropecuarios realizados en 1988, 2002 y 2008 relevan la superficie dedicada a la horticultura en las explotaciones agropecuarias; no obstante, por definición censal, las explotaciones registradas tienen más de 500 m² y su producción se destina al mercado. Esto significa que los censos no incluyen las producciones hortícolas para autoconsumo y en consecuencia no brindan información sobre el número de huertas en la capital. El Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, por su parte, desde el área de esparcimiento presenta una tipología de espacios verdes que incluye a los parques,

⁴⁴ El Programa MAPA/MAPI (1994) de la Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires realizó un estudio sobre los problemas relacionados con las áreas verdes. Allí procuró evaluar la situación del espacio público a través de sus factores estructurales, con especial referencia a los espacios verdes de uso recreativo y a las modalidades actuales de dichas actividades en la población porteña.

las plazas, las plazoletas, los canteros y los jardines (Dirección General de Estadísticas y Censos, 2010). Durante 2005 se incorporó un nuevo ítem llamado otros, en el cual se ubica a los patios, los polideportivos y diferentes espacios que no han sido especificados. Si bien se realizaron cambios a partir del año 2005, las huertas urbanas no aparecen mencionadas, quedando así invisibilizadas no sólo para aquellos que están interesados en la temática sino también para el público en general⁴⁵.

2.5 Las actividades agropecuarias en mapas y tipos

A fin de superar la falta de datos oficiales, en este apartado se ofrece en primer lugar un mapeo de producción propia de las huertas urbanas localizadas en la Ciudad, con el objeto de ubicar espacialmente las experiencias huerteras mostrando que es un espacio de construcción permanente. El mapa fue construido a fines del año 2012 con los datos que arribaban al Programa de Extensión Universitaria en Huertas Escolares y Comunitarias (PEUHEC) en el marco de la Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires. Por ese entonces, el propósito consistía en mostrar con mayor detalle qué tipo de experiencias se encontraban presentes en la Ciudad de Buenos Aires y en qué consistía la diversidad de las propuestas. Para ello, uno de los supuestos principales fue una concepción de la cartografía despojada del acto técnico y puramente científico, con el objeto de alcanzar “una lectura y una interpretación del mundo en función de una sociedad, de un momento histórico, de una posición social o de una estrategia política o económica” (Torricelli, 2000, pp. 36-37). A partir de dicha estrategia me proponía hacer visible lo que parecía invisible -las huertas en la Ciudad de Buenos Aires- no sólo para el ámbito académico sino también para aquellos que estaban involucrados en la actividad: los huerteros, cuya mayoría desconocía la existencia de experiencias ajenas a la propia. Asimismo, muchas de las huertas relevadas en la cartografía verde estaban vinculadas con el Pro huerta bajo diferentes formas, poniendo de manifiesto la fuerte incidencia -directa e indirecta- que ha ejercido este Programa. En algunos casos, los huerteros utilizaban semillas de estación que repartían los promotores del Programa; en otros, los agricultores recurrían a las cartillas y a los videos introductorios; finalmente, estaban los predios visitados asiduamente por una de sus técnicas quien realizaba encuentros semanales y/o mensuales como parte de sus funciones cotidianas.

⁴⁵ A nivel cuantitativo, en el año 2009 por ejemplo, se contabilizan 54 parques, 238 plazas, 448 plazoletas, 328 canteros centrales en calles y avenidas, 35 jardines y 28 bajo la categoría “otros” (Dirección General de Estadísticas y Censos, 2010).

En segundo lugar se presenta una tipología propia de las huertas llevadas a cabo en la Ciudad cuyo objetivo es reagrupar las experiencias utilizando como criterio el tipo de organización, ya que a nuestro entender proporciona mayor claridad al análisis de estas experiencias. La clasificación elaborada busca diferenciarse de la desarrollada por el Pro huerta en términos de huertas familiares, escolares y comunitarias (utilizada en el Banco de Datos) o familiares, escolares, institucionales y comunitarias (Pro huerta, 2012). El propósito es poner en un primer plano el criterio que subyace en dicha categorización, es decir, el tipo de organización social que lleva a cabo la propuesta. Al mismo tiempo, cabe aclarar que para dicha clasificación fue útil realizar una subdivisión preliminar que diferenciara las actividades planificadas en emprendimientos económicos y las huertas propiamente dichas, vale decir, las explotaciones en función de la disponibilidad de los factores para la producción (tierra, capital y trabajo). Así en el Área Metropolitana de Buenos Aires encontramos dos tipos de propuestas, el cinturón hortícola y las huertas urbanas. El cinturón verde bonaerense -que podría incluirse dentro de la llamada agricultura periurbana (FAO, 1999a)- está conformado por quintas donde se producen hortalizas en forma intensiva para el consumo de verduras frescas en los mercados de la Ciudad, bajo un modelo tradicional, ecológico o convencional (Benencia, 1997; Benencia et al., 2009). La localización de dichas actividades -altamente intensivas en el uso de los factores de la producción- responde a su cercanía geográfica con respecto a los grandes centros urbanos, aprovechando los intersticios o las zonas de vacancia (Barsky, 2005). La huerta urbana, mientras tanto, no está destinada únicamente a “la producción de cultivos y la cría de ganado menor [...] para el consumo propio o para la venta en mercados” como define FAO (1999a). En dichos espacios, diversos actores sociales se vinculan con los recursos naturales bajo múltiples propósitos donde, como se muestra en el siguiente fragmento, lo productivo no es lo primordial:

“Cultivo no casualmente tiene el mismo origen etimológico que Cultura. Las dos proceden de igual raíz latina: *cultus* que significa Culto. Cultivar es crear cultura. Cuando aprendemos algo hablamos de cultivarnos [...] rendir culto es venerar, reverenciar, adorar. [...]. Esta estrecha relación entre las diferentes palabras y su significado, nos pintan un panorama integrador. Sin embargo, hoy esto se ha desvirtuado y divorciado. Para la cultura occidental la palabra culto ha quedado para la religión. Y cuando hablamos de CULTURA a nadie se le ocurre pensar en los CULTIVOS. Así estamos, en medio de la civilización occidental –la que se impuso, por ahora–y que pretende que cultura y cultivo sean mera mercancía [...]. Hoy los frutos se venden o se adquieren al

peor postor. El capitalismo convierte en utilitario todo lo que toca. Lo útil se dimensiona sólo en el sentido del beneficio económico” (Huerta, 2010)⁴⁶.

Como se puede observar, en este extracto se relata la relación entre las palabras cultura, cultivo y culto subrayando que cultivar también significa reverenciar la vida de manera integral. La cita, que ha sido elaborada por un grupo que participa en una huerta de la Ciudad de Buenos Aires, da pie a la reflexión sobre el abordaje utilitarista que se suele dar a los cultivos y, a la vez, señalar que las actividades agrícolas exceden la cuestión meramente económica. Como veremos en el siguiente apartado, este tipo de experiencias son las que priman en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

2.5.1 Un mapa de huertas en la Ciudad de Buenos Aires

La realización del presente mapa de huertas se basa en una representación gubernamental que muestra la superficie de los espacios verdes de cada comuna, único documento disponible sobre las áreas verdes en el momento de la elaboración de la cartografía (Gráfico N°9). Allí se observa que el área de la Ciudad de Buenos Aires corresponde a 200 km² dividida en 15 comunas con un número total de 2.890.151 habitantes en el 2010 (Resultados Censo 2010/2001, s.f.). Ese mismo año, promediando las dos épocas de siembra y según los datos brindados por el Pro huerta, se contabilizaron 415 huertas, lo que significa un 0.73 % del total de huertas catalogadas en el área metropolitana (Pro huerta, s.f. b). Por ese entonces, las comunas más frondosas eran la N°1 y la N°8 (Dirección General de Estadísticas y Censos, 2010). La primera incluía los barrios de Retiro, San Nicolás, Puerto Madero, San Telmo, Monserrat y Constitución y allí se ubicaba la Reserva Ecológica Costanera Sur con aproximadamente 360 hectáreas. La segunda estaba conformada por los barrios de Villa Soldati, Villa Riachuelo y Villa Lugano y se localizaba el Parque Roca con 162 hectáreas sin las instalaciones correspondientes a un parque público que se incorporó como dato estadístico en el año 2006 (ibíd.). Mientras tanto, las comunas con menor cantidad de espacios verdes eran la N°3 (San Cristóbal y Balvanera), la N°5 (Almagro y Boedo), la Comuna N°6 (Caballito) y la N°10 (Villa Luro, Floresta, Versalles, Montecastro y Villa real) (ibíd.).

⁴⁶ Este cuadernillo fue realizado durante el año 2010, en el marco del curso “Cocinando política”, que se llevó a cabo en el Espacio Cultural Nuestros Hijos (ECuNH) que funciona dentro del predio de ex Escuela de Mecánica de la Armada, en el barrio de Núñez, Ciudad de Buenos Aires.

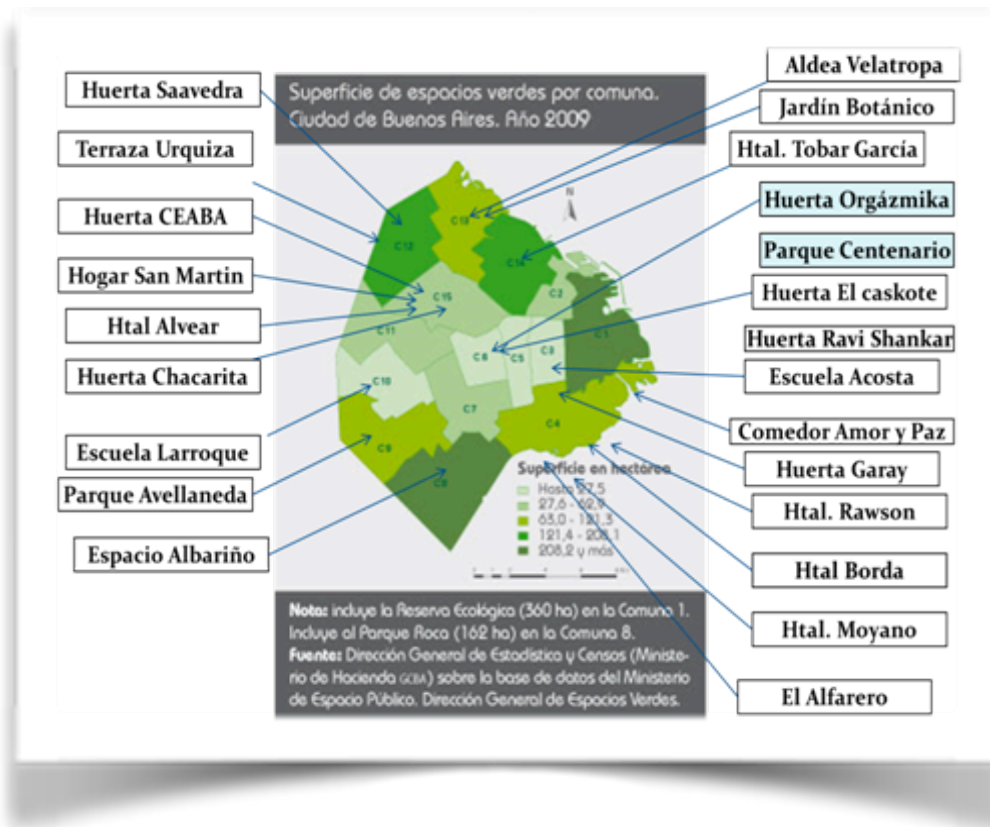


Gráfico N°9. Mapa de huertas en la Ciudad de Buenos Aires. Elaboración propia con datos del trabajo de campo y del Anuario Estadístico 2009, Dirección General de Estadísticas y Censos de la Ciudad de Buenos Aires⁴⁷.

En el mapa se puede observar que las diferentes prácticas hortícolas se ubican en casi todos los barrios de la Ciudad, incluso en aquellos sitios donde se presupone la existencia de una alta superficie de espacios verdes. También es posible destacar un alto grado de concentración de huertas terapéuticas en la Comuna N°4; resultado del número de hospitales que se localizan en la mencionada zona como el caso del (1) Hospital Borda, (2) el Hospital Moyano y (3) el Hospital Rawson en el barrio de Barracas. Debido al trabajo de campo realizado en diferentes etapas, otro dato relevante es que en cada una de las instituciones mencionadas se llevaron a cabo varios proyectos agrícolas que no se conocían entre sí. Además se encuentra en funcionamiento (4) la huerta del Hogar San Martín de residencia permanente para la tercera edad y (5) la huerta del Hospital Alvear, ambos predios ubicados en el barrio de la Paternal. Otras huertas con fines terapéuticos son las del Hospital Tobar García, (6) una de ellas ubicada

⁴⁷ Las flechas ubicadas en el mapa no señalan la ubicación exacta de las huertas sino una aproximación de las mismas en base a la localización comunal. La intensidad del gris define el grado de área verde por Comuna. El gris más oscuro representa la mayor superficie de espacios verdes por Comuna.

en el Jardín Zoológico en el marco de la ley de salud mental, en Palermo, y otra en un predio de la Facultad de Agronomía, en el barrio de Agronomía.

Así como se muestra en el epígrafe de este apartado y aunque la producción era un propósito importante de la actividad, en ninguno de los casos mencionados se considera a los alimentos como un fin último. Por el contrario, como sostienen Gutman y Gutman (1986, p. 73) y como ya hemos señalado, la mayoría de las huertas comparten objetivos de organización social, de carácter moral, ético o religioso e inclusive de carácter ético-alimenticio en el caso de los movimientos naturalistas o en favor de la agricultura orgánica que participa también del resurgimiento del interés por la huerta urbana en la década del ochenta.

En (7) la Escuela Larroque, por ejemplo, se realiza un proyecto educativo destinado a adolescentes secundarios, mientras que en (8) la Escuela Mariano Acosta los estudiantes del nivel terciario se proponen aprender a enseñar ciencias naturales con prácticas en la Huerta *Sumakc Huayra*. Algunas propuestas han sido iniciadas en el furor de las asambleas del año 2001 como (9) la Huerta de Saavedra y (10) la Huerta Vuelta de Obligado, más conocida bajo el nombre de la Huerta Garay. Otras están asociadas a los canales cortos de comercialización como (11) la Huerta El Caskote vinculada a la Feria del Encuentro y (12) la Huerta de Chacarita ubicada en El galpón⁴⁸. Ciertos ensayos se localizan en espacios privados de uso público, como (13) el caso de la Aldea Velatropa que está ubicada en la Ciudad Universitaria, sufriendo varios intentos de desalojo desde mediados de la década de los noventa. Incluso se conocen diferentes huertas en la Facultad de Agronomía, entre ellas, (14) la huerta del centro de estudiantes que se inicia en los años ochenta, aunque el grupo que la lidera cambia cíclicamente. Asimismo se realizan talleres semanales en (15) la huerta del Jardín Botánico y en (16) la huerta Sri Ravi Shankar ubicada en la azotea de una de las sedes de la Fundación El Arte de Vivir en los barrios de Palermo y Villa Crespo respectivamente. Sin embargo, uno de los espacios más novedosos del periodo es (17) la Huerta Terracera que surge a fines del año 2011 luego de la impermeabilización del techo, el aporte de 20 pallets, 30 bolsas de tierra y 20 macetas con plantas de una casa a la venta en Villa Ortúzar. En la zona sur, mientras tanto, se inaugura (18) la huerta del Espacio Albariño con talleres dictados por los técnicos del Pro

⁴⁸ En un proyecto de Agroecología Urbana presentado a la Legislatura de la ciudad, una representante del mercado sostenía que El galpón era “todo un éxito” porque cada semana circulaban entre 2500 a 3000 personas. A su vez reclamaba la presencia estatal porque -paradójicamente- “para el Estado no existimos” (encuentro en la legislatura, 14/10/12). Según esta integrante, la huerta era “un vergel [...] donde hay mucho silencio, no se escuchan los ruidos de la ciudad aunque estamos en plena ciudad y donde está lleno de verde, de mariposas y de pajaritos. Allí construimos en barro. Estamos recolectando el agua de lluvia [y generando] semilla propia para tener semilla propia y semilla latinoamericana” (ibíd.). Con la propuesta hortícola no sólo buscaban enseñar a sembrar y a producir alimentos sino también aprender “cómo tener una huerta en la propia casa” haciendo hincapié en la soberanía alimentaria. Es decir, el derecho de los pueblos a generar su propia alimentación en el sentido cultural que estos quieran darle (Comunicación personal con un docente especialista en el tema de agroecología, 2013).

huerta localizada en el asentamiento de Ciudad Oculta. Cerca de ese mismo lugar también se encuentra (19) la huerta orgánica del Centro Comunitario Vecinal El Alfarero, (20) la huerta del Comedor Amor y Paz en la Villa 21-24 y la huerta de los amigos del Parque Avellaneda (21). Incluso al día de hoy, algunas de las prácticas señaladas en el mapa ya no están como es el caso de (22) la Huerta Orgázmika y (23) la Huerta Libre Parque Abierto del Parque Centenario, experiencias que serán analizadas en el presente estudio y que por ese motivo se han destacado con otro color⁴⁹.

2.5.2 Una tipología de huertas urbanas en la Ciudad de Buenos

Aires

El ordenamiento de las actividades agrícolas en la ciudad no es una tarea sencilla. Todo lo contrario. Así lo demuestran estudios realizados en otras ciudades, como el caso de Nairobi donde se han distinguido cuatro sistemas productivos, incluyendo el cultivo de subsistencia, la producción pecuaria combinada con los citados cultivos de subsistencia, la producción comercial de baja escala y la producción comercial de gran escala que persiste desde la época colonial (Foeken y Mboganie Mwangi traducción propia, 2000). O en La Habana donde los sistemas de producción han sido clasificados en siete tipos (González Novo y Murphy, 2000, pp. 338–342). Entre ellos se cuentan los huertos populares, las unidades básicas de producción cooperativa, las fincas para el autoabastecimiento de entidades estatales, las fincas individuales, las fincas estatales, los organopónicos y los huertos intensivos (ibíd.). En Londres, en cambio, las actividades agrícolas han sido clasificadas bajo diez categorías (Garnett traducción propia, 2000). Para ello se utilizan los términos de cultivo comercial (*commercial farmland*), granja distrital (*county farm*), colonia de jardines individuales (*allotment*), jardín privado (*private garden*), jardín escolar (*school garden*), huerto (*orchard*), parque (*park*), granja urbana y jardín comunitario (*city farm and community garden*) y finalmente tierra vacante (*temporary/vacant land*) (ibíd.). En Nueva York, los jardines comunitarios (*community gardens*) han sido subdivididos en tres tipos en función de sus diferentes características: casita (*casita garden*) con predominancia latina, granja urbana (*farm garden*) compuesto en su mayoría por población afro latina y jardín de cultura ecléctica (*eclectic culture gardens*) caracterizado por una membrecía mayoritariamente blanca (Eizenberg, 2011 traducción propia). Como se puede

⁴⁹ Según una de las entrevistadas, muchos de los participantes del Centro Cultural La Sala llevaban a cabo actividades en el club Premier y fueron ellos los que propusieron a la Huerta El Caskote como el lugar para seguir con las actividades agrícolas luego del desalojo policial de la Huerta Orgázmika (Entrevista a una artesana huertera de 25 años, 19/07/09).

observar, el grado de diversidad y de complejidad entre las propuestas dificulta no sólo la clasificación de experiencias sino también la comparación entre ciudades⁵⁰.

En la literatura argentina es posible encontrar diferentes tipologías que dan a conocer una gran diversidad de modelos, actividades, escalas de producción, orígenes, tipos de tenencias de tierra e incluso distancias sociales entre sus participantes. En el estudio realizado por García Prudencio (2004), por ejemplo, se encuentran cuatro clasificaciones en función del grupo de trabajo, el modelo de producción, la función y la ubicación. La Revista Jardín, en cambio, diferencia las huertas comerciales, didácticas, familiares y decorativas (Revista Jardín, 2001). Otra tipología de gran importancia por su nivel de incidencia en el territorio nacional es la caracterización que realiza el ya mencionado Programa Pro huerta en la cual se sostiene que “el conjunto de prestaciones brindado se concreta en modelos de huertas y granjas orgánicas de autoconsumo a nivel familiar, escolar, comunitario e institucional” (Pro huerta, 2012). La misma identificación ha sido utilizada en el trabajo realizado por Souza Casadinho (2002) para los partidos de Merlo, Ituzaingó, Marcos Paz y Morón en el Área Metropolitana de Buenos Aires⁵¹.

Mientras tanto, a mediados de los años ochenta, Gutman y Gutman (1986, p. 35) centran su análisis en la huerta de autoconsumo porque, según estos autores, era la opción más difundida en nuestro país y en el mundo. A pesar de ello reconocían la existencia de cuatro tipos bajo el siguiente orden: las huertas familiares, escolares, institucionales y comunitarias.

“el nombre es suficientemente explicativo en los dos primeros casos. Por otra parte, numerosas instituciones (centros de salud, naturista, etc.) mantienen huertas como parte de sus actividades normales. Con el nombre de huertas comunitarias englobamos acciones de producción hortícola realizadas por grupos de vecinos de distintos propósitos. Ellos pueden ser desde abastecer un comedor escolar, o preescolar, producir

⁵⁰ Al respecto, cabe aquí aclarar que cada uno de los tipos que conforman una tipología es tan solo una construcción conceptual que selecciona, abstrae, combina y en ocasiones enfatiza deliberadamente un conjunto de variables que sirve de base para comparación de los casos empíricos (Kinney citado en Margiotta y Benencia, 2014).

⁵¹ La primera clasificación de García Prudencio incluye a las huertas familiares y a las huertas comunitarias donde trabajan diferentes grupos sociales (2004). La segunda hace referencia al modelo de producción separando a las huertas en tradicional, ecológica y convencional (ibíd.). En cuanto a la ubicación se sugieren cuatro tipos: la huerta de la ciudad, el cinturón verde, la huerta de la periferia y la huerta rural (ibíd.). En relación a la función se identifican a la huerta educativa, la huerta productiva, la huerta de ocio y ocupacional y la huerta institucional y demostrativa (ibíd.). En el caso de la clasificación presentada por el Pro huerta los modelos de las huertas familiares así también como de las comunitarias atienden las condiciones de autoabastecimiento (Schonwald, 2010b). En los emprendimientos comunitarios -como centros de salud y cárceles- el Pro huerta se propone integrar la tarea agrícola a las acciones desarrolladas por la propia organización (ibíd.). En cambio, en las huertas escolares se cumple un rol principalmente motivacional y pedagógico, complementando subsidiariamente el aprovisionamiento del comedor escolar (ibíd.). De esta manera, el programa busca integrar la huerta a las actividades pedagógicas y promover desde los niños una mejora en los hábitos de consumo del grupo familiar (ibíd.).

alimentos para cada una de las familias participantes o donar la producción para alguna institución específica. Normalmente, aunque no siempre, estas actividades comunitarias se realizan sobre una base vecinal o barrial, atrayendo a vecinos de un mismo barrio” (Gutman y Gutman, 1986, p. 73).

Frente a este grado de variedad de situaciones y luego de haber realizado una primera subdivisión entre el cinturón hortícola y las huertas urbanas, en este estudio diferenciaremos las huertas en tres tipos, presuponiendo como criterio de análisis la organización social (informales, formales y mixtas). El primer grupo está conformado por las huertas informales, de carácter familiar o doméstico, realizadas por familias, vecinos y amigos en predios particulares o privados como terrazas, balcones y jardines. Uno de los objetivos centrales es la obtención de alimentos para el autoconsumo y/o el intercambio de excedentes aunque el punto de atención no está en la producción de alimentos. Al respecto, Souza Casadhino (2002) explica esta característica a partir de dos motivos: por un lado, existen múltiples y variados canales para acceder a los alimentos; y por otro, la actividad hortelana exige la construcción de un entramado de relaciones y contactos que resta tiempo laboral. Según el autor, el elemento más sobresaliente que explica el desarrollo de este tipo de huertas en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires es la historia de los miembros involucrados que buscan seguir la tradición, especialmente en los casos donde las familias tienen origen campesino (principalmente del noroeste de la Argentina) o europeo (españoles, italianos y portugueses) (ibíd.). Inclusive otros objetivos relevados en este tipo de predios se relacionan con la necesidad de experimentar nuevas propuestas, la utilización de los residuos domésticos y el gusto por las actividades al aire libre. Estas huertas no han sido localizadas en el mapa anteriormente presentado debido al carácter privado de las experiencias; sin embargo, como ocurre a nivel nacional, es un tipo que predomina en la Ciudad.

Además de las huertas informales, la Ciudad Autónoma de Buenos Aires cuenta con experiencias enmarcadas en organizaciones formales como escuelas, hospitales y cárceles⁵². De hecho, el tipo de institución determina los objetivos propuestos en cada uno de los espacios. Las huertas escolares, en particular, se desarrollan en instituciones educativas públicas o privadas de educación común y especial en todos los niveles. Sus asistentes principales son los estudiantes y los maestros que en ciertas situaciones tienen también funciones directivas dentro de la organización formal. Generalmente, los predios se ubican dentro de la escuela o en terrenos cedidos, utilizando desde cajones hasta parcelas de más de

⁵² Recordemos que, según Giddens (2009 traducción propia, p. 783), una organización formal es aquella que está diseñada racionalmente para lograr sus objetivos por medio de reglas explícitas, reglamentos y procedimientos.

600 m². Los objetivos están relacionados con el proceso de enseñanza-aprendizaje, aunque no sólo se vinculan con los contenidos conceptuales y procedimentales (de educación ambiental, salud alimentaria, naturales y tecnología), sino también con los contenidos actitudinales, en términos de integración social, tiempo de espera, cuidados y atenciones humanas y también no humanas. La cantidad de huertas varía de año a año; sin embargo, algunas experiencias mantienen cierta continuidad como por ejemplo el Jardín de Infantes Integral N°1 D. E. 5 cuya huerta cumplía 17 años en el año 2005 (Gallardo Araya, 2005). En el año 2003, el 23% de las escuelas públicas de nivel inicial, primario y especial contaba con alguna experiencia hortícola en la institución, ya sea en los patios de juegos, en las aulas o en las terrazas (ibíd.). En el mapa presentado con anterioridad es posible localizar dos huertas escolares de diferentes niveles educativos, la Escuela Larroque en Floresta de nivel secundario y la Escuela Mariano Acosta en Balvanera de nivel inicial, primario, secundario y terciario.

Las huertas terapéuticas se desarrollan en instituciones vinculadas con la salud -tanto pública como privada- en áreas como infanto juvenil, psiquiátrica, ambulante, asistencia médica, etc. Incluyen la participación de pacientes, profesionales y pasantes de diferentes disciplinas y se localizan en hospitales o espacios cedidos por emprendimientos privados a partir del auspicio de los llamados proyectos sociales. La mayoría de los objetivos se vinculan con la salud física y psíquica, la integración social y la reinserción laboral de sus participantes. Como se observa en el Gráfico N°9, varias de las huertas terapéuticas están ubicadas en el barrio de Barracas como es el caso del Hospital de Salud Mental Moyano, el Hospital de Salud Mental Borda y el Hogar de Tercera Edad Rawson. También existen experiencias en la Paternal como el Hogar de Tercera Edad San Martín, el Hospital de Emergencias Psiquiátricas Torcuato de Alvear y el Hospital Infanto Juvenil Tobar García (con predios en Palermo y Agronomía). A su vez, dentro de este grupo se pueden incluir las experiencias incipientes en cárceles y lugares de rehabilitación considerando el marco institucional y la similitud de propósitos⁵³.

Finalmente es posible encontrar huertas comunitarias de organización mixta. Dichas experiencias están vinculadas con bibliotecas populares, comedores comunitarios, iglesias, centros culturales y diversas organizaciones informales, como por ejemplo, las asambleas barriales. Sus participantes varían en función del grupo que desarrolla la propuesta así como también el tipo de predio. Generalmente están ubicados en terrenos propios, cedidos u ocupados como el caso de los márgenes ferroviarios, baldíos, bulevares, plazas y parques.

⁵³ Cabe aquí señalar que todo tipo de huertas podrían ser catalogadas como terapéuticas en tanto que producen efectos beneficiosos para la salud (Conversación personal con una técnica de la Asociación Civil El Puente Verde, provincial de Buenos Aires, 03/05/12). De hecho, existe una corriente aún incipiente que ha sido llamada terapia hortícola asociada a la jardinería y la horticultura como técnicas curativas.

Como se podrá observar en el presente trabajo, las motivaciones son muy diversas. Algunos ejemplos están relacionados con la vinculación social, la reivindicación de intereses y la realización de propuestas para el bien común. La huerta ubicada en el Espacio Cultural Nuestros Hijos (ECuNHi) -de cuya revista se ha extraído el fragmento que cierra el apartado anterior-, la Ecoaldea Velatropa en Núñez, la huerta agroecológica del centro de estudiantes ubicada en una universidad nacional en Agronomía, la huerta del Parque Avellaneda así como también la del Espacio Albariño en Villa Lugano y del Jardín Botánico en Palermo son algunos ejemplos de experiencias hortícolas que, sin dejar de ser mixtas, comparten mayor grado de formalidad. Por otra parte, en este grupo también se encuentran prácticas que presentan un mayor grado de informalidad tales como la Huerta de Saavedra; la Huerta El galpón de Chacarita; la Huerta de Garay en el Parque Patricios; la Huerta Terracera en Villa Urquiza; la huerta de la Fundación Ravi Shankar en Villa Crespo; la Huerta del Centro Comunitario Vecinal El Alfarero y del Comedor Amor y Paz en Barracas; la Huerta Orgázmika, la Huerta El Caskote y la Huerta Libre Parque Abierto en el barrio de Caballito⁵⁴.

Existe además otro rasgo comparativo ente los diferentes tipos que me gustaría remarcar antes de finalizar: la gran mayoría de las huertas urbanas relevadas en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires muestra que el balance entre producción y trabajo presenta pocos resultados y que la cuantificación de los rendimientos muchas veces no alcanza ni si quiera para el autosustento. En tal sentido, cabe destacar que los mismos propulsores reconocen que el problema de las huertas es la falta de recursos básicos: espacio, agua potable, conocimientos, herramientas y sobre todo tiempo porque, como sostiene una de las técnicas entrevistadas, “la huerta necesita trabajo”⁵⁵. Precisamente, durante todos los años de trabajo de campo se ha podido advertir que una de las razones principales por las cuales las huertas no son “rendidoras” es la tensión existente entre el trabajo agrícola y el estilo de vida urbano, en relación a parámetros como el espacio necesario, el tiempo biológico de espera y la necesidad de atención y cuidados⁵⁶.

En principio, en el ámbito urbano, los espacios nunca son suficientes. Para que una familia tipo pueda producir lo que consume en su vida cotidiana necesita por lo menos 100 m² de terreno (Pro huerta, 2012), requisito poco probable puesto que, como ya es sabido, la tierra -su tenencia y su uso- es un problema neurálgico. Frente a esta situación, varios de los participantes de las huertas ocupan predios prestados y/o baldíos; sin embargo y en forma

⁵⁴ Parte de esta información también ha sido presentada en el Anexo 3, bajo el formato de listado.

⁵⁵ Entrevista a una técnica del Pro huerta del Área Metropolitana de Buenos Aires, 30 años, 01/04/11.

⁵⁶ *Ibíd.*

articulada con los mecanismos de acumulación por desposesión (Harvey, 2008) esas iniciativas corren riesgos de desalojo relevando así múltiples conflictos. Además, desde el ámbito agronómico es sabido que no se pueden esperar altos rendimientos ni resultados económicos si no aseguran las tareas básicas como el riego diario o el compostado que sólo son posibles si se favorecen las conexiones de agua cercanas y el acceso a materiales para el reciclado. Asimismo, este tipo de huertas se caracterizan por formar parte de experiencias intermitentes y anónimas que están comandadas por los tiempos urbanos (Simmel, 2005). Es decir, junto a las condiciones sociales vinculadas con las formas de organización, la producción hortícola de la Ciudad de Buenos Aires aumenta exponencialmente en primavera-verano y disminuye durante el otoño-invierno siguiendo, no casualmente, una curva biológica regida por los efectos climáticos. Esto afecta a cualquier grupo social, puesto que no siempre se cumple con las expectativas ni con los rendimientos deseados. Para la producción de alimentos no alcanza con tener recursos: es necesario también poseer conocimientos específicos en pos de alcanzar ciertos objetivos, cantidad y calidad de productos⁵⁷.

Así como Geertz (1997) compara una construcción arquitectónica (la iglesia Chartres) con el ser humano para señalar que ambos son artefactos culturales; análogamente la huerta puede ser entendida como una práctica particular, construida en un tiempo específico y por una determinada sociedad. En la mayoría de los casos, lo que está en juego, lo que se evidencia independientemente de la cantidad de productos y de la clase social interviniente, es su alto contenido simbólico. En consecuencia, para entender lo que significa, para percibir lo que la huerta es, se impone analizar no sólo los recursos materiales con los que se construye sino que

⁵⁷ En el artículo Los derechos de la ciudad, Harvey (2008, pp. 34–35) muestra cómo los habitantes de distintas ciudades del mundo -que no pueden demostrar de modo irrefutable una residencia prolongada en espacios cada vez más valiosos- son desposeídos por los poderes financieros con respaldo del Estado. Según este autor, se trata de una acumulación de capital por desposesión que se realiza mediante booms de actividad inmobiliaria donde el suelo se adquiere prácticamente sin ningún coste (ibíd.). En cuanto a los riesgos de abandono involuntario, uno de los casos que trataremos aquí es el de la Huerta Orgázmika, ubicada en el barrio de Caballito, desalojada en el año 2009 por un equipo de la Unidad de Control de Espacio Público (UCEP) -apoyada por tres grupos de Infantería y 20 efectivos de la Policía Federal-. Otros casos conocidos que denotan el nivel internacional del fenómeno es el Interkulturelle Garten Rosa Rose, barrio de Friedrichshain de Berlín, en el cual sus participantes recibían cartas que preanunciaban el desalojo a favor de un agente inmobiliario. Como veremos más adelante la emergencia de la agricultura realizada en las ciudades puede estar asociada a múltiples causas. En la ciudad de Buenos Aires, por ejemplo, algunos relatos sostienen que las huertas son espacios para “encontrarse con el otro”, “realizar trabajos en conjunto”, “intercambiar saberes”, “reciclar”, “cambiar el ritmo”, “volver a las raíces” y “poner las manos en la tierra”. De hecho, ciertos autores afirman que la población urbana se involucra en el cultivo de la tierra como una práctica de ocio con el fin de obtener acceso a la naturaleza y estar conectado con los aspectos de un modo de vida rural (Nilsson, Pearce y Urieli citados en Urieli y Ron, 2004). Para Urieli y Ron dichas experiencias son más que una actividad recreativa en un entorno natural o rural, se trata de una conciencia de los problemas relacionados con el medio ambiente y su compromiso para el conjunto de ideas que están relacionadas con el volver a la naturaleza, incluyendo la protesta contra la urbanización y la preferencia por la comida orgánica (ibíd.). Es más, según estos autores e inspirados en Crouch, los jardines contemporáneos envuelven ideas utópicas conectadas con el mundo rural y natural como lo opuesto al mundo urbano y comercial (ibíd.).

es necesario comprender también las relaciones entre el ser humano -en el contexto de una sociedad desigual- y la naturaleza, que son las que en definitiva rigen la creación de la huerta en el corazón de una ciudad. Sobre ello me abocaré en los próximos capítulos.

2.6 Las huertas urbanas en el marco de una cartografía verde

Ciudad,

Fortaleza que surca en marcha pareja,

Indecente,

Hacia el trabajo perpetuo, cierto.

Monstruo de tinieblas,

Alumbradas;

De plazas con rejas, cementicias, sin estrellas;

De noches sin puertas,

De días sin verde,

Sin sosiego.

(Marín, 2012, Vivero Huerta “Los Amigos”).

Como ya se ha mencionado en apartados anteriores, los datos sobre las prácticas agrícolas en la Ciudad de Buenos Aires son escasos, sin embargo, a partir de diferentes fuentes se puede afirmar que el interés se remonta con mayor fervor a partir de los años de la apertura a la democracia⁵⁸. Algunas de estas experiencias fueron relevadas en un estudio que ya fue citado en este trabajo y que fue elaborado por el Centro de Estudios Urbanos y Rurales denominado Agricultura urbana y periurbana en el Gran Buenos Aires realizado en el año 1986 en la Ciudad de Buenos Aires y 19 partidos vecinos (Gutman y Gutman, 1986). Allí los autores anticipan que una de las diferencias más importantes entre la agricultura del Norte y la agricultura del Sur Global está vinculada con los *allotments*. Las ciudades latinoamericanas no cuentan con la tradición de los *allotments*, es decir, la práctica por medio de la cual el Estado entrega o

⁵⁸ Comunicación personal con un ex técnico del Pro huerta del Área Metropolitana de Buenos Aires, 55 años de edad, 19/08/14.

arriendo terrenos en las áreas urbanas y periurbanas para que las familias lleven a cabo huertas de fin de semana (ibíd.).

Gutman y Gutman (1986) manifiestan que a mediados de los ochenta la huerta en el Área Metropolitana era una actividad de micro escala que no atraía tanto el interés de los sectores más desfavorecidos como en aquellos ubicados en una situación un poco más favorable. En efecto, los autores señalan que la cultura urbana no estimulaba ni valoraba tradicionalmente este tipo de iniciativas y que su difusión e implantación en una escala significativa requeriría de un importante esfuerzo de promoción (ibíd.). Por un lado, afirman que la cultura urbana -así como también la necesidad de ingresos en dinero- afectaba el interés del migrante campesino en aprovechar sus conocimientos en una huerta familiar. Por otro lado, advierten que en casi todos los programas vinculados con la agricultura urbana el ritmo de difusión era lento y los niveles de deserción altos. Frente a esta situación, recomiendan la realización de campañas sistemáticas de información y promoción sin eslóganes simplificados -tales como “en 2 metros x 2 metros todos sus alimentos” o “las huertas convertirán en un jardín la ciudad”-. Por el contrario, su propuesta radicaba en dar orientaciones claras a aquellos que estaban interesados y a su vez crear una valoración positiva de la huerta y del horticultor que por ese entonces era escasa. Bajo dicho proyecto, declaran que la distribución de semillas con instrucciones mínimas para su uso adecuado podía ser engrandecida por un programa a escala nacional, anticipándose a lo que sería pocos años después el Pro huerta (Gutman y Gutman, 1986, pp. 5-6,11-12,171,193,194,201)⁵⁹.

Casadinho y otros (2009, p. 274), por su parte, también sostienen que en el área hortícola bonaerense, las primeras experiencias de producción de cultivos orgánicos datan de mediados de los años ochenta y afirman que es recién a principios de los noventa cuando ese modo de producción cobra más notoriedad en dicho cinturón. Al respecto los autores manifiestan que, en sus inicios, la actividad se desarrolló en pequeñas explotaciones, emprendimientos de pequeña escala llevados a cabo por profesionales, miembros o allegados a grupos y asociaciones ecologistas; es decir, actores de reciente incorporación a la actividad hortícola (ibíd.).

Por medio del trabajo de campo realizado sabemos que durante la profundización de la crisis de los años noventa muchos grupos buscaban asesoramiento técnico para incorporar proyectos de huerta en sus organizaciones. Como ya se ha mencionado, durante esos años

⁵⁹ El mencionado informe consistía en la primera parte de un estudio sobre las estrategias para mejorar las condiciones de alimentación y uso de energía en las ciudades. La propuesta trataba de hacer a los distintos grupos urbanos más autosuficientes, con menos dependencia de terceros y con desvinculación parcial de los circuitos mercantiles (Gutman y Gutman, 1986).

surgían las propuestas vinculadas con el Programa Pro huerta, inicialmente en el Gran Buenos Aires, Santa Fe, Chubut y Mendoza (García Prudencio, 2004, pp. 214–215). Algunas de ellas eran reconocidas a nivel nacional como el caso de Los Cirujas en La Matanza (Lombardo y Viviani, 2002). Otras, en cambio, no eran tan conocidas como el proyecto institucional en un jardín de infantes ubicado en el barrio de Constitución (Gallardo Araya, 2005) y la experiencia que hoy se llama Ecoaldea Velatropa en la zona de Núñez⁶⁰. En 1997, también se iniciaba el Programa de Extensión Universitaria en Huertas Escolares y Comunitarias (PEUHEC) con antecedentes en el Programa de Autoproducción de Alimentos que trabajaba en el ámbito de la provincia de Buenos Aires desde fines de los ochenta⁶¹.

Posteriormente y como resultado de la creencia de que las huertas eran estrategias útiles para aquellas personas a quienes les faltaban los recursos básicos, en los días posteriores al estallido social del 19 de diciembre de 2001 comenzaron a surgir diferentes propuestas, especialmente iniciativas comunitarias en el marco de asambleas barriales y organizaciones vecinales como ámbitos públicos de disenso y de acción común. Esto es lo que reflejan los números relevados por el Programa nacional Pro huerta presentados anteriormente y también ciertos relatos como el que se muestra a continuación:

“La huerta de Saavedra tiene una historia parecida a miles: nació en el turbulento 2002 cuando las asambleas populares brotaban por doquier. La Asamblea de Saavedra okupó el terreno, convirtiéndolo de un baldío muerto [y] abandonado en un centro social activo con huerta, una cooperativa de trabajadores cartonexs, talleres... [...] En la ‘aldea global’ que desde arriba tan bien vendieron, lo normal es que cada vez estemos más y más alejados de lo que comemos, no sabemos de dónde viene, quién lo produjo ni cómo. Las personas, la Tierra y los animales no son más que mercancías con etiqueta. La lógica del mercado se ha entrometido en TODOS los aspectos... Si, incluso en la comida [...] Se trata de plantar entre las grietas de este sistema la energía revolucionaria de lo diario, en el camino hacia la plenitud y la libertad” (Huerta de Saavedra, 2011).

⁶⁰ Los Cirujas se trataba de una organización formada por hombres y mujeres de La Matanza que, trabajaban voluntariamente en la producción de huertas para autoconsumo (Lombardo y Viviani, 2002). Se juntó como tal en el año 1996 pero actuaba desde los años noventa (ibíd.). En el año 2005, el Jardín de Infantes Integral Nº 1 D. E. 5 Walt Disney llevaba una continuidad de 17 años en el barrio de Constitución. Los chicos de 2 a 5 años que asistían a la huerta de 160 m² vivían en su mayoría en hoteles de la zona. El proyecto institucional contaba con una activa participación del equipo directivo a la cual los docentes se debieron adherir (Gallardo Araya, 2005). Mientras tanto, en la Aldea Velatropa ubicada en Ciudad Universitaria se pondrían en práctica diferentes propuestas cambiando varias veces de objetivo en función de los participantes.

⁶¹ Comunicación personal con un docente de la Cátedra de Extensión y Sociología Rurales de la Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires, 07/09/15.

Pocos años después del fervor asambleario, muchas de las asambleas declinaron, y junto con ellas, un gran número de prácticas agrícolas fueron abandonadas. Algunas de las experiencias fueron desmanteladas por decisión gubernamental, mientras que otras persisten hasta hoy mostrando una forma de resistencia material e ideológica en pequeña escala. Ciertas huertas consistían en “formas de ocultar la resistencia” (Scott, 2004) con el propósito de disimular la confrontación con las estructuras de autoridad y evadir futuros problemas. Otras, en cambio, eran “mínimas resistencias” (Carman, 2006) donde se ponían en juego prácticas de disimulo y ocultamiento para volverse, si fuera posible y sólo en algunos casos, invisibles, y desde esta “no-existencia” resistir el desalojo y perdurar en el barrio.

Por esos años, y con resabios de épocas anteriores, los huerteros de la Ciudad de Buenos Aires entretejían en su andar una red de relaciones sociales, económicas, simbólicas y políticas que no casualmente también fue relevada en otros países, como por ejemplo, las huertas de Montevideo que describe Zibechi en el momento de elegir un movimiento social de su país (2008, pp. 63–64). Al respecto, el autor sostiene que Uruguay no es el mejor escenario para el nacimiento de prácticas sociales autónomas; sin embargo, en la crisis económica y social de 2002, nacieron espontáneamente decenas de huertas en las que trabajaron miles de vecinos pobres golpeados por la desocupación en la periferia, que fueron estudiadas por Oholeguy (2004) y Contreras (2004) (citados en Zibechi, 2008). La huerta se convirtió, según Zibechi, en el eje aglutinante de colectivos barriales que debieron pelear por su autonomía, conformando en el 2003 el Primer Encuentro de Agricultores Urbanos. De esta manera, sostiene el autor, se mostraba la capacidad de los sectores populares para superar la dependencia estatal y partidaria (ibíd.). Allí se insistía en la necesidad de organizarse en una red “lo más horizontal posible, abierta, sin dirigentes esquematizados o encerrados en una especie de burbuja, gente en contacto con gente” (ibíd.). Luego, con la llegada al gobierno del Frente Amplio en 2005 y la puesta en marcha de políticas sociales focalizadas para atender la pobreza, muchas de las experiencias se disolvieron, mientras que otras persistieron hasta la actualidad, ensayando distintas formas de producción y mostrando que incluso “en una ciudad moderna e integrada como Montevideo es posible producir de forma autónoma y establecer redes de vida paralelas a las del mercado” (ibíd.).

Como veremos en los capítulos que continúan, los huerteros con los que realicé el trabajo de campo eran hombres y mujeres, jóvenes y adultos, con múltiples ocupaciones, algunas de ellas de índole profesional, de oficio o comercial. Realizaban prácticas agrícolas en pos de vincularse de otro modo con su propio cuerpo y con el entorno urbano, revalorizando el conocimiento práctico y las nuevas habilidades. Circulaban de un sitio a otro, confluyendo en lugares

específicos por diversos motivos, ya sea para trasladar residuos domiciliarios, cosechar especies hortícolas, utilizar espacios abandonados y/o resistir el enrejado en parques y plazas. Además de llevar a cabo tareas manuales con la tierra, compartían historias de vida y debatían diversas temáticas, muchas de ellas vinculadas con cuestiones sociales, políticas y económicas como por ejemplo, la producción agropecuaria, la industria farmacéutica y la extracción de los recursos.

La percepción nativa señalaba un crecimiento del fenómeno huertero; sin embargo, el registro continuo del mover(se) al estilo de “cinta transportadora” (Williams, 1977, p. 36) enseñaba que parte de los recién llegados entraban y salían rápidamente del circuito, por diversos motivos, entre ellos, la desorganización, la falta de tiempo y la pérdida de interés. La cadena de contactos alcanzaba un nivel de saturación que develaba la participación de un grupo minoritario de la población. Muy pocos, conocidos y convencidos por el alcance de la propuesta, se constituían en la matriz que sostenía el grupo. Incluso existía cierta desconexión entre las diferentes experiencias agrícolas que -en el último período y por efecto de los desalojos- se revirtió con la promoción de jornadas de debate en la Feria del Encuentro o los encuentros denominados Por las huertas⁶². A pesar de ello, muchos de los relatos mostraban que las huertas formaban parte de una trama social en transformación, al punto tal de visibilizarse y poder referirnos a ella como los inicios de una nueva tendencia que tenía, como se ha anticipado, orígenes a mediados de los años ochenta con puntos de alza importantes en el año 2002 y 2003.

El mundo de las huertas de la Ciudad de Buenos Aires estaba conformado por lugares con ramificaciones que atravesaban otros lugares. Era local punto por punto pero también global: los elementos que le daban forma y contenido eran transportados de todas partes. A su vez, cada elemento era codificado según el contexto (Geertz, 1997) y eso explicaba por qué, durante muchos años, ciertas prácticas no habían sido estimuladas ni valoradas de la misma manera como sostienen Gutman y Gutman (1986, pp. 193–194). Algunos de sus participantes se autodefinían como parte de “una tribu” o como “un movimiento social” por el hecho de que “la gente se movía” como una forma de resistir al capital⁶³. Además de promover la producción de alimentos para consumo personal, en las huertas urbanas se fomentaban formas de

⁶² La Feria del Encuentro es un espacio abierto donde se encuentran diversas personas y colectivos que trabajan en emprendimientos productivos autogestivos desde el año 2007 (Feria del encuentro, s.f.). Por las huertas, como veremos más adelante, es un grupo que se conformó luego del conflicto generado en la Huerta Orgázmika con objeto de estar en contacto y así defender los espacios agrícolas de la ciudad.

⁶³ Entrevista a dos huerteros, un rentista de 40 años el 20/03/12 y un empleado público de 43 años el 07/10/12. Cabe aquí señalar que, en este trabajo, la noción de movimiento social no se utiliza bajo la perspectiva clásica de las teorías que explican la acción colectiva centrada en el sistema político o en la racionalidad estratégica.

comprar y de vender productos y saberes que buscaban cuestionar las relaciones sociales hegemónicas presentes en el mercado tradicional. Esto se podía observar en las conexiones existentes entre las experiencias llevadas a cabo en el Mercado Solidario de Bonpland (Palermo), la Feria del Encuentro (Caballito) o El Galpón (Chacarita) y los distintos proyectos agrícolas que allí se desarrollaban⁶⁴. En el ejercicio de unir todos los puntos, los huerteros se proponían hacer carne esos “territorios otros”, “diferentes a los del capital y las multinacionales que nacen, crecen y se expanden en múltiples espacios de [la sociedad]” (Zibechi, 2008, pp. 5–6).

Así lo muestra la historia de Vila, un hombre de origen paraguayo de 43 años que migró a la Argentina hace más de una década. En 2010 Vila participaba en la Huerta El Caskote a partir de un taller de plantas medicinales que se había iniciado en el Centro Cultural La Sala utilizando materiales vegetales de la Huerta Orgázmika antes de que fuera destruida por el accionar policial en el año 2009. El grupo que llevaba a cabo el taller tenía una larga trayectoria en el marco del Centro de Estudios sobre Tecnologías Apropriadas (CETAAR), una organización no gubernamental surgida en 1985 con sede en Marcos Paz y conformada bajo temáticas como la utilización de plantas medicinales y la producción de alimentos sin agrotóxicos. Dicha organización también era miembro y representante en Argentina de RAPAL, una red fundada en 1983 que agrupaba a diferentes países latinoamericanos con el propósito de denunciar el impacto de los plaguicidas en la agricultura (Cetaar, s. f.). En 2012, Vila transitaba por los lugares donde se reclamaba contra el enrejado de los parques. Además de la Huerta Libre ubicada en el Parque Centenario, visitaba la Ecoaldea Velatropa con el propósito de ver “cómo iban las cosas” y la Huerta de El galpón. Cerraba su circuito semanal participando en la Fabricicleta, un “espacio de enseñanza, aprendizaje, y socialización de saberes sobre velocípedos” y la Huerta Terracera de Urquiza donde se realizaban talleres de huerta con materiales reciclados, iniciativas creadas en el marco de una asamblea de vecinos autoconvocados (Asamblea de Vecinos Autoconvocados de Villa Urquiza, s.f.)⁶⁵.

Otra de las características generales de los huerteros metropolitanos y de la cartografía verde era la búsqueda por restablecer la relación entre lo urbano y lo rural. De hecho, en las experiencias hortícolas la dicotomía sociológica campo/ciudad se entrelazaba bajo el formato

⁶⁴ El Mercado Solidario de Bonpland es el resultado de la confluencia de fábricas recuperadas, cooperativas agrícolas y pequeños proyectos autogestivos cuyo propósito es recuperar para el barrio la idea de economía solidaria. La Feria del Encuentro fue mencionada en notas al pie anteriores. El Galpón también fue citado en el mapa de huertas, sin embargo, aquí aclararemos que se trata de un centro comunal de autoabastecimiento que está vinculado con la Mutual Sentimiento, una organización no gubernamental que promueve las relaciones de comercialización directa entre productor y consumidor bajo el enfoque de la economía social (El galpón, 2012).

⁶⁵ Entrevista a un huertero de 43 años, 10/10/12.

de una relación complementaria que tendía hacia caminos similares (Latour, 2007). Por un lado, los que habían nacido en la ciudad descubrían una forma de transitar temporariamente los ámbitos rurales, por otro, los que eran oriundos del campo se reencontraban con los elementos de la ruralidad. Los asistentes no sólo quedaban detenidos en el espacio-tiempo, es decir, una mezcla entre el tiempo del campo y el tiempo de la ciudad. También ponían en funcionamiento diferentes saberes, tales como la construcción de un horno de barro chileno o la siembra de semillas, confirmando que las huertas eran espacios producidos por el ir y venir de materiales, afectividades y conocimientos.

Federico había nacido en la Ciudad de Buenos Aires, era electricista y tenía 27 años, se sumó a la experiencia huertera luego de ser convocado fortuitamente para reparar una instalación eléctrica en el colectivo Cine Libre Parque Abierto. El grupo había surgido como una “reacción al enrejamiento y limitación del espacio público” en el Parque Centenario durante el 2006 (Cine Libre Parque Abierto, s.f.). Para Federico esa experiencia colectiva había sido la puerta de entrada en el mundo de las huertas porque allí se interiorizó sobre los recursos naturales, el consumismo y las fuerzas de trabajo (ibíd.). Luego de haber asistido a la Huerta Orgázmika, Federico había tomado la decisión de vender todo lo que tenía para llevar a cabo una experiencia en una ecoaldea a 50 km de Iquitos, Perú. Cuando regresó del extranjero sabía que habían múltiples causas por las cuales pelear pero también se sentía agotado. Por eso, a su retorno, sólo apoyaba los sectores del barrio que ya conocía: una radio comunitaria, una asamblea de la zona, un bar que se había iniciado en el 2001 en el formato de cooperativa de trabajo y la huerta que estaba más cerca de su casa⁶⁶.

Eduardo, en cambio, había sido criado en los campos del Iberá, de 38 años cartonero y sin un lugar fijo donde vivir. En las conversaciones lo acompañaba un conductor de ómnibus jubilado que se enorgullecía de ser parte de la tierra por haber nacido en la chacra entrerriana, aunque también recordaba aquellos tiempos donde se creía que con las máquinas agrícolas “todo sería mejor”. Ambos estaban particularmente interesados en saber qué era lo que ponían en juego los habitantes de la ciudad para sobrevivir,

“vos te sentás en la [Avenida] 9 de julio y pasan miles de personas, pero la gente no produce nada, producir es hacer tu alimento, estar en la chacra, hacer tu horno, tu carro [para juntar la basura], [pero acá] esto pocas veces pasa” (Entrevista a un huertero cartonero de 38 años, 07/11/12).

⁶⁶ Entrevista a un electricista huertero de 27 años, 10/10/12. Con la idea del “mundo de huertas como red” a partir de estos relatos se busca hacer una extrapolación del caso de las vías del tren en Latour (2007, p. 171). Estas ideas se podrían continuar con la Ciudad Invisible creada por el autor que puede visitarse en <http://www.bruno-latour.fr/virtual/paris/espagnol/frames.html>

La trayectoria de Eduardo también muestra el grado de heterogeneidad social y política que circulaba en torno a las prácticas agrícolas, en términos de trayectorias sociales, condiciones laborales, modos de vida, con y sin experiencia política. Si bien las inquietudes ambientales se racionalizaban en forma más directa en las clases media intelectual y académica, como sostiene Tobasura Acuña (2007), las clases obrera y trabajadora, los campesinos y los desclasados no estaban al margen de dichas preocupaciones porque eran cuestiones ligadas a las necesidades básicas como son el derecho al ambiente sano, las fuentes de trabajo y la tenencia de la tierra. En efecto, en los encuentros hortícolas era posible observar que las territorialidades rurales y urbanas formaban parte de una continuidad sociológica más amplia e integral. Mientras en el campo prevalecían las áreas homogéneas comandadas por el modelo agroindustrial que imponía tecnologías donde “todo sería mejor”; en las ciudades sobresalían los emprendimientos inmobiliarios que utilizaban el suelo de manera intensiva provocando una homogeneización social y cultural (Zibechi, 2008, pp. 80–89,133–134). Eso creaba un espacio urbano uniforme -lo que Augé denominaría un no lugar- una no ciudad que además de expulsar a “los indeseables” destruía los espacios públicos como lugares de interacción social⁶⁷.

⁶⁷ Al respecto, Zibechi (2008, pp. 80–89) sostiene que la disputa territorial se marca en dos términos. Por un lado, los territorios homogéneos, sedes de poderes verticales y autoritarios del gran capital, donde el Estado acompaña los procesos limitándose a regular sus aspectos más depredadores. Por otro, los territorios heterogéneos donde pueden nacer otros poderes, no jerárquicos y potencialmente anticapitalistas (ibíd.). Según este autor, en dichos espacios de producción, se van generando relaciones sociales que crean territorios autónomos, explícitos o implícitos, bajo las más diversas formas en pos de la recuperación de los medios de producción para que los cambios se produzcan (ibíd.).

3 LA HUERTA ORGÁZMIKA (2002 - 2009)

3.1 Introducción

“En la ciudad de hoy, aparecen desordenes múltiples, formas incomprensibles de lucha que se antojan como absurdas espacialidades que se resisten a encajar en los moldes predispuestos por la entelequia espacial del planeamiento urbano. Con las contradicciones suscitadas por el crecimiento económico emergen espacialidades de fuga, formas creativas de reafirmar el derecho a la ciudad que trasgreden las fronteras y hacen que los espacios vacíos de la trama urbana cobren sentido al ser reclamados y apropiados como lugares de vida por los destechados, migrantes, desempleados, apóstatas, libertarios o, simplemente, excluidos” (Departamento de Antropología e Programa Pós-Graduação em Antropologia Social, 2011).

Como revela la caracterización realizada por antropólogos brasileños, los procesos de apropiación del espacio urbano llevados a cabo por ciertos actores implican actos de “espacilización”, esto es producción de espacios, marcados por una dinámica disruptiva. Este tercer capítulo está dedicado a analizar cómo una dinámica similar atravesó el proceso de creación y disputa en torno a la instalación de una huerta urbana, protagonizado por activistas sociales, vecinos y funcionarios gubernamentales, entre otros actores. La huerta, bautizada por sus integrantes con el nombre de Orgázmika, se desarrolló en un terreno público originalmente en desuso, ubicado en el corazón de Caballito, uno de los barrios identificado con la clase media porteña y caracterizado por la menor cantidad de superficie de espacios verdes por habitante en la ciudad (1,5 m²)⁶⁸.

Es importante destacar que esta experiencia se inició bajo el fervor de las asambleas barriales surgidas en nuestro país en el marco de la crisis del año 2001 y su funcionamiento se extendió durante más de siete años (2002-2009), atravesando contextos cambiantes. En sus orígenes, se creó sin mayores conflictos como una acción propositiva de un grupo activo de ciudadanos preocupado ante el “abandono” estatal del espacio público. Años más tarde, junto con la reactivación económica, la revitalización de obras públicas por parte del Gobierno de la Ciudad y el avance de los negocios inmobiliarios en la zona, se desencadenó una fuerte disputa entre

⁶⁸ Dato del Anuario Estadístico 2009 (Dirección General de Estadísticas y Censos, 2010). Como ya se ha mencionado, dicho valor está por debajo de la superficie verde mínima aconsejada por la Organización Mundial de la Salud que ronda entre 10 a 15 m² de área verde por habitante (Indicadores ciudad, 2009). Cabe señalar que de aquí en más se apocopará en sustantivo propio “La Huerta Orgázmika” como “la Huerta”.

los activistas devenidos huerteros, los vecinos del barrio y el gobierno local y nacional, en la que se expresaron posiciones en pugna sobre el uso del espacio público y los ideales de ciudad. Como veremos más adelante, el reclamo principal de la mayoría de los participantes no era el trabajo a pesar de un contexto en el cual la desocupación en la Ciudad de Buenos Aires rondaba los dos dígitos⁶⁹. Generalmente de corte progresista -en sus versiones izquierdistas, ecologistas y anarquistas- los huerteros encontraban en las actividades agrícolas la posibilidad de construir una economía que se diferenciara de la tendencia al consumo excesivo e innecesario de bienes y productos en la propia ciudad. Unos y otros combinaban las actividades hortelanas con ocupaciones profesionales (diseñadores gráficos, maestros, médicos), de oficio (albañiles, chefs, artesanos) o comerciales (los que montan un emprendimiento productivo o un puesto estable en las ferias de artesanía). Guiados por diversos paradigmas espirituales (yoga, budismo, metafísica, alimentación natural, medicinales alternativas, saberes ancestrales) buscaban desplegar aquellos valores que descompusieran la “cotidianidad tóxica” (Indymedia, 2007) para “romper el cemento” y “plantarse en la ciudad gris” señalando un horizonte a seguir en la transformación social⁷⁰. Convencidos de la importancia de su actividad, a través de los años combinaron medidas de acción directa (acampes, cortes de calle, marchas, etc.) con un largo “camino de burocracia” a fin de obtener un permiso legal para el uso del predio público (Indymedia, 19/07/07). No obstante, el gobierno local finalmente decretó el desalojo y la Huerta fue destruida por el accionar policial para dar lugar a la creación de una plaza.

La reconstrucción del proceso de instalación y defensa de la Huerta pone en evidencia que la naturaleza puede ser concebida como parte de la cultura. En las prácticas agrícolas ancladas en un espacio singular -la ciudad- la separación rígida entre naturaleza y cultura se desvanece. Como ya señalaba la sociología urbana en la década del 20’, “la ciudad no es simplemente un mecanismo físico y una construcción artificial: está implicada en los procesos vitales de las gentes que la forman” (Park, 1925, p. 50). Bajo el presupuesto de que la ciudad tampoco es un escenario de fondo, sino un producto social que se apropia y se resignifica (Delgado, 2008), me propongo responder desde qué posición y con qué discursos los huerteros decidieron crear una huerta en plena metrópoli. También mostraré cuáles fueron las estrategias que

⁶⁹ Cabe aquí mencionar que en la Ciudad de Buenos Aires en el año 1990 el porcentaje de desocupación abierta era de 8,5%; en el 2001 de 19,9%; en el 2002 de 22,6%; en el 2003 de 17,3% y en el 2007 de 10,9%. Como se puede observar, durante la expansión de los noventa, el valor aumenta dramáticamente y alcanza cifras que duplican los valores históricos en todos los recortes territoriales. Esta tendencia se hace superlativa durante la crisis de la convertibilidad, cuando las tasas se ubican en torno al 20%. En cambio, durante los años de pos crisis (2003-2007), la desocupación baja consistentemente hasta recuperar los niveles históricos (Ciccolella, 2009, p. 50).

⁷⁰ Entrevista a un maestro huertero de 24 años, 24/12/09.

desarrollaron sus participantes para preservar el predio y cómo se vieron involucradas diferentes espacialidad(es) y temporalidad(es) que pusieron en juego otros estilos de habitar y de vivir la ciudad⁷¹.

En este capítulo demostraré que si bien la Huerta Orgázmika se crea en un contexto de escasez económica, su significado trasciende la “agricultura de crisis” puesto que -cuando la actividad económica se reactiva a partir del año 2003- la propuesta se expande pese a las denuncias en su contra⁷². Así procuro relevar que la práctica agrícola urbana se encuentra asociada a discursos y prácticas ambientalistas producto de una crítica cada vez mayor respecto a la separación existente entre la cultura agrícola y el ambiente urbano⁷³. Aquí veremos que, a diferencia de las prácticas habituales que la mayoría de los habitantes ciudadanos asocian al “estar contacto con la naturaleza” tales como “pasear en bicicleta” o “hacer un picnic al aire libre”, la realización de una huerta urbana resulta ser una experiencia particular puesto que, en la naturaleza, el espacio y la sociedad se funden por medio del trabajo humano, el cual se constituye como el centro de la relación (Smith, 1984)⁷⁴. Más aún, a partir de dicho trabajo, la naturaleza ejerce un efecto simultáneo sobre el trabajador (ibíd.).

Asimismo, el conflicto de la Huerta Orgázmika muestra que el estudio de las prácticas basadas en el lugar (Escobar, 2000) hace visibles formas subalternas y modalidades locales de (re)configurar el mundo social y natural. Al respecto, Escobar (2000, p. 118) sostiene que tanto antropólogos como geógrafos y ecologistas políticos han demostrado con creciente elocuencia que muchas comunidades rurales del Tercer Mundo construyen la naturaleza de formas diferentes a la forma moderna dominante. Lo interesante del proceso aquí analizado es que no es necesario viajar a las comunidades rurales para observar dichas diferencias: en el marco específico de la ciudad, la naturaleza forma parte de un proceso conflictivo de construcción de significado asociado a términos y conceptos claves como el ambiente y el espacio público⁷⁵.

⁷¹ En este estudio, la estrategia es entendida como producto del sentido práctico; es decir, el sentido del juego, “un juego social particular, históricamente definido, que se adquiere desde la infancia al participar en las actividades sociales” (Bourdieu, 1993a, p. 70). Según este autor, dichas estrategias permiten a los sujetos -más allá de que tengan o no conciencia de las reglas del juego- plantear alternativas que se consolidan a partir de su experiencia práctica.

⁷² Utilizaré la expresión “agricultura de crisis” para referirme a la agricultura que es particularmente impulsada con el objeto de apalea los efectos de las crisis económicas en los sectores más vulnerables de la población urbana.

⁷³ Nótese el espejo producido entre las diferentes expresiones: cultura agrícola y ambiente urbano.

⁷⁴ Encuestas realizadas en un encuentro de Propagación Agámica, Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires, 24/10/09.

⁷⁵ Existen diferentes trabajos que mencionan a la Huerta Orgázmika como uno de los tantos espacios culturales que fueron desalojados durante el año 2009 en el marco de las políticas habitacionales llevadas a cabo en la Ciudad de Buenos Aires (Marcús et al.; 2013, Carman y Pico, 2010; Gurrieri y Szpilbarg, 2010). El presente capítulo, en cambio,

En tal sentido y en función del flujo de los acontecimientos, advertiremos que en el campo ambiental se ponen en juego, además de las posiciones sociales, las visiones de mundo (Azuela, 2006, p. 17). En el proceso analizado la disputa es algo más que ambiental puesto que se combina con otras temáticas -tales como el espacio público, la vivienda, la salud, etc.-, produciendo resultados específicos pero muy variados en el orden social⁷⁶. Una de las preocupaciones centrales consiste en comprender de qué modo la cuestión ambiental se encuentra socialmente construida, problematizada y disputada por parte de los actores diferencialmente posicionados, quienes apelan a vínculos locales, nacionales y globales dentro de relaciones de poder desigual. Es decir, analizar quiénes se benefician con la narrativa ambiental y cómo dicho discurso es utilizado con fines diferentes y antagónicos tanto para justificar la permanencia de una huerta o su expulsión bajo el ejercicio de la violencia pública. Lo llamativo de este caso es que fueron -precisamente- los argumentos ambientalistas los que permitieron destruir la propuesta agrícola. En efecto, las reivindicaciones del ambiente y del espacio público se encuentran yuxtapuestas y tienen cada vez mayor fuerza en la Ciudad. Asimismo, este conjunto de preguntas nos permite pensar en los seres humanos como agentes de un proceso histórico y en la(s) visiones de naturaleza como parte del mismo proceso⁷⁷.

A nivel metodológico, el análisis se basó en dos operaciones de corte etnográfico. Por un lado, se reconstruyeron las redes de relaciones, la secuencia y las lógicas de los sucesos significativos; por otro, se contextualizaron dichas redes para lograr inteligibilidad en función del objeto construido (Rockwell, 1987). Para ello se utilizó un sinfín de materiales secundarios (desgrabaciones de programas radiales, artículos periodísticos -tanto alternativos como de circulación local y nacional-, videos elaborados por el colectivo, páginas webs, blogs de las asociaciones vecinales, etc.). Asimismo, en el marco de una aproximación dialógica, también se elaboró un corpus primario a partir de entrevistas abiertas y observaciones en diferentes momentos y situaciones históricas.

Finalmente, es importante aclarar que cuando decidí abordar la Huerta Orgázmika como proceso de estudio ya habían pasado cuatro años desde su destrucción. El transcurso del tiempo y mi amplio conocimiento previo sobre el caso me permitió corroborar que cada forma

se caracteriza por estudiar de manera particular cómo se crean y se disputan las prácticas de la agricultura en la mencionada Ciudad.

⁷⁶ Cfr. Azuela y Mussetta (2009).

⁷⁷ Al respecto, Ingold (2012) refiriéndose a Ortega y Gasset sostiene que “‘el hombre no tiene naturaleza sino historia’ [es decir] la humanidad no es algo acotado [sino que] hay que trabajar[la] continuamente. Tenemos que pensar al ser humano como verbo. Nos hacemos a nosotros mismos y somos responsables de eso y [de lo que le hacemos] al medio ambiente. Tenemos que ir más allá de la dicotomía humanidad-naturaleza. Tenemos que pensar en los seres humanos como proceso y pensar en el ambiente del que somos parte también como proceso”.

social viva es historia rearticulada puesto que “hacer inteligible el presente requiere buscar en el pasado el sentido de esas huellas” (Ezpeleta y Rockwell, 1983). Como suele suceder en la vida social, los huerteros no tenían el mismo registro de lo sucedido. En la medida que intenté avanzar con la realización de entrevistas surgió algo paradójico: la mayoría de los protagonistas no recordaban los acontecimientos precisos y algunos de ellos se mostraban reticentes a la hora de conversar sobre el conflicto. A esto se le agregaba que los participantes de la Huerta iban rotando y se pasaban la información los unos a los otros utilizando frases como “yo no estaba pero me lo contaron”⁷⁸. Pero al mismo tiempo, la Huerta Orgázmika se había instalado en la memoria social viva, pues todos mis interlocutores -y no sólo quienes habían tenido una participación directa- recordaban dicha experiencia, convirtiéndose en un punto de referencia ineludible para otras huertas de la Ciudad.

3.2 Tras las huellas de la Huerta: los comienzos (2002 - 2004)

A raíz de la crisis de 2001 diversos sectores sociales comenzaron a participar en protestas colectivas conocidas como “cacerolazos” y posteriormente asambleas barriales en espacios públicos de la Ciudad de Buenos Aires⁷⁹. Caballito fue uno de los barrios más movilizados, donde se conformaron al menos seis agrupaciones, entre ellas, la asamblea popular Gastón Rivas, Parque Rivadavia y Cid Campeador. La Asamblea Gastón Rivas se reunió por primera vez en la Plaza Giordano Bruno con una heterogénea participación. En esos primeros encuentros, se reunían entre cien y doscientas personas con diferentes posiciones políticas e intereses que discutían en torno a la macro-política; principalmente temas vinculados con la acefalía de autoridad. Con el paso del tiempo y ante un declive del nivel de asistencia, la asamblea se trasladó al Centro Cultural La Sala Alberdi donde los principales temas de debate se centraron

⁷⁸ Comentario de un participante de la Huerta Libre Parque Abierto, 12/02/13.

⁷⁹ Bajo la denominación “cacerolazo” se alude al hecho de que los participantes golpeaban cacerolas de manera espontánea frente a las medidas tomadas por el gobierno durante ese período. Según Neufeld y Cravino (2007:34), los cacerolazos fueron una modalidad de protesta protagonizada por distintas facciones de la clase media mayoritariamente en la Ciudad de Buenos Aires que dio lugar, en algunos casos, a las llamadas asambleas barriales constituyendo un clima de protesta que se extendía más allá de las acuciantes necesidades de algunos sectores. Al respecto, Grimberg (2004) describe la composición de las asambleas de enero y febrero de 2002 como un momento caracterizado por su masividad y una notoria heterogeneidad social y política. Heterogeneidad social en trayectorias y condiciones laborales, en modos y condiciones de vida; heterogeneidad política entre aquéllos sin experiencia política, activistas y militantes de diversos y conflictivos agrupamientos de la izquierda, ex militantes de los setenta, etc. (ibíd.).

en las cuestiones puntuales del barrio⁸⁰. En ese contexto de discusión, algunos vecinos manifestaban su preocupación respecto a la problemática de los espacios públicos “abandonados” por el Estado y proponían como solución su reutilización. Las zonas aledañas a las vías del ferrocarril formaban parte de una propuesta gubernamental destinada a la realización de un “corredor verde” que nunca se llevó a cabo y es allí donde se propone ubicar originalmente la Huerta de Caballito⁸¹.

En sus inicios la propuesta hortícola convocó a una veintena de vecinos, entre ellos, estudiantes secundarios y universitarios, trabajadores públicos y privados, empleados calificados y semicalificados, cuentapropistas, desempleados, personas en situación de calle y jubilados que representaban una amplia gama de edades, trayectorias y condiciones de vida. Muchos de ellos participaban de diferentes asambleas -principalmente de la Asamblea Popular Gastón Rivas-. En febrero de 2002 “pusieron las manos en la tierra” y realizaron los primeros canteros en un terreno que se ubicaba detrás de un estadio de fútbol y cerca de un asentamiento urbano⁸². Desde el principio, los asambleístas identificaron “una situación bastante compleja” en el predio elegido⁸³. Al respecto, uno de ellos recordaba lo siguiente:

“el personal de seguridad que trabajaba en el club nos dijo que nos podíamos quedar en el predio pero si sacábamos a la gente que estaba viviendo ahí, en la villa, imagínate y eso que todavía no estaba Mauricio Macri como Jefe de Gobierno... A los pocos días, decidimos trasladar la Huerta al lugar donde se la conoció públicamente como la Huerta Orgázmika” (Entrevista a un asambleísta del Cid Campeador que participó de la Huerta en el año 2002, 17/10/12).

⁸⁰ La asamblea se gesta el 21 de diciembre de 2001. El nombre hace referencia a un motociclista que trabajaba en la realización de trámites puerta a puerta y que fue asesinado el 20 de diciembre en la Avenida 9 de julio, durante las protestas que surgieron en el estallido social de la crisis de ese año. Recordemos que al principio las asambleas se realizaban en la calle. Debido a las inclemencias climáticas y la baja participación, los diferentes referentes buscaron espacios cerrados con el fin de mejorar las condiciones para la participación. En el caso de la Asamblea Gastón Rivas, el lugar elegido fue el Centro Cultural La Sala Alberdi que estaba ubicado a pocos metros del sitio donde se reunía originalmente la asamblea. La Sala había comenzado a funcionar en el año 1998 como un espacio de convivencia para luego transformarse -debido a su expansión- en un centro cultural.

⁸¹ Según el Plan Urbano Ambiental (2004: 181) elaborado durante la administración de Ibarra (07/08/00 al 13/03/08), la propuesta del corredor verde tenía como objetivo “superar la barrera urbanística [...] mediante su soterramiento y, consecuentemente, generar un gran parque lineal que mejore la calidad ambiental de los barrios que atraviese”. Sin embargo, cabe aquí señalar que, desde 1990 hasta 1996, las transformaciones urbanas de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires se caracterizaron por el avance creciente del sector privado y el retiro del Estado en la planificación urbana. Aunque en el año 1996 se inicia una nueva etapa con la sanción de la Constitución y junto con ello la instrumentación del ordenamiento territorial, la formulación del Plan Urbano Ambiental (PUA) aún continúa pendiente de aprobación (Ciccolella, 2009, p. 58).

⁸² Entrevista a un asambleísta del Cid Campeador de 22 años que participó de la Huerta en el año 2002, 17/10/12.

⁸³ *Ibíd.*

Como se puede apreciar en este relato, el barrio de Caballito no se encontraba exento de las disputas por el derecho a la vivienda. En relación al tema habitacional, Jauri y Yacovino (2011, pp. 3–9) sostienen que -durante esos años- las villas formaban parte de una categoría indiferenciada administrativamente: el asentamiento. Durante la crisis del 2001, dichas formas de acceder a la tierra habían sido relativamente toleradas por el Estado. Sin embargo, una vez iniciada la reactivación económica del año 2003, las políticas urbanas retomaron y profundizaron el modelo de “modernización excluyente” que caracterizaba a los años 90 basados en la dualización de la economía y la sociedad. Según las autoras, la relativa tolerancia estatal dejó paso a una progresiva visibilización y criminalización que fue funcional a los procesos de desalojo en la Ciudad, principalmente en aquellos lugares atractivos para el desarrollo inmobiliario como el barrio donde estaba situada la Huerta en cuestión (ibíd.)⁸⁴.

Bajo este trasfondo habitacional y frente a la curiosa solicitud del personal de seguridad de “sacar a la gente” del lugar, los assembleístas no desistieron de realizar la Huerta en la zona⁸⁵. La búsqueda continuó en otro terreno ubicado en las cercanías del ferrocarril. El nuevo espacio identificado sería un baldío lindante a una calesita para niños y a una plaza municipal que aún no había sido nombrada oficialmente (ver mapa). En ese entonces, el predio estaba cubierto de basura tanto orgánica como inorgánica acompañada por roedores. De ahí que los participantes se proponían recuperar el espacio para el uso de la comunidad, en pos de la construcción de “un bien común” y, al hacerlo, pusieron en evidencia la potencialidad de la “ciudadanía reunida [para] afrontar las dificultades que la Ciudad de Buenos Aires [...] presenta como gran ciudad” (Huerta Orgázmika, 2007a).

⁸⁴ La categoría asentamiento remite a precarias instalaciones en plazas, bajo autopistas y vías de ferrocarril -así como también- las ocupaciones de tierras vacantes y en desuso de gran tamaño y consolidación que, en muchos casos, replicaban los procesos de formación de las villas históricas de la Ciudad (Jauri y Yacovino, 2011). En relación al desarrollo inmobiliario, las autoras sostienen que una de las medidas que incidieron fuertemente en la estructuración del suelo y los procesos socio-espaciales fue precisamente la implementación de una “política de fragmento” o planificación estratégica, destinada a revalorizar y rejerarquizar determinadas porciones del territorio previamente obsoletas o degradadas, convirtiéndolas en atractivas para los capitales privados vinculados a la globalización, el turismo y la residencia y esparcimiento de sectores medios y altos (ibíd.). Al respecto, Ciccolela (s.f., pp. 59–60) manifiesta que, a juzgar por la proliferación de los artefactos de la globalización (oficinas inteligentes, hostelería internacional y centros comerciales como shoppings y supermercados), Buenos Aires vivía indudablemente los síntomas de una megaciudad periférica fuertemente marcada por la penetración de la economía global. Pero por otro lado, se estaba verificando la profundización de la polarización social, la exclusión y la fragmentación socio-territorial metropolitana (ibíd.).

⁸⁵ Entrevista a un assembleísta del Cid Campeador de 22 años que participó de la Huerta en el año 2002, 17/10/12.

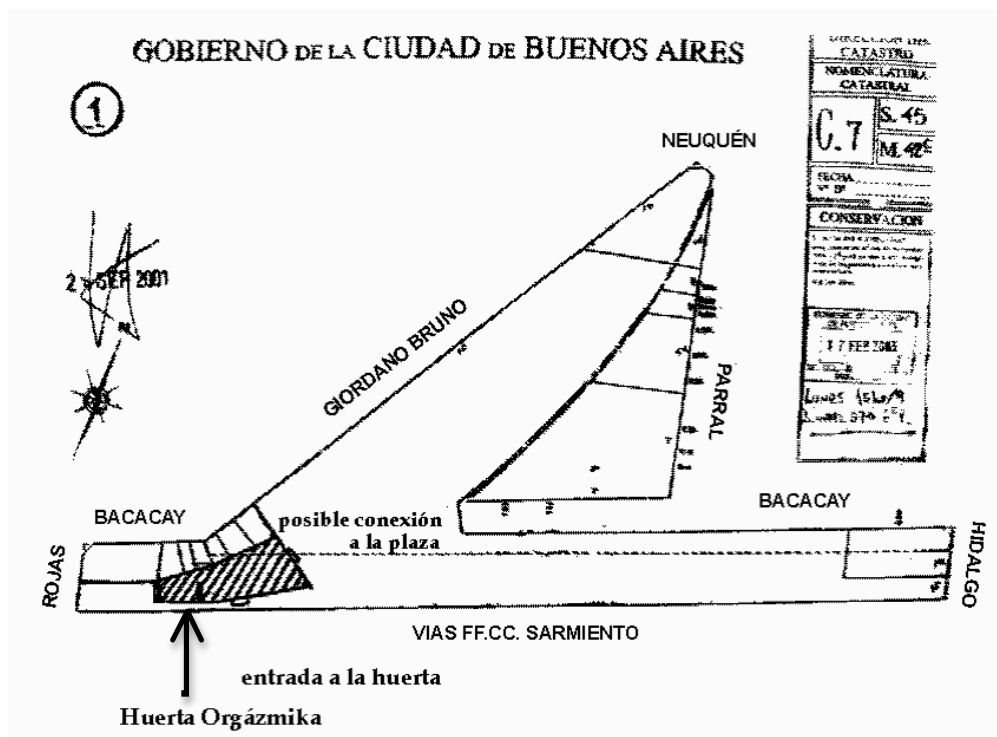


Gráfico Nº10. Mapa de la Huerta Orgázmika. Fuente: Huerta Orgázmika, 2007a.

La propuesta agrícola se fue ampliando lentamente y el acceso público quedó ubicado en la calle Rojas, próximo a la estación de tren. A la construcción de un horno de barro para la panificación de la “olla popular” que funcionó todas las semanas hasta el año 2003, se agregaron canteros hortícolas y cercos vivos conformados por plantas ornamentales y aromáticas⁸⁶. En los inicios, los asambleístas utilizaron los insumos elaborados y provistos por los técnicos del Programa Pro huerta. Los relatos coinciden en señalar que los técnicos del Programa fueron quienes se acercaron a la asamblea y no a la inversa. Según uno de los huerteros, un técnico del Programa les ayudó en la creación del espacio; en cambio, otro comentaba que en la asamblea participaba un ingeniero que “llevó semillas y algunos libros del Pro huerta para arrancar”⁸⁷. Como veremos más adelante, desde el punto de vista de los huerteros, la forma en que se contactó al Programa Pro huerta resultaba un dato esencial puesto que el grupo se proponía desarrollar un proyecto autónomo y autosuficiente, que estuviera separado del Estado y sus formas de accionar.

Los huerteros, en cambio, tenían un fuerte vínculo con los integrantes del Centro Cultural La Sala Alberdi que le confirió a la huerta una identidad particular. En la práctica, ambos espacios

⁸⁶ La “olla popular” alude a una práctica desarrollada en el espacio público que consiste en cocinar con insumos provistos por los vecinos de forma voluntaria y distribuir el alimento dentro del barrio de forma solidaria.

⁸⁷ Estos datos provienen del trabajo elaborado por Dawn McDonnell “Raíces de resistencia” (2008) y de una entrevista a un asambleísta, 17/10/12.

se potenciaban mutuamente con la realización de actividades en forma conjunta como charlas, ferias, jornadas y talleres.

“En ese entonces [los huerteros assembleístas] se cruzaban al centro cultural La Sala y a la biblioteca ‘Los libros de la Buena Memoria’, ubicados frente a la Plaza Giordano Bruno, donde se reunían para ver videos del Programa del INTA ‘Pro huerta’ y empezaban a relacionarse con otras personas que deseaban construir una alternativa más solidaria, sincera y clara que las políticas vigentes” (Indymedia, 2007).

En el año 2003, la Huerta ya estaba establecida en cuanto a diseño y ubicación. Las tareas agrícolas se acompañaban con múltiples actividades, como por ejemplo, el *food not bombs* (comida no bombas) en la calle. Esto mostraba cómo, parafraseando a Latour (2007) y en términos de red, los elementos que le daban forma y contenido a la Huerta eran transportados de todas partes.

“todos los jueves hacíamos los *food not bombs*, que no es una ONG sino una idea mundial vegetariana que se va adaptando a cada lugar, para mostrar que hay una gran cantidad de comida que se tira pero que está en buen estado. Nos poníamos en la calle Rojas y la vía a preparar lo que íbamos a comer. Nos juntábamos todos, los de La sala y los de la Huerta, a veces iba la gente de la calle. Algunas cosas se sacaban de la huerta para complementar lo que recolectábamos de la basura y otras cosas se compraban con la plata que juntábamos” (Entrevista a una huertera que participó desde el año 2006, 16/05/14).

Para ese entonces, la propuesta se la conocía barrialmente como la Huerta Orgázmika, buscando señalar las bases orgánicas y la relación afectiva que generaba hacer agricultura sin agrotóxicos dentro de la Ciudad. En ese mismo período y a tres años de haber sido inaugurada, se denominó por primera vez la plaza que estaba al lado de la Huerta fue denominada por primera vez Plaza Giordano Bruno, ubicada legalmente en la intersección de las calles Giordano Bruno, Parral y Neuquén. Este es un dato significativo porque en la ley de nombramiento de la plaza (2003) se omitía la mención de uno de los vértices del rectángulo, las calles Rojas y Bacacay, lugar donde estaba localizada la Huerta y que luego sería objeto de litigio⁸⁸.

⁸⁸ Ley de la ciudad N° 1110/2003 promulgada durante la Jefatura de Gobierno de Ibarra (07/08/00-13/03/06).

3.3 La huerta en su esplendor (2005-2006)⁸⁹

“[El] misterio de que la mente deba usar un cuerpo, o que el cuerpo deba tener una mente, es como el misterio de que un hombre [que cultiva] deba usar el suelo, o que el suelo que hace crecer las plantas, deba hacer crecer aquellas adaptadas a sus propias propiedades” (Dewey citado en Jackson, 1983).

Entre los años 2002 y 2004 la propuesta agrícola se desarrolló sin mayores dificultades. No obstante, a principios de 2005 y durante 2006 bajo el gobierno de Ibarra (07/08/00 al 13/03/06), se escucharon las primeras advertencias de desalojo cuando la obra de remodelación de la Plaza Giordano Bruno se licitó públicamente. Luego, como se mostrará más adelante, en el transcurso de la Jefatura de Gobierno de Telerman (13/03/06 al 10/12/07) los pedidos sobre el cierre de la Huerta trascendieron el ámbito informal para constituirse en un asunto legal, como resultado de la adjudicación de la obra a una empresa privada⁹⁰.

En los primeros avisos informales de desalojo (2005 y 2006), asistían a la Huerta en forma semanal unos diez participantes, hombres y mujeres entre los 20 y los 30 años, algunos de los cuales, como dijimos, formaban parte de las actividades realizadas en el Centro Cultural La Sala, mientras que otros se habían interiorizado de la existencia del espacio de boca en boca y a partir de amigos que circulaban por diferentes experiencias de autogestión. El grupo contaba con una amplia gama de conocimientos, repartidos entre los que se iniciaban en las cuestiones agrícolas y los experimentados que buscaban intercambiar estrategias y novedades. Muchos de ellos pasaban tardes enteras, incluso días, reconociendo las especies, construyendo canteros y organizando visitas guiadas para la comunidad. Una de las características primordiales del grupo era la rotación de sus participantes que buscaban nuevas propuestas dentro o fuera de la ciudad y se movían de manera permanente sin sostener la continuidad en el espacio. Por estos motivos algunos de los que se habían acercado en sus inicios ya no participaban de la Huerta, pero muchos pasaban para saber “cómo estaban las cosas”⁹¹. Alcanzaban así una cincuentena de concurrentes asiduos de muy diversas edades, muchos de los cuales visitaban el terreno para llevar a cabo no sólo talleres de huerta, actividades de permacultura “masivos” y encuentros de *food not bombs*; así como también charlas sobre reciclado, construcción de cocinas alternativas, plantas medicinales y múltiples propuestas que

⁸⁹ Este apartado ha sido previamente publicado en la revista electrónica *Prácticas de oficio. Investigación y reflexión en Ciencias Sociales*, Nº 16 (Gallardo Araya, 2015).

⁹⁰ Resolución Ciudad Autónoma de Buenos Aires Nº 484/2006 publicado por la Secretaría de Producción, Turismo y Desarrollo Sustentable en la Jefatura de Gobierno de Telerman (2006-2007).

⁹¹ Entrevista a una huertera que participo desde el 2006 con 20 años, 16/05/14.

se fueron agregando con los años, como por ejemplo, la cocina hindú, la proyección de documentales, las fiestas electrónicas, la reparación de bicicletas y la creación de “estencil”⁹². Por esos días también se iniciaban los primeros “encuentros de semillas” entre diferentes huertas de la ciudad, como por ejemplo, la Huerta de José León Suárez y el Centro de Estudios sobre Tecnologías Apropriadas⁹³. En dichos encuentros la propuesta consistía en revalorizar la importancia del material genético en términos de autoabastecimiento bajo múltiples eslóganes, tales como, “reciprocidad de dar y recibir, donde la semilla no tiene precio, no tiene valor de mercado y por sobre todo no tiene propiedad” (Cetaar, 2008).

Como se anticipó muchos de los participantes de la Huerta no se acercaban con el propósito de reclamar una salida laboral sino una estrategia de vida que les permitiera descomponer “la cotidianidad tóxica” (Indymedia, 2007) y “plantarse en la ciudad gris”⁹⁴. Diferentes generaciones -entre ellos militantes de organizaciones ecologistas preexistentes a la crisis del 2001 y también formadas durante ese mismo año- se encontraban para compartir experiencias y construir una economía autosuficiente en pos de repensar y, a su vez, cuestionar la cotidianidad urbana combinándolo con ocupaciones de oficio, profesionales o comerciales. Motivados por escaparse de la sociedad de consumo, los huerteros revalorizaban el conocimiento práctico en detrimento del conocimiento teórico formalizado que señala qué hacer y no cómo. Con dicho plan, priorizaban la exploración y la experimentación en términos del por qué y el para qué de la producción agrícola. Esto no significa que la práctica fuera repetitiva e irreflexiva; todo lo contrario, había una teoría no verbalizada y una permanente reflexión sobre el complejo ciudadano-capitalista.

En cuanto a la relevancia de “el hacer” en la Huerta Orgázmika, Escobar (2000, pp. 121–124) sostiene que en los planteamientos antropológicos recientes existe una convergencia al asumir que el conocimiento de la naturaleza funciona más a través de un conjunto de prácticas que dependiendo de un sistema formal. En palabras de Ingold (2001, p. 54) esto se traduciría en la idea de que el aprendizaje de las habilidades depende de las relaciones entre practicantes más y menos experimentados en contextos de actividad manual. Dichas nociones pueden ser

⁹² *Ibíd.*

⁹³ El Centro de Estudios sobre Tecnologías Apropriadas es una organización no gubernamental que ya fue presentada en el capítulo anterior. Surge en 1985 con sede en Marcos Paz bajo el interés en temáticas como la utilización de plantas medicinales y la producción de alimentos bajo el modelo agroecológico. Cabe aquí mencionar que dicha organización también es miembro y representante de RAPAL, una red fundada en 1983 que agrupa a diferentes países latinoamericanos con el propósito de denunciar el impacto de los plaguicidas en la agricultura (Cetaar, s.f.). En dichos encuentros, que aún existen en la actualidad con mayor presencia que en los inicios, los huerteros que participaban en espacios comunitarios y familiares realizaban intercambios de semillas sin agrotóxicos dos veces al año, en la zona oeste de Buenos Aires.

⁹⁴ Entrevista a un huertero maestro de nivel primario de 24 años, 24/10/09.

(re)ubicadas en lo que Escobar (2000, pp. 121–124) llama la “antropología de las experiencias”, es decir, situaciones en donde el “uso práctico” -y no la “lógica racional”- es lo que condiciona las creencias.

Con esta perspectiva a continuación realizaré un paréntesis en la reconstrucción de los acontecimientos para repensar el proceso de la Huerta a partir del concepto de espacio vivido (apartado 3.3.1 La huerta como espacio vivido, 3.3.2 El espacio como un ámbito de reproducción social, 3.3.3 El espacio como un ámbito de transformación social: la experiencia vivida con el cuerpo y 3.3.4 la huerta en palabras de sus vecinos). A su vez, y en función del estudio realizado por Escobar (ibíd.), me pregunto si es posible encontrar en estas prácticas una crítica al poder y a la hegemonía sin ignorar su arraigo en los circuitos del capital y la modernidad⁹⁵.

3.3.1 La huerta como espacio vivido

Bajo una idea crítica del espacio como fondo o mero escenario, Foucault (1999, p. 434) señala que los seres humanos “no vivimos en el interior de un vacío coloreado por diferentes tornasoles” sino que “vivimos en el interior de un conjunto de relaciones que definen emplazamientos irreductibles unos a otros”. Es allí donde el poder se ejerce y se materializa a partir de las fuerzas de represión, socialización, disciplina y castigo (ibíd.). Precisamente en esos intersticios la realización de una huerta cobra sentido. El comprender la ciudad como un campo de operaciones programadas y controladas donde “prolifera los ardides y las combinaciones de poderes sin identidad legible, sin asideros, sin transparencia racional: imposibles de manejar” es lo que nos permite pensar cómo los sujetos hacen, en palabras de De Certeau (2000, pp. 105–110) “otras cosas con la misma cosa”, y socavan el orden de la legitimidad, erosionan el poder y lo obligan a diseñar nuevos mecanismos de control (Reguillo, 1998).

Desde esta perspectiva, las prácticas cotidianas pueden ser entendidas como “microbianas, singulares y plurales” porque se escapan de la disciplina aunque sin quedar fuera de dicho campo (De Certeau, 2000, pp. 105–110). Para demostrar esta afirmación resulta útil la

⁹⁵ En dicho artículo, Escobar (2000, p. 124) explora estudios relativos al conocimiento local y a los modos de naturaleza llevados a cabo por la antropología ecológica y la antropología del conocimiento en función de las prácticas basadas en el lugar. Algunos de los conceptos allí mencionados son el adiestramiento (Hobart, 1993 e Ingold, 1996 en Descola y Pálsson); la performatividad (Richards, 1995 y 1996); los modelos basados en la práctica (Gudeman y Rivera, 1990) y la enacción (Maturana y Varela, 1987). En palabras del autor, dichos conceptos constituyen un conjunto de significados-uso que no pueden ser reducido a las construcciones modernas, ni ser explicados sin referencia a un enraizamiento, los linderos y la cultura local (ibíd.). Por estos motivos considero que tiene sentido recuperar la asociación entre las prácticas basadas en el lugar, el no capitalismo y la cultura local realizada por el autor.

distinción del espacio material, el espacio percibido y el espacio vivido esbozada por Lefebvre y retomada por diferentes autores (Escobar, 2000; Harvey, 1998; Soja, 1996; Smith, 1984; Bachelard, 1957). Por un lado, el espacio material ha sido entendido como el espacio de la ciencia positivista (Soja citado en Escobar, 2000, p. 128). Un espacio matemático que resulta de una abstracción de los sucesos sociales, “un receptáculo universal en el que los objetos existen y los eventos ocurren, como un marco de referencia, un sistema coordinado (junto con el tiempo) en el que todo lo real existe” (Smith, 1984). Un espacio que -a pesar de la vaguedad y la ambigüedad- resulta difícil de cuestionar (ibíd.). Por otro lado, el espacio percibido es el que ha sido diferenciado por la teoría social (Soja citado en Escobar, 2000, p. 128). Un espacio desligado de lo físico y separado del espacio real para convertirse en el escenario de las actividades sociales (Smith, 1984). Así como el espacio matemático ha venido a representar el campo abstracto de los eventos naturales, el espacio representado encarna el campo abstracto humanamente construido de los eventos sociales que puede ser definido en un sin número de formas (ibíd.)⁹⁶.

El espacio vivido, en cambio, es el espacio material y simbólico; es poético, imaginado y habitado en tanto que trasciende el espacio geométrico y el espacio percibido. Es el espacio captado por la imaginación que, en palabras de Bachelard (1957, p. 22), “no puede seguir siendo el espacio indiferente entregado a la medida y a la reflexión del geómetra. Es vivido. Y es vivido, no en su positividad, sino con todas las parcialidades de la imaginación”. Al respecto, el autor recupera “la poesía del espacio” al sostener que de nada serviría, por ejemplo, describir en un plano geométrico la habitación que está en nuestros recuerdos. Precisamente es cuando un poeta habla donde “el alma del lector resuena” y “no lee ya nuestro cuarto” sino que ve “su propio cuarto” (1957, p. 35). El proceso bajo estudio muestra algo similar: carece de sentido narrar una huerta urbana desde el espacio geométrico porque se ponen en juego múltiples vivencias, pensamientos y apropiaciones, que no resultan fácilmente transmisibles a funcionarios, vecinos y transeúntes.

3.3.2 El espacio como un ámbito de reproducción social

Las prácticas sociales que se llevaban a cabo en la Huerta producían espacio, es decir, “espacializaban” por medio de la apropiación del lugar, poniendo en discusión los sentidos comunes acerca de la naturaleza, la cultura y la sociedad. En cuanto al primer punto, según sus

⁹⁶ Por ejemplo, sostiene Smith (1984), la clase trabajadora o la relación trabajo-salario pueden ser reales; no obstante, la localización de estas relaciones como puntos en el espacio social no tiene nada que ver con su ubicación en el espacio físico o natural.

protagonistas, la Huerta era “una expresión de [las] ideas y formas de vivir” a partir de la cual se quería “mostrar, motivar y fomentar una agricultura orgánica que se adecua al respeto por la tierra, la naturaleza y las personas” (Huerta Orgázmika, 2007a). Dicho espacio significaba para quienes desplegaban sus actividades allí, algo más que una naturaleza biofísica, teorizada y/o planificada. Implicaba una manera de “conectarse con la naturaleza y con la esencia misma del ser”, donde los mundos biofísico y humano se sustentaban sobre vínculos de continuidad (Escobar, 2000, p. 119)⁹⁷.

“buscamos lograr una relación con el entorno que sea armoniosa y vital” (Huerta Orgázmika, 2007a).

“la verdad es que yo no soy de leer mucho, pero todo lo que sé es por los documentales que vi en el Centro Cultural, ahí fue donde conecté con la idea de la tierra y decidí empezar a ir a la huerta que estaba cerca, allí me di cuenta que eso era lo que necesitaba, estar con la naturaleza [y ser parte de ella]. Ahora me propongo dar a la tierra lo que hace miles de años le quitamos, por eso traigo la basura de mi casa una vez a la semana para compostarla” (Entrevista a un huertero electricista, 27 años, 10/11/09).

En ese entonces, al igual que en el proceso que analizaré en el capítulo sobre la Huerta Libre Parque Abierto, los huerteros buscaban conocer la naturaleza, observarla para imitarla y “trabajar” en forma cooperada bajo un enfoque agrícola que consideraban diferente, el permacultural, un modelo agrícola que había surgido en Australia como acción de protesta frente a la llamada revolución verde en los setenta (Mollison, 1994). Al respecto, Leff (2009, p. 162) sostiene que por esos años la crisis ambiental se estaba “cocinando” como resultado de una racionalidad económica que generaba niveles crecientes de consumo, de explotación y de transformación destructiva de la naturaleza. Diferentes autores también dejan entrever que - en ese periodo- emergía una crítica al paradigma normal de la economía como consecuencia de la mayor visibilidad de la degradación ambiental y de la toma de conciencia sobre los límites de crecimiento (Altieri, 2007; Novo y Zaragoza, 2006; Sevilla Guzmán y Ottmann, 2006; Leff, 2004, p. 183; Toledo, 2002). Allí se afirmaba que la inconsistencia entre el ambiente y la economía tenía que ver con una idea judeocristiana del predominio del hombre sobre la naturaleza en beneficio propio (Leff, 2009). Esto significaba pensar en una naturaleza “desembarazada de los encantamientos de la magia y reducida a su mera dimensión económica” (Bourdieu, 2006, p. 61). Es decir, una visión cultural que desembocaba en la idea

⁹⁷ Entrevista a un huertero estudiante de 25 años, 24/10/09.

de un progreso ilimitado, que anidaba en el iluminismo, en la forja de la ciencia moderna y, particularmente, en la construcción e institucionalización de la economía (Leff, 2009, p. 162).

En tal sentido, no es casual que el colectivo de la Huerta tomara como base de acción la producción agrícola y a su vez utilizara el modelo permacultural para (re)pensar el dominio económico sobre sus vidas. Según sus expresiones, no se podía “sobrevivir mucho tiempo sin una base agrícola sostenible y una ética del uso de la tierra”; por eso, proponían fundir la naturaleza con la cultura y así discutir sobre los sentidos de la cultura. Por medio de la definición de “permacultura” buscaban desarrollar “una contracción no sólo de agricultura permanente sino también de cultura permanente” (Huerta Orgázmika, 2007a). De esta manera y junto con una concepción de naturaleza vivida, señalaban un especial énfasis por recuperar la dimensión original de la palabra cultura como denotadora de modos de actividad en el ambiente, buscando romper con la noción idealista de cultura inorgánica, imaginada y divorciada de lo material (Jackson, 1983, p. 60)⁹⁸.

“cultura del latín ‘cultura’; [femenino] cultivo; [sentido figurado] efecto o resultado de cultivar los conocimientos y de mejorar las facultades del intelecto por medio del ejercicio” (Huerta Orgázmika, 2007a).

Los huerteros aspiraban a moverse en el mundo de la materialidad. Para ello, ponían en acción un concepto de cultura asociado al desarrollo de habilidades con instrumentos, con máquinas, con otros seres vivos y en la atmósfera, sedimentando significados en todos aquellos que compartían la comunidad práctica (Ingold, 2012, p. 13). Esto explicaría por qué durante las salidas de campo documenté que la Huerta se realizaba por medio de ensayos de prueba y error, con altibajos, donde no había altas producciones; algunas instalaciones quedaban sin terminar; e incluso se favorecía la diversidad de especies desde su dimensión contemplativa y no utilitarista. Desde esta lógica, actividades como la conservación de la biodiversidad y la realización de construcciones naturales resultaban ser de suma importancia puesto que, según sus palabras, el hacer de manera autodidacta ayudaba a reflexionar sobre cuestiones como las formas de actuar en sociedad, el agotamiento de los recursos y el aprovechamiento de la energía. En tal sentido, el colectivo sostenía que:

⁹⁸ Al comparar diferentes sociedades, Jackson (1983) sostiene que la relación entre pensamiento, lenguaje y actividad es intrínsecamente más cercana en una sociedad preliteraria de subsistencia que en una sociedad moderna y literaria, donde el conocimiento se encuentra a menudo abstraído y mantenido distante de los dominios de las habilidades corporales y de los procesos materiales de producción. En estos términos, se podría afirmar que es la distancia entre el pensamiento, el lenguaje y la actividad la que induce a los huerteros a realizar actividades agrícolas en la ciudad.

“La realización de un espacio natural orgánico ofrece la posibilidad, sin generar inconveniente ambiental, de ir explorando y experimentando con todas las especies vegetales y animales posibles, descubriendo y aprendiendo todo lo referido al cultivo: técnicas; estructuras y formas de canteros; períodos de cosechas; recolección de semillas; ciclos lunares; etc. Por lo tanto el proyecto (sin negar ayuda externa de profesionales en el tema) es autodidacta: aprendemos a través de la experimentación y la interrelación del espacio, la naturaleza y sus integrantes” (Huerta Orgázmika, 2007a).

Los participantes de la Huerta Orgázmika no sólo otorgaban un papel esencial al aprendizaje a partir de la experiencia en y con la naturaleza. También mostraban especial atención por poner en valor el papel de la agricultura en las relaciones sociales. Al ser un espacio abierto a la comunidad, muchas veces se desencadenaban situaciones conflictivas que requerían una reflexión particular sobre las formas de actuar en sociedad que los ponía a prueba⁹⁹. Frente a estas dificultades algunos estaban convencidos de que “trabajar la tierra era fácil pero el verdadero desafío estaba en la convivencia, desde hacer la comida hasta tomar las grandes decisiones”¹⁰⁰. De esta manera se desprendía una lógica en la cual la interacción social era percibida como compleja en oposición a los vínculos generados con la naturaleza, que se describía como más sencilla y como fuente de inspiración. Esto no significa que los problemas no existieran, todo lo contrario, muchos de ellos se resolvían o incluso se reproducían por medio de la propia actividad.

“la huerta era un trabajo de hormiga que ibas haciendo todos los días en el quehacer diario, donde no había que debatir nada, te ponía a hacer sin tantas vueltas, ni tantas discusiones, era algo práctico, concreto, regabas o no regabas, estabas o no estabas. Cada uno hacía lo que más le gustaba, era como vivir en comunidad, a algunos les gustaba hacer videos, a otros cocinar, a otros les gustaba hablar y a otros nos gustaba hacer, y en el hacer, hacíamos huerta. Todos aportaban a su manera aunque en algunos momentos nos molestaba esa forma de aportar [risas]” (Entrevista a una huertera, 16/05/14).

Además de poner a prueba los vínculos sociales, los huerteros estaban convencidos de que su función social se centraba en el “hacer ciudad”, un desafío que concernía a “todos” como participantes de la propia conflictividad urbana (Huerta Orgázmika, 2007a). Vale decir, la ciudad como objeto de la disputa y como escenario de la reivindicación. Ante la ausencia de

⁹⁹ Al respecto, una huertera de unos 20 años decía lo siguiente: “Acá, trabajando la tierra, aprendes a reconocer por qué los seres humanos nos comportamos de cierta manera” (eter agencia, 2008a).

¹⁰⁰ Entrevista a una artesana de la Huerta Orgázmika en el conflicto del Parque Centenario, 30 años, 17/10/12.

espacios comunitarios no institucionales que resultaran atractivos en la zona y en respuesta a las problemáticas sociales de integración, la Huerta se consideraba como un lugar de referencia que potenciaba el movimiento cultural con talleres educativos, charlas, eventos artísticos y cooperativas de producción y consumo. En este sentido, desde los argumentos de la economía social y la soberanía alimentaria, los huerteros manifestaban que la Huerta podía,

“vivirse como generadora de vínculos de intercambio posibilitando el desarrollo de una economía alternativa, en tanto experiencia de autoabastecimiento, y en tanto espacio de fomento, desarrollo y enlace de otras experiencias que también van en esa dirección, como ser cooperativas de trabajo y consumo, micro-emprendimientos y/o proyectos de elaboración artesanal” (Huerta Orgázmika, 2007a).

En pos de recrear estrategias de vida que fueran diferentes a las conocidas; preocupados por la predominancia económica y el desconocimiento alimentario, los huerteros sembraban “todo”, desde especies comestibles y aromáticas hasta plantas que no conocían y que iban “investigando”, para “romper con esa idea loca de que los tomates nacen y crecen en una góndola de supermercado”¹⁰¹. De esta manera y a partir de la espacialización de dichas prácticas, (re)construían el contraste con el tiempo urbano, el cual era caracterizado por un ritmo acelerado, “enloquecedor”, mientras que el tiempo de la huerta se proponía como una pausa, una demora, en la que el vivir en la ciudad se desaceleraba.

“creemos que continuar trabajando la tierra, no sólo nos seguirá brindando un espacio natural, tan ansiado en una ciudad que crece verticalmente a ritmos exponenciales, sino que además nos permitirá seguir reflexionando sobre nuestra alimentación y nuestros ritmos de vida” (Huerta Orgázmika, 2007a).

Estos relatos muestran cómo -a la inmediatez de la provisión del supermercado- se contraponía la autoproducción de alimentos, que implicaba un tiempo de espera asociado con el desarrollo vegetal agrícola. Este contrapunto nos evoca la distinción que realiza Harvey entre diversos sentidos del tiempo, como por ejemplo, los movimientos repetitivos (desde el desayuno diario hasta los días festivos); los momentos familiares vinculados con la crianza y la transmisión de saberes; los tiempos que organizan la fuerza de trabajo y también los procesos cíclicos en el marco de una recesión o perturbación social (Harvey, 1998, pp. 226–227, 248–249). En efecto, no resulta exagerado afirmar que las relaciones sociales desplegadas en torno a la Huerta contenían su propio sentido de la temporalidad.

¹⁰¹ Entrevista a un maestro de nivel primario huertero de 24 años, 24/10/09.

“La primera vez [que] estuve en la huerta sentí encontrarme en un mundo paralelo, un espacio dedicado a sustraerte del tiempo y el espacio de esta carrera de días en la ciudad. Incluso el [traqueteo] del tren, y la gente de costado observando extrañada como, algunxs muchachxs con el pelo parado trabajan en la huerta, levantan hornos, y el barrio comparte un lugar donde plantar libertades” (comentario realizado en el Huerta Orgázmika, 2007d).

En nuestro trabajo etnográfico observamos el funcionamiento simultáneo de una diversidad de tiempos huerteros: un tiempo diferido de la vida en comunidad, un tiempo errático sentido por la falta de legitimización barrial, un tiempo asociado al largo plazo de la sustentabilidad y, como veremos en el próximo apartado, un tiempo explosivo por el sueño de la transformación social. A su vez, los diferentes sentidos del tiempo velan serios conflictos como, por ejemplo, lo que sucede con las heterogéneas visiones sobre la sustentabilidad (Harvey, 1998). A modo de referencia y desde el paradigma sustentable, Leff (2009, p. 165) postula que el principio de sustentabilidad busca aunar diferentes aspectos, vale decir,

“generar nuevas formas de producción y de convivencia con la naturaleza, que armonicen con la naturaleza misma [...] con la capacidad de conservación, producción y renovación de los propios sistemas naturales, con su productividad ecológica, y articular a esa productividad ecológica una productividad cultural, es decir, la capacidad de los seres humanos de recrear la naturaleza pero en sentido sustentable, lo cual no sólo plantea la sustentabilidad fuera de una visión estrictamente economicista, sino también ecologista, es decir, de una pretendida aplicación de una ciencia ecológica para la gobernabilidad ambiental del mundo” (ibíd.).

Sin embargo, no es sencillo establecer y sobre todo acordar cuáles son los estándares necesarios para alcanzar dicha sustentabilidad. En palabras de Harvey, ¿cómo establecer el nivel óptimo de explotación de un recurso? ¿Por los beneficios obtenidos? ¿O deberíamos buscar un desarrollo que asegure la conservación ecológica en función de un futuro indefinido? De hecho, sólo para algunos de los huerteros el mejoramiento de la primera capa del suelo en un sector público o el aumento de la biodiversidad de forma espontánea resultaba beneficioso para la sociedad en general. Desde la racionalidad ambiental la sustentabilidad presupone un tiempo diferente, de espera, que sólo eran posibles a partir de la acción y la reflexión permanente y de largo plazo.

3.3.3 El espacio como un ámbito de transformación social: la experiencia vivida con el cuerpo

Desde la perspectiva de los propios participantes, la Huerta Orgázmika era una experiencia que implicaba un camino o un pasaje de la propia existencia (Ingold, 2012, p. 36). Esto no sólo incluía la observación, estar presente y expectante sino también en movimiento, un movimiento que lo hacía cambiar de parecer y de posición en la misma vida urbana.

“La huerta y el grupo variopinto que giraba en torno a ella me cambió la forma de ver, me transformó la vida. Dos cosas aprendí. La huerta estaba en la ciudad y eso era increíblemente maravilloso. La otra fue ser más consciente de lo que necesito para vivir y, sobre todo, de lo que NO necesito para vivir. Por ejemplo, observando una planta en su crecimiento y desarrollo pude entender qué es lo esencial, lo que no puede faltar para crecer y para desarrollarnos, son cosas que no se encuentran en los libros sino que se viven por medio de cuestiones bien concretas” (Entrevista a un albañil que participó de la huerta, 17/06/14).

Esta “forma de ver” nos remite al doble sentido de la palabra experiencia que desarrolla Williams (Williams, 1977, pp. 150–152, 1976, pp. 137–140). Por un lado, la experiencia pasada entendida como un conocimiento reunido sobre acontecimientos y totalidades acabadas, formadas y fijas, ya sea mediante la observación consciente o por la consideración y la reflexión. Por otro, la experiencia presente comprendida como un tipo particular de conciencia plena y activa que en algunos casos puede distinguirse de la razón y el conocimiento; una experiencia principalmente movilizadora que se escapa o parece escapar de lo fijo, lo explícito y lo conocido que, en este caso, parecería ser la vida agitada y tóxica de la ciudad. La experiencia huertera se instala en este último sentido de la palabra y por eso es, en términos williamsianos, una “estructura del sentir” (1977, p. 154,155). Es decir, un tipo de sentimiento y pensamiento efectivamente social y material que establece intercambios con lo que está articulado y definido provocando cierta “incomodidad a los funcionarios, a los vecinos, a los que piensan en la mercantilización de todo”, una tensión entre la experiencia y el modelo social¹⁰².

Para los huerteros, dicha experiencia sólo era posible desde el cuerpo, del “deseo y el placer” de estar ahí, “rodeados de plantas que se expresan y te atrapan”¹⁰³. En primer lugar, los

¹⁰² Entrevista a una huertera que participó de la huerta en el año 2006 con 22 años de edad, 16/05/14.

¹⁰³ Entrevista a un huertero agroecólogo y permacultor, 08/09/08. Cabe aquí mencionar que para tratar el concepto de cuerpo me basaré en un trabajo elaborado por Jackson (1983, pp. 60–65). Allí se sostiene que hay una escasez de

participantes utilizaban una vestimenta que no siempre se condecía con sus formas de vestir habituales. Empleaban ropa y calzado en condiciones deterioradas con el propósito de sentirse cómodos a la hora de maniobrar las diferentes herramientas y utilizaban tallas holgadas que les permitía una mayor libertad de movimiento. Contar con estos atuendos sólo cobraba sentido en el marco de una actividad en la cual el contacto con el barro, el trabajo con materiales pesados y el riego requerían de una amplia capacidad de acción, de comodidad y de cierta voluntad, puesto que dichas prácticas solían dañar cualquier tipo de indumentaria.

A su vez, los huerteros desarrollaban una nueva predisposición al contacto con los recursos naturales bajo diferentes discursos, como por ejemplo, el gusto por “desarmar los terrones del suelo”, “sentir el agua entre los dedos” o dividir las matas de orégano para hacer nuevas plantas. Estas tareas presuponían “ensuciar” indefectiblemente el propio cuerpo humano requiriendo un cambio en la disposición corporal, además de interés y concentración para enseñar y aprender cuáles eran aquellas técnicas que funcionaban. En muchos casos, el trabajo implicaba precisión y meticulosidad, por eso, la utilización de guantes impedía ubicar “las semillas en forma de hilera” e incluso “detectar el estado maduro de las aboneras”. Además de evitar el desperdicio de los recursos, las manualidades permitían reducir la competencia por el agua, la luz y los nutrientes al ubicar las simientes en forma adecuada para su crecimiento y desarrollo. Tocar las hojas enfermas, los bichos con patas y la basura en descomposición no sólo ofrecía “otra sensación” sino que también permitía predecir el curso de las plantas, los insectos y las aboneras a partir de los sentidos (principalmente el olfato y el tacto). Esa manipulación directa era la que en definitiva ayudaba a perfeccionar y a calibrar, según el caso requerido, el “ojímetro” o el “dedímetro” permitiendo profundizar el conocimiento del mundo natural.

El carácter regular de estas prácticas no era necesariamente producto de una lógica racional sino más bien una consecuencia del uso práctico. Es decir, de las maneras en que los cuerpos eran remodelados por hábitos, por un lado, infundidos dentro de una actividad (la agricultura) en un entorno compartido (la huerta) y, por otro, articulados como movimientos que están, para usar la frase de Bourdieu, “colectivamente orquestados” por el grupo en cuestión (Jackson, 1983, p. 71). En el hacer cotidiano no sólo se fomentaba el “uso de las manos” sino

estudios sobre el cuerpo-como-sujeto y esto se debe a tres problemas básicos. Según este autor, uno de los problemas consiste en considerar la praxis corporal secundaria respecto de la praxis verbal. Esto es empíricamente insostenible puesto que las más tempranas memorias son sensaciones o impresiones directas y refieren a eventos situados y no hablados (ibíd.). El segundo problema es convertir al cuerpo en un objeto de operaciones mentales, cuando en realidad, es un sujeto corporizado. El tercer problema de los estudios sobre el cuerpo es considerarlo como algo inerte, pasivo y estático; neutral e ideográfico de incorporar ideas; o desmembrado en partes para enumerarlas en el discurso.

también el ir en contra del disciplinamiento higienista de los cuerpos desde el cual, por ejemplo, “tener barro en las uñas” es leído como un signo de inmundicia. La repetición de la actividad junto a los resultados obtenidos durante el proceso conllevaba a la pérdida (parcial o total) del resquemor y del “asco” que produce tocar lo “sucio”, lo “infectado” y lo “baboso”, tan internalizado mediante los procesos de socialización en el contexto urbano. Así es cómo los patrones alterados del uso del cuerpo podían inducir a nuevas experiencias. Dichas habilidades eran alcanzadas con el tiempo y por medio de la práctica cotidiana puesto que, en palabras de Jackson (1983, p. 60), cambiar un cuerpo de hábitos nunca puede ser un asunto de ilusiones e intenciones: esto sólo depende de aprender y de practicar.

En ese espacio determinado por el tiempo, los protagonistas vivían una experiencia que ponía en situación, tensionaba, los sentidos aprehendidos socialmente de la naturaleza, la cultura y la sociedad. La experiencia presente -activa, viva y aparentemente subjetiva que caracteriza Williams- permeaba a sus hacedores en múltiples dimensiones, motorizando una modificación de las tradiciones, una tensión entre lo articulado y lo vivido, un desplazamiento hacia la emergencia de lo nuevo que escapaba de la hegemonía¹⁰⁴. Así la Huerta Orgázmika que inicialmente implicaba el pasaje de un espacio abandonado a un espacio vivido se convertía en la resistencia activa y activista que -con el crecimiento de las especies y la labor cotidiana- se proponía según las expresiones de quienes participaban “enfrentar al capital”. En tal sentido, si bien en el proyecto formal los huerteros mostraban un discurso asociado a los aportes de la propuesta para toda la sociedad, en el día a día, manifestaban el deseo ferviente de “[preservar] un espacio verde, recreativo y contracultural” (Huerta Orgázmika, 2007b).

“el terreno de la Huerta Orgázmika de Caballito era un lugar abandonado, utilizado como basural, un lugar contaminado [...]. Cada planta, cada hoja, cada flor es fruto de una resistencia contra este sistema que todo capitaliza, que todo deforma, que todo destruye. Ahí se aprende a hacer una labor libre, labor que permitió que este lugar se llene de plantas, de aves, de humanos, rompió con el paisaje de la cotidianeidad tóxica. Convirtió el lugar en una zona liberada para experimentar y conocer no sólo la tierra, sino también nuevas maneras de relacionarse entre todas y todos y con la naturaleza” (Indymedia, 2007).

¹⁰⁴ Cabe aquí mencionar que para Williams (1977, p. 131) la hegemonía “no es solamente el nivel superior articulado de la ‘ideología’ ni tampoco sus formas de control consideradas habitualmente como ‘manipulación’ o ‘adoctrinamiento’”. Según este autor, constituye todo un cuerpo de prácticas y expectativas en relación con la totalidad de la vida desde “[los] sentidos y dosis de energía, las percepciones definidas que tenemos de nosotros mismos y de nuestro mundo”. Es decir, la hegemonía en palabras de Williams es “un vívido sistema de significados y valores -fundamentales y constitutivos- que en la medida en que son experimentados como prácticas parecen confirmarse recíprocamente” y es por estos motivos que resulta tan difícil de [cuestionar] (ibíd.).

Así vemos cómo, con el propósito de modificar el paisaje “tóxico” de la ciudad gris, los huerteros concebían a la huerta como una forma subalterna de pensar y configurar el mundo que se anclada en la experiencia de la localidad con todos sus contrasentidos. En esa huerta urbana -como en los diversos mundos rurales que presenta Escobar (2000, p. 125)- el concepto de lugar se afirmaba, en oposición al espacio representado por el capital “que todo deformaba”, y se revalorizaba como una “zona liberada” para otorgar sentido a ese mundo que se deseaba transformar. La Huerta Orgázmika se pensaba y se vivía como un lugar enraizado, un microrrizoma, un sitio donde se construían redes, prácticas basadas en el lugar que formaban parte de la crítica a la hegemonía pero -en algunos casos- sin ignorar el arraigo en los circuitos del capital y junto con ello de la modernidad.

“La huerta no es sólo un antojo de unas alocadas. Es la demostración de que es posible revivir muchos espacios de la ciudad que hoy están muertos. Es también el deseo y la convicción de reducir nuestra participación en el mercado, cosechar nuestros propios alimentos y conocer lo que comemos” (Indymedia, 2007).

“la huerta era algo simbólico porque estaba claro que no daba de comer, ni a una familia ni a la gente de la calle, ni a nadie. En ninguna parte del mundo vas a ver una huerta funcionar en ese nivel salvo que las pienses como una forma de comercialización, pero esas huertas son otra cosa, [expresan otra cosa]. La Orgázmika era como un trabajo de hormigas, de hormigas que hacen, que pulverizan el sistema, lo deterioran en el hacer permanente dentro de la ciudad. Formas de tomar el espacio público y de recordarles que ahí estábamos, incomodándolos en sus formas de hacer” (Entrevista a una huertera que reside actualmente en las Sierras de Córdoba, 16/05/14).

Frente al frenesí de la globalización (Escobar, 2000) y la alienación urbana, pero también como reflejo de un contexto político particular en el cual se respiran aires de cambio, los huerteros se proponían en el lugar específico y enraizado de un barrio de la Ciudad “pulverizar” al capital -según sus entusiastas expresiones- y así recuperar un espacio “muerto” con lo que ellos consideraban un uso legítimo del espacio público. Así -pese a ser una minoría y contar con un esporádico y tímido apoyo local- los huerteros enfatizaban sobre los aspectos positivos y contra hegemónicos de la propuesta. Como contrapartida, subcomunicaban otros aspectos que también se relacionaban con la dinámica hortícola como, por ejemplo, los conflictos internos, las diferencias y los estigmas sociales que mostraremos más adelante.

3.3.4 La huerta en palabras de los vecinos

Si las formas de uso del cuerpo están condicionadas por nuestras relaciones con los otros y con los objetos (Jackson, 1983, p. 72) parece ser, en este caso, que el modo de vestir y trabajar -o más precisamente de interactuar- con los diferentes recursos (suelo, agua, plantas, enfermedades, insectos, etc.) acentuaban formas de comportamiento frente a las labores agrícolas que no eran aprobadas por todos. Para algunos vecinos del barrio, las distinciones internas eran secundarias y se los etiquetaba bajo una sola identidad: “los hippies roñosos”.

“Para [nombre de una vecina] ‘los chicos no molestan pero la plantación cortó la salida desde la plaza hacia el paso nivel. Ellos se impusieron y no sé por qué’. [Nombre de otra vecina] sostiene que el lugar no le interesa porque es ‘una mugre’. [Nombre de otra vecina] piensa que todos los que están ahí son ‘hippies roñosos’ y no entiende por qué se llama ‘Orgázmika’” (Entrevistas en eter agencia, 2008b).

Con la categoría “hippies”, los vecinos del barrio verbalizaban la diferencia y producían operaciones de estereotipación vinculadas al color de piel, al olor y la vestimenta. El grupo de integrantes de la huerta era pensado como una corriente cultural, social y generacional homogénea; sin embargo, como ya he anticipado, los huerteros no sólo tenían diferentes ocupaciones y procedencias, sino también diversas clases sociales e ideologías puesto que se constituía como un lugar de confluencia abierto a las personas en situación de calle, los vecinos y la comunidad. A su vez, algunos identificaban con la categoría “hippies” a huerteros que no se consideraban a sí mismos como tales¹⁰⁵. Esta diversidad de pareceres permite señalar que algunos vecinos sustraían los aspectos positivos vinculados con la identidad huertera y la reemplazaban por características negativas. Como se mostrará más adelante, estas narrativas son las que después legitimarán, en cierta medida, el desalojo del predio junto con la invocación de cuestiones higiénico – ambientalistas.

Las connotaciones despectivas sobre la propuesta hortícola también se encontraban en los medios de comunicación masiva. Por ejemplo, en una nota del diario Perfil se ubicaba en primer plano el tema de las drogas:

“— [Algunos vecinos dicen que ustedes plantan marihuana y otras drogas en un lugar que es público, cerca de donde juegan los chicos]

¹⁰⁵ Al respecto uno de los huerteros entrevistados se manifestaba enojado frente a las reacciones de los vecinos que estaban en contra de la propuesta “si quiero sembrar en mi casa dicen que soy un hippie pero lo que ellos no entienden es que la producción no es sinónimo de hipismo y mucho menos de haraganería, porque demanda no sólo trabajo sino también conciencia” (Entrevista a un estudiante de agronomía, 26 años, 09/03/09).

— ¿Para qué nos vamos a arriesgar a tener problemas, si podemos plantar todo eso en nuestras propias casas?

De esta forma se defiende uno de los jóvenes (autodenominados ‘anarquistas’) que mantiene desde hace siete años la Huerta Orgázmika, una plantación que funciona en un terreno estatal a un costado de las vías del Ferrocarril Sarmiento, a unos cincuenta metros de la estación Caballito. Allí, una veintena de jóvenes, después de la crisis de 2001, usurpó -según el gobierno porteño-, o recuperó -según ellos-, una lote de unos 10 metros por 50, donde de a poco montaron una huerta con más de cien especies de plantas, frutas, verduras y hortalizas. ‘Drogas no hay’, aclaran.” (Perfil, 29/02/2009).

En el zócalo de la fotografía publicada en la versión impresa del diario también se señalaba la existencia de plantas de artemisa cuya característica principal era -según el periodista- el efecto alucinógeno¹⁰⁶. En tal sentido, cabe aquí mencionar que el uso de esta planta no se generaliza por su acción estimulante, narcótica o relajante. En la mayoría de las huertas se propaga la *artemisia absinthium* -más conocida como ajeno- por su importante papel medicinal y biológico como ahuyentador de chinches y mosquitos. De hecho, es una yerba que se vende en la actualidad para el tratamiento de cuestiones vinculadas con la digestión porque contiene un extracto amargo y verde llamado absintina que tiene diferentes propiedades, entre ellas, calmar los dolores (Manfred, 1966). En este contexto, las acusaciones mediáticas parecían desmedidas y a partir de los medios de comunicación alternativos, los huerteros respondían a algunas de las críticas recibidas afirmando cuestiones como la siguiente:

“Hay algunos vecinos que se quejan. Por ejemplo, una autoproclamada presidenta de la Plaza Giordano Bruno que se quejaba del olor a mierda que atribuye al baño orgánico. En realidad hubo y hay un poco de olor porque el barro para la construcción se trabaja en estado de putrefacción. Pero es pasajero. Y el baño no puede dar el olor que le atribuyen porque todavía no funciona. Y al ser seco, no da olor” (Revista el Abasto, 2009)¹⁰⁷.

Así vemos cómo la Huerta -ese lugar que con el tiempo se transformaría en caliente (Huffshmid, 2012)- se constituía en un punto de encuentros, de comunicación, entre los huerteros y el barrio, que a veces los recibía y otras veces los expulsaba. En ese ir y venir no

¹⁰⁶ La mención sobre el efecto alucinógeno se asocia al uso de la bebida alcohólica de sabor anisado creada a base de ajeno y conocida como “hada verde”, muy utilizada en Francia a fines del Siglo XIX.

¹⁰⁷ En este punto, resulta necesario mencionar que los olores provenientes de la huerta no suelen ser usuales en el ámbito urbano y muchos de ellos son producto de actividades no convencionales como fogatas, sahumeros en las festividades y materiales putrefactos, resultado de la inexperiencia en la realización de aboneras.

sólo se manifestaban operaciones de estigmatización sino también de contestación. Los huerteros y sus allegados se sentían interpelados por la descalificación porque -según ellos- dicha actitud expresaba cuestiones más profundas que la indiferencia: “ni saben lo que hacemos pero eso sí, somos hippies y también roñosos”, “es absurdo que argumenten lo de la mugre de la tierra y no se quejen cuando fumigan con glisofato [herbicida] las piedritas de la plaza que los chicos tocan con sus manitos’ [dice Fermín, uno de los integrantes de la huerta]”¹⁰⁸. Sin embargo, cabe también señalar que no todos los vecinos coincidían con la caracterización negativa de la propuesta. Por el contrario, algunos criticaban la postura que se basaba en el temor a la diferencia:

“se habla mucho de la delincuencia [...], que preocupa naturalmente a todos, pero no se habla tanto de lo bueno, de lo que hacen chicos como ustedes, claro lo diferente da miedo. Ustedes son maravillosamente diferentes, han decidido ser noticia y no leerlas o verlas en TV” (Indymedia, 20/05/09).

A partir de estos fragmentos se observa que, además de los participantes, ciertos vecinos reflexionaban sobre las relaciones de alteridad que se habían generado dentro del barrio y sobre lo emergente de dicha experiencia, es decir en términos williamsianos, los nuevos significados y valores, las nuevas prácticas, nuevas relaciones y tipos de relaciones que se crearon en la huerta. Como fue mencionado, sería justamente el sumergir el propio cuerpo en ese espacio lo que catalizaría en forma privilegiada una forma distinta de “vivir la ciudad” bajo un sentido no controlado, de apropiación y significación (Huffshmid, 2012, p. 370; Delgado, 2008;). El espacio vivido por los huerteros implicaba la búsqueda por conocer, comprender y recuperar a partir del “estar” en el mundo, aquello que “nos ha sido quitado”, es decir el espacio público en su sentido amplio. Un espacio donde la comunidad -bajo la expectativa de estos huerteros- se encuentra, se reconoce y recupera el nexo directo con la naturaleza y con el barrio, más allá de las edificaciones, aceras, equipamientos, sistemas viarios y plazas de cemento con peatones anónimos¹⁰⁹.

¹⁰⁸ Entrevista a un huertero, estudiante de agronomía, 26 años, 09/03/09 y Entrevista de Ciliberti, Revista el Abasto, 03/09. Cabe aquí señalar que el tema del glifosato será analizado con más detalle en los siguientes apartados.

¹⁰⁹ En cuanto a la emergencia de la categoría espacio público en la ciudad de Buenos Aires, Gorelik (2008) señala que el espacio público urbano se ha convertido en un espacio espectral y que, en dicho marco, el concepto se ha transformado en un fetiche que enmascara esa condición porque en lugar de explicitar el conflicto inherente en la definición, se torna una categoría tranquilizadora. Según este autor, es una categoría puente porque no tiene resuelto su nudo teórico fundamental, la relación que establece de manera implícita, entre forma urbana y política, en tanto que pone en un mismo recipiente conceptual dimensiones de la sociedad, la política y la ciudad (ibíd.). Para Gorelik, el carácter articulador ha permitido confiar en una conexión implícita -natural- entre los expertos urbanos, los agentes económicos y los políticos, cuando en verdad, si han funcionado articuladamente, no ha sido para favorecer el espacio público sino para encontrar un nuevo campo de acumulación. En este mismo sentido,

3.4 El espacio vivido amenazado por un plan de obras públicas (2007)

“Para los y las integrantes de la Huerta Orgázmika, lo que se disputa con el Gobierno de la Ciudad es mucho más que unos 500 metros cuadrados de tierra: es la posibilidad de crear prácticas diferentes a las que nos inculca la sociedad pasiva, dónde sólo tenemos función como consumidores de productos terminados. El colectivo ve este pequeño lugar como un lugar donde encontrar, en la práctica, otra manera para combatir el dominio sobre nuestras vidas. Para el Gobierno, estos mismos 500 m² de tierra significan otra cosa: la posibilidad de gastar unos miles de pesos más de fondos públicos. Por esto, pretende eliminar la autonomía del espacio, y reemplazar el funcionamiento actual, autoorganizado, por los canales de la burocracia” (Indymedia, 2007).

"el mundo es una comedia para los que piensan, y una tragedia para los que sienten" (Walpole citado en Bauman, 2000, p. 60).

3.4.1 Las acciones emprendidas en defensa de la Huerta Orgázmika

A principios del año 2007 y luego del festejo de los cinco años de la existencia de la Huerta, el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires instaló un cartel anunciando que la Plaza Giordano Bruno sería expandida hacia el predio donde estaba ubicada la Huerta Orgázmika (ver Gráfico N°10). Esto implicaba la destrucción del espacio huertero con el objeto de extender una “plaza de cemento” (Indymedia, 2008). Desde entonces huerteros, vecinos, expertos y funcionarios se verían enfrentados -de manera formal- por una superposición de intereses en torno a los usos apropiados e inapropiados del espacio público.

Ante los rumores de desalojo, “vía legal, vía política y vía acción directa” los huerteros recorrieron todos los caminos en simultáneo en pos de defender el espacio (Indymedia, 2007). Fundaron un blog con el propósito de fortalecer las redes de apoyo permitiendo una mayor difusión de las actividades realizadas en el predio y en el Centro Cultural La Sala que, por esos días, sería desocupado por el costoso alquiler¹¹⁰. Utilizaron medios de comunicación

Delgado (s.f.) define a este proceso como “capitalismo asistido”, es decir, la combinación de sector público y sector privado, donde el sector público impone mandatos y el sector privado se beneficia económicamente.

¹¹⁰ El blog fue creado a fines de diciembre de 2006. Los participantes del Centro Cultural luego ocuparían otra casa cercana que estaba abandonada y que correría riesgo de remate debido a una deuda de servicios contraída años atrás. Estos datos provienen del trabajo elaborado por Dawn McConkey “Raíces de resistencia” (2008).

comunitarios e independientes como Indymedia, FM La tribu y Radio La colectiva para difundir su posición constituyéndose en fuentes privilegiadas para el análisis. Debido a la celeridad con la que se promovía la construcción de la plaza también emprendieron un acampe que duró tres meses apoyado por diferentes colectivos que se dispusieron, como ellos mismos señalaban, “a poner el cuerpo para evitar la pérdida del lugar” (Indymedia, 2007). Durante el acampe, invitaron a todos aquellos que quisieran participar de “la resistencia” por medio de la realización de talleres, reuniones y “labores huerteras” (Huerta Orgázmika, 2007d). Las múltiples estrategias llevadas a cabo por el colectivo eran publicadas semanalmente en la agenda del blog donde se exponían la importancia de la acción directa y el llamado a la solidaridad.

“todas las actividades son gratuitas, pero agradeceríamos si pudieras contribuir con algún alimento para quienes estamos acampando y/o económicamente con lo que puedas para difundir nuestra situación, seguir realizando talleres y actividades, y demás gastos del acampe” (Huerta Orgázmika, 2007c).

Particularmente y sin abandonar la lógica asamblearia, los huerteros también decidieron apelar a los canales institucionales. En el inicio, a partir de las entrevistas y las reuniones que obtuvieron con las autoridades del gobierno local y nacional, buscaron esclarecer a quién pertenecía el terreno donde estaba la Huerta. Dicha información era crucial puesto que -si las obras estaban a cargo de la Nación- las acciones de remodelación de la Plaza Giordano Bruno por parte del gobierno municipal serían de carácter ilegal. Por medio de diferentes fuentes (principalmente charlas informales con arquitectos y capataces de la obra), los huerteros lograron reconstruir parte de la información necesaria para finalmente descifrar que el predio originalmente bajo la órbita del de la Organismo Nacional de Administración de Bienes (ONABE, Nación) había pasado a la Dirección de Espacios Verdes (Gobierno de la Ciudad). Sin embargo, también constataron que ninguna de las partes tenía un comprobante del traspaso de las tierras. Los funcionarios “se pasaban la pelota del ONABE a Espacios Públicos” (FMp3, 17/03/07) mostrando así la tradicional imagen kafkiana de la administración pública que “oscilaba entre lo cómico y lo desesperante” (Indymedia, 2007). Un sistema proteico que cambiaba de formas, donde nadie sabía nada y los que supuestamente sabían -los expertos- no se ponían de acuerdo (Díaz de Rada et al., 2006, pp. 27–28)¹¹¹.

¹¹¹ La ONABE era el Organismo Nacional de Administración de Bienes donde se había fusionado el Ente Nacional de Administración de Bienes Ferrovios (ENABIEF) y la Dirección Nacional de Bienes del Estado. El ENABIEF era el organismo que administraba la infraestructura ferroviaria nacional, creado de manera articulada con la Ley N° 23.696 donde se autorizaba la privatización de un gran número de empresas, entre ellas, la Empresa Ferrocarriles Argentinos. En el marco del modelo neoliberal los bienes asignados a la ENABIEF fueron declarados innecesarios

Frente a esta situación, los huerteros se autoconvocaron para realizar marchas de protesta hacia diferentes dependencias gubernamentales. En ese mismo periodo elaboraron un proyecto colectivo que fue presentado a distintos funcionarios con el propósito de argumentar por qué la Huerta era útil no sólo para ellos sino también para la sociedad en general (El Proyecto de la Huerta)¹¹². Dicho documento fue un hito importante porque mostraba una intencionalidad reflexiva de la propuesta, es decir, la capacidad de objetivar el sentido del estar y del actuar en la ciudad de manera consensuada que podía resumirse en los siguientes reclamos.

Por un lado, se demandaba la (re)instalación de las conexiones de agua que “con gran esfuerzo, trabajo e inversión las/os integrantes de la huerta” habían realizado, las cuales habían sido dañadas por las obras de remodelación. A su vez, se solicitaba “la tenencia legal [del] espacio” por haber recuperado un terreno baldío postergado por el Estado durante décadas, eliminando “una zona donde la basura y la mugre se acumulaban en detrimento de todas/os”. Por otro lado, debido al trabajo realizado de manera sostenida en el tiempo, los huerteros también reclamaban el respeto por la autonomía e independencia del grupo en términos de actividades, decisiones y usos del espacio. Asimismo expresaban cuál era el proyecto del colectivo y la posición frente a la plaza que se pretendía construir encima de la Huerta.

“No tenemos inconveniente en que la huerta tenga comunicación con la plaza Giordano Bruno mediante una puerta. Pero sí estamos totalmente en contra de quedar supeditados a la dinámica de la plaza, léase rejas y horarios” (Huerta Orgázmika, 2007a).

Los huerteros nunca tuvieron una respuesta de “un técnico medianamente importante” que reconociera la existencia del espacio agrícola de manera formal. Las oficinas y los pasillos de la administración pública se constituyeron en lugares de conflicto entre las dos partes, el Gobierno de la Ciudad y los huerteros, que eran mediados por los funcionarios de turno quienes, según los huerteros, les negaban “la posibilidad de negociar” (Horizonte Sur, 07/09/08). En las discusiones, los funcionarios se comportaban como puentes entre gobernantes y gobernados con facultades suficientes para archivar, circular y/o denegar

delegándose la posibilidad de dirigirse, gestionar y contratar a la Ciudad de Buenos Aires de manera directa. Cabe aquí mencionar que el traspaso entre ambos organismos fue problemático, tal es así que, en el año 2006 se envió a la Cámara de Diputados de la Nación un Proyecto solicitando información sobre los “desmanejos” por la inexistencia de actas, constancias o documentos donde se haya asentado la transferencia de bienes (Proyecto de Resolución, 2006).

¹¹² El proyecto fue entregado “tres veces al gobierno: a Enlace Comunitario, Espacios Verdes y Jefatura del Gobierno (la última vez en la marcha del 13 de julio)” (Huerta Orgázmika, 2007a).

bienes, proyectos y expedientes, dando lugar a la existencia de contradicciones dentro del propio sistema administrativo.

Uno de los desacuerdos más notorios que ejemplifica esta situación fue el resultado de una causa iniciada en una fiscalía durante la Jefatura de Gobierno de Telerman (13/03/06 al 10/12/07) a fines del año 2007. Los motivos de la presentación se basaban en las denuncias efectuadas por el Coordinador de Ejecución de Obras de Terceros de la Dirección General de Espacios Verdes y por particulares en torno a la usurpación e instalación de “una huerta” que impedía la realización de las obras en la Plaza Giordano Bruno (Decreto N°607/2008). El 3 de noviembre de 2007, el Representante Fiscal emitió un dictamen negativo en cuanto a la existencia de delito y remitió la causa al juzgado poniendo en evidencia lo inofensiva que era la propuesta para los intereses públicos y privados¹¹³. Al respecto, la abogada que representaba a los huerteros sostenía que fue precisamente la actitud de informar formalmente a las autoridades sobre las actividades que se estaban realizando en el terreno, lo que contribuyó a que los implicados fueran sobreseídos y a que el veredicto se dictara a favor de los huerteros (SOS Caballito, 27/05/10). Una huertera sostenía que ellos no ocultaban su actividad, todo lo contrario, reclamaban por el derecho de hacer uso del espacio público con una propuesta formal:

“siempre estuvimos con el tema legal, siempre estuvimos metidos, y siempre se fue a Espacios Verdes, Espacios Públicos, Defensoría del Pueblo a decir, sí, existimos, estamos acá, estamos reclamando [formalmente por ese espacio], este espacio existe y no es un fantasma” (Huerta Orgázmika, 2008c).

En dicho contexto, las relaciones entre el colectivo y el Estado solían ser un permanente punto de debate durante las situaciones assemblearias. Como había ocurrido en diferentes asambleas populares, el colectivo resolvía qué tipo de estrategias llevar a cabo por medio de la lógica inclusiva (Fernández, 2011, pp. 73–78). Es decir, no esperaban del Estado pero tampoco lo abandonaban, no le exigían pero tampoco le solicitaban, no se sublevaban pero tampoco peticionaban. Actuaban de manera inclusiva incluyendo todo tipo de medidas y con dicha lógica esperaban obtener la legitimidad del uso del espacio público con una huerta¹¹⁴. Como se

¹¹³ En este sentido y considerando las contradicciones administrativas, Foucault (2007, 64-65) menciona el principio de utilidad como un regulador del poder público dentro del liberalismo, es decir, cuando hay un conflicto de intereses, el Estado “manipula los intereses” y lo hace buscando un balance entre “la utilidad social y la ganancia económica”.

¹¹⁴ Fernández (2011) presenta cuatro tensiones (criterios antagónicos) que se desplegaban en los modos de funcionamiento, organización y gestión de los espacios colectivos de acción directa, que dan cuenta a su vez de distintos modos de concebir/significar/pensar estas prácticas: asamblea/estado, asamblea/partidos,

mencionó realizaban acampes, actividades en la calle y movilizaciones hacia el centro de la ciudad en pos de incorporar adhesiones barriales. También se interponían en la lógica administrativa, en el “golpear puertas” como *modus operandi*, con el propósito de “defender” el espacio vivido y así acceder a la información en los canales informales de la propia formalidad. En ese andar por los pasillos de los organismos institucionales, el colectivo de huerteros se encontraba con que las dificultades eran intermediadas por los funcionarios de turno, quienes oficiaban de burócratas en términos de entorpecer e incluso solidarizarse con la causa. De manera simultánea, los huerteros apelaban a la política representativa con diferentes estrategias, como por ejemplo, la elaboración de una solicitud -casi un exigitorio- en formato de proyecto colectivo, que esperaba una respuesta institucional que nunca llegó. Así se mostraba que los ciudadanos no sólo llevaban a cabo acciones directas sino que también intervenían en el juego de la política bajo dos planos de la formalidad mostrando que compartían un reconocimiento de la legitimidad en la administración pública.

3.4.2 Dos modelos de ciudad: huerta versus plaza

Con el transcurso de los años, la Huerta Orgázmika se tornaría en un espacio cada vez más caliente, impredecible y arriesgado; un lugar fluido y móvil caracterizado por la incertidumbre y la conflictividad¹¹⁵. A pesar de la existencia del principio de libre accesibilidad (Delgado, 2008), el Gobierno de la Ciudad comenzó a considerar de inapropiado el uso del espacio público con una Huerta y proponía su reemplazo con una plaza. Así se develaba la existencia de una disputa por los usos legítimos del espacio asociada a diferentes modelos de ciudad: el espacio vivido y el espacio geométrico. Es decir, un espacio encarnado por el hacer cotidiano y, en oposición, un espacio planeado por “arquitectos sin personas” que no consideraban los intereses de aquellos que los habitaban (Livingston, 1990)¹¹⁶.

asamblea/comisiones y comedor barrial/ olla popular. Durante la defensa por la permanencia de la Huerta Orgázmika, la tensión que estuvo más presente fue “asamblea/estado”.

¹¹⁵ En el presente estudio se elige la expresión espacio caliente siguiendo a Huffschmid (2012, p. 371) quien sostiene que la distinción propuesta por Schloguel (2009) entre lugares fríos y lugares calientes es más eficaz que la conocida y cuestionable dicotomía establecida por Augé (1994) entre lugares y no-lugares porque “todos los lugares en algún momento fueron no-lugares. Schloguel sostiene que todos pueden en cualquier momento devenir nuevamente en no-lugares” (ibíd.).

¹¹⁶ Otros trabajos que mencionan la existencia de diferentes modelos de ciudad en Buenos Aires son los siguientes Segura (2012), Carman (2011b), Carman y Pico (2010), Gurrieri y Szpilgarg (2010) y Gorelik (2008). Sin embargo, cabe aquí mencionar que uno de los ejemplos más cercanos de lo sucedido en la Huerta Orgázmika es el trabajo desarrollado por Delgado en España sobre “El Forat de la vergonya” donde se muestra el forcejeo entre, por un lado, los vecinos que defendían un solar verde para el encuentro y la sociabilidad y, por otro lado, las autoridades municipales que abogaban por la realización de instalaciones para el turismo cultural con apoyo de la Guardia Urbana (Delgado, s.f.).

Al mismo tiempo, los argumentos esgrimidos por los diferentes actores en relación a la apropiación del espacio público permitían distinguir, en sintonía con la dialéctica del espacio, tres tipos de naturaleza. Una primera naturaleza vinculada con la realidad biofísica y material; una naturaleza articulada con la teorización; y una tercera naturaleza que es vivida y sentida en la cotidianidad. Durante las reuniones los huerteros constatarían la presencia de diferentes estilos de huerta que se correspondía con los tipos de naturaleza, revelando la existencia de un mapa de naturalezas dentro de la ciudad¹¹⁷

Particularmente el grupo huertero sostenía que el proyecto gubernamental de la Plaza Giordano Bruno imponía una naturaleza asociada a los monocultivos, es decir, una naturaleza sin diversidad vegetal. Esto se agravaba con la restricción del acceso al espacio público por medio de horarios y rejas. Según sus comentarios, en la ciudad de Buenos Aires había cada vez menos “espacio para otro pensamiento y para otra forma de hacer” (Anón., 2009b).

“En las plazas brilla por su ausencia la diversidad y [eso es] lo que hay en la huerta de Caballito, en un terreno de 500 m² hay más de 100 especies, sembradas o crecidas silvestremente para revalorizar las especies silvestres. [...] lo que quieren ellos [los funcionarios] es sacar eso para poner una sola especie (pasto), [...] horarios como en todas las plazas, cemento [...] rejas en todos lados, restringir el acceso [y eso] es un símbolo de pérdida de libertad terrible [...] es muy represivo” (Piedra libre, 06/09/08).

“De esta manera la plaza ya no es plaza, sino un estereotipo más de los que conforma la sociedad individualista [...] el Gobierno de la Ciudad estandariza y homogeniza la vida en la ciudad, imponiendo un modelo en el que la conexión persona-tiempo-espacio-recreación-conocimientos-alimentación se vean limitadas y condicionadas; generando así una ‘imagen bonita y segura’ donde lxs ciudadanxs vivan una cotidianidad cada vez más censurada” (Huerta Orgámika, 2007d).

¹¹⁷ En este tema, Escobar (2000) se pregunta si es posible pensar acerca de la primera, la segunda y la tercera naturaleza de una manera similar al espacio. Mientras tanto, Smith (1984) desarrolla la idea de la producción de la naturaleza, es decir, el sustrato material que es el resultado de la producción social. Según este autor, es precisamente en la producción de la naturaleza donde el valor de uso y el valor de cambio, el espacio y la sociedad, se funden uno con el otro y de aquí tomamos la importancia de la experiencia en y con la naturaleza en el estudio de la Huerta Orgámika. Para Smith, la naturaleza está profundamente diferenciada a través de un sin número de ejes dominantes los cuales son también cada vez más sociales en su origen. Es decir, en palabras de este autor, los resultados diferenciales de la producción de la naturaleza son los síntomas materiales del desarrollo desigual (ibíd.).

En cuanto a los modelos de naturaleza Escobar (2000, p. 119) sostiene que en las comunidades rurales el modelo local muestra rasgos que pueden o no corresponder a los parámetros de la naturaleza moderna, como los siguientes: las categorizaciones del ser humano, las entidades sociales y biológicas (como por ejemplo, de lo que es humano y lo que no lo es, lo que es sembrado y lo que no lo es, lo doméstico y lo salvaje, lo que es producido por los humanos y lo que es producido por los bosques, lo que es innato o lo que emerge de la acción humana, lo que pertenece a los espíritus y lo que es de los humanos, etc.); los escenarios de las fronteras (diferenciando, por ejemplo, los humanos de los animales, el bosque del asentamiento, los hombres de las mujeres, o entre distintas partes del bosque); una clasificación sistemática de los animales, plantas y espíritus; etc..

En los diferentes encuentros con los funcionarios para acordar una forma de trabajo común, los huerteros advertían que la “visión monocultivar” de la Plaza Giordano Bruno se extendía al modelo de huerta recomendado por el Gobierno. Dicha propuesta consistía en una huerta para armar y contemplar que se basaba en añadir especies hortícolas al proyecto original de la plaza. Esto dejaba en evidencia la existencia de una idea de construcción visual, panóptica o teórica, que hacía caso omiso al pedido expreso de la experimentación, pilar fundamental de la Huerta Orgázmika (Indymedia, 2007). En las diferentes situaciones el término huerta remitía a las hortalizas en su sentido amplio; pero en su sentido estricto, era difícil lograr una negociación, era una práctica que penetraba en el orden de lo simbólico, en aquello que se vinculaba con los sentidos de naturaleza y, detrás de ellos, los desacuerdos sociales.

“Los [arquitectos del Gobierno] podían contemplar una huerta que sería más bien unos canteros permanentes como los de flores y arbustos, pero que en lugar de esto tengan alguna hortaliza. Su huerta estaría enrejada, pavimentada, y sujeta a los horarios de la plaza. Sería una huerta de consumo visual, por la que transitarían cantidades de personas de paso... más plaza que huerta. El colectivo [en cambio] defendía su práctica ya existente: un lugar separado pero abierto a las personas que quieran participar, con puertas y horarios independientes, canteros movibles y construcciones ecológicas. Un lugar autónomo, de aprendizaje... más huerta que plaza” (Indymedia, 2007).

La imposición del modelo de sociedad individualista se asociaba, según los huerteros, con el monopolio de las “huerta de consumo visual”, las “plazas de cemento” y las “[cárceles] de paseo verde” (Indymedia, 2008). Así los huerteros acusaban al Gobierno de imponer una visión homogénea de naturaleza que se relacionaba con lo que Shiva (1994) denomina monocultivos de la mente. Esto es, modelos occidentales de producción agrícola que destruyen la diversidad en nombre de la seguridad, el progreso y el crecimiento económico (ibíd.). Al fin y al cabo, frente a un sistema dominante que tendía a ser uniforme, los huerteros invitaban a sumarse a un espacio “contrastante” dentro de la ciudad basado en una belleza de caos y espontaneidad vegetal.

“Lo que percibo es un gran contraste de lo que es [la huerta y] el resto de la ciudad, y en particular, [...] un gran contraste con el espacio verde que es ‘la plaza’ [...] Hay una cantidad impresionante de plantas que no encontrás en ninguna otra parte de la ciudad porque no hay lugar para esas plantas. Creo que hay una estandarización de la belleza, como vos decís [refiriéndose al periodista radial]. Para que una plaza sea linda tiene que tener rejas y si tiene una cámara de seguridad mejor. La plaza [Giordano Bruno], esa en particular, supuestamente es un espacio verde pero tiene una superficie verde que es

inutilizable porque hay un cartel en la entrada que dice que no se puede pisar el césped. Es como si fuera un cuadro pintado” (Entrevista en La mar en coche, 08/09/08).

El contrapunto entre “cuadro pintado” y “plantas que atrapan” permite puntualizar en qué consistía la naturaleza vivida tal como la concebían los huerteros. Como he mencionado anteriormente, la experimentación era una de las claves para entender cuál era el sentido que tenía hacer una huerta en el medio de la ciudad. La Huerta no sólo era un modo de vivir la urbanidad, junto con otros ideales y otras reivindicaciones, sino también una forma de quebrantar la belleza estandarizada de plazas y de edificios. El cuerpo era el que permitía advertir y subvertir sensaciones que no se podían transmitir con palabras, como por ejemplo, la posibilidad de recuperar una naturaleza (caótica) que tendía a ser mecánicamente ordenada. A su vez, los relatos señalaban que los participantes no pretendían una experiencia reveladora en términos de teorías de conocimiento. De hecho, parafraseando a Jackson (1983), el movimiento humano que se daba en la Huerta no simbolizaba la realidad, era la realidad¹¹⁸.

“La huerta quiebra con esa estandarización porque en la naturaleza las cosas no crecen en línea recta ni crecen todas ordenaditas. [...] hay partes en que te metes en el fondo de la huerta y casi te atrapan las plantas porque no puedes pasar y eso estaría bueno que la gente lo experimente cuando viene. Uno puede decir que hay una huerta y se puede imaginar una cosa, pero hasta no estar ahí, metido en esa cantidad impresionante de verde de diferentes plantas que hay, flores y además insectos [...] También la tranquilidad que tiene ese espacio... y pensar que estamos sólo a una cuadra y media de Primera Junta ¿no?” (Entrevista en La mar en coche, 08/09/08).

Los huerteros señalaban que la estandarización de la naturaleza propuesta por el Gobierno se correlacionaba con la repetición y a la uniformidad de especies vegetales. Dicho diseño no era fruto de la casualidad. En el caso de los bosques implantados, por ejemplo, la monotonía y la regularidad de los sistemas naturales facilitan el control del sistema en pos de los objetivos

¹¹⁸ El reclamo por el uso -activo y no pintado- de los espacios también se puede ver en otros relatos que se vinculan con la agricultura en las ciudades. Por ejemplo, inspirada en Prinzessinnengärten (Jardín de las Princesas, Kreuzberg, Berlín) una arquitecta chilena decía que “muchas de [las ventajas de utilizar espacios residuales para implementar huertos urbanos] son aparentemente despreciables, pero [...] configuran una mayor relación entre los ciudadanos y su entorno natural, como el simple hecho de poder reconocer cuáles son los productos de temporada. Estas iniciativas rompen con el paradigma de que para poder obtener áreas verdes urbanas se debe conservar terrenos verdes prístinos dentro de la ciudad. Parques y plazas verdes pueden existir a partir de la participación activa de los ciudadanos -que dista bastante del gesto pasivo de la reserva- donde su supervivencia depende del impulso y seguimiento de quienes constantemente lo intervienen” (Mashini, 2012). Por otro lado, la importancia del cuerpo en la actividad agrícola urbana se observa en diferentes periodos y entrevistas. Al respecto, una entrevistada sostenía que en la crisis del año 2001 ella vivió un desequilibrio emocional tan agudo que resultaba necesario “hacer cosas concretas con las manos para recuperar la conexión integral entre lo físico y lo psíquico”, “[la crisis] me hizo volver a lo primordial y comencé a ir a la huerta” (huertera antropóloga de 38 años, Paula, 12/03/13).

industriales y comerciales (Shiva, 1994). En esta situación, en cambio, la valoración que realizaban los funcionarios no se producía en el sentido de la calidad ética del espacio sino en la circulación y en la rentabilidad de su uso; es decir, un urbanismo que intentaba ajustar el espacio vivido al espacio mercancía (Franqueza, 2007, p. 127)¹¹⁹.

Asimismo esto no significa que los huerteros no tuvieran un orden de naturaleza, sino que la fuente de inspiración era otra: en este caso, era el caos natural, muchas veces representado con la palabra maleza. Es decir, la libre expresión de plantas comúnmente conocidas como “dañinas a los sistemas de producción de cultivos y también a los procesos industriales y comerciales” o especies vegetales que “afectan el potencial productivo de la superficie ocupada” (Mortimer, 1996). A pesar de representar una contracorriente de subjetividad (Ortner, 2005), los huerteros también encarnaban elementos de la naturaleza en su forma hegemónica al mencionar cuestiones como el deseo inicial de eliminar “plagas y enfermedades” o “mejorar” un espacio abandonado basándose en el principio judeocristiano del predominio humano sobre la naturaleza (Castro, 2011; Leff, 2009; Reboratti, 2000).

“Comenzamos gradualmente mejorando la estética del terreno [del basural], estética simple basada en la irrupción de la naturaleza en el centro mismo de la ciudad, que se renueva todo el tiempo de acuerdo a los cambios que necesita la huerta según asociaciones de plantas y temporadas climáticas” (Huerta Orgázmika, 2007a).

Dichas expresiones muestran hasta qué punto era necesaria y difícil la ruptura con el pensamiento convencional. De hecho debemos reconocer que, como dice Godelier (1978), en el centro del uso del lenguaje hay una representación, hay una teoría, no sólo una manera de hablar, sino una manera de pensar que se encuentra en el corazón del mecanismo de poder cuya fuerza no es la violencia en sí misma sino el consentimiento de los dominados. Sin embargo, de manera simultánea, la conciencia cultural multifacética y reflexiva (Ortner, 2005) permitía a los huerteros cuestionar el mundo urbano ya sea de manera consciente o inconsciente. De hecho, según Williams (1977, p. 79), pensar e imaginar son procesos sociales que se tornan accesibles solamente por medios indiscutiblemente físicos y materiales: en las voces, en los sonidos producidos por los instrumentos, en la escritura manuscrita o impresa, en el ordenamiento de pigmentos en un lienzo o mortero, en el mármol o la piedra trabajados.

¹¹⁹ Con el propósito de identificar cuáles eran las diferencias entre los modelos silvícolas, Shiva (1994) compara los bosques naturales con los cultivados. De esta manera argumenta que los bosques implantados son sistemas empobrecidos porque allí el ser humano sustituye la diversidad biológica por la uniformidad. Según esta perspectiva, los modelos implantados se expanden en el globo terráqueo para controlar los recursos -como la tierra, el agua o los alimentos- perpetuando así las asimetrías sociales en vistas de un solo objetivo, la mercantilización.

Por ejemplo, en el proyecto presentado a las autoridades, también manifestaban un aprendizaje cada vez mayor en relación a la biodiversidad.

“una vez desmalezado, limpiado y emprolijado el terreno se comenzó a diseñar y a realizar: cinco canteros de huerta orgánica intensiva; otros cinco canteros de chacra; un cantero en el límite de la huerta de plantas aromáticas; y la construcción de un cerco perimetral que marcaba y evidenciaba el trabajo realizado dentro de la huerta. Año a año la huerta fue extendiéndose, mejorando la calidad del suelo sobre el que se encontraba y cambiando la dinámica de cantero lineal-rectangular hacia una dinámica de canteros en forma circular y de formas caprichosas. Ya que la diversidad de plantas en el lugar era ya uno de los puntos del proyecto a concretar” (Huerta Orgázmika, 2007a).

Hay dos elementos de la cita anterior que señalan un cambio de actitud en relación a las formas de intervenir la naturaleza: la forma de construir los canteros, de lineales a circulares, y la aceptación de las malezas por motivos vinculados con la biodiversidad en términos medicinales, fitosanitarios y edáficos. Esto nos permite pensar que la agricultura realizada en la ciudad puede ser entendida como parte de la naturaleza por los procesos biológicos que allí se generan, y al mismo tiempo, parte de la cultura porque en el hacer agrícola, el ser humano cambia su naturaleza humana. Esto a su vez confirmaría que los seres humanos son un proceso histórico, que la naturaleza en su dimensión física se transforma en ambiente a partir de la interpretación cultural y que, por lo tanto, el ambiente también forma parte del mencionado proceso (Ingold, 1992, 2012).

La práctica corporal de observar, sembrar y trasplantar el sistema agrícola en la Huerta Orgázmika era una forma de desnaturalizar, valga la redundancia, la idea hegemónica de lo natural. Esto es, en palabras de sus protagonistas, desalentar “la intención oculta del poder” que se asociaba al control de los alimentos (Indymedia, 2008). Bajo dicha lógica, los participantes más experimentados señalaban como una de las críticas a la racionalidad económica su característica reduccionista de principios ineludibles como la autonomía, la solidaridad y la autosuficiencia (Leff, 2004, p. 195).

“la Huerta de Caballito es un espacio que 'se anticipa a los hechos'. Asumiendo que 'debemos comer lo que cosechamos', alterando el flujo 'normal' de la civilización de consumidores y pasivos receptores de valores, creencias y acciones, ralentizando la destrucción casi total de los espacios verdes y desalentando la intención siempre oculta del poder [...] de mantener a las poblaciones aisladas, separadas, dependientes de

centros lejanos de producción de alimentos en manos, como es obvio, de grandes terratenientes y otros adinerados que siguen las directrices del capital y monopolizan y explotan la tierra- y todo lo que se encuentre dentro- sin miramientos de ninguna índole” (Indymedia, 2008).

A su vez, desde la acción microbiana de la cotidianidad, los huerteros (re)ubicaban lo producido en otro tipo de sistemas culturales de valores y de sentidos que, en palabras de Leff (2004, p. 193), estarían asociados a los llamados bienes comunes y comunales. Así se develaba un proceso por medio del cual los huerteros (re)pensaban y ponían en acto prácticas basadas en el lugar como formas alternativas de organizar la vida social que pretendían diferir de los modelos globales de producción y de consumo y que se cimentaban -ya no en el dinero- sino en el trabajo humano para el autoabastecimiento. Es aquí donde cobra sentido recordar aquella frase de Marx (1867, pp. 215–223) en la cual se sostiene que sobre diferencia entre épocas no está marcada por lo que se hace sino cómo se hace, con qué medios de trabajo¹²⁰.

“hoy estuve aprendiendo y trabajando la tierra y me llevé unas plantitas. Uno colabora como puede. Lo que me encantó es que el dinero no tiene valor. Acá lo que importa es lo que uno puede hacer por y para el otro’, relata sorprendido y agradecido Alejandro, quien se enteró del emprendimiento por Internet e inmediatamente concurre a conocerla” (éter agencia, 2008a).

Sin embargo, en el modelo donde el dinero “tiene valor”, los usos que no sirven para el mercado no se perciben ni se tienen en cuenta porque, recurriendo a los estudios de Shiva (1994), no hay lugar para lo pequeño, lo insignificante no solo es un disvalor sino también una anormalidad. Esto es lo que muestran los argumentos esbozados por los vecinos que, de manera no casual, utilizaban juicios de valor para referirse a las personas que asistían a la Huerta con expresiones ya mencionadas, como por ejemplo, la Huerta es “una mugre” o los que participan son “unos hippies roñosos” y “eligen esa vida porque no quieren trabajar” (éter agencia, 2008b). Así se buscaba desacreditar el espacio y reclamar con mayor legitimidad social su desarticulación, idea que sería retomada por las autoridades gubernamentales meses más tarde. Del mismo modo y como veremos más adelante, otro de los argumentos utilizados para el desalojo de la Huerta, sería el modelo cientificista que se amparaba en la misma lógica

¹²⁰ Según este autor (1867, pp. 215–223), en su forma no social y ahistórica, el trabajo es un proceso en el cual el ser humano media, regula y controla su metabolismo con la naturaleza. Allí el ser humano pone en movimiento las fuerzas naturales que pertenecen a su corporalidad (brazos, piernas, cabeza y manos) a fin de apoderarse de los materiales de la naturaleza bajo una forma útil para su propia vida. Al transformar la naturaleza, transforma la naturaleza humana. En tal sentido el autor afirma que la satisfacción de necesidades es una condición general de metabolismo entre el ser humano y la naturaleza, una condición natural de la vida humana y, por lo tanto, independiente de toda forma de vida, y común, a todas sus formas sociales.

logrando deslegitimar los modos de organización social que se guiaban por valores diferentes a las motivaciones del mercado, la ganancia y la utilidad (Leff, 2004)¹²¹.

Como parte de los diferentes modelos de ciudad, los huerteros también denunciaban la aplicación de glifosato en diferentes espacios públicos, entre ellos, la Plaza Giordano Bruno (Revista el Abasto, 2009; Indymedia, 2009d y 2009c). Así lo muestra el siguiente recorte,

“los trabajadores que aplican esta sustancia deben llevar vestimenta de seguridad (traje apropiado, guantes, máscara de gas, anteojos). En la plaza Giordano Bruno, además de incumplir esta normativa [...], las personas que transcurren por la plaza también son afectadas tanto en el momento de la aplicación como posteriormente: el tóxico queda en el aire durante un tiempo, las piedras con la que juegan las y los niñas/os quedan infectadas y las plantas y la tierra absorben este tóxico. También están usando el glifosato para eliminar las hierbas de las vías del Ferrocarril Sarmiento (entre otros); por eso encontramos periódicamente las plantas de las vías muertas. Mediante la aplicación terrestre [...] el tóxico se esparce por la zona hasta 400 metros del lugar donde se emplea” (Indymedia, 2009d).

Cabe aquí recordar que el glifosato es un producto que ocupa un rol central en el modelo de producción agroindustrial ya que el éxito económico del monocultivo de la soja, ampliamente difundido en la Argentina, depende de su aplicación. Desde el ámbito académico, algunos especialistas lo definen como un herbicida total no selectivo, que inhibe los aminoácidos aromáticos vegetales. Así se sostiene que su particular mecanismo de acción sistémica ha hecho que la resistencia biológica sea poco frecuente, y además, tiene baja toxicidad y no presenta riesgos de contaminación en los acuíferos. Una de las características que se destaca es su versatilidad, la cual ha transformado la agricultura porque puede ser empleado para controlar económicamente un amplio espectro de malezas post emergentes en agricultura, espacios de recreo, zonas industriales y/o en situaciones domésticas (Arregui y Puricelli, 2008). Sin embargo, tanto el nivel de toxicidad como los riesgos que ocasiona en el ambiente son temas que están en el centro de la discusión académica, presentando posiciones radicalmente opuestas como lo muestran los trabajos presentados por Carrasco (2011). Es un herbicida distribuido por diferentes marcas comerciales, como por ejemplo, el *Sulfosato Touchdown*

¹²¹ De forma llamativa y para referirse a la desaparición de las alternativas la autora hindú (1994) sostiene en el primer párrafo de su ensayo que “En la Argentina, cuando el sistema dominante enfrentaba la disidencia, respondía haciendo desaparecer a los disidentes. Los ‘desparecidos’ comparten la suerte de los sistemas de conocimiento local en todo el mundo, que han sido conquistados mediante la política de la desaparición en vez del debate y el diálogo”. Por su parte, Sevilla Guzmán y Ottmann (2006) definen el ecocidio cultural para referirse al proceso por el cual el etnocentrismo científico de la identidad occidental configura el concepto de modernización como el camino ineluctable y el único a seguir por todos los seres humanos.

elaborado por la compañía líder mundial Syngenta y el *Round Up* producido por la empresa multinacional Monsanto, que es la empresa más conocida a nivel nacional (e incluso internacional). Estas marcas comerciales -además del compuesto activo glifosato- tienen coadyuvantes que pueden aumentar la toxicidad; en consecuencia, según los expertos, lo que hay que evaluar es el producto comercial en su totalidad¹²². En nuestro país, una de las empresas agropecuarias más conocidas que utiliza el glifosato para su producción es una empresa emblema del agronegocio y que por eso es especialmente mencionada y repudiada por algunos de los participantes de la Huerta.

“[Yo le preguntaría al Rey de la Soja de la familia tal] si donde él tiene su familia, pasaría con una avioneta fumigando por arriba, o si a su familia la desalojaría para hacer muchos negocios.... o mirarlo y no hacer nada ¿Qué vas a hacer? Es tan prepotente todo este asunto de la imposición de modelos, es simplemente mirarlo y quizás confiar en que en algún momento se tome conciencia de que las cosas no pueden seguir así, que todos somos iguales de importantes, que no necesitamos acumular y acumular, que podemos empezar a ceder un poco las cosas” (FMp3, La tribu, 09/09/08).

De esta manera se observa cómo la Huerta Orgázmika era uno de los tantos puntos de encuentro donde los especialistas disidentes de la agricultura industrial -entre ellos productores, estudiantes y docentes agroecólogos- se encontraban para debatir temas como la problemática ambiental, la utilización de plantas medicinales, la producción de alimentos en forma agroecológica y agrotóxicos. Muchos de sus participantes rechazaban la producción en gran escala porque, en palabras de Leff (2004, p. 187), dicha forma de producción implicaba la destrucción de los ecosistemas, la sepultura de prácticas tradicionales y la inseguridad económica frente a los poderes y vaivenes del mercado mundial. Durante los talleres y las reuniones que surgían espontáneamente dentro del predio, algunos de los huerteros también denunciaban a las instituciones de enseñanza que apoyaban el modelo agroindustrial.

“Veo [dice el periodista] todo tipo de plantas: zapallos, aloe, romero, orégano, radicheta... hasta unas alguitas en una bañera a lo que le pregunto a Fermín si no hay riesgo del dengue: ‘no, porque estas algas impiden que el agua se pudra’. Se nota que sabe (dice el entrevistador), estudia jardinería en la [universidad]. Le pregunto si para resistir los intentos de desalojos no les conviene acercarse a la [facultad]. ‘Para nada. No les interesaría. Ahí se forma gente para los monocultivos que predominan en el país.

¹²² Comunicación personal con un integrante de la Cátedra de Sanidad de una Facultad de Agronomía, 06/06/14.

Para que te hagas una idea, los apuntes de esa [facultad] están en parte subvencionados [por una empresa multinacional que produce Glifosato]...”. (Revista el Abasto, 03/09).

A partir de la mención del glifosato y de las compañías que elaboran este producto, lo que se reclamaba era una forma de producir alimentos y una forma de interpretar la naturaleza, así como también los intereses subyacentes de dicha interpretación. El discurso de los huerteros, conformado por sucesivos pliegues, se originaba en una experiencia urbana que cuestionaba el modelo de ciudad para pensar en el lugar que ocupaba la naturaleza en dicho sistema y en los discursos de la racionalidad economicista dominante. Debido a la red de contactos que disponía el colectivo con militantes de diferentes organizaciones ecologistas y a la importancia del tema de la producción de soja que estaba tomando en nuestro país, la noticia sobre el posible desalojo de la Huerta también ingresó a los medios de comunicación y junto con ello, las discusiones en torno a la alimentación.

“¿Pudieron comer de esa huerta? ¿Sacar cosas de ahí? ¿Alimentarse de ese espacio? (pregunta el periodista). Sí (responde un huertero) [pero] el espacio no es sólo para alimentación, sino también para juntar semillas, de cada planta que sale, la mejor se deja crecer y las vamos recortando a medida que va creciendo. Aparte es un espacio de encuentro (agrega el locutor). Tal cual (comenta uno de los chicos). Hemos comido varios ‘*food no bombs*’. [La comida] es muy rica, lindas plantas que no se consumen en ningún otro espacio” (La mar en coche, 08/09/08).

Las preguntas del periodista reflejaban con claridad la existencia de un mito sobre la productividad de las huertas en la Ciudad de Buenos Aires. Esto muestra el abordaje utilitarista que se suele dar a dichas prácticas, y a la vez, permite señalar que ciertas actividades agrícolas no se fundamentan en la racionalidad económica sino en la multifuncionalidad. De esta manera se observa la importancia que tiene el contenido simbólico en esta práctica: la huerta es un producto material dotado de significado dentro de un contexto y su significado no es productivo ni está asociado exclusivamente a la producción de alimentos. La mención de la autoproducción de semillas no es un dato menor porque, como veremos más adelante, representa un significado que está asociado a la autonomía. A modo de adelanto tomaremos las palabras del creador del movimiento *Slow Food*, Petrini, quien en una entrevista periodística sostenía lo siguiente

“El alimento, la política y el medio ambiente siempre han ido unidos, desde los tiempos de los faraones y de Nerón. La política alimentaria ha sido siempre el elemento fundamental del poder político, que consiste esencialmente en controlar el vientre de

las personas. En otros tiempos se hacían las guerras para conquistar tierras y cultivar. Hoy se persigue el mismo afán [pero] por otros medios”.

“Los campesinos necesitan mecanismos de autodefensa. La realidad es así de dramática: el 80% de las semillas están en manos de cinco multinacionales. Tan sólo el 20% está en manos de los campesinos. Patentar las semillas es algo que debería estar prohibido, es casi como patentar el aire que respiramos. Nuestra esperanza son, sin embargo, esos 500 millones de familias agrícolas en cada ángulo del mundo. Forman parte de ese ejército silencioso que está impulsando el cambio de paradigma desde lo local” (El mundo, 08/11/14).

Reconocemos la existencia de cierta cobertura periodística por parte de uno de los medios de mayor circulación que realza el valor productivo y solidario de las huertas en la ciudad de Buenos Aires bajo una dimensión utilitarista con titulares como “Cultivan verduras para los más pobres” (Clarín, 18/12/02) o “Los vecinos que cultivan una huerta para donar alimentos” (Clarín, 31/03/03). Sin embargo, este estudio nos permite concluir que las experiencias hortícolas no están comandadas por los rindes económicos. Como se ha citado en un capítulo anterior, la escasez de alimentos no parece ser un factor decisivo en el momento de iniciar una huerta familiar (Souza Casadinho, 2002). A su vez, la falta de producción tampoco es un factor decisivo para una huerta comunitaria puesto que la práctica se constituye en sí misma como un espacio vivido.

3.5 Un nuevo intento de desalojo: la huerta como una ocupación ilegítima (2008)

A mediados del año 2008, el Jefe de Gobierno de la Ciudad, Macri, firmó un Decreto que representó un punto de quiebre en la historia del colectivo porque sería utilizado como uno de los fundamentos formales para el desalojo definitivo. En dicho Decreto, las autoridades establecían que el Gobierno debía recuperar el predio para “uso y goce de toda la comunidad” (Decreto N°607/2008). Por su parte, los huerteros consideraban que la medida significaba una falta de “contemplación” a una iniciativa que se había generado por “decisión” de los ciudadanos (Huerta Orgázmika, 2008a). Agregaban que el conflicto llevaba más de un año y medio, en el que el diálogo con las autoridades era un “no diálogo”, aunque ellos se habían propuesto cumplir con la reglamentación (Horizonte Sur, 07/09/08). Al respecto, los huerteros aseguraban que la situación ponía en discusión el tema de las Comunas que habían sido

creadas en el año 2005, en respuesta al cambio de estatuto organizacional en la Constitución de la Ciudad (1996) (Ciccolella, 2009, p. 58). Ellos sostenía que el desalojo de la Huerta mostraba un vacío institucional dado que “los espacios [públicos] son ámbitos de las Comunas [y no una] decisión del Gobierno”. De hecho, la nueva reglamentación se basaba en el principio de descentralización sobre el cual los vecinos eran consultados por diferentes cuestiones, entre ellas, “qué hacer con el espacio público”. Recordemos que las Comunas se reglamentan en el contexto postcrisis (Ley 1777/05) con el objeto de institucionalizar la participación ciudadana en los asuntos públicos bajo la retórica de la transparencia, en un clima de época marcado por el cuestionamiento institucional y el descrédito de la clase dirigente (“que se vayan todos”). En ese marco y en cuanto a la Huerta, lo más “correcto” era que los vecinos decidieran cuál era el mejor uso del espacio en forma de consulta (Entrevista a un huertero, Piedra libre, 06/09/08).

“[Una vez que llega la intimación de la causa iniciada por Telerman y la resolución a favor nuestro a mediados de 2007] apelamos a lo que dice la ley que: ‘el Gobierno de la Ciudad está obligado a mediar en este tipo de conflictos’. [El abogado] nos llama del Centro de Gestión y Participación Comunal, que supuestamente entiende en estas mediaciones, nos propone hacer una audiencia pública, un montón de cosas y dice que para este caso había que hacer una ‘tenencia precaria’. Pasa la semana, pasa un mes, al final nos termina diciendo que estamos en fin de año, que hay cambio de autoridades [de Telerman a Macri], queda todo en nada [...]. Empieza el año y muy rápidamente ¿qué nos llega? [...] vía Defensoría del Pueblo, porque nosotros hicimos una presentación ahí [...] nos llega la noticia de que estaban tramitando un decreto para desalojarnos” (entrevista a un huertero, Piedra libre, 06/09/08).

En el Decreto se retoma como antecedente múltiples expedientes y leyes relacionadas con la historia del espacio público en cuestión. En primer lugar y de manera paradójica, se hace uso del fallo que había sido dictado a favor de los huerteros a mediados de 2007 desestimando el reclamo de las autoridades para, en palabras de Bourdieu (1993b), “deshacer por decreto lo que el Estado había hecho por decreto”. En segundo lugar, se realiza una especial mención al hecho de que existe un convenio -donde se dispone la entrega del predio en forma de tenencia precaria al Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires- en el cual se alude a la utilización del predio con la realización de una Plaza para subrayar que ese es el uso legítimo del espacio. En tercer lugar, se reafirma que la Huerta Orgázmika es una típica “ocupación ilegítima del dominio público” porque los huerteros no poseen ni permiso ni autorización que los habilite a la tenencia del espacio. Así se devela, por un lado, que la coherencia y la consistencia dentro del

Estado no es tal y, por otro, que los escritos jurídicos son estrategias políticas dirigidas a imponer una visión particular, conforme a los intereses y a los valores asociados a la posición de aquellos que los producen en el universo burocrático (Bourdieu, 1993b). Con todo lo dicho, el primer artículo del Decreto dispone lo siguiente:

“intimase a los ocupantes de la Plaza Giordano Bruno, ubicada en las calles Giordano Bruno, Parral y Neuquén a la desocupación de dicho predio en el término de cinco (5) días bajo apercibimiento de disponer su desocupación administrativa” (Decreto N°607/2008).

La desocupación estuvo a cargo de la Administración Pública cuyo privilegio era proceder “sin necesidad de recurrir a la vía judicial” (Decreto N°607/2008). A su vez, las facultades para efectuar la operación fueron cedidas a la Dirección General de Espacios Verdes y la Dirección General Guardia de Auxilios y Emergencias, pudiendo solicitar la colaboración al Sistema de Atención médica de Emergencia (SAME) y, en caso de resultar necesario, requerir el auxilio de la fuerza pública (ibíd.).

En este punto aprovecharé el proceso de la Huerta Orgázmika para ilustrar que el traslado de una huerta -en la ciudad o en el campo- no es una tarea sencilla. En el plazo de cinco días, los huerteros debían retirar lo que en términos agronómicos se conoce como el Horizonte A del suelo. Es decir, una capa de por los menos 15 cm de tierra mejorada y fertilizada durante cinco años de trabajo agrícola en 500 m². En términos cuantitativos, equivale a 10 camionadas de tierra (75 m³ de suelo negro). En términos cualitativos, el daño es casi irreversible puesto que se necesitan dos e incluso tres décadas para recuperar su estado original porque en dicho horizonte se encuentra la mayor cantidad de microorganismos y nutrientes para el desarrollo vegetal. En cinco días los huerteros debían trasplantar en un sitio aún desconocido, especies cultivadas y silvestres, anuales y perennes y en cualquier estado fisiológico sin poder contemplar los requerimientos específicos para la supervivencia biológica de las plantas. También era necesario mover los lugares de reparo construidos en ese mismo período, como por ejemplo, los micro túneles, armarios, un invernadero y un “ranchito” en el cual algunos “paraban” (FMp3, 09/09/08)¹²³.

¹²³ La afirmación de que el daño en el suelo es irrecuperable implica remontarse a los conocimientos edafológicos. Según la edafología, los factores climáticos y biológicos facilitan la mezcla y la transformación de los componentes del suelo, permitiendo la formación de capas sucesivas, con características variables, llamadas horizontes. Lo importante aquí es que en el primer estrato del suelo generalmente se ubica el Horizonte A donde se desarrolla la mayor actividad biológica. Decimos generalmente porque no es lo mismo una playa que un bosque. En el Horizonte A son abundantes los restos vegetales y animales que, al descomponerse, se transforman en materia orgánica confiriendo a esta capa un color particular, el negro. Por este motivo, informalmente, al Horizonte A se lo conoce como la “capa negra del suelo” y es allí donde se encuentra la mayor actividad biológica. El ser humano, a partir de

Como se puede observar, el traslado de una huerta implica un gran esfuerzo y puede tener múltiples efectos, entre ellos, costos económicos, pérdida de conocimiento y de tiempo biológico que se corresponde con los ciclos naturales de las especies. Sin embargo, en la ciudad, la dificultad no se percibe y se presenta como una actividad posible y hasta deseable por diferentes sectores de la sociedad. Frente a la situación, los huerteros consultaron con letrados y otros actores cercanos al entorno para definir, no sin incertidumbre, cuáles serían las medidas a seguir.

“Estamos hablando con abogados para ver cómo es el tema del desalojo [...] Por ley podemos interponer recursos que nos darían 10 o 15 días más [para irnos]. Pero no tenemos muy en claro todavía. Por eso estamos permanentemente [en la Huerta]. Estamos también en La Sala [Alberdi] juntando más firmas y pensando. Estamos abiertos a propuestas, porque esto es de todos, tampoco tenemos muy en claro qué hacer. Simplemente pelearla como nos sale”. (Entrevista a uno de los huerteros, Piedra libre, 06/09/08).

La cédula de notificación que ordenaba el retiro de la huerta llegó a la Huerta el 3 de septiembre de 2008 y, como lo anticipaba el testimonio anterior, no prosperó debido a la presentación de un recurso de reconsideración para que el Jefe de Gobierno revocara la medida. Como no hubo una respuesta gubernamental, el Decreto quedó en suspenso sin lograr su misión que era el desalojo de la Huerta de una manera formal (Indymedia, 2009a). A su vez, los huerteros comenzaron a asistir a los encuentros abiertos en el centro comunal para debatir junto a otros vecinos cuestiones como la inseguridad, la limpieza y las masivas construcciones edilicias (ibíd.).

Luego de este operativo judicial, el colectivo obtuvo mayor visibilidad y junto con ello nuevos apoyos a nivel nacional e internacional. Por un lado, además del acampe y la realización de actividades, recolectaron firmas que avalaron la propuesta con el propósito de elevar un petitorio legitimado por diferentes sectores de la sociedad. Por otro lado, confeccionaron un listado de adhesiones donde participaban diferentes organizaciones, entre ellas, cooperativas

diferentes técnicas agropecuarias y en función del tiempo biológico de los micro y macro organismos, puede contribuir o destruir la formación de esta capa superficial. En el primer caso, la contribución está asociada con las aboneras, lombricompuestos, coberturas vegetales, abonos verdes, asociaciones y rotaciones; en el segundo caso, la destrucción se encuentra vinculada con el pisoteo animal, la remoción del suelo o el paso de una topadora. En cuanto al tema de las construcciones que estaban ubicadas dentro de la Huerta, cabe aquí mencionar que no eran espacios para habitar porque como decía una entrevistada “todos tenían casa” y “además estaba el Centro Cultural La Sala para eso” (Entrevista a una huertera de unos 28 años que asistió a la huerta en su período de esplendor, octubre de 2013). El colectivo había definido una consigna clara que era “en la huerta no se dormía” y eso estaba ligado a la “aceptación en el barrio”. Este aspecto muestra uno de los puntos de contacto entre las huertas urbanas y los allotment de Inglaterra y de Alemania puesto que allí está prohibido por reglamento hospedarse en el predio.

de trabajadores, agrupaciones ecologistas, estudiantiles y políticas. En ese periodo también se observaron estrategias de resistencia muy parecidas a las que se implementarían cuatro años más tarde en la Huerta Libre Parque Abierto, ubicada en el Parque Centenario¹²⁴. Frente a la ayuda recibida, los participantes sostenían lo siguiente:

“[la huerta] ahora, es un proyecto social que involucra a vecinas/os del barrio de Caballito y de otros barrios de la Capital, el País y el extranjero; un espacio integrado a una red de proyectos culturales y sociales; un espacio verde y público abierto a la comunidad [toda], sin fines de lucro y con el propósito de intercambiar y difundir información y conocimientos [...] relacionándonos de forma asamblearia y horizontal; un lugar de búsqueda y encuentro, de trabajo y descanso: un desafío al cemento y a la vida urbana”(Huerta Orgázmika, 2008a).

Entre los diferentes espacios comunitarios (huertas, ecoaldeas, centros culturales, bibliotecas, mercados de comercio justo, etc.) se comenzaban a entrelazar redes construidas a partir de una constelación particular de relaciones sociales que se encontraban y se entrelazaban integrando lo local y lo global (Massey, 1994). La Huerta se constituía como un lugar socialmente apropiado, producido y dominado de significados que permitía el cruce de las fronteras y de las identidades sin descartar completamente la pertenencia local (Escobar, 2000). Debido a su singularidad en cuanto a las formas de percibir la naturaleza y la agricultura en la ciudad, era un lugar que sólo podía ser construido y defendido en su articulación con otras experiencias similares, conformando espacios desterritorializados (Zibechi, 2008) o rizomas (Deleuze y Guattari, 1994). La Huerta Orgázmika era una de las tantas iniciativas que en los últimos años proliferaban en el marco de colectivos indígenas, ambientalistas y otros movimientos sociales de mayor influencia a niveles locales, nacionales y transnacionales (Escobar, 2000). Es a partir de esas redes -reales y virtuales- de alianzas heterogéneas entre diversos actores (académicos, activistas, etc.) donde las pugnas basadas-en-el-lugar comenzaban a ser cada vez más visibles en la ciudad (Escobar, 2010b, p. 196)¹²⁵.

¹²⁴ Por ejemplo, en la Asamblea de Vecinos de la Huerta de la Plaza Jujuy y México se decidió realizar “una actividad hermana” utilizando los siguientes términos “reunida la asamblea se planteó el tema del desalojo de la [Huerta Orgázmika] y luego de intercambiar distintas ideas se decidió para el próximo encuentro plantar en el perímetro de la Plaza [de Jujuy y México] y en distintos lugares zapallo, maíz, o cualquier otra semilla o plantín. Invitamos a que se acerquen a todos-as a esta actividad en apoyo y defensa de la huerta [...] ¡Vivan las huertas urbanas!” (Huerta Orgázmika, 2008b).

¹²⁵ Escobar (2010b, p. 27) sostiene que numerosos movimientos indígenas, de afro-descendientes y de grupos rurales o urbanos con base territorial o comunal fuerte, marcan un quiebre mucho más profundo que un simple “giro a la izquierda” en la medida que a través de ellos emergen mundos, conocimientos y prácticas que se diferencian de las formas liberales, estatales y capitalistas de la Euro-modernidad. Dichos colectivos apuntan a mundos postliberales y postcapitalistas y, aunque aún no lleguen allí, desordenan el orden epistémico de la política moderna basado en una visión que separa naturaleza y cultura, individuo y comunidad (ibíd.).

3.6 El desalojo definitivo: la huerta como presunción de “foco de riesgo” (2009)

“En la Huerta del Ameghino hemos recibido plantas. Los dueños se fueron a vivir a Córdoba y donaron plantas, entre las cuales hay una que viene de la Orgázmika ¡¡¡Qué emoción!!!” (Correo enviado por un huertero del Parque Ameghino, 40 años, mayo de 2014).

Durante la Jefatura de Gobierno de Macri (10/12/07 al 10/12/15), las operaciones de expulsión de cartoneros y personas sin techo comenzaron a ser cada vez más frecuentes en diferentes puntos de la ciudad por medio de la Unidad de Control del Espacio Público (UCEP). Aunque su propósito oficial era “mejorar el orden y la organización en el espacio público”, el accionar del organismo fue denunciado en los medios de comunicación por diferentes causas, entre ellas, el cierre de espacios comunitarios con violentos desalojos a inquilinos y a personas en situación de calle (Defensoría del Pueblo, 2009b). Como he mencionado anteriormente, estas políticas de desalojo fueron analizadas desde diferentes sectores académicos revelándose varios discursos relacionados con la recuperación del espacio público por parte de las autoridades gubernamentales (Carman, 2011b; Carman y Pico, 2010; Gurrieri y Szpilbarg, 2010). Por un lado, un discurso oficial asociado al constitucionalista, y por otro, un discurso oculto que responde a una lógica liberatista donde se prioriza el espacio común como una suerte de bien privado de ciertos actores, en apariencia con más derechos sobre ese espacio que otros (Carman y Pico, 2010)¹²⁶. El primer operativo realizado en el barrio tuvo lugar el 22 de octubre de 2008 por las autoridades del Gobierno de la Ciudad y efectivos de la Policía Federal. Allí se eliminaron cerca de 40 toneladas de basura acumuladas en dos depósitos ubicados en la playa de maniobras del ex ferrocarril Sarmiento. Junto con ello se intentó desalojar un asentamiento donde residían familias que trabajaban en dichos depósitos como recicladores urbanos. La medida tuvo diferentes repercusiones en la zona: mientras algunos vecinos expresaban su temor por la reubicación de las familias (Página 12, 23/10/08), otros elogiaban la “inusual operatividad” gubernamental (Revista Horizonte, 2009).

¹²⁶ La Unidad de Control del Espacio Público fue un organismo público de la ciudad de Buenos Aires creado a través del Decreto N° 1232/2008. Parte de sus funciones eran inespecíficas e incluían, entre otras cuestiones, “mantener el espacio público libre de usurpadores por vía de la persuasión y la difusión de la normativa vigente y las sanciones correspondientes” (Defensoría del Pueblo, 2009b). Fue disuelta en el año 2009 por ejercer actos de violencia física y verbal. Algunas publicaciones nacionales e internacionales que denunciaron su accionar fueron La patota del desalojo (Página 12, 08/03/09), La ciudad desalojada: políticas nada amistosas (Defensoría del Pueblo, 2009c) y Buenos Aires barre a los 'sin techo' (El país, 03/11/09).

En dicho marco, la “preocupación” por la “ocupación ilegal” de la Plaza Giordano Bruno reapareció con mayor intensidad por parte de un sector de vecinos del barrio (Asociación Civil Caballito Puede, 2012). Luego de suspender las reuniones comunales que se realizaban con los vecinos, el Ministerio de Espacio Público del Gobierno de la ciudad convocó a una mesa de diálogo quincenal y puntual en pos de lograr un acuerdo entre las autoridades y los huerteros (Indymedia, 2009a). Mientras tanto, los funcionarios difundían diferentes alternativas en relación a la Huerta. En algunos casos se anunciaba el deseo de “consensuar” con los huerteros un espacio con “canteros de plantas aromáticas, en forma prolija y dentro del predio integrado a la plaza” (Asociación Civil Caballito Puede, 2009c). En otros, la propuesta consistía en “levantar la ocupación” antes de fin de mes (ibíd.) o hasta incluso establecer “pautas para la desocupación” de manera “integrada” con ayuda de agrimensores y paisajistas (Asociación Civil Caballito Puede, 2009b). A su vez, los huerteros manifestaban que:

“[en las reuniones las autoridades] funcionaban con un papel de amiguismo [y decían] ‘con ustedes está todo bien, pero bueno, tenemos que tratar de convivir porque hay gente que reclama ese espacio como parte de la plaza’. Ellos [decían que] no nos querían sacar [...] pero querían que la huerta Orgázmika participe de la misma dinámica de la plaza” (Entrevista a una huertera, SOS Caballito, 06/05/10).

“Durante ese período, los funcionarios de la Comuna [...] convocaron a un montón de reuniones pero eso era para dilatar todo. Utilizan a los vecinos que denuncian y que quieren las rejas como una excusa para realizar el desalojo” (Entrevista a un huertero en el festival contra las rejas del Parque Centenario, 31/01/13).

Pese a todos los intentos, el acuerdo no se logró. Meses más tarde y en diferentes zonas del país, se registraron casos de la enfermedad viral aguda transmitida a seres humanos a través de la picadura de un mosquito, el *Aedes aegypti* (Gürtler et al. 2009). En los medios de comunicación se anunciaba “la implementación de ‘rigurosos controles’ [...] que [incluiría] la fumigación de las zonas consideradas ‘peligrosas’” (La Nación, 31/03/09). Cuando la epidemia ingresa a la Ciudad de Buenos Aires, la asociación de vecinos que había denunciado la ocupación del predio de la Huerta años atrás envió a las autoridades de la Comuna un “pedido de fumigación de la [huerta] y el retiro o vaciamiento de las bañaderas” (Asociación Civil Caballito Puede, 2009a). Dicho pedido funcionaría como caldo de cultivo para la desocupación definitiva del predio donde el dengue, parafraseando a Latour (1983), se transformaría en el

ántrax de Pasteur. Es decir, un elemento no humano por medio del cual unos pocos sujetos lograron convencer a toda una población de hacer valer sus propios intereses¹²⁷.

Cuando la problemática del dengue se instaló con fuerza en la agenda de la Ciudad, los funcionarios suspendieron las mesas de diálogo con el propósito de reanudarlas una vez resuelta la complicación. Sin ir más lejos, en la última reunión un huertero preguntó “¿no nos vas a pasar con la topadora una noche, no?” Un funcionario le contestó “mira si vamos a hacer eso... en treinta días [más o menos] hablamos” (SOS Caballito, 27/05/10). Sin embargo, todo quedó “de palabra” (SOS Caballito, 06/05/10). Días posteriores, el predio en cuestión se anunciaba como “obra compromiso”, es decir, una obra que el gobierno local se comprometía a terminar en un plazo de 90 días. Al respecto el director comunal -en su doble rol: funcionario y vecino- se refería al terreno como si fuera de su propiedad.

“[la plaza] es un terreno baldío que trato de tenerlo lo más limpio y prolijito posible para que no me lo intrusen y hace aproximadamente 15 años los vecinos estamos luchando por esa plaza: nunca se las prometí y la vamos a hacer” (Entrevista al director comunal, Aire y Luz, 12/04/09).

Un mes más tarde, sus palabras se transformarían en hechos. El 18 de mayo de 2009, en horas de la madrugada, la huerta fue destruida sin previo aviso por medio de dos topadoras supervisadas por el presidente de la Junta Comunal y acompañado por un grupo de tareas de la Unidad de Control del Espacio Público y la Policía Federal¹²⁸. Los huerteros recibieron la noticia por parte de una vecina que asiduamente asistía al predio y que, frente a los acontecimientos, se presentó en el Centro Cultural La Sala Alberdi para comunicar lo que estaba sucediendo. Algunos se dirigieron hacia el sitio con el objeto de calmar los ánimos, sin embargo, frente a la posición decidida de la fuerza policial, no fue posible detener el desalojo y junto con ello la destrucción del lugar.

¹²⁷ En el caso del ántrax, Latour (1983) analiza la figura de Pasteur para mostrar que en su laboratorio no sólo se extraían problemas de una granja sino que también se modificaba la sociedad de su tiempo, al conseguir que los granjeros readaptaran un conjunto limitado de prácticas de laboratorio (desinfección, limpieza, conservación, inoculación, cronometraje y registro) para que pudieran extender a todas las granjas francesas un producto hecho en el laboratorio, las vacunas contra una enfermedad que se consideraba terrible para el ganado francés. Por ese entonces y a través de diferentes desplazamientos lógicos, Latour sostiene que Pasteur logró hacer que las cosas de las que hablaba fueran fácilmente leíbles y creíbles para todos. En dicho proceso los elementos no humanos entran a jugar un rol como actores -desde microorganismos hasta instituciones y objetos tecnológicos-, que también tienen, para Latour, capacidad de agencia.

¹²⁸ Cabe aquí mencionar que en la Ciudad de Buenos Aires existe una Junta Comunal por cada Comuna. La Comuna es la unidad de gestión política y administrativa descentralizada con competencia territorial, patrimonio y personería jurídica propia. Se trata de una forma de descentralización pública que fue establecida en 1996 y reglamentada en 2005 con el objeto de facilitar las funciones del Gobierno de la Ciudad.

Ese mismo día la abogada patrocinadora del colectivo emitió un comunicado de prensa con el propósito de puntualizar la hora, los responsables y los argumentos para denunciar que el operativo había sido “ilegítimo, ilegal y violento” (Indymedia, 2009b). Posteriormente las autoridades también emitieron un comunicado con la convicción de haber “recuperado” un sitio que había sido “usurpado” por un grupo de personas que “incumplía con las medidas básicas de seguridad, higiene y sanidad” (Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2009). Según sus dichos, la Huerta era un espacio “intrusado” devenido en “foco de riesgo” al cual había que erradicar (ibíd.). El director comunal -que días atrás había anunciado las “obras compromiso”- no sólo reconocía los encuentros institucionales con los huerteros en pos de un acuerdo, sino también avalaba la medida basándose en la existencia de ciertos documentos legales y científicos.

“había una letrina, un horno a leña y dos bateas con algunos cultivos y agua servida acumulada en su interior, lo cual significaba un foco de riesgo de propagación de enfermedades infecciosas para los vecinos” (Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2009).

“[el ministerio de Espacio Público estaba] en conversaciones a ver si esta gente accedía a desocupar ese espacio que es un espacio intrusado y, mencionando los diferentes documentos, sostenía que hay un decreto administrativo y demás informes de salud y la Defensoría del Pueblo, el Instituto Pasteur, y eso [...] provoca que haya un decreto de desocupación N° 607 que [...] es previo a todo esto [...] hace que... un equipo multiministerial tome la decisión y desaloja el día de ayer” (La mar en coche, 19/05/09).

A partir de estos relatos es posible señalar cuatro puntos que son importantes para comprender cuáles fueron los argumentos utilizados en la destrucción de la Huerta Orgázmika. En primer lugar, el Decreto N° 607/2008 (presentado en el apartado anterior) estaba en proceso de reconsideración por dos razones. Por un lado, el Gobierno de la Ciudad no tenía la titularidad de las tierras y en consecuencia no podía emitir un Decreto. Por otro, la ley en la que se nombraba la Plaza como “Giordano Bruno” no precisaba el límite oeste del predio y era allí donde estaba ubicada la Huerta (ver Gráfico N°10. Mapa de la Huerta Orgázmika). En segundo lugar, la Defensoría del Pueblo desmentía la existencia de uno de los informes que mencionaba el director comunal. En una nota de tapa explicaban que los funcionarios se habían “[escudado] en una supuesta recomendación de la Defensoría del Pueblo que el organismo nunca emitió” (Defensoría del Pueblo, 2009c y conversación telefónica, 07/12/12). En tercer lugar, el desalojo no fue pre-avisado a la comunidad; de hecho, se constituyó en un operativo repentino y en horas de la madrugada, cuestión que no permitió réplica ni

recusación. A su vez, los papeles formales que avalaban la medida fueron exhibidos una vez finalizado el operativo y como producto del revuelo que se había producido en el lugar. Por último y no por eso menos importante, como queda expresado a lo largo de este capítulo, la intención de desalojo por parte de algunos vecinos, así como también de ciertas autoridades, era anterior a la aparición de la enfermedad viral¹²⁹.

Cabe aquí pensar detenidamente en qué consiste el dengue y si los argumentos oficiales sobre el tema eran suficientes para desalojar una huerta. Una pregunta retórica que permitiría clarificar este punto es la siguiente: ¿qué pasaría si en las regiones del noroeste del país se establece como consigna el desalojo de huertas urbanas cuando aparece la enfermedad? No habría huertas. Sin embargo, por ejemplo, en San Ramón de la Nueva Orán, zona donde el registro de casos de dengue es anual (Estallo et al. 2001), existen -por lo menos- 600 huertas en la ciudad. Al respecto, uno de los técnicos del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria sostiene que la incidencia de la enfermedad está estrechamente vinculada a los comportamientos humanos, tales como la higiene, las condiciones sanitarias y la acumulación de residuos¹³⁰.

Esto nos conduce a pensar en la diferencia entre dos conceptos: el riesgo y la incertidumbre. Según Callon (et al. 2001, 19) el riesgo refiere a acontecimientos conocidos y bien identificados, que pueden ser descriptos con precisión y cuyas condiciones de producción pueden ser explicadas. Esto significa que la noción de riesgo está asociada a la decisión racional. En cambio, la incertidumbre alude al hecho de que no se pueden anticipar las consecuencias de las decisiones a tomar. Es decir, cuando no hay conocimiento preciso de las opciones posibles, o cuando se es ignorante de los escenarios posibles, y cuando el comportamiento y las interacciones de las entidades que las componen resultan enigmáticos. En la incertidumbre, la única opción posible es el cuestionamiento y el debate porque da lugar a controversias específicas, es decir, discusiones del límite entre lo que es técnico y lo que es social.

Bajo esta clasificación, conceptualmente el dengue es un riesgo. Puede ser descripto con precisión en su forma biológica y, en consecuencia, puede ser controlado racionalmente. En tal sentido, en un informe elaborado por investigadores de las ciencias naturales sostienen que el

¹²⁹ En el momento que se desalojó la Huerta, el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires no tenía la titularidad de las tierras porque el convenio que había firmado con el Ente Nacional de Administración de Bienes Ferroviarios (ENABIEF) para construir espacios verdes en el año 2000 había caducado. Para ese entonces, la tierra donde estaba ubicada la Huerta pertenecía al Estado Nacional porque el ente encargado de administrar los bienes ferroviarios había sido cedido a la Administración de Infraestructuras Ferroviarias Sociedad del Estado (ADIF S.E).

¹³⁰ Conversación personal con un técnico de 40 años del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria de la ciudad de San Ramón de la Nueva Orán, 19/11/14.

dengue es prevenible y que para ello se debe combatir al mosquito, dado que en ese momento no existían vacunas ni drogas que lo curaran (Gürtler et al., 2009). Según los especialistas, la principal herramienta para lidiar con la enfermedad es eliminar los criaderos, es decir, “recipientes que contienen agua (limpia o sucia) como tachos, baldes, neumáticos, tanques” no así “charcos, lagos, zanjas, lagunas o ríos” (ibíd.). Esto marca una diferencia radical en la discusión. Si el dengue fuera una incertidumbre, el debate podría ser útil y hasta necesario para la sociedad puesto que permitiría discutir cuestiones técnicas en las cuales la sociedad no se puede anticipar, como por ejemplo, el enterramiento de residuos tóxicos o la instalación de una línea eléctrica de alta tensión. Sin embargo, al ser una certidumbre, dicho argumento se convirtió en una estrategia útil que, siendo técnicamente poco apropiada, respaldó el desalojo definitivo del predio.

Así los vecinos, y junto con ellos los funcionarios, lograron convertir una preocupación colectiva -el dengue- en un medio creíble para alcanzar sus propios intereses: la destrucción de la Huerta. En tal sentido, Latour (1983, pp. 10–13) sostiene que no hay ninguna manera de saber cuáles son los grupos, qué quieren y qué es el ser humano, pero esto no impide a nadie convencer a los demás de cuáles son sus intereses y qué deben querer y ser; los intereses, como cualquier otra cosa, pueden construirse; de hecho, aquél que es capaz de traducir los intereses de los demás a su propio lenguaje lleva las de ganar. El Gobierno no sólo utilizó el desconocimiento de la población sino que también se valió de informes técnicos para legitimar la medida en nombre de la salud ambiental. Así en este caso, como en tantos otros, la ciencia se convirtió en uno de los instrumentos más persuasivos para convencer a los demás de qué son y qué deberían querer (Latour, 1983, p. 11). En tal sentido, considerando que la política consiste en ser un portavoz de fuerzas que puede moldear la sociedad, se podría concluir que los informes eran completamente políticos porque lograban desplazar a toda la sociedad dándole voz y voto a seres no humanos: los mosquitos. Es decir, parafraseando a Latour (2007), si uno tira del hilo de Ariadna -en este caso los mosquitos- lo que sale es toda una sociedad: la sociedad porteña del Siglo XXI discutiendo sobre un tema particular, la cuestión ambiental.

En función de los acontecimientos y en los términos utilizados para la campaña gubernamental, la prevención del dengue dependía “de todos”, era “clara y simple: sin agua no hay huevos, sin huevos no hay mosquito, sin mosquito no hay dengue” (Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2009). Para ello, había que seguir los pasos preventivos que también eran sencillos: “[eliminar] los objetos que podían acumular agua, [tapar] los recipientes que contengan agua, [cambiar] todos los días el agua de los floreros” (ibíd.). Frente a esta

simplicidad en la prevención y frente a la desprolijidad de los informes técnicos, los huerteros sostenían que el dengue había sido un pretexto para lograr algo que hasta el momento no se había logrado de manera legal: destruir la huerta que no se parecía a la idea de naturaleza “limpia” y “prolija” (Entrevista al director comunal, Aire y Luz, 12/04/09).

“no se puede creer, ¿qué dengue? Esto era un basural en el que nadie se fijaba, y ahora esta excusa... una vergüenza, no tengo palabras. [...] Lo que hay que denunciar es que en este momento hay cientos de uniformados de todos los colores, con sus cascos, sus escudos y sus palos, dispuestos a impedir que los vecinos vuelvan a ocupar el predio. Mientras tanto acá, a un costado de la vía, se está desarrollando una asamblea con unas doscientas personas, para decidir las acciones a seguir” (Anón., 2009a).

Un día después del desalojo, un grupo de vecinos e integrantes de organizaciones sociales se dirigieron hacia el centro comunal para protestar y “escruchar” a las autoridades locales. En el transcurso de la manifestación, se produjeron incidentes con los miembros de la policía cuyo resultado fue la detención de una veintena de personas con notificaciones de contravención por dañar la propiedad pública y privada; la verificación de varios heridos y la consumación de destrozos en el edificio del gobierno porteño y en el Centro Cultural La Sala, que fue allanada sin orden judicial. Posteriormente y debido a la repercusión de los hechos, entre unas 100 y 200 personas de diferentes edades, organizaciones vecinales, sociales y políticas se manifestaron frente a la comisaría para exigir la liberación de los arrestados, que fueron liberados al atardecer de ese mismo día.

Los sucesos mencionados tuvieron múltiples secuelas. La Defensoría del Pueblo de la Ciudad emitió un informe en el cual se seleccionó el hecho como uno de los veinte casos más violentos de intervención de la policía sobre un centenar de denuncias recibidas entre el 2008 y el 2009 (Defensoría del Pueblo, 2009a)¹³¹. Los participantes de la Huerta Orgázmika exigieron la renuncia del director comunal así como también la restitución del terreno para reconstruir la huerta, el desprocesamiento de los detenidos y el desmantelamiento de la Unidad de Control del Espacio Público por su desempeño violento en el conflicto. Sin embargo, cabe también destacar que en otros sectores de la sociedad, el caso fue visto como un triunfo de los vecinos denunciadores y de los funcionarios que, utilizando sus propios términos, lograron resolver de manera rápida y eficiente la “usurpación” de un espacio público que había sido “intrusado”. Paralelamente, se conformó un grupo denominado “Por las huertas”. Sus participantes

¹³¹ El “Informe especial sobre violencia policial en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires” tiene 65 páginas y consta de diez capítulos con tres anexos sobre causas abiertas por represión policial en desalojos, marchas y víctimas individuales (Página 12, 06/01/10).

entraron en contacto con otras experiencias de agricultura en la ciudad, tanto en el conurbano como en el mundo, gestándose una incipiente red que luego estaría presente en otras luchas por los espacios públicos, como el proceso que presentaré en el próximo capítulo. Al respecto, un fotógrafo de 40 años comentaba lo siguiente,

“algunos chicos de la huerta [Orgázmika] se quedaron impactados [con el proceso] y hasta dejaron la ciudad. Fue una situación muy fuerte. Un choque cultural. Muchos de ellos están acá, en la lucha del ‘no a las rejas’” (Entrevista a un huertero en el festival contra las rejas del Parque Centenario, 31/01/13).

3.7 Reflexiones sobre la ambientalización de lo social

“Si la huerta desaparece de la Tierra, habrá desaparecido otro espacio de acción y producción autónomo y sustentable (en pos del 'desarrollo' y 'progresos' capitalistas), pero no su recuerdo, ni todo lo que se logró con semejante espacio de contra-información 'verde', de resistencia, de producción e intercambio de saberes. El legado de la huerta seguirá en nuestros recuerdos, corazones y caminos emprendidos pase o no pase este impedimento burocrático-estratégico-comercial...” (Indymedia, 10/9/08).

El desalojo de la Huerta Orgázmika es visto como un caso singular porque culmina bajo circunstancias inesperadas. Sin embargo, no es un fenómeno aislado. Existen experiencias similares que han sido desalojadas por múltiples motivos, como por ejemplo, los intentos de expulsión en el Interkultutelle Garten *Rosa Rose* (barrio de Friedrichshain, Berlín) o *El Forat de la vergonya* (El agujero de la vergüenza, Barcelona). Cabe aquí señalar que una de las características más importantes de la agricultura realizada en las ciudades es que se despliega con frecuencia en terrenos cuyos derechos de propiedad están en permanente disputa (FAO, 1999a) y esto se debe a que, como se ha señalado, la disponibilidad de la tierra -su tenencia y su uso- es un tema neurálgico. No obstante ello, lo que se desea resaltar aquí es que la intensidad de las amenazas de desalojo depende de la importancia que la sociedad le asigna a la actividad. Por ese motivo, la mayoría de los estudios que trabajan en esta temática sostienen que hacer agricultura es parte de una decisión política (Mougeot, 2000; Companioni et al., 1996; Gutman y Gutman, 1986). En dicha política urbana no sólo se deberían

promocionar los usos habitacionales, industriales y recreativos del espacio público y privado sino también los usos productivos¹³².

Si pensamos el proceso de la Huerta Orgázmika en su totalidad vemos que en cada una de las etapas los huerteros fueron combinando distintas estrategias como un modo particular de “hacer política” que se correspondía con el contexto histórico. En el año 2001, los canales de la formalidad no lograban resolver los problemas del cotidiano; en consecuencia, el colectivo apelaba a la acción directa haciendo uso del espacio público que había sido “abandonado” por el Estado. En dicho periodo, las huertas urbanas eran prácticas legitimadas socialmente porque respondían a múltiples problemáticas que aquejaban a la sociedad, entre ellas, el desempleo, la pobreza urbana y el vacío estatal. Durante los años subsiguientes, en consonancia con la mayor credibilidad depositada por la ciudadanía en los canales institucionales y la legitimización de la democracia representativa, los huerteros utilizaron la lógica burocrática con el objeto de preservar legalmente un proyecto colectivo que se diferenciaba del uso dominante del espacio público. En dicha oportunidad, la propuesta consistía en poner en práctica conocimientos del sistema natural, de manera autodidacta y con la intención de producir un cambio desde adentro de la Ciudad. Para ese entonces, las huertas urbanas todavía contaban con la tolerancia estatal y la promoción de diferentes sectores de la sociedad. Sin embargo, a medida que la democracia representativa se reafirmó y las asambleas perdieron peso, los canales formales no garantizaron la convivencia entre diferentes usos del espacio público. Los huerteros se enfrentaron al agotador desgaste de los tiempos, las formas y las reglas propias de la inercia de la organización burocrático-estatal. Las peticiones no fueron escuchadas y las presentaciones legales terminaron siendo archivadas para formar parte de un agujero estatal. Por esos años, la actividad fue perdiendo legitimidad y los argumentos sobre la recuperación del espacio público con propuestas de “ambiente”, “emplazamiento” y “puesta en valor” ganaban autoridad, priorizando el espacio público como una suerte de bien privado de ciertos actores que, en apariencia, tenían más derecho que

¹³² La intensidad de los desalojos también se puede corroborar analizando la situación organizacional donde se instalan las huertas. Por ejemplo, la situación cambia si uno realiza una huerta en un terreno propio o si la lleva a cabo en predios cedidos por terceros o abandonados. En el caso de la Huerta Rosa Rose, luego de una inminente expulsión por parte de los inversores del terreno (2008-2009), uno de los integrantes manifestaba “que muchos de estos jardines comienzan como una forma de guerrilla en los vecindarios, y casi todos terminan destruidos -tarde o temprano- por la fuerza” (Huerta Rosa Rose, 2010). A su vez, la problemática por la competencia en el uso del suelo también se puede ver en otros tipos de conflictos como es el caso del conflicto de la Punta de Valencia (España) entre el año 2002 y 2003. Allí más de 200 vecinos fueron desalojados, las alquerías fueron derruidas y los campos aplanados por apisonadoras para dejar espacio a la Zona de Actividades Logísticas del Puerto de Valencia, proyectada sobre 600.000 m² de tierra, la mayoría destinadas a la agricultura. Parte de este conflicto se puede recuperar a partir del documental A tornallom (o faena en común) (Enric Peris & videohackers, 2012).

otros. En ese marco histórico, la agricultura se convirtió en una práctica que alteraba el orden social y que había que desalojar.

Las complejas relaciones sociales que se entretajeron en torno a la Huerta Orgázmika evidenciaron que la cuestión ambiental se encontraba socialmente construida y disputada por actores diferencialmente posicionados. De hecho, todos los actores implicados se valieron de argumentos ambientalistas para defender su posición, mostrando la legitimidad de esos “estandartes verdes” en las disputas por el espacio público urbano.

Por un lado, el concepto de naturaleza puede ser redefinido como dinámico, siempre negociable y en proceso de aprobación, discusión y transformación, al igual que el concepto de cultura descrito por Wright (1998, p. 174) y Grimson y Semán (2005, pp. 16–18). Pensar la naturaleza desde esta perspectiva permite problematizar lo que los otros conceptos de naturaleza daban por supuesto: la homogeneidad, la territorialidad y la estabilidad. De esta manera, se pone en el centro de la escena la dimensión y los problemas del poder; esto es, la naturaleza ya no como un terreno neutro sino como un campo atravesado por relaciones de fuerza, en el cual los actores diferencialmente posicionados apelan a, (re)trabajan y (re)fuerzan los significados acumulados de naturaleza en pos de sus propios intereses. En su forma hegemónica la naturaleza aparece como coherente, sistemática, consensual; como un objeto único, unificado y consensuado; algo más allá de la acción humana, carente de ideología y despolitizada. Sin embargo, en situaciones como la Huerta Orgázmika, encontramos diferentes tipos de naturaleza, como por ejemplo, una naturaleza controlada y una naturaleza caótica. Así se observa que la naturaleza no es una cosa natural sino un proceso político de lucha por el poder que se utiliza para definir los usos legítimos del espacio público. Esto también demuestra que la manera en que se forman conjuntos de conceptos es históricamente específica y las ideas nunca constituyen un todo cerrado o coherente. En esta situación particular, las personas posicionadas en forma dominante usaron los recursos económicos e institucionales que tenían a su alcance para lograr que su definición de naturaleza resistiera, que las definiciones de otros sean ignoradas y así cosechar el resultado material de una disputa ganada en nombre de la comunidad. De esta manera, el espacio social se materializaba en el espacio físico pero de una manera más o menos “turbia”, como un producto del poder sobre el espacio ligada a la posesión del capital en sus diferentes especies, es decir, la dominación social (Bourdieu, 1999, p. 120).

En cuanto a la cuestión ambiental, en primer lugar, cabe aquí señalar que los problemas sociales se construyen en función de la percepción y el reconocimiento público. Es decir, las sociedades seleccionan los tipos de problemas de los cuales desean preocuparse y aquellos

que quieren ignorar (Lezama, 2001a). En segundo lugar, lo ambiental empieza a ser percibido como un problema social y como algo merecedor de atención y de perpetuidad de manera mancomunada con los avances científicos y tecnológicos de las últimas décadas (Ibíd.). Recordemos que la cuestión ambiental no es un tema nuevo (Azuela, 2006; Martínez Alier, 2004; Lezama, 2001a): en determinado momento histórico, lo ambiental se convirtió en un problema (Lezama, 2001a) y los conflictos ambientales se generalizaron a nivel mundial (Merlinsky, 2009a; Callon et al., 2001; Sabatini, 1997).

La idea del conflicto ambiental aplicada a la Huerta Orgázmika resulta pertinente en dos sentidos: por un lado, permite pensar qué es lo que realmente se disputa y por otro, qué tipo de argumentos se utilizan para ganar dicha disputa. Desde la sociología, ciertas corrientes sostienen que los conflictos ambientales son en esencia conflictos territoriales -distributivos y políticos- que generan tensiones en las líneas de desarrollo histórico de cada comunidad y ponen en cuestión los mecanismos de expropiación y apropiación de los recursos naturales (Merlinsky, 2009a, p. 4). Bajo la línea de la planificación urbana, se argumenta que son conflictos por el control de los territorios originados por cambios en los usos del suelo y por la distribución de las externalidades producidas por dichos cambios (Sabatini, 1997). Más aún, en un contexto donde proliferan los significados ambientales (Leite Lopes, 2006, p. 32), diferentes autores sostienen que los conflictos ambientales representan disputas eminentemente sociales (Azuela y Mussetta, 2009, pp. 2–5). Por esos motivos, para su estudio sugieren tomar en cuenta tanto “las motivaciones de los actores ‘no ambientalistas’ como las condiciones o motivaciones no ambientales de quienes enarbolan las causas ambientales” (ibíd.)

En tal sentido, el conflicto aquí tratado es un conflicto por el control del territorio puesto que, como ya he anticipado, la agricultura realizada en las ciudades es una actividad atravesada por la apropiación de los recursos, entre ellos, el suelo. A esto se suma la discusión sobre los usos legítimos del espacio público que cambian en función del contexto histórico y la cuestión ambiental como parte de lo que Latour (2011) denomina “las políticas de la naturaleza”. Es decir, el paso de una situación donde la naturaleza se mantuvo alejada de la política a una donde la naturaleza se encuentra enredada en las arenas políticas (ibíd.). A su vez, dentro las controversias sociales, la voz de los científicos ya no aparece como una voz indiscutible sino como parte de la disputa (Callon et al., 2001).

Los huerteros, por una parte, utilizaron una franja del espacio público que se consideraba inicialmente abandonado con una Huerta concebida como un espacio vivido, el cual debía ser defendido del espacio planeado por “arquitectos sin personas” (Livingston, 1990). A su vez, en el hacer cotidiano, experimentaron la naturaleza vivida, en tanto caótica y desordenada. Por

ese tiempo los funcionarios del Gobierno de la Ciudad sostenían que ese mismo espacio había sido “intrusado” e intentaron desalojarlo bajo la propuesta de una naturaleza que -con resabios higienistas- se pretendía “limpia” y “prolija”¹³³. No obtuvieron los resultados deseados y en un momento donde el dengue se percibía como un problema social se apoyaron en informes técnicos para denunciar el espacio como “foco de riesgo de propagación de enfermedades infecciosas” (Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2009). Luego comunicaron la noticia dentro de la sección “Ambiente y Espacio Público” de la página web oficial para señalar con satisfacción la recuperación de un sector de la Plaza en cuestión (Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2009). Así el mosquito se convirtió en un ser social y asocial a la vez, productor de naturaleza y constructor de sujetos, un artefacto híbrido que permitía unir o atar la separación entre el mundo natural y el mundo social (Latour, 2007). De la misma manera el ambiente se tornó en parte de la política pública que -con eslóganes como Buenos Aires Ciudad Verde- se ensamblaba con los usos del espacio público que se consideraban legítimos. Es decir, bajo una motivación no ambiental de quienes enarbolaban las causas ambientales, los funcionarios lograron el desmantelamiento de un predio, acción que parecía imposible bajo otros medios.

En definitiva, todas estas cuestiones nos permiten señalar que el ambiente no es un campo dado sino un campo en disputa (Carman, 2011; Latour 2007; Azuela, 2006) y es allí donde se instalan los debates de la agricultura realizada en nuestra Ciudad. En dicho campo se disputan las dimensiones ambientales así como también las dimensiones sociales, culturales, económicas de la actividad y -como sucede en otros conflictos ambientales- la disputa se define por la tensión existente entre las partes intervinientes y sus intereses (Sabatini, 1997, 78–95). Esto puede conllevar a la negociación ambiental (que en este caso hubiera sido la convivencia entre un espacio emplazado y una huerta urbana) o la alternativa no democrática, como finalmente sucedió en la Huerta en cuestión (la ampliación de una plaza en detrimento del proyecto hortícola mediante un desalojo policial).

Luego de analizar el desarrollo de una huerta que surgió en un espacio público desatendido por el obrar estatal, resulta necesario continuar el análisis en relación a los procesos de apropiación de espacios calientes desde sus inicios. Esto nos permitirá observar no sólo los conflictos entre diferentes sectores de la sociedad sino también dentro del propio colectivo. Es decir, detallar los argumentos que enfatizan los aspectos positivos, revolucionarios y contra

¹³³ Entrevista al director comunal, Aire y Luz, 12/04/09 y frase utilizada en el comunicado El Gobierno de la Ciudad desalojó un espacio de una plaza intrusada (Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2009).

hegemónicos de la propuesta así como también los elementos subcomunicados que develan diferencias.

4 LA HUERTA LIBRE PARQUE ABIERTO (2012 - 2013)

4.1 Introducción

“Ciertos conflictos ofrecen verdaderos yacimientos de experiencias donde se ponen en juego, con arbitrariedad solo aparente, recursos, estrategias, solidaridades u hostilidades inesperadas y donde se alteran o se disuelven, como resultado de la acción y reacción de esos factores, identidades colectivas preexistentes, al tiempo que emergen otras nuevas” (De Ípola, 2004, p. 223).

El conflicto, que me dedicaré a analizar en este capítulo, se desató a partir de la decisión adoptada por el gobierno porteño de instalar rejas en un parque público de la Ciudad. Dicha disputa, ocurrida entre los meses de septiembre de 2012 y febrero de 2013, tuvo como epicentro el Parque Centenario, un emblemático “espacio verde” ubicado en el mismo barrio que la Huerta Orgámika, Caballito. A partir de la medida gubernamental surgieron posiciones en pugna que se hicieron explícitas a través de distintos medios. Como forma de protesta por la instalación de rejas, un grupo de assembleístas -que se reunía desde hacía tiempo en el Parque- impulsó un “acampe permanente” en el lugar y, más tarde, decidió crear una huerta urbana que fue bautizada como la Huerta Libre Parque Abierto¹³⁴.

El objetivo general del presente capítulo es analizar el proceso de creación y desmantelamiento de esta huerta urbana cuyo funcionamiento se extendió durante cuatro meses. Si bien, como venimos sosteniendo, es común plantear que el propósito fundamental de la agricultura llevada a cabo en la ciudad es reducir la inseguridad alimentaria, nuevamente mostraremos que dicha práctica rebasa tal fin introduciendo otro tipo de debates. Como veremos a continuación, la creación de la Huerta en el Parque Centenario surgió como un campo de análisis privilegiado debido a la densidad de apropiaciones y críticas que los protagonistas (huerteros, funcionarios, assembleístas, vecinos, habitantes del Parque, etc.) realizaron acerca de las concepciones de naturaleza, las formas de concebir y habitar la ciudad, las nuevas modalidades de acción política, los fundamentos de la modernidad y las bases del capitalismo, entre otros temas, mostrando conexiones con el debate general de la sociedad.

¹³⁴ La primera información sobre la situación que se estaba viviendo en el Parque Centenario me llegó de casualidad a partir de un amigo huertero a quién encontré en la XXI Feria del Libro Independiente y Alternativo (FLIA) el 30 de septiembre de 2012. Desde entonces y debido a la particularidad de la Huerta que estaba en conformación, decidí seguir el proceso. Luego de la destrucción de la Huerta Libre, en febrero de 2013, los huerteros propusieron la realización de una nueva propuesta en el Parque Lezama. Cabe señalar que de aquí en más se apocopará en sustantivo propio “El Parque Centenario” como “el Parque”, “La Huerta Libre Parque Abierto” como “la Huerta”.

Como se mostrará en el último lustro diferentes organizaciones sociales apelaron a la realización de huertas como un modo de expresión de sus reivindicaciones. Las mismas serán mencionadas en este capítulo. Sin embargo, la ejecución como parte de los repertorios de protesta ha sido poco explorada por el mundo académico. Como veremos a continuación, los estudios sobre movimientos sociales mencionan las experiencias hortícolas como parte de las actividades que son llevadas a cabo por las organizaciones sociales sin preguntarse por los sentidos que los actores producen sobre este modo de acción colectiva (Bottaro y Sola Álverz, 2011; Fernández, 2011; Díez, 2009; Ferraudi Curto, 2009; Manzano, 2009; Quirós, 2006). En función de esta ausencia resulta relevante reconstruir su forma y la trama de relaciones sociales en las que la Huerta se inscribe como experiencia hortícola¹³⁵.

De modo específico, en este apartado describo una secuencia de situaciones generadas por la creación de una huerta en un parque público sin el consentimiento de toda la comunidad local. A partir del relato y su análisis caracterizaré los significados de esta actividad, las tensiones que surgieron en torno a ella, los argumentos que fueron utilizados para desalojar el espacio y el tipo de intervenciones políticas presentes en esta disputa. Particularmente, me propongo abordar de qué modo dos lógicas -la asamblearia y la ambiental- se articulan en una protesta por el espacio verde público. De hecho, este trabajo abreva en los estudios que sostienen que la asamblea se ha establecido en la principal forma de acción política en lo que a luchas y reivindicaciones ambientales se refiere (Svampa y Antonelli, 2009; Svampa, 2008). A su vez, pretendo mostrar no sólo ambientalismos de diferente procedencia o con intereses contrapuestos, sino también la relación entre los mencionados múltiples verdes (Gudynas, 1992) y las prácticas hortícolas realizadas en la ciudad de nuestros días.

4.2 La instalación de rejas y el ordenamiento del espacio público

Desde su creación el Parque Centenario ha sido un emblemático espacio dentro de la Ciudad de Buenos Aires. A lo largo de sus más de cien años fue cambiando de morfología generándose debates en cuanto a los usos, las reformas estructurales y los costos de mantenimiento con diferentes niveles de repercusión en la sociedad. En la actualidad el Parque ocupa 12 hectáreas

¹³⁵ Se entiende aquí por acción colectiva a la acción que requiere recursos combinados con intereses compartidos (Tilly, 2000). Desde su sentido acotado, difiere de otras acciones colectivas en que es discontinua, contenciosa y planteada como una amenaza a la distribución de poder incitando a la vigilancia, la intervención y/o la represión de las autoridades (ibíd.). En dicho caso, los actores colectivos incluyen cuerpos corporativos aunque también suele contener redes de amistad, vecinos y participantes locales (ibíd.).

ubicadas en el barrio de Caballito que fueron diseñadas por Carlos Thays para conmemorar el centenario de la Revolución de Mayo. Antes de que se suscitara el conflicto en el año 2012, dicho Parque se había convertido en uno de los espacios públicos más atractivos de la zona donde miles de visitantes de distintos barrios se congregaban con múltiples propósitos, entre ellos, el descanso y la diversión.

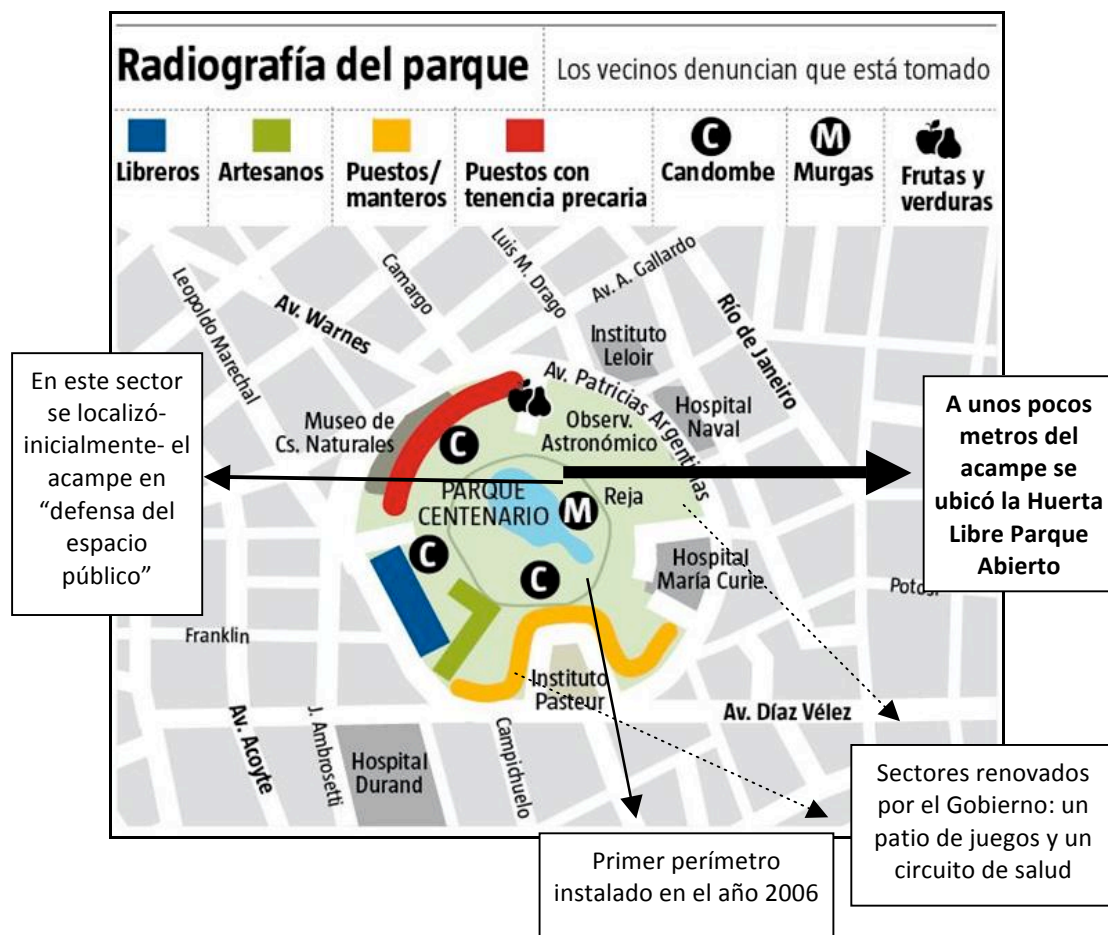


Gráfico N°11. Mapa de la Huerta Libre Parque Abierto. Fuente: La Nación, 24/08/12.

Como se puede observar en el mapa, durante los fines de semana, se presentaban variadas propuestas que incluían desde asistir a espectáculos realizados por malabaristas, grupos de murga, candombe y rock hasta transitar por más de 3000 puestos de ferias donde se efectuaba la compra y venta de libros, artesanías, comidas y diferentes productos que generaban cuantiosos ingresos en distintos sectores de la población. En forma paralela a este intenso intercambio económico se fue generado la instalación de viviendas precarias conformadas por carpas, toldos y vehículos abandonados que iba en aumento y que ya había sido denunciada por algunos vecinos del barrio, quienes reclamaban la colocación de otro cerco perimetral¹³⁶. No obstante, en julio de 2012 un grupo de vecinos que reclamaba la instalación de rejas

¹³⁶ Este tipo de políticas serán analizadas con mayor detalle en el último apartado.

avanzó otro paso al denunciar la presencia de asentamientos habitacionales que como ya mencionamos se habían instalado en carpas, autos, camionetas y ómnibus; originando una causa judicial que no sólo se proponía condenar “el estado de abandono” en que se encontraban muchos de los habitantes del lugar sino, sobre todo, señalar “el peligro” que esa situación representaba para “el resto de los vecinos [y para aquellos que hacían] uso de ese espacio público” (Revista Horizonte, 2012e).

Dichos pedidos se correlacionaban con las transformaciones urbanas de esa época, las cuales respondían al impulso de un nuevo modelo de ciudad basado en la estetización y en los contrastes sociales de una sociedad crecientemente desigual y fragmentada (Perelman y Boy, 2010, p. 412)¹³⁷. Bajo esa lógica, el Parque Centenario se convertía en un espacio de encuentros y desencuentros de universos complementarios y opuestos. Mientras algunos habitantes lograban transitar sin ser individualizados; otros ni siquiera lograban ser anónimos mostrando cómo la creciente desigualdad social se cristalizaba en el territorio.

En dicho contexto, el Gobierno retomó el reclamo planteado por un sector de los vecinos e impulsó una política de instalación de rejas en el Parque, como ya lo venía realizando en otros espacios verdes de la Ciudad. Efectivamente, en 1996 se había cercado el Rosedal de Palermo, en 1998 se había colocado una empalizada en la parte trasera del Parque Thays, vallado en el 2002 y en 2004 habían sido enrejados 35 espacios verdes entre los cuales se contaba el Parque Rivadavia y el Parque Irlanda, predios que formaban parte del barrio de Caballito. Para mediados de 2013 “80 de los 250 parques y plazas de la Capital [ya] contaban con vallado perimetral” (La Nación, 03/06/13). En el Parque Centenario la decisión gubernamental no pasó desapercibida. Bajo un escenario de enérgica actividad -recreativa y lucrativa- la difusión de la propuesta en los medios de comunicación le otorgó una inusitada visibilidad pública y desató una fuerte polémica social. A su vez, en la Junta Comunal -que es el órgano colegiado e integrado por miembros elegidos en forma directa- el tema fue arduamente debatido. La posición mayoritaria representada por el partido gobernante en la ciudad (Unión Pro) se mostraba “unánimemente de acuerdo con la instalación de un cerco” (Revista Horizonte, 2012c). La segunda fuerza política (Frente para la Victoria), por su parte, no manifestó públicamente cuál era su posición en relación al tema. Mientras tanto, la tercera minoría (Proyecto Sur) sostenía que el Parque no se encontraba en buen estado pero la solución de los problemas tampoco podía reducirse a la colocación de rejas.

¹³⁷ En palabras de Lacarrieu en dicho modelo se impulsaban “procesos que especulan con la integración social desde la promoción de la diversidad cultural, pero que sin embargo terminan generando desde sí mismos una mayor desintegración y severos procesos segregatorios que sólo integran a algunos y excluyen a los ‘otros’” (citado en Perelman y Boy, 2010).

Con este escenario de fuerzas, el Gobierno de la Ciudad no tardó en imponer su posición de “recuperar” un predio que se concebía como deteriorado por “el mal uso”, en función de lo cual propuso ejecutar un plan de remodelación y embellecimiento que incluía el cerco perimetral del Parque (La Nación, 24/08/12). Dicho cerco tenía tres objetivos: organizar las distintas actividades, proteger los lugares donde se harían las obras y mejorar la seguridad (ibíd.). Bajo esta concepción -donde el uso y el acceso del espacio público se hallaban reglados de manera preestablecida- la agricultura se convertía en una práctica impensada dentro de los parques públicos de la ciudad. Específicamente, la instalación de una huerta en el Parque Centenario -objeto central de este capítulo- resultó un acontecimiento inesperado.

Como adelanté, el tema del cerco generó gran repercusión a nivel barrial y la discusión involucró a distintos grupos vecinales, adquiriendo relevancia pública las posiciones del medio digital Caballito Te Quiero, la Asociación Civil Vecinos del Parque Centenario y la Asamblea de Vecinos del Parque Centenario. Las dos primeras agrupaciones se manifestaron a favor de la instalación de rejas y la tercera se opuso a dicha medida utilizando formas diferenciadas de acción política para expresar sus posiciones¹³⁸.

A continuación nos detendremos en la perspectiva de los vecinos que se posicionaron a favor de las rejas. Su importancia radica en que esa posición fue finalmente la visión que prevaleció y a partir de la cual se legitimó el desalojo de la Huerta Libre por parte del Poder Ejecutivo local. Un genérico discurso ambientalista allanó no sólo las acciones de instalación del cerco perimetral sino también el camino para la expulsión de los habitantes permanentes del Parque bajo el ejercicio de la violencia pública, estableciendo cuáles eran aquellas actividades que sí estaban permitidas, entre las cuales la Huerta no tenía lugar. Esta perspectiva logró imponerse a pesar de las acciones de resistencia desplegadas por otro de los grupos implicados en el conflicto, que -como veremos en el próximo apartado- apeló a prácticas y discursos que también eran de corte ambientalista, aunque basados en un ideario de política de convivencia ciudadana.

¹³⁸ Los grupos que estaban a favor del cerco eran el medio digital Caballito Te Quiero, la Asociación Civil Caballito Puede, la Unión Vecinal Placita Crisólogo Larralde, la Asociación Caballito Centro, la Asociación Vecinos de la Plaza Giordano Bruno, la Asociación Amigos del Parque Rivadavia y la Asociación Civil Vecinos del Parque Centenario. Los grupos que estaban en contra de las rejas eran SOS Caballito, la Asamblea del Cid Campeador, la Asociación Vecinal Voluntarios del Parque Centenario y la Asamblea de Vecinos del Parque Centenario.

4.3 Los vecinalistas a favor de la instalación de las rejas

“[Los vecinos] No piden los jardines de Versalles, ni el Hyde Park, ni el Central Park; tan sólo un parque normal. Un parque sin linyeras acampando dentro de él. Sin impunes vendedores de drogas. Sin murgas y grupos de rock tocando, a todo volumen, hasta la madrugada. Sin jaurías de perros amenazando a los visitantes. Sin grupos de adolescentes robando a los transeúntes. Sin una feria ilegal de más de 800 puestos, impidiendo el paso de la gente por las veredas y los canteros. Sin monumentos destrozados y grafitados. En resumen: un parque normal” (Caballito Te Quiero, 28/01/13a).

El reclamo de la instalación de las rejas en el Parque Centenario fue sostenido por un grupo heterogéneo de personas en edad, trayectorias, posiciones políticas y clases sociales, nucleado por una perspectiva coincidente con la postura de las autoridades gubernamentales, vale decir, la “visión ordenancista” del espacio público y de la naturaleza. Es decir, la ubicación histórica de los límites del espacio público en términos de lo accesible y lo exclusivo, lo habilitante y lo restrictivo, que se vislumbra en ciertos sectores sociales cuando definen quiénes y cómo forman parte del espacio de lo público y quiénes y cómo son excluidos (Rabotnikof, 2005:19). Dentro de dicho grupo se destacaron las voces de los editores de la revista barrial Caballito Te Quiero (formato digital) y la Revista Horizonte (formato impreso), medios que resultaron fundamentales al momento de difundir sus ideas y debatir con los otros sectores involucrados. Por medio de las mencionadas revistas, una encuesta digital realizada en el año 2011 y una serie de reuniones llevadas a cabo en una iglesia de la zona y en el centro comunal, este grupo buscó legitimar la adhesión a la instalación de rejas como representativa de la mayoría de los vecinos de Caballito¹³⁹.

Estos no fueron los únicos medios de acción política utilizados. Al igual que el grupo de la Asamblea de Vecinos del Parque Centenario, los editores de la revista buscaron traspasar el debate, tanto “en papel” como institucional, alentando a la movilización de los vecinos que “brillaban por su ausencia en las calles” cuando se realizaban las manifestaciones asamblearias (Revista Horizonte, 2012c). Sin embargo, a pesar de la convocatoria de los editores a la movilización, sólo unos pocos se acercaban tímidamente al lugar y aunque estaban a favor de

¹³⁹ La revista Caballito Te Quiero fue premiada en la legislatura porteña el 5 de septiembre de 2012 (Revista Horizonte, 2012b). Sus editores también llevan adelante la Revista Horizonte, medio barrial de distribución gratuita que es distribuido en los comercios de la zona.

la instalación de rejas no lo expresaban de manera abierta, como si hacerlo fuese políticamente incorrecto:

“Yo no estoy a favor de las rejas pero tiene que estar cerrado para que la gente aprenda. La gente no puede hacer cualquier cosa, tienen que haber normas que deben ser cumplidas. Yo pago los impuestos para acceder a los servicios y hay que romperse el lomo trabajando para vivir en la ciudad y esta gente no lo hace” (Entrevista a un vecino de la zona, oficinista 50 años de edad, 31/01/13).

Expresiones como éstas -frecuentes durante el conflicto- revelan el alcance de una “visión ordenancista” sobre el espacio público que deja entrever quiénes pueden acceder y quiénes no a los espacios públicos y -por extensión- a la ciudad. Es posible afirmar que este modo de concebir la capital formó parte del ideario explícito que sustentaba algunas de las políticas urbanas implementadas por el gobierno de facto en la Ciudad de Buenos Aires hacia fines de los años 70. Según Oszlak (1991) la directiva descentralizadora -selectiva y jerarquizada- que predominó durante ese período fue traducida por el municipio porteño en medidas de segregación urbana. Ya desde entonces, los discursos y las prácticas oficiales revelaban una concepción discriminatoria y autoritaria del derecho al espacio urbano que el autor sintetiza con la denominación “merecer la ciudad” y que, como se puede observar, persiste en la actualidad. En este mismo sentido y recurriendo a los documentos del Consejo de Planificación Urbana de la Capital Federal, Oszlak manifiesta que uno de los objetivos prioritarios de la planificación era precisamente restringir el uso y goce de sus servicios a los vecinos elegidos - “los que viven en el barrio”, “los que pagan impuestos”- que se diferenciaban de aquellos “transeúntes”, es decir, los que se desplazaban durante la jornada laboral (ibíd.).

Para analizar la perspectiva del grupo pro rejas respecto a los usos y a los usuarios del Parque es pertinente recobrar las palabras de una de las editoras del medio digital Caballito Te Quiero dado que sintetizan con claridad el punto en cuestión. A su vez, existen diversos aspectos del siguiente fragmento que tienen una importancia particular para comprender la posición de este grupo frente a las prácticas agrícolas:

“¿Quiénes se oponen a las rejas en el Parque Centenario? Los feriantes -personas que no son del barrio- gente que vive de manera indigente. Algunos dicen ‘vengo a cartonear y acampo en el Parque porque me sale caro volver a mi casa’. Pero esa no es la solución, lo lamentamos muchísimo. Nosotros también hablamos con los chicos de la huerta y ellos no son de Caballito. El vecino de Caballito no tiene esa mirada. Todo lo que sea ocupación del espacio público es ilegal, lo dice la ley, no lo decimos nosotros. No

importa si es una huerta, una murga, o lo que sea. Si hay voluntad de hacer una huerta tienen que pedir autorización legal, pedir que le asignen un espacio para eso. Bienvenido sea porque es un espacio para generar alimentos. Pero no en cualquier espacio ni a cualquier horario. Tienen que pedir permiso. Tiene que ser de una manera coherente y esto no es coherente. Esto es una usurpación ilegal y nosotros estamos en contra de la ocupación y a favor de las rejas” (Conversación telefónica con una vecinalista de 45 años, periodista, 06/11/12).

En primer lugar, esta vecinalista de Caballito describe al grupo que se opone a las rejas como el que no pertenece al barrio. Esto es, en términos de Oszlak (1991), los “vecinos no elegidos” de la ciudad. Aquellos que “viven de manera indigente” y que “cartonean y acampan” en un parque público de forma ilegal conformando la “barbarie” (Caballito Te quiero, 28/01/13a). Desde esta perspectiva, entonces, la reivindicación del acceso al espacio verde público no tendría lugar puesto que la distancia entre clases sociales se encuentra naturalizada de modo tal que a algunos sólo les corresponde “cartonear” en determinados sectores de la ciudad. De hecho, como ya anticipamos, este mismo grupo había denunciado los asentamientos habitacionales en carpas y diversos automóviles originando una causa judicial en julio del año 2012¹⁴⁰.

En segundo lugar, desde esta perspectiva se identifica al vecino de Caballito como aquel que tiene “otra mirada”, una mirada que apela a las normas para la realización de ciertas actividades y que considera que aquellas prácticas que no tienen permiso o autorización pueden ser interpretadas como una “ocupación ilegal” del espacio público que debe ser repudiada y expulsada de la ciudad. Esta lógica es la que apoyaba el plan elaborado por el Gobierno cuyo argumento principal consistía en “recuperar” el Parque a partir de la instalación de rejas y, por este medio, reordenar un espacio verde público que se había transformado “en una Saladita” (Revista Horizonte, 2012d). Dicha calificación aparentemente bajaría “la categoría del barrio” y justificaría la expulsión de los llamados “indeseables” con el propósito de alcanzar un estilo de ciudad caracterizado como “paraíso terrenal” (ibíd.)¹⁴¹.

¹⁴⁰ Los cartoneros son personas que buscan en la basura de la vía pública elementos recuperables para reutilizarlos o revenderlos (Perelman y Boy, 2010, p. 394). En relación a lo que aquí se expone es importante mencionar que los lugares transitados por este grupo han ido variando, generando en las últimas décadas diferentes disputas dentro de la ciudad (ibíd.). Especialmente tras la crisis socioeconómica acaecida a fines de 2001, el espacio público se afianzó como un espacio de encuentro donde diversos estratos sociales se cruzan, dando lugar a relaciones de contacto, reciprocidades y distintos conflictos urbanos, como por ejemplo, el conflicto aquí analizado (ibíd.).

¹⁴¹ La expresión “Saladita” hace alusión a la Feria La Salada ubicada en el partido de Lomas de Zamora, Provincia de Buenos Aires. Dicha feria basa su funcionamiento en la comercialización de una amplia diversidad de productos a bajo precio.

En tercer lugar y como elemento que aquí especialmente nos importa recalcar, el grupo que está en contra de las rejas señala que los huerteros no son vecinos del barrio sino ocupadores ilegales, en tanto no cuentan con permiso gubernamental para la generación de alimentos. Bajo esta percepción, la autorización formal se convierte en un mecanismo ineludible para la realización de la agricultura en la capital. La ausencia de tal permiso se constituye en una traba institucional puesto que, aunque los huerteros apelen a los canales legales, las especies hortícolas no tienen lugar en un proyecto de ciudad donde prevalece en el imaginario social la figura de los llamados jardines históricos.

Al respecto y en función del punto anteriormente mencionado, cabe señalar que desde hace tiempo y a nivel mundial se reconoce que uno de los puntos críticos de la agricultura realizada en las ciudades es la tierra. Esto también ha sido señalado para la zona de Buenos Aires. En el informe ya comentado de Gutman y Gutman (1986, p. 197) se sostiene que un aporte importante para el desarrollo de la actividad es la posibilidad de utilizar -en forma complementaria- los suelos colindantes con infraestructuras públicas, como por ejemplo, los laterales ferroviarios. De hecho, en las entrevistas realizadas por los responsables del informe, horticultores y vecinos de barrios obreros indicaban la necesidad de una medida municipal que facilitara el uso temporario de los lotes baldíos para huertas urbanas (ibíd.). Incluso, casi todas las personas consultadas manifestaron la importancia de la promoción de huertas comunitarias para el trabajo mancomunado (ibíd.). Sin embargo y a pesar de la presentación de diferentes proyectos, esto nunca se pudo formalizar. Es decir, no existe en la Ciudad de Buenos Aires una política que reglamente las prácticas agrícolas así como tampoco mecanismos de autorización.

Como ya se ha mencionado, la “visión ordenancista” del espacio público se extendía también a la naturaleza. En tal sentido, cabe retomar el estudio de Oszlak (1991, pp. 76–77; 1983, p. 6) dado el paralelismo que existe entre las políticas urbanas desarrolladas en los años 70 por el intendente Osvaldo Cacciatore y la Jefatura de Gobierno de Macri (10/12/07 al 10/12/15)¹⁴². Según Oszlak, Cacciatore fue uno de los principales artífices de la política selectiva y jerarquizada desarrollada por esos años. En relación a la política sobre el espacio verde público, concebía a la Ciudad de Buenos Aires en términos de un “paraíso” en el que tres millones de “privilegiados” vivirían en medio de parques, centros de recreación, espejos de

¹⁴² Osvaldo Cacciatore (1924 – 2007) fue un militar argentino perteneciente a la Fuerza Aérea Argentina que gobernó la Ciudad de Buenos Aires entre 1976 y 1982 designado por decreto en el llamado Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983). Una de las remodelaciones más importantes del Parque Centenario se realizó durante su mandato, construyéndose un lago artificial -que antes había sido un anfiteatro-, patios de juegos, fuentes de agua y nuevos senderos.

agua, residencias espaciosas, ríos y playas incontaminadas y manifestaciones culturales que satisfacerían a los más exigentes espíritus (ibíd.). Así la ciudad era imaginada como el lugar de residencia propio de “la gente decente”, el ámbito físico que devuelve y reafirma valores de orden, equidad, bienestar, pulcritud, ausencia -al menos visible- de pobreza, marginalidad, deterioro y sus epifenómenos (delincuencia, subversión y desborde popular). Bajo dicho horizonte político-cultural, la aclamada convivencia entre los vecinos que “merecían la ciudad” y los que circulaban por ella debía realizarse “en las mejores condiciones de higiene, seguridad y estética pública” para lo cual había que exportar los problemas al conurbano bonaerense, lugar considerado como un “gran vaciadero de escoria humana” (ibíd.). En el caso particular del Parque y haciendo referencia a este tema, una de las vecinas comentaba que:

“[Los ilegales] deberían volverse a sus lugares de origen, muchos de ellos son del interior o del conurbano y es en su lugar de origen donde deberían hacer valer sus pseudo derechos como quieren hacerlos valer aquí en la ciudad donde pretenden vivir de arriba con todo” (Comentario de una usuaria del Parque en un artículo publicado en Caballito Te Quiero, 28/01/13a).

En dicho contexto, el desempeño gubernamental tenía como propósito “recuperar” el predio para los vecinos contribuyentes (o “buenos ciudadanos”) (La Nación, 24/08/12), y al mismo tiempo, ordenar y controlar las actividades bajo diferentes estrategias constitucionalistas en tanto que, como sostienen Carman y Pico (2010), acentúan el valor público del bien desde ciertos derechos consolidados. En cuanto a este punto, resulta importante detenernos en el hecho de que el grupo que estaba a favor de la instalación de rejas y que había denunciado a los habitantes permanentes del lugar también había elaborado un proyecto con el propósito de designar al Parque como uno de los “jardines históricos” de la Ciudad en el año 2012 (Caballito Te Quiero, 03/08/12). Dicho proyecto fue aprobado en la Legislatura pretendiendo conceptualizar al predio como un “producto de la ordenación humana de elementos naturales, caracterizado por sus valores estéticos, paisajísticos y botánicos, que ilustra la evolución y el asentamiento humano en el curso de la historia” (ibíd.)¹⁴³.

Esta enunciación nos revela una corriente de naturaleza gestada en la Ilustración europea (Siglo XVIII) y central en el pensamiento moderno, generando múltiples repercusiones que se observan hasta la actualidad (Castro, 2011), entre ellas, dos en particular. Por un lado, la idea de una naturaleza transformada y ordenada por medio de las intervenciones humanas que

¹⁴³ El proyecto mencionado se amparaba en la Ley Nº 1227 que constituye el marco legal para la investigación, preservación, salvaguarda, protección, restauración, promoción, acrecentamiento y transmisión a las generaciones futuras del Patrimonio Cultural de la Ciudad de Buenos Aires (“Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires”, 2003).

muestra -a partir del dominio y control- el alcance de un discurso civilizador. Por otro, la concepción dicotómica de la realidad, conformada por el hombre y la naturaleza como dos entidades separadas y en oposición. Lo interesante es que aquí el grupo trasladaba dicha separación al mundo de los seres humanos al asociar las condiciones precarias del predio con la permanencia de ocupantes y feriantes quienes eran denunciados por haber convertido el “querido” Parque “en un potrero” (Revista Horizonte, 2012d)¹⁴⁴.

Desde esta visión, los ocupantes y los puesteros del Parque eran responsabilizados por el mal uso de las instalaciones y sobre todo por la degradación de la naturaleza intervenida pero, como veremos más adelante, sublime. A partir de argumentos preservacionistas asociados a los modos en que los ocupantes “[erosionaban] el suelo” o “[disminuían] la diversidad vegetal” (Revista Horizonte, 2012d), los que se decían “buenos ciudadanos” buscaban legitimar su reclamo mostrando que la cuestión ambiental prosperaba como una renovada fuente de legitimidad y de argumentación en un conflicto que tiempo atrás hubiera sido definido bajo otros términos¹⁴⁵.

“con la instalación de sus puestos y mantas [sobre sectores donde debiera haber pasto] no permiten el crecimiento del mismo y esto hace que la lluvia y el viento hayan erosionado el suelo y como consecuencia se hayan perdido más de 200 árboles y arbustos” (Revista Horizonte, 2012d).

Bajo este discurso pretendidamente ambientalista los ocupantes eran vistos como responsables del daño ambiental. A su vez, la defensa de la naturaleza se encontraba asociada a una concepción higienista de lo natural que aspiraba a acceder a “un espacio verde, limpio y saludable” para disfrutar en familia bajo un halo de “armonía entre todos”, ausente de pobreza, deterioro y desorden social (Revista Horizonte, 2012a y 2012d). Frente a la falta de salubridad en las ciudades, desde el alegato hipocrático se proponía la implementación de medidas tendientes a alejar los efluvios que actuaban sobre los humores del cuerpo humano (Castro, 2011). En este caso particular, dichos efluvios alcanzaba a los llamados “indeseables”

¹⁴⁴ La combinación animal-humano atribuida a las clases sociales inferiores que habitaban el Parque recuerda a lo que Bauman (1997, p. 86) denomina “las culturas de jardín custodiadas por jardineros” en la relación entre el Estado y los ciudadanos. Al respecto, el autor manifiesta que los efectos más importantes del discurso de la razón fueron dos. Por un lado, la caracterización de los pobres y humildes como clases peligrosas, que tenían que ser guiadas e instruidas para impedir que destruyeran el orden social. Por el otro, la (re)caracterización de su modo de vida como un producto de la naturaleza animal del hombre, inferior a la vida de la razón y en guerra con ella. Ambos elementos equivalían a la deslegitimación de la cultura silvestre y a hacer de los portadores de ésta objetos legítimos [y pasivos] de los jardines culturales. Así el dominio de lo popular se convertía en un enfrentamiento de la naturaleza contra la cultura: “lo bueno” se identificaba con lo noble, lo poderoso, lo de elevada posición; su correlato, “lo plebeyo”, con lo bajo, lo malo [que hay que civilizar] (ibíd.).

¹⁴⁵ Cfr. Leff (1998), Azuela y Mussetta (2009), Carman (En prensa a).

mostrando que, aunque el discurso exclusivo era de larga data, se mantenía en el imaginario social.

El grupo a favor de la colocación de las rejas también retomaba lo ambiental desde el costado del “disfrute” y junto con ello del llamado “movimiento de retorno hacia lo natural” (Castro, 2011) que se hace cada vez más visible en todos los estratos de la sociedad. Es decir, un regreso de la humanidad a sus supuestos entornos de origen, donde prevalece una idea de naturaleza como algo elevado que genera efectos sobre el espíritu humano y convierte la experiencia en un acto espiritual, no sólo es bella sino mentalmente edificante y moralmente “saludable” (ibíd.). Este retorno temporario apela a la conveniencia tanto material como espiritual, de modos de vida más próximos a los tiempos, ritmos, elementos y leyes naturales a partir de actividades como la conservación de las especies, la contemplación de paisajes y la realización de actividades físicas y deportivas (ibíd.).

Este discurso -cuyas ideas se encuentran asociadas a elementos iluministas, higienistas y de retorno a lo natural- invocaba la defensa del ambiente con un fin implícito: la regulación de las acciones y los usos legítimos del espacio público. Allí la huerta no tenía lugar así como tampoco los agricultores urbanos. Dichos argumentos tenían eco en distintos sectores de la sociedad y eran utilizados por los funcionarios, obliterando el hecho de que existían otro tipo de obligaciones además de cercar y desalojar, como por ejemplo, mantener los predios en condiciones óptimas para el uso de toda la comunidad.

Estas proclamas (así como las prácticas de huerta involucradas en el contexto de tales proclamas) bien pueden ser enmarcadas en aquello que Azuela y Musseta (2008) definen como conflictos de proximidad. Según la definición ya clásica, estos conflictos movilizan a personas afectadas por obras o iniciativas que modifican desfavorablemente su entorno inmediato y donde lo que está en juego es “algo más” que lo ambiental aunque se utilicen argumentos ambientalistas (ibíd.). Por otro lado, la actual consolidación de alusiones ambientales entre los vecinos que defienden su terruño no necesariamente representa una batalla contra la desigualdad, como sucede, por ejemplo, en el caso de los reclamos por la incrementación de cámaras de vigilancia en detrimento de partidas presupuestarias de salud o educación (Carman, 2012:19). Lo mismo podríamos suponer respecto al reclamo por la instalación de rejas. Es decir, dicho reclamo no formaría parte de una lucha contra la desigualdad social sino que se trataba de una demanda cuyos efectos, en buena medida, podían incidir en su reforzamiento.

Hasta aquí he presentado la perspectiva de los vecinos que se posicionaron a favor de las rejas, que exhiben una coincidente visión exclusiva y excluyente anclada en una concepción de ciudad reservada para las clases pudientes. Dicha visión puede rastrearse en diferentes momentos del Siglo XX siendo aún vigente en el imaginario social. Al respecto, Carman (En prensa a) sostiene que la defensa de las clases acomodadas frente al considerado intruso o enemigo sigue recreándose a partir de múltiples mecanismos, como por ejemplo, los violentos traslados de los sin techo, cartoneros y pobres que habitan las plazas céntricas de la ciudad; la instalación de controles policiales como mecanismos de prevención de los secuestros de personas en las avenidas que delimitan la Ciudad y los frustrados intentos por limitar la atención en los hospitales porteños de los pacientes bonaerenses (ibíd.). En estos discursos y prácticas, “merecer la ciudad” implica negar el uso de la ciudad a otros, a los considerados “indeseables” que -en este caso particular- atentan contra “el” espacio verde público. Se evidencia de este modo una estigmatización y una prescripción respecto de qué grupo utiliza el espacio y cuál es el uso apropiado para dicho espacio.

4.4 Los vecinalistas en contra de las rejas

“Resistiendo a la compulsión enrejadora del espacio público demostrada por el gobierno de Mauricio Macri, al acampe del Parque Centenario se le sumó, ahora, una huerta comunitaria. Ayer, un nutrido grupo de huerterxsantirejas participaron de un taller teórico práctico de introducción a la permacultura, compostaje y huerta orgánica” (Indymedia, 2012b).

En septiembre de 2012 el Gobierno comenzó la instalación de las rejas, delegando dicha tarea en una empresa que obtuvo la licitación para la realización de las obras¹⁴⁶. El inicio de las labores recrudeció aún más el debate y dio pie a la acción de los vecinos que estaban en desacuerdo con dicha medida. La misma tarde en que comenzaron con los trabajos, uno de los asambleístas alertó a la Asamblea de Vecinos del Parque Centenario, que se venía reuniendo hacía más de dos meses en respuesta a los rumores periodísticos sobre la colocación de rejas perimetrales.

En sus comienzos, la Asamblea estaba compuesta por ciudadanos del barrio, usuarios frecuentes del Parque, artesanos, feriantes (con y sin autorización oficial), vendedores ambulantes, habitantes permanentes del Parque, militantes de asambleas barriales y

¹⁴⁶ La empresa se llamaba Salvatori S.A. y estaba a cargo del mantenimiento del Parque desde el año 2012.

periodistas de medios de comunicación independientes (La Tribu, Antena Negra, ANRed). Luego, la participación comenzó a decrecer, aunque continuó siendo sostenida por los habitantes del Parque y los militantes de diferentes asambleas. Con el correr del tiempo y ante la creciente visibilización y agravamiento del conflicto se sumaron también militantes de asambleas barriales más lejanas (Parque Patricios), partidos políticos de tendencia izquierdista (Proyecto Sur) y organizaciones sociales (Igualdad Colectiva).

Una vez iniciada la instalación de la reja, los participantes de la asamblea se autoconvocaron muy rápidamente en el lugar con el propósito de “estar allí” en defensa de “lo público” e impedir la continuidad de la obra en cuestión¹⁴⁷.

La rapidez con la que actuó el grupo no sorprende, en tanto que existía una red de contactos preexistente cuyos antecedentes se remontan a las asambleas barriales surgidas a partir de la crisis que sufrió nuestro país en 2001. A su vez, el tema de la instalación de las rejas ya formaba parte de la agenda asamblearia desde hacía tiempo. En tal sentido, cabe aquí señalar que las primeras preocupaciones sobre la remodelación del Parque se retrotraen al año 2005 cuando la Asamblea de Vecinos del Parque Centenario -junto a otras organizaciones como la Asamblea del Cid Campeador y el microemprendimiento La Cacerola- se juntaba en pos de debatir cuestiones vinculadas con la posible realización de un anfiteatro subterráneo por parte del Gobierno de la Ciudad. En ese entonces, los vecinos sostenían que la obra, además de traer problemas con las inundaciones, incrementaba los gastos para la construcción y el mantenimiento (Fernández, 2011, pp. 107–108). Los reclamos sobre la instalación de las rejas se empezarían a sentir en el año 2006, cuando se generó un Espacio-Asamblea del Parque Centenario denominado “No a las Rejas” en respuesta a la decisión adoptada por el Gobierno de enrejar una parte del predio luego de la “vandalización” de unas obras recientes. El grupo “No a las Rejas” -que no sería ni tan popular ni tan convocante como se vería en el año 2012- tampoco tuvo éxito en su propósito central de oponerse a la instalación del cerco.

En este nuevo conflicto por el enrejamiento perimetral del Parque, tres días después del inicio de las obras unos cincuenta asambleístas decidieron “poner el cuerpo” y derribar las pocas rejas que se habían instalado. Para esa acción contaron con el apoyo de los asistentes a la XXI Feria del Libro Independiente y Alternativo (FLIA) que se estaba llevando a cabo en el mismo lugar. En dicho evento, no sólo se juntaron firmas para elaborar un petitorio en contra de la colocación de rejas siguiendo los canales formales de intervención sino que también se aprobó

¹⁴⁷ En palabras de sus protagonistas, ser autoconvocado significa no pertenecer a ninguna organización y “estar allí” haciendo cosas por las que uno cree (Entrevista a un acampista huertero, 16/10/12).

en asamblea el inicio de un acampe permanente “con el fin de mantener el Parque abierto” (Anón., 2012; Indymedia, 2012a)¹⁴⁸.

Cabe aquí mencionar que el acampe en un espacio público como forma de protesta no es algo novedoso en la Ciudad e incluso podríamos decir que cuenta con una dinámica propia dado que en el marco del acampe es común la realización de charlas y talleres. En la década de los noventa, una de las protestas más extensas en nuestro país fue precisamente la Carpa Blanca que se instaló en el Congreso Nacional con el propósito de reclamar el aumento de los fondos destinados a educación. Estas formas de protesta se encuentran vinculadas con los formatos impulsados por los movimientos sociales durante las últimas décadas, entre los cuales se destacan los cortes de rutas y caminos (piquetes), la ocupación de fábricas en crisis por parte de sus trabajadores, la visibilización y denuncia pública de personas involucradas con la represión de la última dictadura militar (escraches) y las marchas callejeras a diferentes dependencias gubernamentales por reclamos sociales¹⁴⁹. De hecho, también fue una estrategia utilizada durante el conflicto de la Huerta Orgázmika presentado en el capítulo anterior.

La noche en que se decidió realizar el acampe, un grupo de asambleístas se trasladó con sus carpas para pernoctar y así cuidar las 24 horas el predio de la “compulsión enrejadora”, convirtiéndose en acampantes por un lapso de aproximadamente tres meses (Indymedia, 2012b). Se trataban de hombres y mujeres de entre 20 y 40 años de edad entre los cuales se contaba la participación de habitantes permanentes, vecinos del Parque, participantes de colectivos culturales que resistían distintas políticas de desalojo impulsadas por el Gobierno (entre ellos los que serían identificados por los asambleístas como los punks) y activistas ecologistas que habitualmente acampaban en aldeas comunitarias y concurrían a diferentes protestas sociales reclamando por los recursos naturales¹⁵⁰.

El espacio político-cultural que fue contorneado a partir de dicho acampe se convirtió en un lugar abierto donde los asambleístas llevaron a cabo talleres, ollas populares, malabares,

¹⁴⁸ La Feria del Libro Independiente y Alternativo convocaba a autores y editores independientes que buscaban difundir sus trabajos en forma colectiva desde 2006. Según su página web “la esencia de esta familia [aludiendo a la sigla, FLIA] es la autogestión y la autonomía” (Feria del libro independiente y Alternativa, 2012). Al respecto, uno de sus participantes activos manifestaba que la iniciativa se proponía “generar una conciencia sobre el consumo de todo, libros, alimentos, mostrar una forma diferente a la que el sistema propone” (KerMaraK TV, 2012.).

¹⁴⁹ Cfr. Rucht (2005, p. 44), Pereyra (2009), Bottaro y Sola Álvarez (2011).

¹⁵⁰ Algunos de los desalojos de centros culturales y espacios alternativos realizados por la gestión gubernamental durante el año 2009 y años subsiguientes tuvieron lugar en el Centro Cultural y Social Almagro, IMPA La Fábrica Ciudad Cultural, el Circo Trivenchi, el Sexto Kultural, el Movimiento Afrocultural Bonga, la Casa Zitarrosa, el Grupo de Cine de Parque Rivadavia, el Centro Cultural La Sala y el caso aquí tratado en el capítulo anterior de La Huerta Orgázmika (Gurrieri y Szpilbarg, 2010).

proyecciones de películas, construcciones de barro, festivales y gratiferias como parte de las actividades diarias¹⁵¹. Aquí se ponía de manifiesto un carácter festivo desmercantilizado y comunitario. Pocos días después, se le sumaría al acampe el accionar huertero como un modo de reforzar la protesta.

“[...] varixs kompañerxs están haciendo un akampe kultural [...] hay muchísimas actividades todos los días, y vamos por más aún, así ke si tenes alguna propuesta [...] acercate, el parke es públiko, y lo públiko nos pertenece! [...] entre las actividades, uno de los destakes se los lleva la huerta orgánikake se empezó a hacer, y komohijxs de la tierra habrá ke ir a meter mano, hacerle mimos y disfrutar de mates, tierra y semillas... lo linda ke esta kedando! y es abierta, eso signifkake es de todxs kienes kerramos trabajarla [...]” (Correo electrónico enviado por la Asamblea de Vecinos del Parque Centenario, 09/10/12)¹⁵².

Si para algunos el acampe significaba una forma de defender el espacio público, para los vecinos que se manifestaban a favor de las rejas significaba lo opuesto, es decir, una ocupación compulsiva por parte de anarquistas, militantes, vendedores, narcotraficantes, mafias y ocupantes que operaban no sólo en contra de los deseos de los vecinos de la zona sino también de los empleados del Parque (Revista Horizonte, 2012f y 2012g). Bajo estos argumentos, los vecinalistas agrupados en organizaciones como Caballito Te Quiero y Asociación Civil Caballito Puede denunciaban la falta de decisión del Gobierno para mejorar la situación del Parque que había llegado al desborde de la “desidia” (Revista Horizonte, 2012g). Desde esta perspectiva, el Parque simbolizaba “un agujero negro” dentro de la Ciudad, producto de un conjunto de representaciones que configuraban un imaginario de peligrosidad y malestar tales como la “inseguridad” la “invasión” de feriantes, la proliferación de bandas de música que generaban ruidos molestos y el uso del espacio público por “ocupas y cartoneros”, los cuales en algunos casos eran considerados “agresivos” (La Nación, 24/08/12).

Algunos de estos vecinos percibían al Parque dividido en dos mitades. Una bióloga, ex trabajadora del Museo de Ciencias Naturales, nos comentaba los contrastes en distintos momentos del día “a la noche el Parque se pone feo, a la una de la mañana se escuchan gritos

¹⁵¹ Las gratiferias tratan de prácticas organizadas a partir de las nuevas redes sociales virtuales, en las cuales se donan materiales que otros necesitan sin recibir nada a cambio, por lo menos de modo directo (Misseri, 2012, p. 89). Esto explica su lema: “Traé lo que quieras (o nada) y llevate lo que quieras (o nada)” (Comunicación de una huertera, correo de Hotmail, 11/08/13).

¹⁵² En este testimonio, como en otros que ya se han presentado, se mantuvieron las “x” y las “k” para mostrar las reivindicaciones grupales en función del género y el anarquismo.

y hay mucha gente viviendo por afuera de las rejas”¹⁵³. En sintonía con esa apreciación, otra participante de una asociación de vecinos manifestaba la existencia de dos Parques en uno “el que está enrejado está cuidado y el anfiteatro tiene unos espectáculos para toda la familia. Pero afuera hay de todo” (La Nación, 24/08/12). En los fines de semana ese “de todo” estaba conformado por ferias, puestos con permiso precario, manteros, venta ambulante, librerías y grupos de murga, candombe y rock. Los funcionarios del Gobierno, por su parte, diagnosticaban un “alto nivel de deterioro producido por la toma ilegal del espacio público” que, retomando las protestas de los vecinos que denunciaban la ocupación ilegal, justificaba la instalación de las rejas y nuevas obras de recreación para “mejorar y arreglar el Parque que ha sido el reclamo mayoritario de los vecinos” (comentario del Subsecretario Uso del Espacio Público, Caballito Te Quiero, 28/01/13).

4.4.1 La huerta como acción política

Como ya anticipamos, bajo el mismo fervor asambleario con el cual se había instalado el acampe, se inició una huerta a los pocos días de la instalación del acampe.

“Alguien dijo ‘hagamos una huerta’, se votó, se terminó la asamblea y la gente se puso a hacer la huerta, no hubo más discusión. Después de ahí, [comenzamos] a traer semillas, plantas y herramientas” (Entrevista a un integrante de la Huerta Libre, 20 años de edad, estudiantes de ciencias políticas, 10/10/12).

Sin embargo, no todos los asistentes participaron de la misma manera en la experiencia hortícola. Los más comprometidos fueron alrededor de veinte asambleístas que -como veremos en el siguiente apartado- contaban con conocimientos de otros espacios comunitarios como la Huerta Orgázmika, el Bosquecito, la Ecoaldea Velatropa y las huertas de Saavedra, El Galpón y la Facultad de Agronomía. También se mostraron interesados en la práctica cerca de treinta jóvenes y adultos que participaron de manera intermitente, algunos de ellos sin experiencia previa en este tipo de actividad. Dentro del grupo se contaban a los habitantes permanentes del Parque, vendedores de productos artesanales, vecinos del barrio que se acercaban a observar y activistas de diferentes colectivos culturales muchos de los cuales formaban parte del heterogéneo mundo de los sectores populares.

En un principio, la Huerta estuvo conformada mayoritariamente por palos y carteles que señalizaban las siembras; particularmente, una gran cantidad de duraznos en estado germinativo que dieron origen al primer nombre del espacio -El durazno-. Luego dicho nombre

¹⁵³ Entrevista a una usuaria del Parque, bióloga de 45 años, 20/10/12.

sería cambiado por la denominación Huerta Libre Parque Abierto inspiraba en el grupo Cine Libre Parque Abierto que surgió “desde una reacción al enrejamiento y limitación del espacio público” durante el primer cercado del Parque Centenario en el año 2006 (Cine Libre Parque Abierto, s. f.; Cine Libre Parque Abierto, 2008; Huerta Orgázmika, 2008c). En ese entonces, el colectivo se proponía proyectar películas al aire libre como “arma creativa para hacer visible lo que se quiere ocultar”: la colocación de rejas “en construcciones, mentes, parques y plazas” (ibíd.). Con ese propósito trataban temas vinculados con “los recursos naturales, el consumo y el trabajo tanto desde el documental como la ficción” (ibíd.).

El espacio de la Huerta Libre Parque Abierto llegó a ocupar unos 100 m² ubicados a uno de los dos lados de la puerta principal que permitía el acceso al sector enrejado en el año 2006 en frente del lago artificial, el Hospital Naval y el Observatorio Astronómico (ver Gráfico N°11 Mapa de la Huerta Libre). A unos 75 metros y del otro lado de la puerta de acceso, se encontraba el acampe cultural, social y político. Desde allí, los acampistas se trasladaban cotidianamente a la Huerta para realizar diferentes actividades.

Durante el conflicto del año 2012 y como resultado de la preponderancia de la acción en detrimento del diseño planificado, desde sus inicios se podía observar que en la Huerta faltaban estrategias específicas para el mantenimiento. Así lo demostraba la elección de ciertas especies de difícil manutención y la ausencia de surtidores cercanos y de zanjas de infiltración que facilitarían el riego necesario. Sin embargo, debido a la época propicia del año (primavera) y a la cantidad de lluvias que azotaban la ciudad, el crecimiento de las especies no fue limitado. De hecho, las condiciones favorables contribuyeron a que la experiencia agrícola sobreviviera, cuestión que no suele suceder en la mayoría de las huertas urbanas cuyos realizadores no anticipan las tareas de mantenimiento sistemático.

Según sus participantes, la práctica agrícola era un sitio “para que no pongan las rejas”, “para compartir”, “para que estemos acá”, “activos”, “aprendiendo “movilizados”, “haciendo cosas concretas con los vecinos y entre nosotros, los acampistas”¹⁵⁴. De este modo, la Huerta trasvasó el aspecto hortícola y se transformó en una acción colectiva para manifestar un desacuerdo respecto de la colocación de rejas, así como también un espacio social para el encuentro y el aprendizaje de distintos colectivos sociales, vale decir, una práctica política. Desde esta perspectiva, la Huerta se concebía como una forma de otorgar una mayor legitimidad a la protesta frente a la sociedad en general y a las organizaciones de “vecinos” que los confrontaban, los estigmatizaban y los criticaban por su forma de protestar contra la

¹⁵⁴ Relatos de una conversación entre diferentes integrantes de la Huerta Libre, 10/10/12.

instalación de rejas. No obstante no todos los assembleístas estuvieron de acuerdo con llevar adelante dicha actividad.

La creación de una Huerta como acción política no pasó inadvertida para la prensa. Es más, el titular de uno de los diarios de mayor circulación a nivel nacional destacó el carácter de “insólito” a esta forma de protesta (Clarín, 01/11/12). Sin embargo, no se trataba de una forma de acción política inusitada. En el último lustro diferentes organizaciones sociales apelaron a la realización de huertas como parte de proyectos comunitarios y protestas assemblearias. A su vez, como hemos mostrado en capítulos anteriores, dichas experiencias han sido escasamente abordadas por el mundo académico, social y gubernamental. Muchos de los investigadores que analizan diversos movimientos sociales -principalmente piqueteros y assemblearios- enumeran las actividades hortelanas como parte de sus repertorios de acción, aunque sin analizar los significados y las reivindicaciones que se construyen en torno a ellas. A modo de ejemplo y con el propósito de reconstruir la trama de relaciones en las cuales se inscriben las actividades agrícolas, a continuación mencionaré tres descripciones etnográficas desarrolladas en el libro compilado por Grimson, Ferraudi Curto y Segura (2009) en el cual se aborda la relación entre espacio social y política cotidiana en el Área Metropolitana de Buenos Aires.

La primera referencia la realiza Diez (2009:98) al analizar las decisiones en que quedó inmerso un grupo de jóvenes con problemas de adicción frente a un drama social vinculado con el homicidio de una joven boliviana. En dicho trabajo se sostiene que la policía comenzó a rondar los espacios de participación de esos jóvenes entre los cuales, no casualmente, se contaba una huerta comunitaria pensada para la interacción juvenil y la reinserción laboral. La segunda mención la realiza Ferraudi Curto (2009, p. 159) quien transitó por una organización piquetera del conurbano bonaerense dejándose guiar en el andar cotidiano de los que habitualmente están allí. En ese caso, la autora eligió como escenario de su estudio a una de las nuevas sedes barriales donde se realizaba la asamblea semanal -el “cabildo”- que “se trataba de un terreno cercado con tablonces de madera, con una huerta al frente y una pequeña casilla al fondo” (ibíd.). En este caso, podríamos suponer que la ubicación de una huerta en una sede barrial tampoco es azarosa puesto que se constituye en una forma rápida y determinada de ocupar espacios físicos. La tercera alusión la realiza Manzano (2009, p. 278) quien se dedicó a estudiar a los líderes locales de grupos que se incorporaron en la Federación de Tierra Vivienda y Hábitat (FVT) de la zona sur del Gran Buenos Aires. En dicho artículo, la autora muestra que la huerta era una de las tantas ocupaciones que tenían los sectores populares como contraprestación de los planes trabajar. Allí la se ejecutaban distintos proyectos como, por

ejemplo, “copas de leche, roperos comunitarios, huertas, manualidades e infraestructura (limpieza de calles, arroyos o zanjas)” (ibíd.).

En función de esta ausencia considero importante reconstruir a la huerta como modo de acción política implantada territorialmente. Al igual que sucedió con la Huerta Orgázmika, la instalación de la Huerta en el Parque Centenario puso en juego nociones precisas sobre la naturaleza, la sociedad y la “cuestión ambiental”. El análisis que presento a continuación se basa en notas de campo relevadas en diferentes talleres de permacultura que se llevaron a cabo en la Huerta Libre Parque Abierto. Inicialmente me interesa un taller introductorio dado que allí los huerteros más experimentados pusieron de manifiesto los fundamentos en los cuales abrega la permacultura, junto con las visiones de naturaleza y sociedad (apartado 4.4.1.1 La concepción del mundo natural y social desde la perspectiva permacultural). Posteriormente presento otro tipo de talleres en los cuales ha sido posible registrar la heterogeneidad ambiental y así reconocer algunas de las tensiones -explícitas y latentes- entre las distintas vertientes que disputan los sentidos respecto al mundo natural y social (apartado 4.4.1.2 Puntos de encuentro y desencuentro entre las vertientes ambientalistas). Para ello es importante señalar que los talleristas invitados al acampe participaban como parte de un colectivo donde el componente personal, afectivo y vivencial jugaba un papel fundamental. Por medio del tratamiento de estos talleres se busca mostrar los elementos de una trama relacional en la cual la agricultura se replica en diferentes espacios, llámese mercados, centros culturales, escuelas, bibliotecas populares, etc. como una estrategia para producir espacio y así apropiarse del lugar en términos lefebvianos.

4.4.1.1 La concepción del mundo natural y social desde la perspectiva permacultural

Con el transcurso de los días y la consolidación del acampe cultural dentro del Parque, los huerteros instauraron un día fijo para realizar talleres de huerta abiertos a la participación de todos aquellos que quisieran apoyar la causa en contra del cercado. En dicho marco, una treintena de participantes se autoconvocaron para trabajar en el predio de manera mancomunada a partir de la realización de un taller sobre *Introducción a la Permacultura*. El encuentro fue coordinado por un abogado de unos 30 años que se interesó en la temática a los 25 años de edad, a través de diferentes experiencias en la Huerta Orgázmika y la Ecoaldea Velatropa.

El dictado de un taller de permacultura en el contexto de la huerta y el acampe no fue casual puesto que la mayoría de los huerteros que allí participaban adherían a dicha corriente. Veamos cuáles son los principales lineamientos con el objeto de mostrar concepciones teórico-

prácticas que resultan claves para caracterizar la agricultura realizada en la Ciudad de nuestros días. Antes de ello he de mencionar tres consideraciones con el propósito de introducir en qué consiste la corriente permacultural en el mundo y en nuestro país.

En primer lugar cabe recordar que los fundamentos permaculturales fueron tratados en los años sesenta por Mollison y Holmgren en Tasmania (Estado de Australia) bajo un contexto particular: la acción de protesta y resistencia contra los sistemas industriales y políticos que desde su óptica estaban “matando y destruyendo el mundo alrededor” (Mollison, 1994). De hecho, es concebida como una práctica que trata mucho más que cuestiones de autosuficiencia alimentaria, puesto que promueve diferentes estrategias legales y financieras, incluyendo reclamos como el acceso a la tierra y el autofinanciamiento regional (ibíd.). Según su propio autor, la reacción del público frente al libro “Permacultura” que se publicó en el año 1978 fue diversa (ibíd.). Mollison sostiene que la comunidad profesional se sintió ultrajada porque se combinaba la agricultura, la silvicultura y la producción de animales; mientras que los productores la apoyaron puesto que necesitaban sistemas ecológicos naturales que respondieran a su insatisfacción por las formas de practicar agricultura (ibíd.). Para Holmgren (2002) la permacultura se vincula de manera directa con la aparición de la conciencia ambiental. Una conciencia que tiene forma de cúmulos de intensa actividad, seguido de largas y lentas fases de consolidación, que coinciden con recesiones en la economía predominante y que dan paso a una línea continúa de contracultura en el mundo moderno (ibíd.). Holmgren (2002, pp. 13–16) ubica el surgimiento de la permacultura en la primera gran ola de conciencia ambientalista a partir del reporte del Club de Roma en 1972 y las crisis petroleras de 1973 y 1975. Luego, después del crecimiento económico del norte, afirma que el efecto invernadero disparó una segunda ola de ambientalismo acompañado de un interés cada vez más acelerado en el enfoque permacultural en la década de los ochenta. Seguidamente, en los noventa, se produjo otra fase de consolidación ambiental que condujo a nuevas propuestas, entre ellas, la idea de que la permacultura era una respuesta a la crisis socio ambiental. Así esta escuela agrícola se convirtió en una red y en un movimiento mundial de individuos y grupos que trabajan en diversos países para demostrar y difundir soluciones alternativas (ibíd.).

En segundo lugar es necesario mencionar que, en el caso argentino, el libre acceso a diferentes redes de comunicación posibilitó que la propuesta se expandiera a todo el país, convirtiéndose en un ejemplo de lo que Escobar (2010a) llama el ciberespacio al servicio a la humanidad¹⁵⁵. Su

¹⁵⁵ En palabras de Escobar (2010a, pp. 185–186,190), el modelo impulsado por las nuevas tecnologías de la información permite la irrupción de subculturas que son conscientes de la necesidad de re-inventar órdenes sociales y políticos. En tal sentido podríamos decir que, la expansión de la permacultura en nuestro país es un ejemplo en el cual el ciberespacio está al servicio de una humanidad emergente de aprendizaje colectivo. Esto no

ingreso es relativamente reciente en comparación con otras corrientes agrícolas que ya existían con anterioridad como, por ejemplo, lo que antes se llamaba agricultura orgánica y ahora estaría mejor representada por la denominación agroecología. También es preciso reconocer que la literatura permacultural dista mucho de ser prolífica a nivel nacional. A pesar de ello existe una vasta práctica que se traduce en un número importante de comunidades que utilizan dicho enfoque, como por ejemplo, la ecoaldea Velatropa (Ciudad de Buenos Aires), la Cocovilla (Moreno, Provincia de Buenos Aires), la Aldea Comunitaria Atrapasueños (Florencio Varela, Provincia de Buenos Aires), la Ecovilla Gaia (Navarro, Provincia de Buenos Aires) y la Ecoaldea Ixlandia (Provincia de Misiones).

Finalmente, resulta importante destacar que si bien la permacultura surge como una corriente fundada en el conocimiento agrícola, sobre ella se fueron incorporando acciones concretas aplicadas a todos los ámbitos de la vida cotidiana. Tal es el caso del reciclado de los desperdicios domiciliarios y la generación de energía con invernaderos, pantallas solares, tanques para recolectar agua, etc. Esto explica por qué algunos de los asistentes al encuentro permacultural realizado en la Huerta Libre expresaban con cierto asombro que la practicaban desde hacía tiempo, aunque sin saberlo¹⁵⁶.

Bajo estos lineamientos, uno de los puntos centrales que trataba el grupo en el taller era la concepción del mundo natural. Dicha noción derivaba de vertientes diversas y cambiantes que, como veremos a continuación, son producto de la cultura de esta época, lugar y formación social.

“En permacultura, nos enseña la naturaleza, entonces la propuesta inicial es que -en silencio si es posible- se conecten con la tierra para mirar qué lugares hay, qué árboles están a nuestro alcance y qué cosas podemos reutilizar. Hay ciertas energías acompañando la tierra, están acá, junto a la asamblea... la idea es conectarse con este lugar y durante cinco minutos ver con qué recursos contamos” (Fragmento de un taller de introducción a la permacultura en la Huerta Libre, 09/10/12).

Esta manera de entender a la naturaleza como una fuente que “nos enseña” sitúa en discusión a la razón como única forma legítima de conocimiento, propia del pensamiento ilustrado que surge en el Siglo XVIII y que resulta central para la racionalidad moderna. Dicha concepción no

significa que no sea paulatinamente colonizado por la cultura hegemónica. Al respecto, Escobar sostiene que actualmente el internet es un híbrido entre componentes de mallas y jerarquías, con una tendencia cada vez mayor a que los elementos de dominio y control se incrementen (ibíd.).

¹⁵⁶ Al respecto, una mujer de unos 30 años al finalizar el taller nos comentaba “yo hacía mi compost, reducía el consumo de plástico, compraba comida sana, en fin... hacía permacultura aunque no lo sabía” (Entrevista a una huertera, 09/10/12).

es reciente y puede ser rastreada en las ideas románticas de la naturaleza surgidas en el arte de fines del Siglo XVIII como parte de un movimiento cultural crítico en permanente diálogo con la idea ilustrada de utilitarismo y progreso, especialmente en relación a la Revolución Industrial y la transformación de las formas de vida que conlleva (Castro, 2011).

En este mismo sentido y en relación estrecha con el mundo social, el “conectarse con la tierra” a la que hacía referencia el tallerista alude a la idea de que el ser humano es parte de ella y esto, a su vez, debate con la concepción moderna de la superioridad humana que había sido mencionada por Aristóteles en la antigüedad. Desde la corriente agrícola permacultural, la naturaleza no sería copiada, ampliada y mejorada a partir de la intervención sino decodificada, observada e interpretada, prevaleciendo una interacción entre el ser humano y el mundo natural que no se funda en la discontinuidad entre la sociedad y la naturaleza sino en la experimentación. Esto también explica por qué los permacultores valoran la preservación de una naturaleza escasamente transformada por el conocimiento científico y cuestionan aquella artificial que produce el avance de la agricultura a gran escala (monocultivos), la industrialización y la urbanización donde, además de las edificaciones, se incluyen los espacios verdes parquizados, como el Parque Centenario, caracterizados por la utilización de muy pocas especies vegetales.

En otras palabras, la concepción de la experimentación como forma de interactuar con la naturaleza -y de aprender de ella- está directamente relacionada con la imaginación y con la cuestión puramente práctica porque, como decía uno de los protagonistas, “una huerta permacultural vale más que mil palabras”¹⁵⁷. Se trata de una experiencia que se basa en la prueba, el error, el saber hacer demostrativo y la transmisión entre pares para que otros puedan replicarlo en su vida cotidiana. Estas cuestiones no resultan menores dado que, como veremos en el siguiente apartado y como ya mencionamos en el capítulo anterior, los conciudadanos que no participaban de la Huerta Libre, la describían como un espacio “abandonado” y “desordenado”¹⁵⁸.

La concepción permacultural de la naturaleza también se funda en la intuición y en la sensibilidad, expresando un descontento del ser civilizado/domesticado hacia la civilización y junto con ello a la idea del jardín histórico proclamado por algunos vecinos de la zona. El objetivo era desafiar los límites y con ello subvertir las normas establecidas.

¹⁵⁷ Entrevista a huertero estudiante de Diseño, Imagen y Sonido de 25 años, 18/07/12.

¹⁵⁸ Entrevista a un vecino de la zona, ex bancario de 70 años, 24/10/12.

“Cada espacio de tierra quiere ser algo, está libre y será monte, junta agua y será estanque. En todo, hay que probar, hay que experimentar. Una parte de la biblioteca dirá una cosa y otra parte dirá otra. No importa. Siempre hay que probar. Siempre hay mitos. Aquí es donde aplicamos el tercer principio de la permacultura: la autorregulación del sistema. Los dominios pequeños. La permacultura es algo revolucionario donde los límites son la imaginación. Si queremos lo tradicional vamos a otro lado, no vamos a la permacultura... acá, improvisamos” (Fragmento del taller de introducción a la permacultura en la Huerta Libre, 09/10/12).

Se trata de una concepción que contiene, al igual que la visión de los vecinos que estaban a favor de la instalación de las rejas, una serie de ideas, actitudes y prácticas que remiten a la necesidad de retorno o regreso a la naturaleza (Castro, 2011). Cabe aquí señalar que, a pesar de la diversidad de formas, importancia y masividad actual, dicho regreso no es novedoso en la humanidad puesto que se encuentran antecedentes históricos en contextos sociales de brusco cambio (ibíd.). Algunos ejemplos son la Antigua Grecia frente al crecimiento de las ciudades y la Europa Occidental frente al avance de la Revolución Industrial, momentos en los cuales se pudieron movilizar los sectores acomodados que tenían posibilidades fácticas para hacerlo (ibíd.). En este caso particular, el regreso a lo natural se encuentra vinculado con la idea de las ecoaldeas y la búsqueda de estilos de vida austeros a partir de experiencias comunitarias. Esta propuesta consiste en, por un lado, vivir en armonía con la naturaleza -idea con resabios judeocristianos- y por otro, consumir sólo aquello que la misma comunidad obtiene o produce de manera directa. En dichos espacios se reivindica la conveniencia -material y espiritual- de modos de vida más próximos a los tiempos, ritmos, elementos y leyes naturales, ideas que se vinculan con el pensamiento romántico.

Esto no significa necesariamente que, frente a la crisis de la sociedad industrial, se abogue por una vuelta al pasado en una reivindicación romántica de la vida rural en pequeñas comunidades como sostienen Foladori y Tommasino (2000, p. 43). Si bien los permacultores se nutren de tecnologías desarrolladas por las sociedades preindustriales, proponen una perspectiva de largo plazo para (re)pensar nuevas estrategias ante un mundo que es definido en base a la reducida disponibilidad de energía y de recursos. En la visión permacultural se observa, utilizando las expresiones de Latour (2007), un corte sincrónico en el cual coexisten diversas temporalidades que entrelazan huellas del pasado, experiencias presentes e intentos de transformar el porvenir. Lo destacable aquí es que el correlato de las ecoaldeas en la ciudad son las huertas urbanas, entendidas como un puente social y natural entre la cotidianidad de la vida citadina y la vida rural o más natural; entre el pasado, el presente y el futuro; donde

además de poner en práctica los saberes ancestrales -como por ejemplo las construcciones de adobe y la celebración de diversas festividades- se cuestionan las formas de producción capitalistas tal como se ha mostrado en el capítulo anterior y se persiguen pequeños cambios locales que contribuyan a esos otros mundos posibles (Escobar, 2010b).

Desde este punto de vista, los disertantes del taller -en sintonía con la mayoría de los participantes- defendían la autoproducción y el consumo de alimentos en mercados directos en pos de lo que suele conocerse como soberanía alimentaria; es decir un modo de producción, distribución, apropiación y consumo de alimentos no supeditado a la mercantilización. Al respecto, las palabras del coordinador sintetizaba con claridad uno de los ideales a seguir en cuanto a este tipo de iniciativas.

“Nuestro ejemplo tiene que ser Cuba: los de La Habana no trasladan productos de Santiago de Cuba o Santa Clara, producen sus propios alimentos en las 2600 huertas que tienen. Juntarse, hacer lo que estamos haciendo hoy, en Cuba, es lo normal y eso es lo que tenemos que hacer nosotros” (Fragmento de un taller de introducción a la permacultura en la Huerta Libre, 09/10/12).

La elección del ejemplo de la República de Cuba no es casual, dado que los huerteros que dictaban el taller, se inspiran directamente en dicha experiencia, en tanto que ese país se encuentra a la vanguardia en el tema. Esto se debe a que, como ya hemos señalado en otros capítulos, a finales de los años 80 e inicios de la década de los 90 junto con el derrumbe del campo socialista y el incremento de las medidas económicas de los Estados Unidos sobre Cuba (bloqueo), se produce una gran crisis agrícola. Allí la producción de alimentos bajo el modelo agroindustrial se reduce debido a la escasez de los insumos básicos necesarios para dicho tipo de producción, como maquinarias, agroquímicos y petróleo (Rodríguez Manzano, s.f.). Frente a esa situación, los habitantes de la Ciudad de La Habana se vieron obligados a recrear múltiples estrategias de sobrevivencia alimentaria, entre las cuales se destaca el sembrado de especies vegetales y la cría de animales domésticos en balcones, azoteas, parques, hospitales, escuelas y baldíos utilizando el modelo agroecológico. Así surge el Movimiento de Agricultura Urbana - con base mayoritariamente campesina producto de la profunda migración- que reclamó “de abajo hacia arriba” el desarrollo de un programa agropecuario dirigido a poner en producción todos los espacios disponibles de la ciudad. Finalmente, en 1998 se generó el Grupo Nacional de Agricultura Urbana que se convertiría en referencia mundial.

“La agricultura urbana en Cuba es una decisión política, está entre uno de los primeros temas de la agenda pública -así como lo están la educación y la salud- y esta prioridad la

diferencia del resto de los países del mundo” (Entrevista a una técnica del Instituto de Investigaciones Fundamentales en Agricultura Tropical INIFAT, Cuba, 13/12/12).

Esta discusión también se encuentran en la Ciudad de Buenos Aires. Los habitantes más comprometidos con la agricultura realizada en la Ciudad observan la necesidad de que dicha práctica forme parte de una política pública para facilitar cuestiones centrales como la ocupación de tierras en desuso y la recolección de los residuos domiciliarios. A su vez, el caso cubano como meta a seguir, ubica de relieve que la horticultura no es una mera reivindicación apolítica encabezada por un grupo minoritario preocupado por la ecología. A partir de la creación de una huerta en un parque público, los huerteros no sólo protestan activamente en defensa del espacio público sino que también rechazan un modelo de sociedad particular: una sociedad que se ampara en la racionalidad instrumental, que defiende el progreso indefinido en detrimento de los recursos y que se basa en relaciones de desigualdad social.

En definitiva, la realización de una huerta en la Ciudad de Buenos Aires se constituye ante todo como una cuestión social y política que se funda en formas alternativas de producción y consumo. El gesto de mostrar, con actividades cotidianas y en movimiento, cómo otro mundo es posible, implica para los permacultores reflexionar sobre la capacidad de (re)producir y de (re)aprovechar los propios recursos bajo lo que Leff (2009) denomina la racionalidad ambiental. Frente a una racionalidad capitalista que ha tenido siglos de construcción, legitimación y tecnologización; la racionalidad ambiental es entendida como un proceso contestatario que se entreteje paulatinamente entre perspectivas e intereses opuestos, y que ensaya nuevas tácticas de negociación para enfrentar las estrategias de dominación.

En ese contexto, muchos agricultores urbanos están convencidos de que con una acción puntual -como la autogeneración de los alimentos- es posible socavar la política expansionista del capital. Según sus palabras, dicha práctica no sólo permite modificar las pautas de consumo sino que también facilita la discusión sobre cuestiones estructurales como el trabajo digno y el derecho a la vivienda.

4.4.1.2 Puntos de encuentro y desencuentro entre las vertientes ambientalistas

En el fluir de la vida social, los huerteros identifican y categorizan a los demás, del mismo modo que se identifican y categorizan así mismos. En este proceso, construyen una identidad de forma relacional y por oposición a otras corrientes que también se autoidentifican como ambientalistas utilizando lo que Brubaker y Cooper (2007) denominan rótulos con distintos matices, como por ejemplo, los siguientes: permacultores, ecoanarcos, agroecólogos, biodinámicos, orgánicos a secas, preservacionistas y verdizados. A continuación repasaré

diferentes secuencias extraídas de las conversaciones mantenidas por los participantes de la Huerta Libre para mostrar los puntos de encuentro y desencuentro entre los huerteros y otras vertientes ambientalistas. Es decir, los “múltiples verdes” que han sido presentados por Gudynas donde “todos los sectores políticos, los recién llegados, y hasta acérrimos críticos de los ambientalistas, como los empresarios e industriales, se han apropiado del discurso ambientalista” (1992, pp. 107–108). A nuestro entender, existe un proceso de construcción de la identidad huertera como resultado de una doble operación. Por un lado, la generalización o la reivindicación de una forma particular de practicar y pensar la agricultura que, en este caso, se expresa en la adhesión a la permacultura pero que podría ser representada por otro tipo de corrientes, como la agricultura biodinámica. Por otro, la diferenciación o la alteridad con grupos que abogan por otras formas agrícolas, como la agricultura orgánica de base agroindustrial. A nivel conceptual reconocemos que la mencionada operación se basa en el supuesto de que la alteridad es necesaria no sólo para la construcción de la diferencia sino también para la identificación de pertenencia, es decir, para el desarrollo del nexo común dentro de un mismo grupo que lo diferencia de otros grupos (Dubar, 2000). A su vez, asumimos que dicho proceso no se produce en el vacío social sino en el marco de relaciones de desigualdad y disputa política que juegan un rol central en la definición de sentidos y prácticas (Batallán, 2007)¹⁵⁹.

Los huerteros toman distancia crítica tanto de las organizaciones internacionales como de los programas institucionalizados de agricultores biointensivos y de agricultores orgánicos. En efecto, aquellos que tienen experiencia en el tema de la huerta no conciben al ambientalismo como una corriente de pensamiento institucionalizada y homogénea. Todo lo contrario, encuentran diferencias irreconciliables. De hecho, al no contar con la oportunidad de debatir con los agricultores ortodoxos sobre las consecuencias del modelo agroindustrial, discuten

¹⁵⁹ Cabe aquí señalar que en cuanto al concepto de identidad, existen diferentes posiciones teórico-metodológicas, que oscilan entre el objetivismo y el esencialismo (como una igualdad en sí misma que marca los rasgos generales y típicos de los sujetos y que ignora la alteridad) y otras subjetivistas (como una igualdad experimentada, sentida o percibida basada en el respeto por las diferencias en forma individual). En este estudio utilizaremos un enfoque superador, de corte constructivista y relacional que establece la identidad como una construcción social e histórica (Batallán, 2007; Bayardo, 1997; Chiringuini, 2003; Hall, 2003). Es decir, construcciones simbólicas que involucran representaciones y clasificaciones referidas a las relaciones sociales y las prácticas, donde se juega la pertenencia y la posición relativa de personas y de grupos en su mundo. Al respecto, Dubar (2000) sostiene que la identidad no se trata de propiedades esenciales e inmutables, sino de trazos clasificatorios auto y alteratribuidos, manipulados en función de conflictos e intereses en pugna, que marcan las fronteras de los grupos, así como la naturaleza y los límites de lo real. Tampoco se trata de una cualidad perenne transmitida desde el fondo de los tiempos, sino de una construcción presente que recrea el pasado con vistas a un porvenir deseado (ibíd.). A partir de esta perspectiva, que recupera los procesos materiales y simbólicos y la actividad estructurante, es posible analizar la conformación de grupos y el establecimiento de lo real en sus aspectos objetivos y subjetivos (ibíd.). Desde otro ámbito del conocimiento, Leff (2001) sostiene que las identidades que se afirman en estos procesos no están determinadas; no son simples actualizaciones en el tiempo; se van tejiendo a través de luchas sociales en las que se disputan territorialidades, es decir, espacios donde se ponen en juego formas de ser, de habitar, de apropiarse el mundo y la naturaleza.

entre ellos mismos como una forma de darse existencia. La identidad huertera es una construcción social con sustrato histórico y político que remite, sobre todo, a los sentidos de quienes ejercen la actividad en la cual se enseña practicando.

Los huerteros, en primer lugar, acusan a las organizaciones internacionales por tener un “discurso supuestamente ambientalista” que confiere legitimidad a la política expansionista del capital y ocasiona perjuicios irreparables en la sociedad al mantener una posición pretendidamente neutral. En el momento de analizar estrategias para el tratamiento de la basura, denunciaban a la organización Greenpeace por promover la recolección de residuos con “actores externos” sin hacer alusión a las personas que viven de esa actividad y a las posibilidades de reducir el consumo y realizar un reciclado independiente “en casa”¹⁶⁰. En rigor, si utilizamos la clasificación de los ambientalistas elaborada por Naess (2007) y Gudynas (1992), Greenpeace es ubicada en la posición de los “ecologistas superficiales” o los “administradores”. Es decir, ambientalistas que no cuestionan la ideología dominante y que consideran que rescatar y conservar ciertas especies resulta tanto o más importante que resolver situaciones de pobreza estructural.

Los permacultores, en segundo lugar, consideran a las huertas Pro huerta como “huertas clásicas” y al trabajo de sus técnicos como una “farsa”: ellos afirman que allí se utilizan principios agrícolas contraproducentes para el sistema¹⁶¹. Al referirse a los sectores hortícolas de la Huerta Libre Parque Abierto, por ejemplo, uno de los agricultores sostenía que:

“Esta no es una huerta clásica con bancales rectos [donde se da vuelta la tierra]. Esta es una huerta alternativa. Es una huerta permacultural [donde uno de los principios es captar y almacenar energía]. Por ejemplo, acá donde se amontona el agua puedo hacer un estanque y -como está todo en pendiente- voy a hacer una zanja de infiltración para aprovechar el agua y para que la huerta se riegue sola porque a nosotros [los permacultores] no nos gusta laburar. Esperamos llegar a un momento de vagancia” (Fragmento de un taller de introducción a la permacultura en la Huerta Libre, 09/10/12).

¹⁶⁰ Testimonio de un permacultor en el marco de un taller de introducción a la permacultura en la Huerta Libre, 09/10/12. El coordinador estaba haciendo alusión a un artículo de la revista Tiempo Argentino del 26/08/12. Greenpeace es una controvertida organización ambientalista no gubernamental, fundada en el año de 1971 en Vancouver, Canadá (Greenpeace Argent, 2011).

¹⁶¹ Comentarios de un permacultor, de 35 años, 28/07/12. Para un análisis del Pro huerta véase el capítulo 2. Recordemos que dicho Programa se basa en un modelo agrícola cuyos orígenes se remontan en la escuela de tradición chilena que tiene bases históricas fundadas en el Método Orgánico Intensivo, practicado por más de 4000 años por la cultura china (Seymour, 1980). Según el Centro de Educación y Tecnología, es un método orgánico en tanto que se basa en el modo en que la misma naturaleza mantiene a los seres vivos y es intensivo en tanto que se usa al máximo el terreno, haciéndolo producir durante todo el año y mejorando su calidad (Centro de Educación y Tecnología, 1983).

En la permacultura, como en cualquier otro tipo de corriente agrícola que se busca diferenciar de la agricultura industrial, existe una confluencia de tecnologías provenientes de diferentes escuelas. Sin embargo, uno de los principios que la caracteriza es la ética tripartita, es decir, “[el] cuidado de la tierra, [el] cuidado de la gente y [la] distribución del tiempo sobrante, el dinero y los materiales hacia esos fines” (Holmgren, 2002; Mollison, 1994). Los permacultores tienen como objetivo captar la mayor cantidad de energía disponible en el sistema y usarla de manera eficiente e intensiva. En este caso, los canteros son construidos al ras del suelo y cubiertos con restos vegetales porque demandan una baja intervención humana. Los estanques acuáticos almacenan agua y las zanjas de infiltración mejoran la percolación del suelo sin la necesidad de grandes esfuerzos físicos¹⁶². A esto se refiere el tallerista con la idea supuestamente ingenua de “vagancia” sobre la cual se basa para diferenciar de la propuesta técnica del Pro huerta (“la huerta clásica”). Sin embargo, lo que quiero señalar en este apartado, es que dicha distinción no se explica por una cuestión meramente técnica. En efecto, en las huertas realizadas con el asesoramiento del Pro huerta, se utilizan muchos de los principios permaculturales, como por ejemplo, la construcción de bancales altos donde el suelo es removido (no revertido) propiciando, entre otras cuestiones, la multiplicación de los seres vivos y junto con ello la vida del suelo (Primavesi, 1984)¹⁶³.

Desde nuestro punto de vista, uno de los rasgos que unifica las diferentes corrientes llamadas “alternativas o [contraculturales]” es el de observar los procesos biológicos en pos de la producción de alimentos sin agrotóxicos. Esto se aplica tanto para la permacultura como para la agricultura promovida por el Pro huerta, que suele ser también conocida como agroecológica. Por eso señalamos que algunos permacultores utilizan argumentos técnicos para mostrar otro tipo de desacuerdos.

¹⁶² La percolación es el movimiento del agua a través de los poros de un suelo.

¹⁶³ La construcción de bancales consiste en la realización de canteros de 1,2 metros de ancho por 6 metros de largo. En la cartilla técnica elaborada por el Centro de Educación y Tecnología y utilizada en las cartillas Pro huerta, se sostiene que con dicho método “estamos respetando las leyes de la naturaleza y de toda la vida que ella produce. Es una forma de trabajar la tierra en la que los seres vivos, especialmente los del suelo, hacen la mayor parte del trabajo de la producción. Así se producen alimentos en forma natural muy adecuados para desarrollar en forma sana nuestra vida” (Centro de Educación y Tecnología, 1983:5). Esta misma forma de concebir la naturaleza es la que utiliza Seymour (1980, p. 8) en el método del bancal profundo quien, desde la horticultura autosuficiente, resume las siguientes seis leyes: “primera, el horticultor debe trabajar con la naturaleza y no contra ella; segunda, la naturaleza es diversa y por lo tanto el horticultor debe practicar con la diversidad; tercera, debe criar otras formas de vida -animal o vegetal- en medios los más parecidos posibles a los que les sea natural; cuarto, debe devolver al suelo tanto, o casi tanto, como le ha quitado; quinto, debe alimentar al suelo y no a las plantas y sexto, debe estudiar la naturaleza como un todo y no como una parte aislada” (ibíd.). Al respecto, resulta interesante señalar aquí que en una parte del relato, Seymour también busca diferenciarse de otras corrientes agrícolas, como la biodinámica y la campesina, de la siguiente manera: “algunos tienen nociones tan excéntricas como las de sembrar las plantas según las fases de la Luna, espolvorear sobre la tierra puñados de sustancias oscuras, etc. [sin embargo] la agricultura orgánica no necesita recurrir a las nociones irracionales y a supersticiones. Se basa en hechos ciertos y en la ciencia, y su práctica puede considerarse eficaz y correcta” (ibíd.).

“Juan — Cuanto menos oficial, mejor. [Así] no pueden decir nada. Todo [la ciudad, las normas] son una farsa. Yo era trotskista y sé que todo es una farsa. Ahora quiero construir con la energía que me queda, llamase huerta, construcción natural, bombas Fukuoka, etc.

Alejandro — Esa huerta la está haciendo un grupo con el cual no acordamos. A mí me encanta que vaya la gente del Pro huerta, pero el trabajo que se hace es.... [completa Juan] una [farsa]. Ellos dan vuelta la tierra y sacan las plantas, [deberían] dejarlas [para] que se mueran en el lugar. Además, está demostrado... a los cuatro encuentros [que hace el programa por mes] no va nadie al taller” (Diálogo entre dos permacultores, uno de 30 años y otro de 35, 28/07/12).

De esta manera es posible observar que las críticas están asociadas al orden de lo estatal porque, como señala Quirós (2014, p. 25), al “Estado se le pide, se le demanda, y lógicamente de él siempre se sospecha”¹⁶⁴. Dicha cuestión resulta hasta paradójica debido a que, por otra parte y haciéndose eco del modelo cubano, el mismo grupo reivindica la relevancia que tiene la decisión política en los asuntos que atañen a la agricultura urbana.

Algunos huerteros, en tercer lugar, confunden las diferentes corrientes agrícolas, como por ejemplo el Método Orgánico Intensivo utilizado por el Pro huerta y la Agricultura Orgánica, una de las líneas más criticadas en el último período dentro de las llamadas agriculturas alternativas. Cabe aquí mencionar que la agricultura orgánica se nutre de diferentes tecnologías con el propósito de producir productos sin tóxicos o comúnmente llamados naturales. El punto de inflexión es que muchos de los agricultores consideran que la escuela orgánica (re)produce el modelo agrícola de la agricultura, sin cuestionar la idea moderna de la naturaleza y de la sociedad. En el ámbito de las ciencias agropecuarias, es bien sabido que la agricultura orgánica continúa utilizando los mismos preconceptos que la agricultura industrial porque se basa en sistemas simplificados, especializados y de producción masiva provocando los mismos impactos negativos (Altieri, 2007; Guzmán Casado et al., 2000). Incluso, estas incongruencias también han llegado a ser identificadas dentro de la antropología con diferentes estudios como el que presenta James (1993, p. 207 traducción propia). Allí la autora

¹⁶⁴ Quirós (2014, p. 23) en un trabajo que estudia las clases medias urbanas que migran a las zonas rurales del país menciona que los jóvenes urbanos imaginan un Estado de contornos precisos que está separado de la Sociedad y con el cual no se mantienen relaciones personales en términos de, por ejemplo, Bety la tesorera y César el jefe comunal. Parte de este mismo grupo es el que convoca a la realización de la Huerta Libre Parque Abierto. En este caso particular, los huerteros se proponen socavar a ese Estado, el cual es imaginado como un Estado homogéneo y sin conflictos. Cabe aquí mencionar que, dentro de la esfera estatal, las disputas por las formas de producción agrícola se trasladan en dos grandes vertientes: la agricultura industrial y la agroecología, y es precisamente en esta última donde se ubica el mencionado Programa Pro huerta.

se pregunta con cierta ironía: “¿podrá el cultivador orgánico retener una identidad social basada en la pequeña escala y el espíritu de comunidad o se agotará en las altas demandas [de los consumidores urbanos]?”. Lo cierto es que desde los años noventa, existe una reapropiación y una lucha continua por el sentido de lo verde que incluye a diversos actores, entre ellos, los productores, los distribuidores, los vendedores de insumos y los consumidores.

Desde Europa, se ha señalado que el aumento en el consumo de la comida orgánica está más vinculado a los temores por la vaca loca o la gripe aviar que al compromiso ambientalista (James, 1993)¹⁶⁵. En el área hortícola bonaerense, se sostiene que el incremento del consumo de los productos más sanos y libres de contaminantes fue acompañado por la existencia de un precio diferencial a favor de los productos orgánicos respecto de los convencionales, la sanción de instancias oficiales de regulación y certificación de la producción de origen orgánico y el apoyo de una red de asesoramiento institucional que permitió mejorar el conocimiento del sistema productivo (Souza Casadinho et al., 2009). En otras palabras, la agricultura orgánica responde más a una cuestión de oferta y demanda que a cambios en la sociedad. Esto a su vez explica por qué el proceso de representación de lo natural no necesariamente es una señal de la integración de los principios ecologistas dentro de la cultura (James, 1993). Los permacultores que reconocen estas particularidades no adhieren a la corriente orgánica. Lo mismo sucede con muchos de los técnicos y los promotores del Programa Pro huerta. Aunque una parte de los materiales didácticos hacen referencia a la huerta orgánica, muchos de sus participantes no comparten las formas de producción utilizada por esa tendencia.

En dicho contexto, existe una disputa entre las distintas corrientes que está encarnada en los adherentes a la escuela en cuestión, sean permacultores, biodinámicos, biointensivos u orgánicos. En varias oportunidades he podido observar que ciertos colaboradores dentro de la Huerta Libre se sienten con la autoridad suficiente para marcar cuál es la manera “correcta” de hacer una huerta urbana y así lo mostraré por medio de dos testimonios. El primero de ellos sucedió un día que se me acercó un joven de alrededor de 25 años mientras regaba la huerta con un bidón de 30 litros de agua que extraía del lago artificial. Juan era del barrio de Balvanera, vendía pan relleno en el Parque y estudiaba la tecnicatura de producción vegetal

¹⁶⁵ Según James (1993, p. 213), los discursos sobre lo orgánico están atravesados por dos oposiciones binarias que están combinadas diferentemente y que mediatizan la relación campo-ciudad: la naturaleza y la cultura por un lado, el pasado y el futuro por el otro. Para esta autora los límites son reestructurados y reinventados con el objeto de sustentar diferentes significados del alimento orgánico que se agrupa en tres discursos: a) el alimento y el medio ambiente, b) el alimento y el estilo de vida, c) el alimento y la salud. Dicho análisis le permite sugerir que el aumento de la comida orgánica en los supermercados no necesariamente indica la integración de los principios ambientalistas en la cultura británica puesto que han sido incorporados bajo otro tipo de discursos, algunos de ellos asociados con el estilo de vida y la salud (ibíd.).

orgánica que se dicta formalmente en la universidad pública. Me comentó que esa era la primera vez que iba a la Huerta y que le llamaba la atención porque, según sus palabras,

“[...] lo que veo no está bien hecho: los canteros parecen monocultivos [característica de la agricultura convencional e industrial], hay que intercambiar las especies y acá las amontonaron en un sólo lugar ¿ves? Es un horror: esta huerta no tiene diversidad [...]” (Entrevista a un visitante de la Huerta Libre, 25 años , estudiante de la tecnicatura de producción orgánica, 15/11/12)¹⁶⁶.

Este testimonio presenta dos aspectos que tienen una importancia particular. Allí se muestra que los huerteros discuten los fundamentos de las diferentes vertientes agrícolas en el predio y de forma cotidiana. En el caso mencionado, se trata de una discusión habitual en el ámbito de la agricultura orgánica donde se puntualiza que uno de los objetivos principales del agricultor es alcanzar la mayor diversidad biológica en grandes extensiones de tierra. En la huerta permacultural, según Juan, dicha característica no se cumple. Sin embargo, lo que no resulta visible es que la alta densidad de una misma especie no se debe a la falta de diversidad sino a que los participantes siembran en función de los conocimientos con los que cuentan y que, particularmente, la Huerta Libre es llevada a cabo por un grupo de huerteros que está en formación¹⁶⁷.

Esto a su vez nos permite introducir el otro elemento relevante de este relato que, aunque parece obvio, es central para entender las prácticas agrícolas urbanas: las estrategias utilizadas por los huerteros sólo pueden entenderse en función del contexto en la cual se llevaron a cabo. En este caso, la Huerta Libre se encuentra anclada en un acampe cuyos asambleístas se encuentran “enredados” con una escuela particular de agricultores: los permacultores¹⁶⁸. Esto explica por qué las formas de diseño utilizadas presentan diferencias sustanciales frente a otras formas de hacer agricultura, como por ejemplo, la agricultura de tradición chilena, la agricultura orgánica o la agricultura industrial. En palabras de Geertz (1997) esto se traduce en la idea de que las conductas, los artefactos, las palabras que se utilizan en esta práctica no están relacionados de cualquier modo ni tampoco a través de un vínculo causal; se relacionan entre sí bajo una jerarquía ordenada -estratificada- en la cual se producen, se perciben y se reinterpretan los recursos, el lugar de la intervención humana y del mundo natural. Más aún,

¹⁶⁶ Como ya se ha mencionado, el monocultivo es una característica de la agricultura convencional o industrial. La biodiversidad es uno de los principios más utilizados por las diferentes agriculturas alternativas de las cuales se nutre la agricultura orgánica.

¹⁶⁷ No casualmente, dicha particularidad también es habitual en las huertas escolares donde los niños siembran de manera confusa y desordenada.

¹⁶⁸ Comentarios de un permacultor y carpintero, 35 años, 28/07/12.

la escuela a la cual adscribe el grupo huertero define las características de la huerta, una huerta revestida de materiales orgánicos e inorgánicos como producto de uno de los fundamentos principales de la permacultura, el reciclado. Esto tiene -de manera correlativa- efectos en la aprobación o desaprobación de la propuesta por parte de otros huerteros y, como veremos más adelante, de los usuarios del Parque que estaban a favor de la colocación de las rejas.

El segundo testimonio que muestra las críticas que recibía el estilo de huerta elegido por los huerteros de la Huerta Libre surge de un comentario realizado por una de las participantes del taller quien, al no ser escuchada, manifestó de manera exasperada lo siguiente:

“poner frutales que dan sombra es poco conveniente pero acá eso no importa porque, en definitiva, todo es improvisado” (Fragmento de un taller de introducción a la permacultura en la Huerta Libre, 09/10/12).

A pesar de las apariencias, el contacto directo con los permacultores nos permite afirmar que no todo es improvisado: abundan las respuestas que se fundan en aspectos biológicos y esto es lo que se demuestra en uno de los correos de convocatoria donde ya se establecía, con anterioridad, una planificación premeditada.

“¡Amig@s! Qué alegría, ante el intento del Gobierno de la Ciudad de continuar enrejando el querido Parque Centenario un grupo de vecin@s y compañer@s activó la resistencia y entre otras acciones ¡Se creó una huerta comunitaria en la ciudad adentro del mismo parque! ¡Una nave tremenda! Así que para festejar semejante nacimiento vamos a dar un lindo taller teórico práctico de [Introducción] a la permacultura, compostaje y huerta orgánica, aprovechando para hacer unos swales (zanjas de infiltración), siembra de suelo, preparación de plantines, acolchado de bancales y espiral de aromáticas entre otras cosas....” (Correo enviado por el coordinador del taller, 07/10/12)¹⁶⁹.

Por añadidura, los permacultores con experiencia también realizan autocríticas. Muchos de ellos reconocen y debaten sobre ciertas contradicciones que explican por qué la propuesta no es masivamente adoptada. Este es el caso de Lucía que enumera ocho ítems para contar “la

¹⁶⁹ En este testimonio, como en otros que ya se han presentado, se mantuvieron las “@” para mostrar las reivindicaciones grupales en función del género. Cabe mencionar que la utilización de la expresión “nave” alude a una forma de construcción basada en el reciclado -earthship o nave tierra- que fue diseñada por el arquitecto Michael Reynolds en Nuevo México. La nave tierra consiste en un tipo de casa pasiva “semienterrada” hecha de materiales naturales o reciclados, como por ejemplo, neumáticos rellenos de tierra y frentes vidriados para aclimatar la temperatura interior de la edificación. En dichas construcciones una de las estrategias fundamentales para conservar la temperatura y garantizar la alimentación de sus habitantes es la creación de invernaderos con vegetales comestibles que muestran una relación entre la vivienda y la agricultura (“Navetierra MDQ”, s. f.).

verdad de la permacultura y la mentira de los permacultores” desde un discurso que considera de “permacultura realista” (“La verdad de la permacultura y la mentira de los permacultores”, 2012). Entre los diferentes tópicos mencionados en el artículo sostiene que el fracaso del movimiento no sólo se relaciona con la falta de recursos económicos sino también con la sobreabundancia de cursos y talleres privados, en los cuales se enseña la práctica pero sin “ganas de trabajar” marcando la importancia que tiene la materialidad en estas propuestas.

Hasta aquí me he propuesto mostrar puntos de encuentro y desencuentro entre los huerteros y distintas vertientes ambientalistas, algunas de ellas asociadas con las organizaciones internacionales y otras con el Estado. Al mismo tiempo, he presentado ciertas similitudes y diferencias dentro de las propuestas agrícolas, como es el caso de la permacultura y la agroecología, escuelas que se oponen a la agricultura orgánica asociada con la agricultura industrial. Las secuencias mencionadas nos permiten confirmar que la heterogeneidad ambiental se define desde adentro del campo y por sus propios actores (Gudynas, 1992). A su vez, podemos agregar que la práctica misma es la que permite al grupo repensar la cuestión ambiental. Como señala Ingold (1992), la naturaleza en su dimensión física se transforma en ambiente a partir de la interpretación cultural. Es decir, a partir de los debates que se desencadenan en la huerta -antes, durante y después de la práctica- dicha cuestión trasciende la práctica, se refracta y se recrea, confluyendo diferentes énfasis, temáticas y formas de acción que (re)fundan la identidad de sus practicantes y las estrategias a seguir.

4.5 Tensiones y divisiones al interior del acampe

“[La idea es] generar un espacio común, compartir la comida [y demostrar] que los espacios públicos son eso: públicos y para todos” (El uruguayo, Clarín, 01/11/12).

Como hemos visto anteriormente, los asambleístas devenidos en acampistas y más tarde en huerteros se unieron bajo una causa común: la oposición a la instalación de las rejas. Sin embargo, dicha causa no alcanzó para mantener al grupo cohesionado. Por el contrario, desde el comienzo y, a medida que avanzó el conflicto, las tensiones al interior del grupo se intensificaron. Durante las actividades presenciadas fue posible observar una situación particular que se repetiría en incontables ocasiones de forma cada vez más agravada: la confrontación entre tres subgrupos que, siguiendo las categorías nativas, eran identificados como a) los “pibes de la canchita”, b) los “punks” y c) los “asambleístas”.

a) Los “pibes de la canchita” eran alrededor de diez hombres, entre 18 y 30 años, que no tenían una ocupación fija de la cual vivir. Habitaban temporalmente en predios públicos, en la casa de amigos, conocidos y/o familiares. Se juntaban en la canchita del Parque y la mayoría de ellos eran reconocidos por sus múltiples actividades dentro del barrio.

b) Los “punks” eran unos treinta jóvenes y adultos entre 15 y 30 años, hombres y mujeres estudiantes, artesanos, músicos, malabaristas, productores de alimentos, etc., algunos de los cuales participaban de colectivos culturales que resistían las políticas de desalojo impulsadas por el Gobierno de la Ciudad. A diferencia del grupo anterior, este conjunto no residía en el Parque aunque algunos de ellos acampaban allí como una forma de apoyar la no instalación de las rejas. Otros, en cambio, habitaban diferentes centros culturales alternativos y contra-hegemónicos de la ciudad; vivían con sus familias y/o en forma independiente. Este grupo se autoidentificaba con un discurso más bien anarquista o antisistema y desarrollaban actividades culturales de lógica no-mercantilista. Cotidianamente se encontraban en un sector del Parque que durante la protesta fue bautizado como el “espacio cultural”, una “escuela de aprendizaje” conformada cerca del acampe y frente a la huerta para aprender “nuevas técnicas, nuevos malabares” y así practicar en grupo¹⁷⁰.

c) Los “asambleístas” político-culturales eran alrededor de 30 hombres y mujeres con edades que iban desde los 20 a los 65 años. No tenían filiación partidaria pero sí una amplia participación en organizaciones asamblearias. No vivían en el Parque, pero algunos de ellos acamparon en él durante la disputa por las rejas. También se identificaban con un discurso antisistema pero convencidos de que la mejor forma de llevar a cabo la lucha era a partir de la acción directa -no violenta- y la inclusión social de todos los actores involucrados. Otra característica común era que abogaban por los procesos de autonomía política, económica y cultural. Dentro de este grupo se encontraban los huerteros más experimentados que -con la realización de una huerta en el acampe- proponían repensar el mundo social y natural.

A continuación presentaré dos secciones que muestran la citada confrontación entre los tres subgrupos. En la primera se hará una especial mención a las discusiones surgidas en torno a la Huerta, eje central de este trabajo, y en la segunda, se analizará el conflicto que finalmente desencadenó el quiebre del acampe. Dicho hecho será relatado en el tercer apartado.

¹⁷⁰ Entrevista a una malabarista, estudiante de la Universidad Nacional de las Artes (IUNA), 26 años, 01/12/12.

4.5.1 Las discusiones en torno a la construcción de una huerta

La realización de una huerta como parte de las actividades en defensa de un parque sin rejas no fue un proceso armónico. De hecho, las tensiones vividas dentro del grupo asambleario pusieron en evidencia uno de los ejes más importantes de este capítulo: la agriculturización de los asambleístas -y su posible ecologización- distaba mucho de ser homogénea. Mientras algunos apoyaban la propuesta otros, en cambio, la desaprobaban instalando dudas que reaparecerían en múltiples ocasiones y así será mostrado en función de los tres grupos mencionados¹⁷¹.

a) Los “pibes de la canchita” que habitaban el Parque manifestaban que la Huerta era “linda” aunque en situaciones conflictivas amenazaban con destruirla¹⁷². También estaban aquellos que se sentaban en el espacio de manera contemplativa e incluso participativa mostrando cierto interés durante las horas de riego.

b) Los “punks” eran los que tenían más dudas en cuanto a las ventajas de realizar una huerta como parte de las actividades de la asamblea. Muy pocos avalaban la propuesta con expresiones, tales como, “es una actividad que me gusta” o “la alimentación es un tema clave para discutir” (Comentarios de dos jóvenes de 18 y 21 años, 07/11/12). Otros la apoyaban pero bajo ciertas reservas al manifestar que “junta gente, la inspira y la une [...] lástima que no [ayuda] en nada”¹⁷³. También estaban aquellos que encontraban una veta “marquetinera”.

“[hay] que juntarse en el Parque [pero] no necesariamente con los que ranchan; por eso, es importante mantener la Huerta, porque reúne un target de gente muy amigable copada y actividades como esas enriquecen el acampe” (Comentario en el grupo “no a las rejas Parque Centenario”, 20/10/12)¹⁷⁴.

Sin embargo, la mayoría de los participantes de este grupo no estaba de acuerdo con la realización de una huerta en el acampe por múltiples motivos. Luego del primer intento de desalojo y a tan sólo 15 días de su existencia, muchos consideraban que hacer agricultura en un parque público era -por lo menos- algo paradójico: por un lado, la asamblea reclamaba la

¹⁷¹ Aquí se busca marcar la diferencia entre los agricultores y los ecologistas. No todos los agricultores son ecologistas así como no todos los ecologistas son agricultores.

¹⁷² Utilizaban expresiones tales como “te rompo toda la huerta ¿entendiste? porque a mí no me importa nada” (Discusión entre un acampista y otro, 07/11/12).

¹⁷³ Comentario de un asambleísta en “no a las rejas Parque Centenario”, 21/10/12.

¹⁷⁴ Ranchan es un término que utilizan los acampistas para referirse a la ocupación del acampe por “los pibes de la canchita”.

defensa de un espacio público que supuestamente era “de todos” y, al mismo tiempo, llevaba a cabo una actividad en la cual se beneficiaban sólo unos pocos.

“la Huerta es cualquiera porque da excusas a la cana para sacarte del Parque como sea; una cosa es pelear por [el] ‘no a las rejas’ y poner un acampe; otra muy distinta es poner una huerta que es como querer apropiarse [...] del espacio público” (Comentario de una de las acampistas, 16/10/12)¹⁷⁵.

Es así como en varias asambleas los participantes se preguntaban ¿qué sentido tenía la Huerta en el acampe? y ¿por qué no hacer otro tipo de actividades? Al respecto, un trompetista de unos 27 años que solía concurrir a la ecoaldea Velatropa sostenía que casi no había diferencias con otros talleres y que además la Huerta traía problemas. El acampista señalaba con cierto malestar que se exponían frente a la policía para defender una causa que no era la principal porque, en definitiva, el reclamo no consistía en la realización de una huerta, el reclamo era la instalación de rejas en un espacio público.

“la gente firmó el petitorio por el ‘no a las rejas’, no para hacer una Huerta; [además] la Huerta no es todo, es sólo una actividad más, frente a otras; como los talleres de malabarismo o la proyección de películas. La Huerta no es el eje del acampe. Los que vienen a la Huerta, vienen a esa actividad y después se van a sus casitas bien tranquilitos y nos dejan acá, debajo de la lluvia, mojándonos y con las botas [de la policía]” (Comentario de un acampista, 16/10/12.).

A partir de este relato vemos cómo los propios acampistas diferenciaban despectivamente aquellos que iban a la Huerta de aquellos que no, señalando y cuestionando la importancia de “estar ahí” para defender el reclamo principal contra el cercado. Para este grupo, la Huerta no sólo implicaba un costo de energía que debía reservarse para la lucha contra el enrejado público sino también un problema porque, como se mostraban en el relato anterior, habilitaba el accionar policial.

c) Finalmente, el grupo de los “asambleístas” presentaba cierta simpatía por la actividad huertera y en muchos casos un alto grado de motivación. En función de la experiencia agrícola es posible identificar dos subgrupos que tenían distintos significados frente a la Huerta como modo de protesta, los “principiantes”, por una parte, y los “experimentados”, por la otra.

c. 1) Los “principiantes” eran aquellos que se encontraban por primera vez involucrados en una huerta como parte de los resultados no esperados de asistir a la asamblea y participar del

¹⁷⁵ Cana refiere a las fuerzas policiales.

acampe. Algunos sostenían que la Huerta era sólo un instrumento para un determinado fin, es decir, "una manera pacífica" de defender el Parque de aquellos que querían cercarlo (La Nación, 10/12/12). Otros, en cambio, realizaban una analogía entre la Huerta y la grieta, es decir la línea de fuga con alcance desconocido dentro de la racionalidad capitalista. Este era el caso del relato de un trabajador gráfico de unos 60 años responsable de reactivar el Enero Autónomo en el año 2012 quien manifestaba lo siguiente,¹⁷⁶

"los viejos no tenemos las respuestas, tenemos las mismas dudas que los jóvenes, las compartimos entre todos y vemos qué podemos sacar, no tenemos estrategias, tenemos grietas que hay que seguir, no sabemos para dónde vamos, vamos en función de esas grietas, hoy es la huerta, mañana será otra cosa, no lo sé, nadie lo sabe con certeza, porque nadie sabe para dónde va esto" (Entrevista a un asambleísta del Enero Autónomo, 60 años, trabajador gráfico, 01/12/12).

Desde este punto de vista, la Huerta podía entenderse como parte de las situaciones reinventadas por la asamblea autogestiva, más aún como experienciaros permanentes donde se producía la subjetividad (Fernández, 2011, pp. 12–13). En dichos ensayos de invención colectiva no se determinaba qué era lo estable y qué no lo era, ni se anticipaba hacia dónde irían las experiencias, ni si afectaba a todos por igual (ibíd.)¹⁷⁷. Al respecto, el trabajador gráfico anteriormente citado agregaba que la Huerta era algo más que la producción de alimentos, pues lograba atraer a otro tipo de públicos.

"la huerta es algo simbólico porque de acá no van a comer familias. Es la primera vez que veo algo así -y mirá que tengo muchos años en esto-. Parece que funciona porque parte de la burguesía también se engancha, se acercan con sus hijos para hacer otra cosa, ellos están aburridos de que todo es para ver porque lo que hace Mauricio Macri [el Jefe de Gobierno] y las grandes empresas es todo para ver, nada para tocar. Shoppings y Puerto Madero. Sólo piensan en el consumo [y en las ganancias]" (Entrevista a un asambleísta del Enero Autónomo, 60 años, trabajador gráfico, 01/12/12).

Sin embargo, no era la primera vez que se observaba cierta conexión entre las asambleas y las huertas en la ciudad. Como ya se ha señalado, en la última década diferentes organizaciones

¹⁷⁶ El Enero Autónomo consistía en un encuentro donde diversos grupos "se juntaban para discutir, proponer, escuchar, construir, sobre lo que creían un horizonte viable: la Autonomía" como efecto de la crisis social, económica y política de la Argentina durante el año 2001 (Enero Autónomo en el Parque Centenario, 2013).

¹⁷⁷ En otros trabajos las asambleas suelen ser entendidas como espacios de deliberación entre vecinos (Bottaro y Sola Álverz, 2011). En este marco teórico, en cambio, las asambleas son conceptualizadas como agenciamientos maquínicos que instalan diversas situaciones, como por ejemplo, talleres, eventos y huertas (Fernández, 2011).

sociales que reivindican la horizontalidad y la construcción colectiva apelaron a la realización de huertas como parte de las luchas. Dicha tendencia se ha sumado a lo que se podría llamar las movilizaciones socioambientalistas, como lo muestra la huerta El Bosquecito en el marco de un conflicto surgido por la construcción de una mega obra inmobiliaria en la costa de Vicente López (Provincia de Buenos Aires, 2010) y la huerta surgida en el marco contra la instalación de la empresa Monsanto en Malvinas Argentinas, ubicada a 12 kilómetros de la capital cordobesa (Provincia de Córdoba, 2013)¹⁷⁸. Las razones para la realización de una huerta estaban asociadas a las formas de pensar de un grupo particular, los assembleístas “experimentados” que serán presentados a continuación. A su vez, en el testimonio anterior y como veremos más adelante, detrás de dicha acción hortícola había un proyecto de ciudad que buscaba trascender ese aburrimiento que se relacionaba con “todo para ver [y] nada para tocar”¹⁷⁹.

Otras voces, sostenían que la huerta era “una forma de protesta” donde se manifestaba el malestar colectivo frente al enrejado pero desde una mirada propositiva¹⁸⁰. Con el transcurrir de los días, algunos cambiaban dicho parecer para señalar, no con cierta sorpresa, que la experiencia hortícola era algo más que protestar porque en ese espacio ellos “hacían” y a su vez deshacían el capital¹⁸¹. Según estos discursos, la Huerta no sólo tenía efectos en la comunidad al lograr que los chicos del barrio se acercaran para aprender sobre la procedencia de los alimentos y así problematizar algunos aspectos de la vida cotidiana. También afectaba al interior del acampe al mantener “activos” a los propios acampistas quienes -además de “trabajar la tierra”- denunciaban otras luchas, como por ejemplo, los intereses económicos asociados con la distribución de los alimentos¹⁸².

c. 2) Dentro del grupo de los “assembleístas”, además de los huerteros “principiantes” estaban los “experimentados” que tenían cierta trayectoria en el tema de la agricultura en la ciudad. Junto a la experiencia hortícola llevaban a cabo otras actividades afines tales como el consumo en mercados de comercialización directa, el intercambio de productos en las ya mencionadas

¹⁷⁸ El concepto de movilización socioambientalista hace referencia a las luchas donde confluyen los integrantes de organizaciones nacidas a partir de reivindicaciones sociales y los participantes de agrupaciones de carácter ambiental o ecológico (Wagner, 2008).

¹⁷⁹ Entrevista a un assembleísta del Enero Autónomo, economista de 40 años, 01/12/12.

¹⁸⁰ Entrevista a un acampista, desocupado, participó de la Huerta Orgázmika con 22 años, 01/12/12.

¹⁸¹ Esta reflexión se inspira en los denominados “componentes maquínicos”; es decir, una multiplicidad que no se sabe bien lo que implica, que se metamorfosea, pero incluye líneas de articulación o de segmentariedad, planos, territorialidades; y también, líneas de fuga, movimientos de desterritorialización y de destraficación (Deleuze y Guattari, 1994, p. 8).

¹⁸² Entrevista a un acampista, desocupado, participó de la Huerta Orgázmika con 22 años, 01/12/12.

“gratiferias”, el reciclado de materiales, las construcciones de adobe y el trabajo comunitario¹⁸³. Dentro de este circuito verde, sobre el cual ya se han mencionado algunas características, la Huerta ocupaba un lugar central y esto en parte explica por qué la defendían frente a los cuestionamientos del resto de los grupos mencionados anteriormente.

Según este subgrupo, lo que diferenciaba a la huerta de otro tipo de actividades era el apoyo de diferentes colectivos. Al respecto manifestaban que la actividad “se notaba”, “crecía” y era “bien vista” por los vecinos del barrio y por muchos de los que transitaban la zona¹⁸⁴. De hecho, según esos asambleístas, la aparición de los zapallos, el crecimiento de las lechugas y el olor de las especies aromáticas eran fenómenos que lograban llamar la atención de todos, incluso los reporteros que seguían el conflicto. A su vez destacaban que la Huerta atraía a aquellos que no ingresarían en un acampe -ya sea por desconfianza o por temor- como por ejemplo los padres junto a los hijos, los docentes y los estudiantes. Esto se debía a que era “un espacio de aprendizaje” que lograba convocar a un público particular, con ciertas simpatías por la cuestión ambiental¹⁸⁵.

Como resultado de sus experiencias previas en otro tipo de luchas, los “experimentados” hacían uso de la dimensión asistencialista de la agricultura urbana accionando la idea de la autoproducción de alimentos para los sectores empobrecidos de la población, propuesta que se encuentra legitimada en el imaginario social y que les permitió justificar la medida de protesta¹⁸⁶. En la asamblea posterior al primer intento de desalojo de la Huerta Libre y frente al cuestionamiento sobre los efectos colaterales de realizar una huerta en un parque público, uno de los huerteros sostuvo lo siguiente:

“La huerta es una actividad que convoca a mucha gente, miren lo que pasó el miércoles [en el encuentro de Introducción a la Permacultura]. Hoy [la policía] vino para desalojar la huerta; pero si no está la huerta, viene por el acampe. Por eso es importante. La huerta es una apuesta, va más allá, es un paso más. Además, no es lo mismo desalojar

¹⁸³ Como la minga, antigua tradición en la cual se convocaba a la población local para realizar un determinado trabajo que -por el encuentro y por la forma de organización- se convertía en una celebración colectiva.

¹⁸⁴ En este caso la palabra vecinos hace referencia a la idea de aquellos que se incorporaban a la causa pero que todavía no estaban participando de la asamblea.

¹⁸⁵ Entrevista a una huertera de 25 años que tenía su huerta en la casa, 17/10/12.

¹⁸⁶ Entiendo al imaginario social como el punto de partida -o el parámetro- a partir del cual se producen los valores, las apreciaciones, los gustos, los ideales y las conductas acerca de la realidad de las personas que conforman una cultura (Díaz, 1996:13-17). El imaginario no es la suma de todas las imaginaciones singulares. No es tampoco un producto acabado y pasivo. Es el efecto de una compleja red de relaciones entre discursos y prácticas sociales. El imaginario social interactúa con las individualidades. Se constituye a partir de las coincidencias y de las resistencias. Se manifiesta en lo simbólico (lenguaje y valores) y en el accionar concreto entre las personas (prácticas sociales) (ibíd.).

una huerta que un acampe de unos cuantos locos que están dentro del Parque. La huerta da de comer, es una actividad como otras, pero es más difícil de desalojar, por eso yo opino que la huerta tiene que estar” (Comentario de un huertero de unos 30 años que también había asistido a la Huerta Orgázmika, 16/10/12).

En este sentido y así como Bauman y May (2007) definen el “pensar sociológicamente” como aquel que “puede aguzar nuestros sentidos y abrir nuestros ojos a nuevos horizontes más allá de nuestras experiencias inmediatas”, el huertero concluía su comentario diciendo:

“yo no voy a dejar de hacer huerta, yo busco multiplicar esto, con rejas o sin rejas, yo voy a seguir apostando a esto porque esto es otra forma de pensar” (Comentario de un huertero, 16/10/12).

En la escuela permacultural esta “otra forma de pensar” implicaba la creación de un espacio de diálogo entre los seres humanos y la naturaleza en respuesta propositiva frente a la crisis ambiental, que también era percibida como una crisis societaria. Desde este marco, este subgrupo se proponía replicar la experiencia hortícola en todo tipo de espacios porque esa era su manera de habitar la ciudad y de hacer visible tres causas que ellos consideraban que no estaban en la agenda pública: el espacio público, el ambiente y la forma de vivir la ciudad. Lo novedoso de este período en cuanto al tema de la agricultura realizada en la Ciudad de Buenos Aires es precisamente esa relación imbricada entre la lógica asamblearia y la lógica ambiental que se traducían en la realización de una huerta como modo de protesta en un lugar poco común: el corazón de un parque público.

Al respecto y en palabras de Fernández (2011, p. 61), podría decirse que la Huerta Libre se constituyó en un “juguete rabioso”. “Rabioso” no por acciones de violencia, sino de rabia que por un lado aporta potencia de invención y por otro afronta alternativas comunitarias. “Juguete” no por divertir, sino como sitio de experimentación de nuevos modos de productividad -económica, simbólica, organizacional- y de subjetivación. En esta oportunidad y desde estos “juguetes rabiosos”, los “experimentados” en la realización de prácticas agrícolas en la ciudad proponían subvertir la vida cotidiana en pos de debatir no sólo el tema del espacio público -causa principal en este reclamo- sino también lo ambiental, pero no como una cuestión de moda, sino como un problema de importancia social.

4.5.2 La huerta como el escenario de un conflicto: los dos acampes

Si bien las diferentes posiciones sobre la Huerta generaron tensiones al interior del grupo, ese no fue el motivo de la ruptura. Los problemas entre los “pibes de la canchita”, los “punks” y los “asambleístas” fueron el desencadenante principal de la división del acampe y, posteriormente, del desplazamiento de los acampistas hacia otras luchas que tenían formas de protesta similares tales como las llevadas a cabo por esos días en el Teatro San Martín, donde se realizaría una huerta en macetones¹⁸⁷. En cuanto al conflicto sucedido dentro del acampe, uno de los participantes sintetizaba la situación bajo las siguientes expresiones:

“El problema hoy en día del acampe y del Parque Centenario, es que nos rodean chorros loco, y son dos tres personas no más, y todos saben quiénes son, basta de miedo ‘men’. Tienen la música hasta las cuatro o cinco de la mañana encendida y si alguien la quiere apagar cocorean, no acampan, no construyen, no ayudan” (Comentario de una ex acampista, 9/10/12, “no a las rejas en el parque centenario”, 2012).

Las sospechas de robo que se iniciaron con la extracción de celulares, entre otros objetos, fueron creando un clima de tensión y nerviosismo. La convivencia en el acampe resultaba cada vez más difícil. Los “pibes de la canchita” habían formado parte del acampe desde el inicio pero no todos los asambleístas aceptaban su participación, revelando un fuerte rechazo y una estigmatización asociada con la violencia, los delitos y la anomia.

Con el correr de los días la situación al interior del acampe se volvió insostenible y a tan sólo cinco semanas de la creación de la Huerta se podía observar que en uno de sus laterales -y alejado del núcleo principal del acampe- “brotaban carpas de colores”¹⁸⁸. El acampe quedó dividido en dos bandos: por un lado, la conformación de un grupo con los “pibes de la canchita” y algunos “asambleístas” que estaban instalados en el sitio original del acampe y, por

¹⁸⁷ Dicho conflicto se originó en 2007 cuando, debido a las obras de mejoras del Centro Cultural, el Gobierno decidió reubicar las actividades de una sala a otro espacio perteneciente al gobierno porteño sin el consentimiento de docentes y estudiantes. Frente a una política de vaciamiento institucional, en agosto de 2010 un grupo de talleristas ocupó la sala en forma de reclamo. A principios del año 2013, el Gobierno de turno resolvió impedir el ingreso al teatro con lo cual un centenar de jóvenes decidieron realizar “un acampe [indefinido] frente a uno de los accesos al centro cultural, en la Plaza Seca con la instalación de carpas” para exigir el libre acceso y garantizar las actividades hasta el momento programadas (Indymedia, 2013b). La Asamblea de los Vecinos del Parque Centenario y los manifestantes de la Sala Alberdi estaban en contacto desde el principio del acampe y así lo manifiesta uno de los participantes en un programa radial donde expresó “los chicos de la Sala Alberdi están participando desde la convocatoria de la Feria del Libro Independiente y Alternativo [...] y se acercan todos los días, hay algunos que son vecinos, así que estamos en relación” (Partido Pirata de Argentina, 17/14/12).

¹⁸⁸ Entrevista a un acampista, desocupado, participó de la Huerta Orgázmika con 22 años, 07/11/12.

otro, el grupo de los “punks” y los “asambleístas” que se habían trasladado a la Huerta con el propósito de cuidarla:

“[...] de este lado estamos nosotros, los que cuidamos la Huerta; del otro lado de la puerta del Parque están todos, estamos nosotros y también los chicos del Parque que no tienen dónde vivir, [son] indigentes, como por ejemplo Luciano que es uno de los más grandes, tiene 28 años y vive hace mucho tiempo dentro del Parque. Lo vengo apalabrando hace rato, al principio [del acampe] eran más violentos y ahora se están calmando un poco, pero la convivencia se hace realmente difícil” (Entrevista a un acampista, desocupado, participó de la Huerta Orgázmika con 22 años, 07/11/12).

En palabras de Segura (2009, p. 59), la división del acampe en dos sectores -ambos formados por “asambleístas” pero uno integrado con “los pibes de la cancha” y otro con “los punks”- nos permite pensar en dos cuestiones. Por un lado, cómo las distancias sociales se materializan en una configuración espacial, es decir, dos acampes dentro del mismo Parque. Por otro, cómo dicha configuración (re)produce la desigualdad social excluyendo al sector más vulnerable: los “pibes de la cancha”. En este caso, como en tantos otros de la ciudad, las distancias sociales se convirtieron en límites espaciales. A su vez, dichos límites se manifestaron en categorías nativas, los “pibes de la cancha”, los “punks” y los “asambleístas”. Esto finalmente se relacionó asimétricamente bajo la lógica de un “nosotros” y un “ellos” o, en otros términos, en amigos y enemigos, cuyos principios de visión y división social organizaron la vida cotidiana y sirvieron de marco para los conflictos que desintegraron el acampe.

La partición del acampe acabó por excluir de la protesta a los “pibes de la cancha”, lo cual se reflejaba espacialmente al quedar marginados del nuevo acampe y, por lo tanto, del centro de la escena que era la Huerta. Allí no sólo se sembraban especies hortícolas sino que también se discutían las formas de lucha, las estrategias y los planes a seguir. Los “pibes de la cancha” además de ser estigmatizados por diferentes sectores que realizaban actividades dentro del Parque (los vecinos, los jubilados, etc.) eran agraviados por los “punks”, quienes los llamaban despectivamente “lúmpenes”, “indigentes”, “que se [instalaban] en el acampe y [ranchaban]”¹⁸⁹. Dicha estigmatización tuvo como efecto, en términos de Wacquant (2007:213), la exacerbación de las prácticas de diferenciación y distanciamiento sociales

¹⁸⁹ Por ejemplo, refiriéndose a un grupo de jubilados que construyó un centro y a quienes ayudó antes de obtener el permiso del Gobierno para realizar sus actividades de recreación, uno de los “pibes de la cancha” que habitaba el Parque con anterioridad al conflicto decía estar muy dolido: “yo trabajé mucho para los viejos, les puse el piso del centro y ¿ahora me van a mirar feo? No. Los conozco a todos. Los viejos están hace mucho tiempo, ellos también ocuparon el lugar, pero ahora tienen permiso y los banca el Gobierno, pero no pueden decir nada porque ellos hicieron lo mismo que nosotros: ocuparon el espacio sin permiso” (Entrevista a un acampista y habitante del Parque, 07/11/12).

internos contribuyendo a disminuir la confianza interpersonal y a minar la solidaridad local. Muchos de los participantes de la asamblea dudaban del interés de estos jóvenes por la protesta y presuponían que se habían unido a la causa con otros intereses, ya sea un lugar para estar, un refugio de calor donde pasar la noche o algo para comer. Como veremos más adelante, sobre este grupo también recaían sospechas en cuanto a su complicidad con la policía local, incluso algunos sostenían que habían provocado conflictos en las inmediaciones, dando lugar al accionar policial.

4.5.3 El quiebre del acampe

A pocas semanas de la división del acampe, la violencia finalmente se desató en su forma más cruda generando el quiebre del grupo y el desplazamiento definitivo de una parte del acampe hacia otro lugar. El desencadenante fue la golpiza que le propinó uno de los “pibes de la canchita” a un asambleísta y la posterior reacción de uno de los grupos que tomó represalias como forma de respuesta. Para los participantes del acampe dicho conflicto no era considerado como el único factor de desgaste pero sí el más importante porque la situación se había vuelto insostenible no sólo por la falta de compromiso sino por la ausencia de una estructura organizativa que lo contuviera¹⁹⁰. Incluso algunos de ellos señalaban que no era una situación novedosa puesto que la misma situación se había producido “en La cucha y en otras casas de Resistencia”¹⁹¹.

En distintas asambleas surgió una preocupación recurrente: ¿qué hacer con los “pibes de la canchita”? Se evidenciaban dos posiciones contrarias. El primer grupo no estaba de acuerdo con la participación de “los pibes de la canchita”. Una parte se inclinaba hacia una respuesta violenta como forma de represalia; mientras que otros se abstenían de participar de las represalias pero las apoyaban enérgicamente. Algunos pocos también proponían que los expulsaran del acampe porque la lucha no les resultaba significativa y “así, la cosa no [funcionaba]”¹⁹². En el segundo grupo, en cambio, se presuponía que la disputa era por el proyecto grupal y que el punto estaba en decidir qué hacer con la realidad de la calle y de lo cotidiano¹⁹³. Algunos manifestaban que -si alguien no entendía la situación de los “pibes de la

¹⁹⁰ Comentario de un asambleísta, Facebook no a las rejas en el parque centenario, 24/11/12.

¹⁹¹ La cucha se trataba de un espacio “okupado, recuperado y compartido” por la Asamblea de vecinos de La Paternal en el año 2002. El comentario fue realizado por un asambleísta, Facebook no a las rejas del parque centenario, 22/10/12.

¹⁹² Entrevistas a un huertero, estudiante de Diseño, Imagen y Sonido, 17/10/12 y 20/10/12.

¹⁹³ Entrevista a Sandra, microempresaria, 02/12/12, Marcha Mundial contra la empresa multinacional Monsanto.

canchita"- debía dejar la protesta porque la manera violenta no aportaba a la causa¹⁹⁴. Otros se proponían hacer un trabajo de base y "de apalabramiento" convirtiéndose en mediadores que buscaban aquietar los bandos para que no se convirtiera en una "pelea de pobres contra pobres" donde los "pibes de la canchita" no eran el enemigo, sino productos del capitalismo a los cuales había que integrar a la propuesta¹⁹⁵. Desde esta última posición y bajo una reflexión crítica sobre el propio accionar, una de las jóvenes sostenía que trabajar con los chicos de la calle no era sencillo y que en algunos casos era necesario asumir la dificultad cediendo el espacio.

"tenemos que entender que nosotros también somos el sistema, y somos tan culpables como las grandes empresas, cuando dejamos de lado a la gente que fue oprimida toda su vida [...] yo entiendo la bronca que hay por toda la violencia que estos pibes generan, pero ¿qué pensamos que iba a pasar cuando nos pusimos como meta defender un espacio público en la calle? ¿Que toda la realidad de mierda que se vive nos pasaría de largo como si nada? ¿Que estos pibes iban a cambiar sus formas para entendernos de un día para otro? Hay que entender que laburar en la calle es difícil y asumir cuando no podemos con ello y en vez de generar mierda e ir a golpear a los pibes que nos lastiman, irnos y luchar en otro lado" (Comentario de una asambleísta en Facebook no a las rejas del parque centenario, 24/11/12).

El conflicto develado mostraba una dinámica social particular: la estigmatización hacia el pequeño grupo que habitaba el Parque provenía de distintos sectores sociales, incluso los acampistas. Es decir, la construcción de los "pibes de la canchita" como "problema" no sólo aparecía en la mirada exterior de los vecinos sino que también se reflejaba dentro de la asamblea¹⁹⁶. Esto dividía las opiniones entre quienes los veían como victimarios (una fuente de peligro, temor e inseguridad) y quienes los veían como víctimas de un sistema económico y social, desplazando así el foco del problema a los procesos sociales de producción de desigualdades y a los mecanismos de estigmatización social hacia los sectores sociales desfavorecidos. Tras haber vivido situaciones semejantes, este último grupo advertía que en este tipo de "movidas" se adoptaban tres acciones cuyo orden variaba según el caso particular: 1) por un lado, se decidía alojar al grupo buscando convivir con las tensiones hasta que eso

¹⁹⁴ Comentario de un huertero, estudiante de Ciencias Políticas, 01/12/12.

¹⁹⁵ Los fragmentos utilizados provienen de entrevistas realizadas a un acampista, 07/11/12 y 01/12/12 y comentarios en el Facebook no a las rejas parque centenario, 24/ 12/12.

¹⁹⁶ En un estudio sobre las formas de acceso, regulación y exclusión del espacio público urbano; Segura (2012, p. 195) demuestra cómo una banda de jóvenes se constituye para los demás actores barriales en un "problema" por el temor que este grupo generaba en las personas diariamente recorrían el paseo público.

fuera posible; 2) por otro lado, se proponía expulsar al grupo en cuestión utilizando las mismas estrategias que los enrejadores aunque muchas veces sin reconocerlo y/o 3) finalmente, se abandonaba el espacio en búsqueda de otras lucha para no reproducir las condiciones del sistema. Esta última acción formaría parte del desenlace del acampe del Parque Centenario.

A pesar de las reflexiones sobre el tema y la realización de asambleas con el objeto de encontrar una solución conjunta, las tensiones entre los diferentes grupos continuaron. En enero de 2013, el acampe y el Enero Autónomo fueron trasladados a la ya mencionada lucha del Teatro San Martín por el cierre oficial de una de sus salas. El resultado fue el abandono parcial del espacio y, en forma correlativa, de la Huerta Libre Parque Abierto. Al respecto, uno de los asambleístas manifestaba que había que esperar:

“con los niños y las mujeres no hay problema [pero nosotros -los hombres- no podemos volver más a la Huerta Libre], los pibes de la canchita son muy territoriales pero con los chiquitos no se meten” (Entrevista a un huertero, 13/01/13).

La Huerta Libre quedó al cuidado de los que pasaban a visitarla en forma anónima. Los transeúntes -sobre todo los niños- se acercaban a mirar, pasear y encontrar las diferentes especies a partir del uso de los sentidos. Los adultos recorrían los caminos y cosechaban lo que estaba disponible: frutos, flores y hojas. Sin embargo, muchos de los que se acercaban a ella no intervenían en las tareas de mantenimiento como el riego o la resiembra mostrando que, en esta etapa, la naturaleza se expresaba por sí sola.

Este no fue un proceso excepcional. De hecho, es una mecánica que se repite en las huertas de nuestra Ciudad. La experiencia indica que muchas prácticas hortícolas se crean abiertamente hacia la comunidad. Para el grupo motor, la huerta se constituye en una forma particular de habitar la ciudad, junto a un conjunto de prácticas y discursos en consonancia. Desde ese convencimiento, invitan a otros grupos a participar de la propuesta; sin embargo, con el transcurrir del tiempo, entran en tensión, diálogo y negociación un conjunto de normas explícitas e implícitas que prescriben y proscriben acciones y usos del espacio en cuestión que trascienden la propuesta hortícola. Desde los estudios realizados por Zibechi (2008), estas contradicciones son explicadas como parte de los movimientos que abren nuevas posibilidades para el cambio social pero que no representan ninguna garantía de transformación en tanto estos emprendimientos nacen y buscan crecer en el núcleo más duro de la dominación del capital.

Otro de los puntos importantes de este capítulo es que las tensiones y las situaciones conflictivas que aquí se describen ponen en entredicho los estudios técnicos, productivos y

organizativos que analizan a la agricultura urbana como una actividad armónica. La Huerta Libre no sólo fue un espacio de encuentro y diálogo entre sujetos de diversa procedencia sino también de conflicto y de reproducción de la desigualdad social. La Huerta Libre era un producto social que partía de las interacciones sociales y reproducía las mismas problemáticas. En efecto, durante los últimos quince años las huertas que no contaban con el apoyo de las autoridades locales tuvieron dos desenlaces posibles: o dejaron de ser comunitarias por el predominio de uno de los sectores involucrados en el conflicto en cuestión, o quedaron abandonadas y libradas a los que se interesaran en la propuesta.

4.6 El concepto de huerta desde la perspectiva pro-rejas

En el apartado anterior se presentó de qué modo los conflictos al interior del acampe produjeron el desgaste entre los participantes. No obstante, ni las fricciones internas ni las diferentes posiciones respecto a la Huerta lograron poner fin a dicha acción. El desmantelamiento de la Huerta se produjo principalmente por efecto de la “visión ordenancista” del espacio público y de la naturaleza como mostraré en los siguientes dos apartados.

Desde su creación, la Huerta Libre Parque Abierto fue una figura controversial dentro del Parque. A tan sólo cinco semanas de su instalación, la convocatoria efectuada por la Asamblea de Vecinos para mejorar la participación ciudadana arrojó importantes resultados que se manifestaron de dos formas, el incremento de la biodiversidad y la creación de novedosos sectores hortícolas, producto de un intenso tráfico de materiales. Allí no sólo se acarreaban recursos vivos como semillas, plantines y lombrices -provenientes de otras huertas de la ciudad- sino también herramientas, macetas, bañaderas, alambrados, señalizadores y sobre todo saberes¹⁹⁷.

Con esos elementos los huerteros lograron construir diversas estructuras, entre ellas, a) una zanja para la salida del agua b) un estanque con especies acuáticas, c) una abonera para reciclar basura orgánica, d) un horno de barro para cocinar, e) una sala de estar que contaba con un fogón y un sillón de dos cuerpos tapizados y f) varios canteros de múltiples formas que -con la ayuda de alambres, cañas, palos, hilos de plástico y arcilla de la “calicata local” -

¹⁹⁷ En cuanto al crecimiento de la biodiversidad, en un período muy corto de tiempo el predio ya contaba con tomates, lechugas, achicorias, acelgas, zapallos, porotos, girasoles, papines y albahacas (hortícolas); oréganos, melisas, mentas, romeros y burritos (aromáticas); kalanchoes, aloes, tunas y cactus (plantas carnosas); malvones, tacos de reina y hortensias (florales) y paltas, bananos, duraznos y nísperos (frutales). La convocatoria a todos aquellos que quisieran aportar en la huerta fue realizada en Indymedia (2012b).

levantaban los zapallos, los melones y los porotos del suelo¹⁹⁸. El conglomerado de técnicas llamaba la atención de los transeúntes marcando sustanciales diferencias con las huertas promovidas por las revistas especializadas en el tema y los medios de comunicación masivos. Recordemos que en las huertas asesoradas por los técnicos del Pro huerta predomina la dimensión horizontal y lineal. En cambio, en el caso de la huerta permacultural, las estructuras tienden a ser verticales y de múltiples formas.

Justamente estas transformaciones en el espacio e incluso la forma no convencional que adoptó la Huerta contribuyeron aún más a que los vecinos desaprobaran la propuesta:

“La verdad es que no veo una huerta. Yo trabajé en la tierra y veo que a esta huerta le falta orden si quieren progresar. El orden implica seguir reglas, seguir una jerarquía, no podes hacer cualquier cosa en cualquier lado ¿Cómo van hacer una huerta en medio de un Parque? Un Parque no es para hacer una huerta. Un Parque es para estar y para ser cuidado por jardineros. La gente tiene que andar por los caminos que para eso se hicieron. Pero a estos chicos no les importa nada. Son unos cirujas, no estudian, no hacen nada y vos que sos universitaria -señalándome a mí en busca de complicidad- sabes que hay que estudiar para hacer este tipo de cosas. Además, ¿qué cosechan? Porque si fuera para comer tendrían que cosechar algo, ¿no? (Héctor, vecino de 70 años, ex bancario nacido en Galicia en la época de Franco. Entrevista realizada en el Parque Centenario, 24/10/12).

Este argumento no es propio de la Huerta Libre. Durante los últimos quince años se han escuchado decenas de historias similares en las cuales el orden, el progreso y el conocimiento técnico fueron los elementos recurrentes a la hora de objetar distintas experiencias de agricultura en la ciudad. De hecho, en un trabajo anterior (Gallardo Araya, 2009), por medio de los conceptos desarrollados por Bourdieu, el análisis de los discursos y el tratamiento de diferentes imágenes como las que se muestran a continuación, me propuse señalar que no existe una descripción “neutra” sobre gustos en materia de diseños. En efecto, es posible observar que existe una pluralidad de gustos vinculados con los diferentes puntos de vista, con las luchas simbólicas por la producción e imposición de las maneras legítimas y, más precisamente, con las estrategias de llenado que producen el sentido de los objetos del mundo social.

¹⁹⁸ Con el concepto de calicata local quiero señalar la existencia de diferentes perforaciones que permitían ver en qué tipo de suelo estaba ubicada la Huerta Libre.



Fotografía Nº 1 (Revista Jardín, 2001)



Fotografía Nº 2 (Huerta Orgázmika, 2009)

Lo que busco señalar en este estudio es que el orden, el progreso y el conocimiento técnico se encuentran estrechamente asociados a la visión ilustrada de la naturaleza que ya fue mencionada en este capítulo, la cual conlleva implícitamente la idea de utilitarismo y de civilización en el orden de lo natural. En este sentido, la aspiración a una huerta “ordenada” revela no sólo la escasa difusión y aceptación de las prácticas de tipo permaculturales -que tiene su propio orden basado en la experimentación y la reutilización de los residuos- sino también una sobrevaloración del llamado jardín histórico como arquetipo que aún predomina en el imaginario social, es decir, como un parámetro a partir del cual se producen los valores, las apreciaciones, los gustos, los ideales y las conductas relacionadas con la agricultura que se debe realizar en la ciudad.

Desde esta visión ilustrada de la naturaleza, el jardín es entendido como un espacio natural creado por hombres -no mujeres- que seleccionan las especies y disponen su ubicación en pos de producir un estado de civilización superior. Se presupone una visión de naturaleza material, es decir, una fuerza que interactúa con el hombre pero que éste debe y puede controlar, siempre y cuando posea conocimientos legitimados sobre el tema. Bajo la figura de jardinero, muchas veces asociado a lo estatal, se muestra un fuerte optimismo frente a la ciencia y la tecnología como medios para lograr el progreso ilimitado. Por ejemplo, uno de los policías de 25 años encargado de cuidar el vallado durante el conflicto, contrapropone a la huerta, la realización de “un vivero-huerta municipal cuidado por gente especializada”. Este tipo de relatos es representativo de aquellos que aceptan la utilización del espacio público para la agricultura pero con la condición de que sea llevada a cabo por expertos y propiciada por el Estado. Una concepción que claramente se opone a la realización de una huerta entendida

como espacio de experimentación y aprendizaje autogestivo, como es la propuesta de los huerteros urbanos.

Todo lo anterior, conduce a una posición particular en cuanto a la realización de una huerta. Allí deben predominar las formas geométricas rígidas (rombos, cuadrados y rectángulos), los senderos que señalizan el tránsito, el suelo controlado de malezas, los canteros elevados con bordes duros como maderas o ladrillos y las especies preseleccionadas para el consumo humano. Desde esta visión ordenancista en la que prevalece la idea del jardín histórico, la Huerta Libre Parque Abierto ni siquiera puede ser visualizada como tal. En algunos casos, incluso, es concebida como un basural y los huerteros como sujetos antisistema a quienes no les gusta trabajar identificados como “cirujas”, “vagos”, “zurdos”, “anarco huerteros”, “hippies” y/o “dealers”(Caballito Te Quiero, 28/01/13a).

Frente a las incoherencias de cultivar en las calles y vivir bajo el confort urbano, los vecinalistas normativos claman su retiro -no sólo del Parque sino también de la Ciudad- con expresiones como vayan “a las villas a trabajar con los indigentes” o “al campo que hay mucha tierra para sembrar”. Esto denota que las prácticas agrícolas se encuentran asociadas al ámbito rural y de manera desarticulada de la cotidianidad urbana. De hecho, son relatos que muestran cierta desafección en cuanto a la dependencia de los alimentos elaborados en los cinturones verdes y las estrategias vinculadas con la sustentabilidad ecológica tan publicitada en los últimos años. Por otro lado, también revelan que la actividad huertera está estrechamente asociada a estereotipos de “pobres”, tanto urbanos como rurales. A su vez, señalan la persistencia de un ideal de “barbarie” que estigmatiza a los sectores populares considerados como “seres sin cultura” que no sólo “destruyen los espacios verdes” sino que también padecen hambre porque “no quieren o no saben trabajar”. En esta línea, una de las vecinas del barrio se preguntaba “por qué no [iban] a hacer huertas al campo o a una villa y enseñarles permacultura a los indigentes así pueden producir su propia comida [...]” (vecinalista de la zona, Revista Horizonte, 2013a).

Lo que quiero remarcar aquí es que estos discursos muestran una conexión directa con las políticas elaboradas por los organismos internacionales y, a la vez, divulgadas por los medios de comunicación masivos. Desde estos discursos, las huertas están dirigidas a un beneficiario (urbano o rural) que puede ser educado (y sobre todo asistido) por un técnico que -con un saber específico- le enseñará a pescar sus propios alimentos, siempre y cuando, esté bien predispuesto a trabajar y a incorporar nuevas tecnologías para mejorar sus formas de vida en pos del progreso. En dichas políticas la agricultura urbana es considerada como “una estrategia de supervivencia” de la población pobre para responder a las necesidades urgentes de

alimentos y obtener ganancias rápidas empleando recursos insuficientemente utilizados, como por ejemplo, terrenos baldíos, aguas residuales tratadas, desechos reciclados y mano de obra desempleada (FAO, 1999b). Así las causas de la pobreza, el hambre, el desempleo o la explotación no están en discusión. Todo lo contrario. La preocupación está centrada en las consecuencias técnicas que pueden acarrear este tipo de prácticas, como por ejemplo, los riesgos para la salud pública por el uso inadecuado de insumos agrícolas y el manejo de aguas residuales que contaminan a los alimentos con patógenos y enfermedades (ibíd.)¹⁹⁹.

Los argumentos de corte ambientalista utilizados para la expulsión de los habitantes del Parque eran acompañados por un tipo de intervención paisajista particular, que se fundaba en el ideal de jardín histórico, entendido como una cultura cultivada, cultura de jardín o jardín cultural. Así los vecinos elegidos (Oszlak, 1991) definían los usos permitidos del espacio verde público y -en nombre de la recuperación y el ordenamiento público- desacreditaban las huertas que no seguían dichos cánones dentro de la ciudad. En suma, desde esta perspectiva, la huerta urbana sólo puede ser entendida en estrecho diálogo con ese tipo de jardín, así como también en relación con los usos considerados como bárbaros del espacio y, junto con ello, con los debates de la modernidad. En tal sentido, resulta oportuno parafrasear a Bauman (1997, p. 77) quien sostiene que “la emergencia de la modernidad fue un proceso semejante de transformación de culturas silvestres [custodiados por guardabosque] en culturas de jardín [custodiados por jardineros]”. En todo jardín, dice Bauman, hay una sensación de artificialidad precaria, que requiere la atención constante del cuidador dado que un momento de descuido o de mera distracción lo devolvería al estado del que surgió. En dicho contexto, las malezas - esas plantas no programadas- anuncian la fragilidad del orden impuesto; alertando al guardabosque o al jardinero acerca de la necesidad de supervisión y vigilancia (ibíd.)²⁰⁰. Al igual que las malezas de los jardines culturales, la Huerta Libre recordaba a sus vecinos la fragilidad

¹⁹⁹ El fragmento citado es de un artículo de la revista Enfoques 1999 denominado “Cuestiones de la agricultura urbana” elaborado por la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación basado en el informe La agricultura urbana y periurbana presentado ante el Comité de Agricultura de la FAO (COAG), que se reunió en Roma del 25 al 29 de enero de 1999 (FAO, 1999a). Dichas expresiones pueden ser interpretadas bajo el trabajo realizado por Foladori y Tommasino (2000, pp. 45–47) quienes agruparon las concepciones sobre el desarrollo sustentable en tres ejes: aquellos para quienes la sustentabilidad es exclusivamente ecológica; aquellos para quienes la sustentabilidad es ecológica y social pero lo social es un vehículo para llegar a la sustentabilidad ecológica presentando una sustentabilidad social limitada; y aquellos para quienes la sustentabilidad debe ser realmente social y ecológica en forma de coevolución entre naturaleza y sociedad. Según estos autores, el segundo grupo ocupa la posición oficial sobre el desarrollo sustentable y es allí donde se posiciona la idea de la agricultura urbana como una estrategia para apalear la pobreza. En dicho discurso, la pobreza es una de las causas de los problemas ambientales y no las relaciones sociales. Es más, podríamos decir que en este discurso la clase social se asocia con la degradación ambiental (ibíd.).

²⁰⁰ Aquí nos estamos tomando una licencia poética. En el texto de Bauman, el guardabosque alude a la Edad Media y el jardín al Estado de la Edad Moderna.

del orden impuesto. Además de las tareas hortelanas, en esa experiencia presente se ponía en cuestión los usos entendidos como civilizados dentro del espacio público.

4.7 El desenlace

En función de los acontecimientos, a fines de enero de 2013 y a pocas semanas del traslado del acampe, el Gobierno reanudó la colocación de las rejas por medio de una empalizada de chapa que alcanzó los tres metros de altura. Previamente, funcionarios, policías locales y personal especializado en la atención de familias con “riesgo social” desalojaron a los habitantes del lugar, retirando las tiendas precarias, los puestos de las ferias y los vehículos abandonados (Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2009). La gestión local argumentó que la medida tenía el propósito de reiniciar un “proyecto de recuperación” convenido entre el Gobierno, los vecinos y los puesteros que había sido obstaculizado por el accionar de un pequeño sector (Revista Horizonte, 2013b; Perfil y Clarín, /13a). En dicho discurso, los funcionarios sostenían que el desalojo de los habitantes había sido realizado sin “resistencia” puesto que estaba acordado con todos los sectores involucrados, salvo algunos que “no transigían” como los malabaristas, los manteros y un grupo que provenía de un centro cultural instalado en una “casa tomada” y a quienes se los responsabilizaba por la realización de un camping y una huerta (Clarín, 01/11/12).

En contraposición a estos relatos, los protagonistas describieron otra realidad. Funcionarios opositores al partido gobernante, vendedores, policías federales y habitantes coincidieron en sostener que el operativo había sido realizado sin previo aviso y en altas horas de la madrugada. Eduardo, uno de los “pibes de la canchita”, comentó que los habían desalojado a las cinco de la mañana y que de la Huerta Libre no había quedado nada, porque “la destruyeron”²⁰¹.

La manera en que se realizó la colocación de las rejas tuvo una inmediata repercusión mediática y política. En horas de la tarde, los assembleístas realizaron un corte de calle como parte de la protesta para definir los próximos pasos a seguir y hacer visible el problema ante el resto de la sociedad. Por ese entonces, la problemática había traspasado la instalación del enrejado. También se incluía la imposibilidad de acceder al Parque que había sido clausurado, así como la apropiación de la mercadería de algunos feriantes y la suspensión de las tareas laborales a cientos de personas que procuraban su subsistencia por medio de la venta de

²⁰¹ Entrevista a un habitante permanente del Parque, 19 años, changarín, 28/01/13.

productos y servicios (Indymedia, 2013a)²⁰². Por ese entonces, la calle era un espacio donde se configuraba un modo de operar que representaba la lógica del “y” (Fernández, 2011, pp. 17,88,262), una lógica propia de las asambleas barriales surgidas en el año 2001 bajo la cual, además de reconstruir la Huerta, se proponía recolectar firmas, organizar una coordinadora en defensa de lo público y también solicitar una consulta popular. Todas las propuestas que se aprobaban en la asamblea se ponían en ejecución de manera simultánea apelando a sostener el debate en situación, donde cada acción aparecía conectada con muchas otras, importando el modo de implementación y la apertura que daba a otras acciones futuras (ibíd.).

Finalmente y en relación a los hechos, la protesta realizada en la calle culminó en reprobación y violencia, luego de que uno de los “pibe de la canchita” forcejeara con un policía local. Los asambleístas fueron cercados por la policía y reprimidos con gases lacrimógenos y balas de goma. En el marco de una solicitud de información sobre las irregularidades del caso, la Defensoría del Pueblo declaró que se habían utilizado armas militares y vehículos sin identificación frente a una actitud “pasiva de los manifestantes” (Resolución N°0427, 2013). Los resultados del operativo fueron de diferentes tipos: hubo heridos trasladados a un hospital público, detenidos por el delito de “atentado y de resistencia a la autoridad” y habitantes desalojados que permanecieron deambulando en los alrededores del Parque por semanas²⁰³. Más tarde se comprobaría que la policía estaba preparada para lo que finalmente sucedió. Un efectivo policial afirmaba que los funcionarios “sabían que se iba a armar lío” y que por eso - además de la policía comunitaria habían dispuesto la Brigada Rápida de Intervención, “que está para pegar y para reaccionar en este tipo de enfrentamientos”²⁰⁴.

Los múltiples relatos permiten sostener que el desalojo fue en sí mismo una política pública para “disciplinar” los usos legítimos e ilegítimos del espacio urbano (Carman, 2011b). A partir del uso de la violencia estatal se sancionaron a aquellos sectores que “vulneraban” el principio de máxima intrusión socialmente aceptable, reafirmando los límites que separaban a los “ciudadanos comunes” de los considerados “ocupantes ilegítimos” (ibíd.)²⁰⁵. En relación a los discursos y las prácticas oficiales, Carman y Pico (2010) identifican dos tipos de discursos

²⁰² Una puestera contó la situación en términos dramáticos: “estuve vendiendo en la feria ayer y no dijeron nada del operativo. Hay una pareja que tiene una casa, los feriantes les dejan valijas con la mercadería y les pasan algunos mangos para que puedan vivir, esta mañana les quitaron todo y los sacaron. Ahora están en una calle por acá cerca, llorando” (Entrevista a una feriante de unos 35 años, 28/01/13).

²⁰³ A raíz de los hechos, la Defensoría inició una actuación de oficio (N° 708/13) y emitió una resolución que recomendaba esclarecer los acontecimientos evaluación el desempeño policial.

²⁰⁴ Entrevista a un policía de unos 25 años que estaba encargado de cuidar el vallado durante el conflicto, 12/02/13.

²⁰⁵ Este tipo de políticas son denominadas por Carman (2011b) como políticas de exceso, es decir, políticas en las cuales se obvia la necesaria intervención de la justicia, y en las que el gobierno pone en juego acciones ilegales sobre las poblaciones más desfavorecidas.

vinculados con la “recuperación” del espacio público que ayudan a comprender lo sucedido en el Parque Centenario. Por un lado, un discurso oficial que se asociaba con el constitucionalismo, en tanto que acentúa el valor público del bien desde ciertos derechos consolidados (ibíd.). En este caso, se expresaba en voces normativas como “dentro de la ley todo, fuera de la ley nada” o “tenemos un plan para hacer que recupere su esplendor y sea un lugar más seguro para todos los vecinos que lo disfrutaban todos los días” (Revista Horizonte, 2011 y La Nación, 24/08/12). Por otro, un discurso oculto que justificaba la expulsión de los “indeseables” que habitaban el Parque y que respondía a una lógica libertarista que priorizaba el “espacio común” como una suerte de bien privado de ciertos actores, en apariencia con más derechos sobre ese espacio que otros (ibíd.). Las prácticas expulsivas de los sectores populares -amén de formar parte de una política gubernamental- a su vez eran alentadas por ciertos sectores de la ciudadanía.

A partir de lo expuesto vemos de qué modo, bajo la concepción del espacio público como lugar accesible y abierto para todos, subyacía una concepción de lo público en sentido negativo, es decir, controlado para que no sea “degradado” por aquellos que lo utilizaban (Carman, 2011b). Además de limitar materialmente el uso del espacio con el signo más ostensible de la privacidad -la utilización de rejas-²⁰⁶, a partir de la figura de “jardín histórico” se apelaba a un ideario particular de “valores estéticos, paisajísticos y botánicos”. Así lo señalaban las aflicciones por parte de transeúntes, vecinos, ciertos funcionarios y policías en cuanto a la preservación de los bienes públicos, como por ejemplo, la importancia suscitada alrededor del mástil central, las diferentes esculturas de arte y los “200 árboles y arbustos” que se encontraban dentro del predio (Revista Horizonte, 2012d). En consecuencia, el espacio público no sólo no resultaba accesible para todos, sino que múltiples variantes de su apropiación eran enjuiciadas y castigadas en pos de recuperar el espacio para unos pocos que -en palabras de la presidenta de una de las asociaciones vecinales- representaba “la gente de bien” (Revista Horizonte, 2012g).

En cuanto a la Huerta Libre Parque Abierto su destrucción sólo fue tematizada por las voces de los más comprometidos con la propuesta agrícola. Así lo muestran distintos testimonios, como por ejemplo, un conductor de una radio independiente quien, además de pregonar que la tierra era “para plantar, para disputar, para usar”; apelaba a la memoria colectiva de la Huerta Orgázmika²⁰⁷. Otros se lamentaban por la pérdida de la Huerta señalando el contenido

²⁰⁶ Así como los muros en los enclaves fortificados que describe Pires do Rio Caldeira (2007) en San Pablo crean otro tipo de espacio público en la ciudad, las rejas del Parque Centenario también lo transforman al conferir una separación rígida y controlada que contradice los ideales de la heterogeneidad, accesibilidad e igualdad.

²⁰⁷ Comentario realizado en una de las asambleas, 31/01/13.

simbólico del accionar policial al atentar contra “la libertad de producir alimentos en forma autogestiva”²⁰⁸. A su vez, algunos se quejaban del fulgor partidista motivados por el accionar policial y sostenían que ellos seguirían allí cuando “las aguas se calmaran”, “poniendo el cuerpo”, con semillas y plantas²⁰⁹. También se hacían escuchar las voces que redoblaban la apuesta al proponer la auto producción de plantines en ámbitos privados y en otras huertas de la Ciudad, para gestar la próxima Huerta Libre Parque Abierto²¹⁰. De esta manera se develaban las diferentes formas que adquirirían las luchas de organizaciones nacidas de reivindicaciones ambientales que, por esos días, más que cuestiones ambientales discutían cuestiones societarias. Dichas organizaciones de carácter asambleario, que reivindicaban la horizontalidad y la construcción colectiva, disputaban los espacios públicos en los que se articulaban la urbanización acelerada, las relaciones capitalistas de producción y la lucha de clases. Al igual que en las lógicas asamblearias descritas por Fernández (2011, pp. 17,88,261–262), este colectivo huertero “tomaba en sus manos lo que había que hacer” y “en sus heterogeneidades multiplicaba [...] invenciones políticas”.

Para finalizar quisiera destacar que durante el funcionamiento de la Huerta Libre se fue gestando un listado de huertas de la Ciudad de Buenos Aires y sus alrededores que se actualizaba en función de los aportes recibidos con el propósito de mantener en contacto las diferentes experiencias y sobre todo las problemáticas que surgían en torno a dichos espacios. También se realizaban “gratiplantas” para “compartir plantines, gajos, semillas” y se planificaban diferentes encuentros con el propósito de armar una red²¹¹. La estrategia resultó eficaz. A partir de esta misma lógica, la propuesta agrícola se multiplicaría en diversos espacios públicos de la Ciudad, como por ejemplo, en la Asamblea del Parque Lezama y en el Parque Ameghino. Así lo muestra un joven de unos 25 años, panificador artesanal que había asistido a los cursos de la Ecoaldea Velatropa.

“Yo venía a regar y el día de la represión pude pasar por la huerta pero no había quedado casi nada. [Por ahí contaban que le habían] pasado topadoras por encima pero yo pude rescatar una planta de menta y de melisa. Lo que más me dolió fue la destrucción de la

²⁰⁸ *Ibíd.*

²⁰⁹ Comentario de un asambleísta de unos 40 años, 31/01/13.

²¹⁰ En este sentido, una de las cuestiones teóricas que aquí se muestra está vinculada con los estudios sobre las formas que adquiere la resistencia en los sectores dominados por el capital (Scott, 2004; Zibechi, 2008). Según Scott, “los de abajo” buscan formas de ocultar la resistencia material e ideológica para evitar que lo descubran y sobre todo para disimular la confrontación con las estructuras de autoridad y así evadir futuros problemas y represalias. En caso contrario, se atreven a seguir el camino del desafío abierto y colectivo sólo cuando fracasan las medidas menos drásticas, cuando la subsistencia se encuentra amenazada o cuando hay signos de que puede atacar con relativa seguridad (2004).

²¹¹ Comunicación de una huertera, correo de Hotmail, 11/08/13.

diversidad... eran alimentos ¿para qué destruirla? Después de ese primer contacto se me ocurrió tener una huerta. Apareció un terreno en Berazategui. Me gustaría que la gente viniera a trabajar, que sea una huerta comunitaria, como era la de acá, la onda que se había generado era muy buena. Por ahora, estoy buscando semillas” (Entrevista a un asambleísta, 25 años, panificador artesanal, 12/01/13).

Desde su concepción, la Huerta Libre había sido “una semilla que se siembra en forma de protesta”, percepción que también era compartida por otros participantes del espacio²¹². La semilla es, cabe remarcar uno de los pocos elementos que el horticultor necesita disponer si se quiere iniciar en esta práctica. Se convierte en un componente crucial y es valorado según la experiencia del que lo siembra. Tal vez, quien mejor expresa la importancia de este bien es una de las organizadoras de la I Feria Provincial de Semillas Nativas y Criollas, quien manifestaba lo siguiente:

“[las semillas] guardan un secreto [...] la sabiduría que teníamos que incorporar nosotros era aprender el ciclo de la vida y la muerte que está en la naturaleza y que esto tiene consecuencias muy concretas en nuestra vida, porque significa saber qué es lo que tiene que morir en cada uno de nosotros, en nuestra familia, en nuestras organizaciones, en nuestro Estado para que nazca una nueva vida, un nuevo proyecto de país, para que nuestras organizaciones se mejoren, para que seamos cada vez más fraternos” (Productora agroecológica de Cañuelas, Ministerio de Asuntos del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, 2007).

Una de las características de estos ambientalistas que los diferencia del resto de los ambientalistas es precisamente esa idea, sembrar semillas de cambio. Bajo el modelo rizomático desarrollado por Deleuze y Guattari (1994) y a partir de los testimonios aquí presentados, se podría suponer que la Huerta formaba parte de un tejido que reaparecía una y otra vez. Cualquier nudo del rizoma huertero podía conectarse con cualquier otro y se multiplicaba estableciendo conexiones constantes o efímeras con momentos de gran acción o de decaimiento, según las condiciones del contexto. La propuesta hortícola no era algo novedoso a pesar de su falta de visibilidad urbana y la forma en que se diseminaba tampoco, con el andar, los unos y los otros se conectaban desde hacía más de treinta años.

²¹² Ibíd.

5 CONCLUSIONES

Este trabajo se ocupa de comprender el fenómeno de las huertas urbanas en la Ciudad de Buenos Aires puestas en funcionamiento por diversos actores y grupos sociales, teniendo en cuenta tres ejes: lo productivo-económico, la cuestión ambiental y las disputas por el espacio. En relación a este asunto es importante recordar que en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires no existe una trayectoria de *allotments*, como ocurre en los países europeos. Es decir, parcelas alquiladas para la realización de huertas con fines no comerciales. Esto marca una diferencia sustancial con las prácticas realizadas en el Norte Global. De igual modo, ocurre con las fuentes oficiales las cuales escasean en términos de estadísticas gubernamentales y censos agropecuarios, así como también, los trabajos académicos que suelen ser tan prolíficos en otras localidades como Rosario, La Habana, Nueva York o Londres. Las huertas urbanas no alcanzan a ser un tema dentro del debate cotidiano, pero tímidamente se ha incorporado a partir de ciertas luchas, entre ellas, la producción del espacio público.

El objetivo general de este estudio se articula en torno a cuatro objetivos específicos, el primero de los cuales busca analizar los grupos sociales que llevan adelante las huertas urbanas en relación con el entramado de prácticas, símbolos y relaciones sociales, políticas y culturales en las que las mismas se encuentran insertas y de las que son en gran medida producto. El supuesto inicial se basa en una clasificación de huertas realizada en función de la clase social del grupo que las llevaba a cabo, es decir, en huertas asociadas con la clase baja, media y alta. Sin embargo, el desarrollo del estudio rectifica dicha suposición al observar que las huertas estudiadas no son puestas en práctica por una clase social excluyente -sea la media o la popular-, sino que en su dinámica convergen intereses, expectativas y experiencias corporales, así como tareas cotidianas, de distintas clases sociales. Esta constatación, que bien puede ser definida como una lógica equivalencial (Laclau citado en Carman, 2016) encarnada en la huerta, coincide con las apreciaciones de otros colegas respecto de las experiencias assemblearias post-crisis 2001, en el marco de las cuales también hubo un empalme de horizontes y proyectos, al menos temporario, entre ciertos sectores populares y medios de la urbe²¹³.

Si retomamos ahora el mencionado objetivo -analizar los grupos que llevan a cabo las huertas en nuestra ciudad-, uno de los propósitos del capítulo denominado *El mundo de las huertas en el marco global de la agricultura urbana* consiste en caracterizar a las huertas urbanas por

²¹³ Cfr. Carman y Yacovino (2007).

medio de un mapa para hacer visible lo que parecía invisible. Allí es posible mostrar que existen experiencias hortícolas en todos los barrios de la capital y en múltiples espacios, tanto públicos como privados. En dicho esquema también encontramos un alto grado de heterogeneidad en los objetivos, en los marcos institucionales y en el compromiso de los grupos que participan de las propuestas. En función de esas características, realizamos una primera clasificación considerando la disponibilidad de los factores para la producción económica (tierra, capital y trabajo). Así descubrimos la presencia de un cinturón hortícola cuya producción es destinada al mercado y de un grupo de huertas que no alcanzaba a producir volúmenes suficientes, ni siquiera para el autoabastecimiento, siendo este último grupo el que predomina en la Ciudad. Consiguientemente, a partir de diferentes tipologías realizadas en nuestro país y en otras localidades del mundo, subdividimos las huertas ubicadas en la Ciudad de Buenos Aires en tres tipos: formales (escuelas, hospitales y cárceles), informales (domésticas o familiares) y mixtas (bibliotecas, centros culturales, comedores y asambleas). Dicha clasificación no sólo nos ha permitido sostener que todas las huertas son terapéuticas. También nos ha permitido ratificar la hipótesis central de este trabajo donde se sostiene que el significativo interés en las huertas urbanas de la Ciudad de Buenos Aires no se explica únicamente por la producción de alimentos -y sus potencialidades económicas- sino que se despliegan por diferentes contenidos simbólicos que los actores involucrados le asignan a esta práctica, según su pertenencia de clase, su trayectoria histórica y sus expectativas. Es más, en ese mismo capítulo, con la revisión genealógica de la categoría agricultura urbana, dicho supuesto es complejizado al demostrar que la idea utilitarista de la agricultura es parte de un discurso dominante originado por los organismos internacionales, que penetra en los medios de comunicación masivos, así como también en los discursos y en las prácticas de diferentes sectores de la población.

La suposición siguiente gira en torno a mostrar que el interés por la actividad huertera está asociado a la recuperación de los espacios verdes, la impugnación por la privatización del espacio público, la reproducción social por parte de los migrantes y la aspiración a diferentes condiciones de vida dentro del ámbito urbano. Más aún, uno de los postulados originales del estudio es sostener que el interés por las experiencias hortícolas se encuentra principalmente explicado por la emergencia de la cuestión ambiental, entendida bajo un sentido amplio. Es decir, un asunto socialmente problematizado que, a partir de distintas posiciones sociales (Bourdieu, 1979, p. 156), los actores la internalizan de manera diferenciada (Leite Lopes, 2006), dando lugar a un abanico múltiple de prácticas. En función de estas conjeturas

encontramos dos elementos centrales en la discusión, uno vinculado con datos cuantitativos y otro con la experiencia presente.

En cuanto al primer elemento, cabe aquí mencionar que dichos supuestos se fundan en un hipotético aumento de las huertas que se observa a simple vista durante las recorridas de los distintos espacios. Este presupuesto nos indujo a buscar diferentes estrategias para caracterizar los aspectos cuantitativos de las huertas en la Ciudad de Buenos Aires. Los datos hallados se reconstruyeron con el apoyo de diferentes estudios bajo una mirada histórica. Así descubrimos que ciertos autores confirman nuestra hipótesis central al señalar que la mayoría de las propuestas compartían -a principios de democracia y en sintonía con el proceso de la ambientalización de lo social- objetivos de organización social, de carácter moral o religioso - como en los programas llevados adelante por movimientos de acción comunitaria- e inclusive de carácter ético alimenticio como en los movimientos naturalistas o a favor de la agricultura orgánica (Gutman y Gutman, 1986). Además de la planificación urbana, dichos autores recomiendan la formulación de un programa gubernamental que fomente las actividades agrícolas por variados motivos, entre ellos, la alimentación y la independencia urbana. Así se anticipan a lo que luego sería conocido como el Pro huerta, una política pública dirigida a la población “en situación de pobreza” (Schonwald, 2010a) que busca dar respuesta a la crisis hiperinflacionaria del año 1989, en un contexto donde -no casualmente- lo ambiental comienza a tener cada vez mayor presencia en la esfera institucional (Leite Lopes, 2006)²¹⁴.

En esa búsqueda cuantitativa, también reafirmamos que los únicos datos disponibles -pero orientativos por su nivel de confiabilidad- son los proporcionados por el Programa nacional Pro huerta²¹⁵. Por medio de esos datos, pudimos observar que el colapso económico multiplica las experiencias hortícolas pero no las explica. Sin duda, durante los años noventa las prácticas agrícolas encuentran un significado particular asociado con la crisis económica, social y política que se profundizó a principios de los años 2000 con el nuevo marco de movilización y protesta. Allí las huertas tienen un papel singular, especialmente las propuestas comunitarias como por ejemplo los centros culturales, las bibliotecas populares y las asambleas barriales. Luego de la crisis, algunas de ellas continúan en funcionamiento mostrando que, si bien es indudable que la pobreza y la escasez de alimentos son causas fundamentales para el desarrollo de la

²¹⁴ Cabe aquí señalar que en el año de la formulación del Pro huerta (1992) se celebraban de manera simultánea la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano y el Foro Internacional de Organizaciones No Gubernamentales y Movimientos Sociales, ambos eventos situados en Río de Janeiro.

²¹⁵ En la búsqueda de datos, uno de los descubrimientos alcanzados ha sido identificar al Programa Pro huerta como línea de estudio a futuro. Esta política pública directa, como ya se ha señalado, se vincula al sector agropecuario pero tiene mucha influencia en las áreas urbanas y periurbanas, con más de un 70% de experiencias ubicadas en dichas zonas.

actividad, dichas propuestas tienen un significado que trasciende lo que aquí hemos denominado la “agricultura de crisis”.

Otra de las conclusiones principales que se puede extraer de los datos cuantitativos elaborados por el Pro huerta es que -a nivel país y en el último período- el número de las huertas se encuentra estancado e incluso tiene una tendencia decreciente. Es decir, a pesar del creciente aumento durante las dos décadas pasadas, desde el año 2009 la cifra comienza a decaer. En la zona bajo estudio, sin embargo, se observa lo contrario. Las curvas muestran una disposición creciente de la actividad a partir del año 2008²¹⁶. Luego de todo lo expuesto y analizado en este trabajo podemos aventurar que esos cambios están relacionados con las siguientes cuestiones:

1. el resurgimiento de los mercados de comercialización corta en diferentes barrios de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
2. las mejoras en el acceso a los recursos básicos para la realización de huertas en términos de semillas y/o cursos especializados,
3. el incremento del consumo de los productos orgánicos acompañado por la existencia de un precio diferencial y
4. el apogeo de movimientos socioambientalistas en contra de las prácticas extractivistas como la minería, el petróleo y el monocultivo de exportación.

A esto agregamos las recientes políticas gubernamentales locales vinculadas con la “ciudad verde”, bajo un fuerte énfasis en el reciclado de los residuos, las estaciones de primeros auxilios y las ferias de comercialización.

En cuanto al segundo elemento, si una de las hipótesis consiste en sostener que el significativo interés por las huertas urbanas no se explica únicamente por la producción de alimentos, el siguiente paso es conocer en qué radica dicho interés. A partir de los diferentes capítulos, hemos confirmado que la huerta no es meramente un espacio material sino una naturaleza vivida y una experiencia presente donde se moviliza el trabajo intelectual y discursivo con las formas de ser, de habitar y de apropiarse de la ciudad y, junto con ella, del mundo.

Además de caracterizar los grupos sociales que llevan adelante las huertas urbanas a nivel local a partir de la tipología presentada en el capítulo denominado *El mundo de las huertas en el marco global de la agricultura urbana*, en este trabajo se detallan los procesos de dos

²¹⁶ Recordemos que, por la falta de datos, a nivel nacional se analizó el período 1990-2012; en cambio, en la ciudad de Buenos Aires, el estudio se centró en el período 2002-2012. Esto significa que no pudimos establecer la relación directa entre la nación y la localidad en el período anterior al año 2002 (1990-2002).

huertas de tipo mixto, vale decir, radicadas en organizaciones sociales con características formales e informales. Dichas propuestas fueron elegidas por diferentes motivos. Uno de los principales es que se trataba de procesos en los cuales la realización de la Huerta se sostenía como acción política en el marco de conflictos por el espacio público y en los que se ponía de manifiesto una puja en torno al orden social, natural y cultural. Por un lado, existía la posibilidad de mostrar posiciones enfrentadas sobre la realización de una práctica agrícola en el seno urbano, y por otro, ambas experiencias tenían una significativa visibilidad en el ámbito público, así como en las redes sociales virtuales y en los medios de comunicación. La primera huerta, a su vez, fue seleccionada por el alto peso simbólico que tenía en el imaginario colectivo y por su relación con muchas otras experiencias autogestivas urbanas, sugiriendo la existencia de una continuidad con otros espacios de resistencia colectiva. La segunda huerta, mientras tanto, permitió revelar en un lapso muy breve de tiempo múltiples discusiones dentro de los grupos de assembleístas, los funcionarios y los distintos sectores de la comunidad. Asimismo, durante el estudio se visitaron múltiples espacios por donde circulaban los agricultores urbanos, permitiendo así comprender que las temáticas aquí tratadas eran relevantes para todo el conjunto.

Particularmente, en el capítulo *La Huerta Orgázmika (2002-2009)*, el objetivo consistió en analizar un proyecto iniciado por un grupo assembleísta muy heterogéneo no sólo en edad sino también en trayectoria, posición política y clase social. El seguimiento de dicho proceso permite observar que una propuesta de huerta, iniciada en la crisis del 2001, logra funcionar por más de siete años y en su andar es “algo más que alimentos”²¹⁷. Allí encontramos que el grupo pionero que motoriza la experiencia original ha variado, así como también los objetivos, las actividades y los usos del espacio. Descubrimos que, inicialmente y de la mano de las asambleas, la realización de la huerta está vinculada con la utilización de los espacios públicos abandonados por el Estado. Al igual que sucedió con la mayoría de espacios recuperados por asambleas populares vecinales tras la crisis de 2001, posteriormente esa misma propuesta es retraducida por ciertos sectores hegemónicos en términos de *ocupación ilegítima*. Para comprender el proceso de la Huerta Orgázmika no solo hemos partido de la idea de las prácticas cotidianas (De Certau, 2000), sino que además hemos recuperado los conceptos de conocimiento local (Escobar, 2000), internalización de las prácticas (Jackson, 1983), experiencia presente (Williams, 1977, 1976) y concepción tripartita del espacio esbozada por Lefebvre y retomada por diferentes autores (Escobar, 2000; Harvey, 1998; Soja, 1996; Smith,

²¹⁷ Frase inspirada en el artículo de Azuela y Mussetta (2009) llamado “Algo más que el ambiente. Conflictos sociales en tres áreas naturales protegidas de México”.

1984; Bachelard, 1957). Desde mi punto de vista, no es solo la presencia material de la huerta lo que incomoda -principalmente en el último período- a diferentes sectores de la población. En efecto, el grupo huertero (re)trabaja sentidos comunes de naturaleza, cultura y sociedad irritando a los diferentes sectores de la población.

En el capítulo de *La Huerta Libre Parque Abierto (2012-2013)*, el objetivo se centra en analizar el proceso de creación y desmantelamiento de una propuesta iniciada y abandonada por un grupo asambleario heterogéneo que protesta frente a la decisión gubernamental de instalar rejas en el Parque Centenario. En dicha oportunidad, la asamblea está compuesta por vecinos del barrio, usuarios frecuentes del parque, artesanos, feriantes (con y sin autorización oficial), vendedores ambulantes, habitantes permanentes del Parque y participantes de otras asambleas barriales. Desde septiembre del año 2012, la actividad hortelana es aprobada por la asamblea, extendiéndose durante cuatro meses sin el consentimiento de toda la comunidad. Mientras un grupo apelaba al acampe y a la huerta como una forma de defender el espacio público, para el grupo de vecinos que estaba a favor de la medida gubernamental de cerramiento del parque significaba lo opuesto, una ocupación compulsiva. Sin embargo, por ese entonces, para cierto grupo asambleario el proyecto agrícola también otorgaba mayor legitimidad al reclamo antirejas. Es así como recurre al discurso utilitarista de la agricultura y abreva en un movimiento socioambiental, revelando similitudes con las formas de organización asamblearias surgidas en el año 2001.

El seguimiento de la Huerta Libre en todas sus etapas permite observar que, si bien en un inicio las propuestas agrícolas constituyen islas ancladas en el territorio, en ese “entremuchos” se maquinan diferentes lazos de vecindad, amistad, parentesco y creencias que conforman una red de relaciones sociales (Fernández, 2011). Por otro lado, también se muestra que en las huertas urbanas las clases sociales convergen en un mismo espacio pero se producen desencuentros de intereses que se hacen visibles en momentos particulares, tales como la vida cotidiana de un acampe. Esta difícil convivencia constatada a lo largo del trabajo de campo complejiza los resultados de aquellos estudios técnicos, productivos u organizativos que tienden a ponderar la agricultura urbana como una actividad armónica.

Para finalizar con las contribuciones asociadas al primer objetivo específico, en este estudio se ha mostrado que en ciertas situaciones la realización de una huerta, al igual que las asambleas del año 2001 descritas por Fernández (2011, p. 61), aporta nuevos modos de productividad -económica, simbólica, organizacional- y de subjetivación. Por ese motivo en este trabajo la huerta ha sido considerada como un juguete rabioso: por constituirse como un sitio de experimentación para esos nuevos modos de productividad y subjetivación; y por ser potente

de invención, es decir, por la capacidad de instalar novedad durante la protesta. Los huerteros no sólo protestan; hacen, inventan, construyen, diseñan promoviendo el conocimiento de la naturaleza y el descontento por la naturaleza civilizada que recuerda a las formas de producción utilitarista. La huerta encarna una forma novedosa de la protesta urbana en la cual, además de enseñar a hacer agricultura, se promueve la experimentación con otra visión de la naturaleza urbana y otros usos del entorno urbano. En efecto, la vivencia de la huerta contribuye a desnaturalizar el vínculo canónico que el ciudadano promedio teje con los espacios verdes urbanos. Allí se observa que la transmisión de otra forma de usar y apropiarse de esos espacios se enseña practicando (Ingold, 2012), porque sólo viviendo una cierta relación con el entorno es que se comprende de un modo particular dicho entorno.

El segundo de los objetivos específicos de este estudio es identificar las redes vinculadas con las prácticas de agricultura urbana para describir quiénes las realizan y con qué recursos, productos, imaginarios y subjetividades. Resulta necesario aclarar que, a lo largo del trabajo, la categoría agricultura urbana fue reemplazada por la expresión agricultura realizada en la ciudad. Esta decisión se debió a que entidades claramente situadas en el espacio de la economía, y más particularmente en el área de las finanzas y el desarrollo económico, tales como el Banco Mundial, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) promueve la actividad huertera como una forma de “acceso de los consumidores pobres a los alimentos por medio distintos del mercado” (FAO, 1999a). En ese marco, la práctica agrícola se presenta bajo un abordaje utilitarista, asistencialista y despolitizado, discurso que se reproduce a partir de diferentes estrategias, entre ellas y como ya se ha mencionado, los medios de comunicación masivos. Por dichos motivos, la categoría fue diferenciada y sustituida en toda la investigación.

En cuanto al objetivo propiamente dicho, el proceso presentado en el capítulo *La Huerta Orgázmika (2002-2009)* prueba que la búsqueda de sus participantes está asociada a la experiencia presente (Williams, 1977, 1976) y a la interiorización de nuevas prácticas por medio de la corporalidad (Jackson, 1983). Luego de su destrucción, además de compartir la congoja, algunos de los huerteros permanecen comunicados con otros grupos, formando parte de una red que actuaría en diferentes conflictos, tales como la lucha por El Bosquecito o la instalación de las rejas en el Parque Centenario²¹⁸. La Huerta Orgázmika queda grabada en la

²¹⁸ Como ya se ha mencionado con anterioridad el Bosquecito era “una lucha que se inició en el año 2010 por el avance inmobiliario en Vicente López” (Comentario de un ex acampista de la huerta El Bosquecito y visitante de la Huerta Libre, 17/10/12).

memoria colectiva. Así lo revela el hecho de que se recuerda como una muestra de intolerancia policial y como una fuente de inspiración para otro tipo de movilizaciones. Los protagonistas no sólo pudieron recordar los fenómenos aquí estudiados sino que, al hacerlo, proyectaron el impacto que la Huerta dejó en sus vidas, uniendo su biografía individual con la historia colectiva.

En el capítulo denominado *La Huerta Libre Parque Abierto (2012-2013)*, asimismo, se observa que la propuesta tiene algo exclusivo y novedoso en comparación con otro tipo de prácticas agrícolas realizadas con anterioridad, entre ellas la Huerta Orgázmika. Muchos de los huerteros que visitan el espacio cultural participan al mismo tiempo de otras huertas, como por ejemplo, la Huerta El caskote (Caballito), la Ecoaldea Velatropa (Núñez), la Huerta Terracera (Urquiza) y la Huerta de Saavedra (Saavedra). Es decir, la Huerta Libre funciona como un lugar para el encuentro donde los participantes se relacionan con las últimas noticias, sobre ellos mismos y sobre otras experiencias, tales como las aldeas nacionales e internacionales, los lugares para vacacionar, las ferias para intercambiar y los mercados de consumo directo. En ese proyecto algunos de los participantes comienzan a percibir que ya no están solos en las protestas urbanas. Así se releva una suerte de legado que se transmite de los unos a los otros, por medio de semillas, conocimientos agrícolas y estrategias productivas, distributivas y de consumo.

De hecho, uno de los elementos claves de las redes vinculadas con las prácticas agrícolas en la ciudad es el relacionamiento directo²¹⁹. Las huertas demandan estar donde suceden los acontecimientos, para trabajar sobre la tierra y para saber qué cosas están ocurriendo en la realidad, la cual no siempre se asocia a lo virtual, aunque los nuevos sistemas de comunicación han contribuido en su conformación. Mientras tanto, en ese continuo ir y venir, en lo que Escobar llama la ciberpolítica y la política basada en el lugar (Escobar, 2010b, pp. 191–192), los tejedores de redes se proponen hacer la ciudad para vivirla de otra forma. En efecto, participar de la huerta no sólo permite informarse sobre la autoproducción de alimentos sino también sobre la calidad de productos que se venden en las cadenas de supermercado tradicional y la promoción de experiencias autogestivas. De esta manera, en el hacer cotidiano afloran otros nodos que contribuyen con la red, por ejemplo, los puntos de encuentro y de consumo directo como la Feria del Encuentro en el barrio de Caballito, El galpón en Chacarita o el Mercado de

²¹⁹ Las redes, en palabras de Giddens (2009, p. 815), son todas las conexiones directas e indirectas que vinculan a las personas o grupos con otras personas o grupos. Las conexiones personales incluyen gente de similar raza, clase, etnicidad y otros tipos de antecedentes sociales, aunque hay algunas excepciones. Ahora bien, no toda red es un grupo porque en muchas redes falta la expectativa y el sentido de la identidad compartidas.

Bonpland en Palermo, espacios construidos para fomentar otros modos de hacer economía (García Guerreiro, 2010).

En algunos casos la propuesta radica en reciclar materiales para evitar el consumo masivo de productos innecesarios; en otros, consiste en la búsqueda y la experimentación de la naturaleza en forma autodidacta; mientras tanto, también se encuentran aquellos que realizan experiencias de autoabastecimiento con la participación en cooperativas de trabajo y de consumo. Es decir, una realización de prácticas tradicionales que buscan atar la producción y el consumo, el tiempo de trabajo y de vida, el trabajo intelectual y manual (Altschuler, 2008). Los enemigos afines están relacionados con los grupos de vecinos que pretenden normativizar las propuestas, ya sea por medio de la adjudicación de horarios, la solicitud de permisos o las autorizaciones gubernamentales. Dentro de este grupo también están aquellos que, aunque comparten ciertos ideales, no comprenden que la lucha se basa en la acción directa, con cuestiones propositivas y además disruptivas, incómodas para la cotidianidad.

En tal sentido, cabe aquí mencionar que en estas redes también se reproducen los prejuicios, las barreras y los resentimientos entre los diferentes integrantes que la conforman. Los grupos que deciden llevar a cabo las tareas hortícolas están compuestos de manera heterogénea, no sólo en términos etarios sino también experienciales, relacionales, de procedencia y de clase social. El mover(se) ya no sólo implica “una forma de resistencia” en un lugar, sino también “una forma de [irse] y de luchar en otro lado” como respuesta a los elementos conflictivos que forman parte inherente del colectivo²²⁰. Así lo revela el testimonio de un artesano nacido en la provincia de Corrientes, quien vivió con sus abuelos desde la infancia en “media hectárea de maíz, media de zapallo y así toda la chacra”²²¹. Este participante es un concurrente asiduo de la Ecoaldea Velatropa donde coloca su carpa cuando se localiza en Buenos Aires y también un acampista de la Huerta Libre, donde comenta lo siguiente:

“hace dos meses que no uso dinero, vivo de lo que traen, hay gente que no entiende lo que uno hace y te pregunta por qué acampás, cuando fui a apoyar a los Qom me preguntaban todo el tiempo quién era, qué hacía. Me cansé. Yo iba a apoyar la causa, con mis manos, con mi presencia. Pierdo tiempo de hacer mis malabares y voy a esos

²²⁰ Comentario de una huertera, 24/11/12.

²²¹ Entrevista a un artesano, 33 años, 07/11/12 y 01/12/12.

lugares para que me pregunten ¿Quién soy? No. Me tuve que ir” (Entrevista a un artesano, participante de la Huerta Libre con 33 años, Parque Centenario, 01/12/12)²²².

A pesar de las dificultades, los encuentros son interpretados por sus integrantes como un momento de efervescencia donde “cada vez somos más”²²³. De hecho, si se realiza una fotografía instantánea se puede observar que hay muchos interesados que circulan por los diferentes puntos de encuentro. No obstante, si se toma un registro en el tiempo -al estilo de cinta transportadora williamsiana- la visión es otra. Parte de los recién llegados se retiran por diferentes motivos, entre ellos, el desinterés en las temáticas, la desorganización en las propuestas y en muchos casos la falta de tiempo. Mientras tanto, otros, muy pocos, conocidos y convencidos de la importancia de la experiencia funcionan como soporte y constituyen, en definitiva, la matriz del grupo. Además de los conflictos internos, algunos problemas están asociados al localismo (Zibechi, 2008, pp. 145–148) y al aislamiento social (Fernández, 2011, pp. 110–116). Como en otras iniciativas barriales, la comunidad muchas veces se convierte en espectadora y/o desconocedora -e incluso impugnadora- del accionar colectivo, cuestión que afecta al grupo y, en consecuencia, a la continuidad de las propuestas²²⁴.

En definitiva, con el correr del tiempo, es posible observar que tanto la Huerta Orgázmika como la Huerta Libre forman parte de un tejido que reaparece una y otra vez, develando un entramado -una red de relaciones- que se perpetua. El seguir a estos habitantes nos permite identificar determinados tránsitos y superposiciones que no respetan contornos barriales u organizacionales preestablecidos. Es más, no son proyectos novedosos así como tampoco la forma en que se diseminan puesto que los relatos muestran que se conectan desde los inicios de la democracia.

Dichos entramados no son suficientemente explicados por los análisis de los movimientos sociales en términos de aspectos organizativos, estructuras y oportunidades políticas. Durante el proceso de investigación pude observar que algunos de los huerteros se proponen romper la inercia, cambiar de lugar, rechazar el lugar al que están asignados en la ciudad. Es un mover(se) que puede asociarse al doble sentido del movimiento: de rotación y de traslación

²²² En una entrevista radial, uno de los periodistas quiso saber cómo resolvían el tema de la comida en el acampe y un acampista respondió “los vecinos aportan, estamos en Caballito, una zona de abundancia y riqueza desmedida” (Partido Pirata de Argentina, 17/10/12).

²²³ Comentario de un huertero, 09/10/12.

²²⁴ Al respecto Alfredo comentaba lo siguiente: “Además de los problemas entre nosotros mismos por la pérdida de los elementos que nos permitían convivir, los colectivos hacen muchos talleres (clown, yoga, huerta, etc.) pero no pueden conectarse con los vecinos, con la gente del lugar y ese es el gran problema de todo esto, están metidos para adentro. No se pueden comunicar hacia afuera y eso es muy importante para que persistan” (Entrevista a un integrante de la Huerta Libre Parque Abierto, 07/11/12).

(Porto Gonçalves, 2001, p. 81; Zibechi, 2008, pp. 28,48,142). La rotación consiste en el deslizamiento del lugar heredado tanto en su forma material como simbólica sobre el propio eje. La traslación, en cambio, implica un desplazamiento sobre el plano que los huerteros llaman “lo circular”, algo que para ellos “diferencia a todo esto”²²⁵. Por ese motivo, algunos proponen el nombre de “tribu” para aludir a “toda esta onda, un grupo de afinidad, [donde] todo es circular, la tierra es circular, el compartir conocimientos es circular”²²⁶.

Asimismo, en los espacios vividos, se ponen en acción muchas de las prácticas que llegan de otros lugares geográficos como, por ejemplo, las bombas de semillas, la siembra vertical, los hornos solares y la construcción con adobes. Esto también revela la existencia de una continua línea entre lo urbano y lo rural que caracteriza a la trama en cuestión. Ya no es resultado de compartimentos estancos sino producto de un ir y venir de materiales, afectividades y conocimientos. Es más, se podría suponer que el mundo de las huertas se compone de lugares particulares, alineados por una serie de ramificaciones que atraviesan otros lugares y que requieran de nuevas ramificaciones para extenderse (Latour, 2007). La huerta es local -punto por punto- porque en determinado momento y lugar funcionan experiencias hortícolas urbanas. La huerta también es global porque los elementos que la constituyen se transportan, viajan de un lado al otro por medio de sus actores. Sin embargo, no es una red universal porque no llega a todas partes por igual, sólo llega a aquellos lugares que pueden codificarlas.

Con el propósito de dimensionar las experiencias autogestivas llevadas a cabo en Latinoamérica, los huerteros despliegan distintas técnicas para conocer(se) como, por ejemplo, talleres de discusión, jornadas de trabajo, cine debate y mapas parlantes²²⁷. Allí comparten información sobre diferentes grupos, entre ellos, los campesinos, los indígenas, los pobladores urbanos y los académicos. Esto indica que, a pesar de las grandes distancias geográficas, los grupos se encuentran cada vez más cerca y conforman un lenguaje común (Tobasura Acuña, 2007, p. 57) algunas veces vinculado con prácticas compartidas como las Mingas, la Fiesta de la Pachamama o los Días sin tiempo²²⁸. En ese marco, también se relevan

²²⁵ Entrevista a un ex integrante de la huerta del Centro de Estudiantes de la Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires, 20/03/12.

²²⁶ *Ibíd.*

²²⁷ El mapa parlante es una técnica que se trabaja en el marco de la educación popular freireana. Se caracteriza por la utilización del método dialéctico basado en la acción, reflexión y transformación (Centro ecuménico de educación popular, CEDEPO, 1987).

²²⁸ Las Mingas así como la Fiesta de la Pachamama y el Día sin tiempo son tradiciones que están asociadas a las culturas prehistóricas. Cabe aquí señalar que los huerteros actuaban en respuesta a preocupaciones locales sin dejar de lado los asuntos globales. Eran formas de mover(se) que en cierta medida recordaban a las redes autoorganizadas, entendidas como mallas de movimientos que producían un comportamiento que iba “más allá de cada movimiento individual” (Escobar, 2010a, pp. 191–192). Desde sus territorios, en palabras de Zibechi (2008, p. 186), los nuevos actores enarbolan proyectos de largo aliento, entre los que se destaca la capacidad de producir y

los colectivos que están realizando actividades agrícolas, tales como la propuesta surgida en Rosario durante los años ochenta y las ferias de semillas del Parque Pereyra Iraola, lugar adonde asistían huerteros de diferentes puntos del país. Vale decir, propuestas que fomentan la independencia, el “no depender de nada”, donde cada uno de los participantes desea mover(se) hacia la autonomía.

Las conexiones existentes entre diferentes puntos de encuentro, tales como la Huerta Orgázmika y la Huerta Libre, nos conducen a pensar en un movimiento rizomático (Deleuze y Guattari, 1994). Un tallo subterráneo que crece de forma horizontal emitiendo raíces y brotes herbáceos en forma indefinida tal como se observa en la caña, el sorgo de alepo y el jengibre. Bajo dicha imagen, ya no importa quiénes ni cómo son los que conforman la trama porque en definitiva, dicen los autores, “hemos sido ayudados, absorbidos, multiplicados” por una experiencia “maquínica”, un cuerpo sin órganos que ha sido elaborado con heterogeneidad de materias, fechas y velocidades; líneas de articulación o de segmentariedad, planos, territorialidades y líneas de fuga, movimientos de desterritorialización y de destratificación (ibíd.). Allí no sólo hay impulsos rizomáticos (relaciones desordenadas, caóticas y anárquicas de tronco subterráneo) sino también nudos de arborescencias (relaciones ordenadas, jerárquicas, despóticas y binarias de árbol-raíz) que se encuentran en convivencia: el árbol-raíz actúa como modelo y el rizoma-canal como proceso inmanente que invierte dicho modelo y en su andar bosqueja un mapa, una red que se activa y desactiva formando caminos totalmente inciertos.

Si una de las hipótesis centrales de este trabajo consiste en sostener que el interés por las experiencias hortícolas se encuentra principalmente explicado por la emergencia de la cuestión ambiental en su sentido amplio, el tercer objetivo específico de la tesis se ocupa en reconstruir los sentidos y las prácticas sobre la naturaleza y la cuestión ambiental de los diferentes actores involucrados. Para ello los supuestos básicos sobre el concepto de naturaleza elaborados durante la investigación fueron los siguientes: a) la realidad física innegable de la naturaleza, b) la modificación del concepto en función del contexto en que se enuncia y c) la transformación del ser humano en su intervención con la naturaleza. Los resultados encontrados confirman que los actores disputan los sentidos de naturaleza, de ambiente y de ciudad. De hecho, las proclamas realizadas en la Huerta Orgázmika y en la Huerta Libre pueden ser enmarcadas en los conflictos de proximidad, es decir, conflictos que

reproducir la vida, a la vez que establecían alianzas con otras fracciones de los sectores populares y de las capas medias.

movilizan a personas afectadas por obras o iniciativas que modifican desfavorablemente su entorno y donde lo que está en juego es más que “lo ambiental”, aunque se digan ambientalistas (Azuela y Mussetta, 2009, pp. 2–5). En efecto, como sostienen diversos autores, los conflictos ambientales son conflictos sociales originados por disputas territoriales (Merlinsky, 2009b, p. 4), así como por cambios en los usos del suelo y en la distribución de las externalidades producidas por dichos cambios (Sabatini, 1997). En este trabajo particular se toma una noción maximalista del conflicto ambiental (Carman, 2011) que abarca aquellas disputas en las que al menos una de las partes hace valer un argumento ambiental. Es decir, en palabras de Azuela y Mussetta (2009), donde se toman en serio tanto las motivaciones de los actores “no ambientalistas”, como las condiciones o motivaciones no ambientales de quienes enarbolan causas ambientales.

En primer lugar, por medio de la revisión genealógica de la agricultura urbana, en el capítulo *El mundo de las huertas en el marco global de la agricultura urbana* se señala el hecho de que la actividad agrícola se encuentra asociada al ámbito rural y no al urbano, es decir, un pasado añejo que atenta contra la promesa de la constitución moderna, donde la sociedad se cree separada de lo natural (Latour, 2007, p. 70). En muchos casos y en diferentes ciudades del mundo, las huertas urbanas han sido concebidas como espacios de retroceso y los huerteros como campesinos. Tal es así que, desde los Estados Unidos, Halweil y Nierenberg (2007, p. 117) sostienen que en la época moderna distintos acontecimientos contribuyeron a convertir a la agricultura urbana en obsoleta, al igual que la agricultura local. En Cuba, Peña y Bancrofft (2001, p. 18) mantiene que es una actividad que nunca desapareció pero la visión moderna la muestra como algo ocurriendo solamente en las áreas rurales. En esta misma línea de trabajo se sitúa Cruz Hernández (2000, p. 4), quien afirma que la agricultura urbana sufre de un prejuicio común remontado a la oposición tradicional entre la ciudad y el campo. Erróneamente, dice la autora, la población rural se ha relacionado con el atraso, la inflexibilidad y la pobreza; mientras que la población urbana se asocia con la modernidad, la tecnología, el acceso a la información y la movilidad. Así vemos cómo lo que se denomina moderno resulta asimétrico dos veces, no sólo designa una ruptura en el pasaje regular del tiempo -lo pasado y el futuro- sino también un combate entre vencedores y vencidos (Latour, 2007) donde la agricultura es ubicada en un pasado arcaico y la huerta urbana desempeña el

papel de perdedora. Estas dicotomías persisten en la actualidad y así lo hemos señalado en los dos últimos capítulos de este trabajo²²⁹.

Aquí se sostiene que la agricultura preexiste a la modernidad y puede ser analizada bajo fundamentos no modernos. Para ello hemos conceptualizado la huerta como un artefacto híbrido (Latour, 2007, p. 163) lo que nos ha permitido recuperar la unión entre el pasado y el presente, entre la naturaleza y la sociedad, entre la ciudad y el campo, presuponiendo que estos términos no son explicativos por sí mismos sino que requieren de una explicación conjunta, un deslizamiento de los extremos hacia el centro (Latour, 2007, p. 121). Vale decir, la huerta como artefacto que produce naturalezas y construye sujetos de manera diferenciada. Las huertas permiten (re)pensar a la cultura como el campo que da nombre, significado y sentido a la naturaleza. El hacer cotidiano interpela a los huerteros respecto de cuestiones vinculadas con la dependencia alimentaria, la urbanización acelerada, las relaciones capitalistas de producción y la lucha de clases. Surge así, en el lenguaje de los huerteros, expresiones y metáforas como “la cotidianidad tóxica” (Indymedia, 2007), la “estandarización de la belleza” (entrevista a los huerteros en La mar en coche, La tribu, 08/09/08), la construcción de un “mundo paralelo” (comentario de una huertera, 11/03/07) y “esa idea loca de que los tomates nacen y crecen en una góndola de supermercado” (entrevista a un joven huertero de 24 años, 24/10/09).

En segundo lugar, por medio del capítulo denominado *La Huerta Orgázmika (2002-2009)*, se identifican tres tipos de naturaleza asociados a la agricultura realizada en nuestra ciudad. Recordemos que el proceso de dicha huerta fue subdividido en cinco etapas denominadas de la siguiente manera: los comienzos (2002 a 2004), el esplendor (2005 y 2006), el espacio amenazado (2007), el intento de desalojo (2008) y el desalojo definitivo (2009). Inicialmente, la propuesta agrícola estaba legitimada por el fervor asambleario del 2001; pero luego, en el año 2007, estalló un conflicto asociado a la instalación de una plaza en el mismo predio donde estaba ubicada la Huerta. Allí es posible observar tres tipos de naturaleza enfrentadas en sintonía con la dialéctica del espacio. Una primera naturaleza de tipo monocultivar, material, biofísica o incluso muerta, decorativa y abstraída de las relaciones sociales, comprendida tan sólo como un mero escenario donde ocurren hechos desconectados entre sí. Una segunda naturaleza vinculada con la teorización, percibida sin alma, esquematizada en el espacio y representada en función de las relaciones sociales. Una tercera naturaleza comandada por los

²²⁹ Como ya se ha mencionado, las discusiones binarias han sido utilizadas para explicar diferentes temáticas, como por ejemplo, la relación entre el campo y la ciudad (Williams, 2001) y la representación de la alimentación ecológica (James, 1993).

procesos biológicos y sociales, basada en la experiencia presente, vivida y sentida en lo ordinario, en el orden del ensayo, la prueba y el error.

De esta manera, la visión oficialista de las plazas (espacios materiales caracterizados por la naturaleza ordenada, cercada, pasiva y domesticada para ciertos usos y disfrutes) se contraponen con la visión de los huerteros (basada en el espacio vivido y en lo que se piensa, se dice, se hace y se siente por la naturaleza). En defensa de dicho espacio, los huerteros perpetran el ámbito institucional por medio de un proyecto que devela una intencionalidad reflexiva. Sin embargo, allí muestran que lo que se disputa no son únicamente los usos legítimos del suelo sino también las ideas de naturaleza y junto con ellas, las visiones de mundo. A partir de la interpretación cultural, la naturaleza se convierte en ambiente (Ingold, 2012, 1992) y, en ese proceso se transforma en un campo de batalla donde los diferentes involucrados utilizaron su poder en función de los intereses creados (Bourdieu, 1979). De esta manera, en este trabajo, se señala que las huertas urbanas no sólo se fundamentan con motivos ambientales: en nombre del ambiente, muchas de ellas también son destruidas. Así el ambiente es considerado como una cuestión que se torna en problema a partir de los años sesenta junto con el proceso de ambientalización de lo social (Leite Lopes, 2006; Lezama, 2001b). En dicho marco, el ambiente se transforma en una nueva fuente de legitimidad y de argumentación en los conflictos (Leite Lopes, 2006).

En tercer lugar, luego de analizar el proceso de la Huerta Orgázmika que surge en un espacio público abandonado por el obrar estatal, en el capítulo de *La Huerta Libre Parque Abierto (2012-2013)* se presenta una apropiación de un espacio disputado desde sus inicios. Allí es posible observar dos grupos con prácticas diferenciadas que se expresan respecto de la instalación de un cercado metálico en un parque público de la Ciudad de Buenos Aires. Esto nos permite detallar los argumentos huerteros que son enfatizados así como también aquellos que son mitigados y así advertir, por un lado, los conflictos entre diferentes sectores de la sociedad, y por otro, los conflictos dentro del propio colectivo.

En relación al primer tópico y al igual que el proceso de la Huerta Orgázmika, en la Huerta Libre se utilizan argumentos ambientalistas para defender diferentes intereses y posiciones. El grupo que está a favor de las rejas utiliza un discurso ambientalista -con trazos preservacionistas, iluministas, higienistas y de retorno a lo natural- para prescribir las actividades legítimas del parque público, entre las cuales, los habitantes permanentes no tienen lugar así como tampoco la agricultura. En este caso, se une la visión ordenancista del espacio público que se extendía a la naturaleza en términos de lo accesible y lo exclusivo, lo habilitante y lo restrictivo, definiendo quiénes y cómo formaban parte de ese espacio. En dicho

capítulo señalamos que esa forma de concebir la ciudad y la naturaleza está relacionada con las políticas urbanas del gobierno de facto en los años 70 que se funda en la idea de un “jardín histórico”, una naturaleza central en el pensamiento moderno y vinculada a la ilustración europea del Siglo XVIII. Desde este grupo, la autorización formal para hacer una huerta en el parque es ineludible, aunque no haya políticas que reglen la actividad. El grupo se opone a la instalación de las rejas, por su parte, utiliza un discurso ambientalista para protestar activamente en defensa del espacio público y también rechazar un modelo de sociedad y de naturaleza, la naturaleza “desembarazada de los encantamientos de la magia y reducida a su mera dimensión económica” (Bourdieu, 2006, p. 61). Bajo esta perspectiva, la propuesta consiste en la realización de una huerta basaba en la experimentación, la intuición, la nostalgia por lo austero y el descontento permanente de lo civilizado dentro de la ciudad.

En cuanto al segundo tópico, los conflictos dentro del grupo antirejas, cabe aquí recordar que la Huerta Libre se inició con fervor assembleario. A pesar de ello, no todos los assembleístas están de acuerdo con la propuesta hortícola e instaló fuertes debates en torno a lo público y lo privado. Algunos consideraron que el Parque sólo puede ser utilizado en el sentido tradicional del término y no con una huerta porque el espacio “es para todos”, no para unos pocos²³⁰. Otros, en cambio, se sintieron interesados en el proyecto y se apropiaron de él resignificándolo y transfiriéndolo a múltiples luchas. Así se pone en evidencia que la agriculturarización -y su posible ecologización- dista mucho de ser homogénea dentro del grupo. Finalmente, la huerta es abandonada como resultado de los conflictos internos entre diferentes grupos que forman parte del acampe. Este hecho nos permite reflexionar sobre el halo romántico de la idea y reconocer que no sólo era producto de la ayuda mutua, la solidaridad y el altruismo sino también producto de los conflictos sociales y de las luchas por los recursos.

Dentro de aquellos assembleístas que se encuentran convocados por la realización de una huerta en un acampe, también es posible mostrar escenas sobre la heterogeneidad ambiental y las tensiones existentes entre las diferentes vertientes. En este estudio se señala que los huerteros no conciben al ambientalismo como una corriente de pensamiento homogénea. Todo lo contrario. Las discusiones develan encuentros y desencuentros entre las diferentes vertientes ambientalistas. El grupo huertero no se reconoce como un grupo oponente a la agricultura industrial y esto reduce sus fuerzas. Los huerteros interactúan con la naturaleza y en la práctica cotidiana, los “múltiples verdes” (Gudynas, 1992) se refractan, (re)apareciendo

²³⁰ Entrevista a un acampista, 17/10/12.

nuevos debates. Estos huerteros no son, desde mi punto de vista, ecologistas a ultranza que - frente a la crisis de la sociedad industrial- abogan por una “vuelta al pasado” en un reivindicación romántica de la vida rural en pequeñas comunidades autosustentables (Foladori y Tommasino, 2000). Tampoco se los puede caracterizar como renuentes a los cambios, utópicos y hasta moralistas dentro del espectro de los ecologistas porque eso empobrecería la discusión. Si se reagrupan los elementos contemporáneos en una espiral -y ya no en una línea recta como una “flecha irreversible del tiempo” (Latour, 2007)- es posible observar que la cohorte de elementos agrícolas contemporáneos ensambla elementos de todos los tiempos. Así lo muestra la convivencia entre propuestas ancestrales como la construcción de adobe y las estrategias futuristas en términos de techos verdes y naves de tierra para el autoconsumo energético.

En este análisis también se observan características que ensamblan la lógica asamblearia con la lógica ambiental. Las relaciones sociales conformadas en torno a la experiencia huertera comparten tres denominadores con los movimientos sociales de los años noventa y comienzos del dos mil: la acción directa que irrumpe en el espacio público (el acampe y la huerta), la puesta en juego de prácticas democráticas en su funcionamiento interno y en su forma organizativa (asambleas con un alto grado de heterogeneidad) y la matriz territorial en los conflictos, es decir, la comprensión del territorio como objeto de disputa (Bottaro y Sola Álvarez, 2011). También se encuentran tres características que abrevan con los movimientos socioambientales de este último período: la acción institucional expresada en demandas al poder judicial y legislativo (presentación de proyectos, recursos de amparo y plebiscitos); la generación de un saber contraexperto incluyendo el conocimiento técnico y legal que es difundido a la población en general y, por último, la multiescalaridad de los conflictos en función de la participación de actores locales, nacionales, regionales y globales (ibíd.).

El cuarto objetivo y último busca relevar y analizar los conflictos surgidos en torno a ciertas huertas urbanas focalizando en la construcción social de la legitimidad de los usos y usuarios de tales espacios. Bajo dicho propósito, en este trabajo se muestra que en las huertas urbanas -como en los procesos que analiza Williams (2001) - la naturaleza y la sociedad van juntas, dialogan, se comunican, se presuponen. A su vez, son relaciones conflictivas y dialécticas, no sólo de ideas y de experiencias, sino también de rentas y de intereses, de situación y de poder. En tal sentido, en los diferentes capítulos, se señala que uno de los problemas más reconocido a nivel mundial es la lucha por el suelo urbano. En efecto, la actividad es una práctica política

que incluye varias decisiones, entre ellas, las vinculadas con el acceso a los recursos los cuales está mediados por relaciones de poder desigual.

Los procesos elegidos se ubican en el espacio público para documentar varias cuestiones en forma simultánea. Allí se debaten no sólo los usos legítimos del espacio sino también los usos ilegítimos. En otras palabras, los huerteros contradicen los preceptos naturalizados que estipulan cuáles son las prácticas permitidas y cuáles no lo son. Esto se asocia con el objetivo anterior, el tercero, puesto que en la diferenciación entre los usos civilizados y los usos bárbaros estaba implícita una naturaleza hegemónica, para ver y contemplar, que se moldea y se hereda en el gusto (Bourdieu, 1979) por los parques, las plazas, los jardines y los zoológicos donde cada elemento tiene su lugar. Precisamente, a mi entender, ese es uno de los aportes más importantes de este trabajo. El orden, el progreso y el conocimiento técnico son los elementos recurrentes a la hora de objetar las experiencias agrícolas en la ciudad. A su vez, la elección de ese tipo de diseño forma parte de un proyecto político más amplio y de larga data, una idea de naturaleza bajo la visión ordenancista del espacio que convalida el desalojo de distintos habitantes de la población. Se tratan de dos discursos que están contrapuestos en cuanto a intereses, posiciones y visiones de mundo. En efecto, detrás de la realización de la huerta, hay una visión de naturaleza experimentada que sólo puede ser comprendida en estrecho diálogo con el jardín ordenado y con los debates de la ciudad y, junto con ello, de lo civilizado.

A partir del capítulo de *La Huerta Orgázmika (2002-2009)* es posible destronar el mito de la "agricultura de crisis" y la desvinculación institucional en este tipo de prácticas. En primer lugar, la relación directa entre la crisis económica y las huertas urbanas conlleva implícita la idea clasista de dichas prácticas. Durante las épocas de crisis, las huertas son estrategias toleradas tanto por los vecinos como por los funcionarios locales; una vez que el colapso crítico comienza a mermar, dichos suelos (vacantes/en desuso/descuidados) son disputados para otro tipo de usos. Allí la huerta urbana ya no tiene lugar. En esta situación particular, la propuesta Orgázmika sobrevive a las crisis y se reinventa. Para ese entonces no sólo es una cuestión de alimentación, sino también de lucha, una resistencia con alto impacto social, que es interpretada de manera ortodoxa como una usurpación del espacio público. Así la sociedad porteña reduce su interés en ella y realiza denuncias acompañadas por prácticas de estigmatización. En segundo lugar, los huerteros apelan a múltiples formas para garantizar la continuidad de la propuesta que se ajustan al contexto histórico. En el 2001, predomina la acción directa; en el 2005 y 2007, se perpetra la lógica burocrática; en el 2008/2009; todas las formas se combinan. Sin embargo, la trastienda institucional demuestra que entre las tres

gestiones, Ibarra (2000-2006), Telerman (2006 al 2007) y Macri (2007 al 2015), la aspiración oficial de expulsar tales experiencias del espacio público se mantuvo incólume. De hecho, uno de los aprendizajes grupales que realizaron los huerteros es que la huerta sólo puede ser construida y defendida en su articulación con otras experiencias similares, en términos de rizomas y desterritorialidades (Zibechi, 2008; Deleuze y Guattari, 1994).

En el capítulo de *La Huerta Libre Parque Abierto (2012-2013)* es posible desterrar el mito que hace a la armonía de la propuesta hortícola y a la asociación con la producción de alimentos. Allí se puede observar que dicha práctica produce múltiples marcas y huellas en aquellos que participan. Inicialmente, la huerta es concebida como una forma de motorizar las tradiciones para escapar de la cultura hegemónica (Williams, 1977); sin embargo, también se reproducen los estigmas revelando que las prácticas y los discursos utilizados no quedan fuera de dicho campo. Es decir, la estigmatización hacia un pequeño grupo que habita el Parque proviene de distintos sectores sociales, incluso los asamblearios. A su vez, dentro del acampe observamos una lógica de un nosotros y de un ellos, amigos y enemigos, víctimas y victimarios, cuyos principios de visión y división social organizan la vida cotidiana del espacio vivido. Esto mina los lazos de solidaridad que se pregonan en los diferentes discursos asociados con la agricultura urbana como categoría política. El resultado es el abandono de la lucha y, en forma correlativa, de la huerta que es atravesada por los conflictos sociales del propio grupo que la lleva a cabo.

En dichos espacios se configuran otras geografías políticas en las cuales, sin quedar fuera de los mecanismos disciplinarios, se (re)afirman las identidades y se despliegan las luchas vinculadas con las formas de pensar la temporalidad y la espacialidad dentro del ámbito urbano. En tal sentido, el proceso de apropiación de la naturaleza que se da dentro de la huerta ya no puede comprenderse como un proceso exclusivamente material y/o económico porque en dicha apropiación se expresa no sólo el malestar hacia lo civilizado sino también hacia las tradiciones hegemónicas a las cuales estamos tan acostumbrados. A su vez, la internalización de valores y de preceptos dominantes constituye una fuerte dificultad para el desarrollo de la práctica agrícola, que se traduce en conflictos, tensiones y complejidad.

6 ANEXOS

6.1 Recursos consultados

En 1. Introducción

DOCUMENTOS INSTITUCIONALES:

FAO. 1999a. *La Agricultura Urbana y Periurbana*. [Online]. Roma: Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO). [Accedido el 16 de octubre de 2011]. Disponible en: <http://www.fao.org/unfao/bodies/coag/coag15/x0076s.htm>

Indicadores ciudad. 2009. [Online]. Buenos Aires: Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. [Accedido el 12 de julio de 2012]. Disponible en: <http://www.observatoriodegobierno.buenosaires.gov.ar>

PÁGINAS WEBS:

Buenos Aires Ciudad. [sin fecha]. *Inicio*. [Online]. [Accedido el 5 de noviembre de 2015]. Disponible en: <http://www.buenosaires.gob.ar/ciudadverde>

En 2. El mundo de las huertas en el marco global de la agricultura urbana

DOCUMENTOS INSTITUCIONALES:

Agencia de Protección Ambiental. 2009. *Informe anual ambiental 2008*. [Online]. Ciudad de Buenos Aires: Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. [Accedido el 4 de febrero de 2015]. Disponible en: http://www.buenosaires.gob.ar/areas/med_ambiente/apra/educ_com/archivos/informe2008.pdf

Dirección General de Estadísticas y Censos. 2012. *Anuario Estadístico de la Ciudad de Buenos Aires 2011*. [Online]. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Dirección General de Estadísticas y Censos. [Accedido el 6 de noviembre de 2015]. Disponible en: <http://www.estadistica.buenosaires.gob.ar>

Dirección General de Estadísticas y Censos. 2011. *Anuario Estadístico de la Ciudad de Buenos Aires 2010*. [Online]. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Dirección General de Estadísticas y Censos. [Accedido el 12 de julio de 2012]. Disponible en: <http://www.estadistica.buenosaires.gob.ar>

Dirección General de Estadísticas y Censos. 2010. *Anuario Estadístico de la Ciudad de Buenos Aires 2009*. [Online] Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Dirección General de Estadísticas y Censos. [Accedido el 28 de abril de 2015]. Disponible en: <http://www.estadistica.buenosaires.gob.ar>

FAO. 2014. *Ciudades más verdes en América Latina y el Caribe. Un informe de la FAO sobre la agricultura urbana y periurbana en la región*. [Online]. Roma: Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO). [Accedido el 17 de marzo de 2015]. Disponible en: <http://www.fao.org/ag/agp/greencities/pdf/GGCLAC/Ciudades-mas-verdes-America-Latina-Caribe.pdf>

FAO. 2010. *La FAO en Cuba*. Roma: Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO).

FAO. 1999a. *La Agricultura Urbana y Periurbana*. [Online]. Roma: Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO). [Accedido el 16 de octubre de 2011]. Disponible en: <http://www.fao.org/unfao/bodies/coag/coag15/x0076s.htm>

FAO. 1999b. *Cuestiones de la agricultura urbana*. [Online]. Roma: Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO). [Accedido el 9 de diciembre de 2014]. Disponible en: <http://www.fao.org/ag/esp/revista/9901sp2.htm>

FAO. 1996. *Cumbre mundial sobre la alimentación*. [Online]. Roma: Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO). [Accedido el 2 de diciembre de 2011]. Disponible en: <http://www.fao.org/docrep/003/w3613s/w3613s00.htm>

FAO. [sin fecha]. *Agricultura Urbana y Periurbana en América Latina y el Caribe: una realidad*. [Online]. Roma: Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO). [Accedido el 17 de marzo de 2015]. Disponible en: http://www.fao.org/fileadmin/templates/FCIT/PDF/Brochure_FAO_3.pdf

Plan Ambiental Urbano. 2004. [Online]. Buenos Aires: Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. [Accedido el 30 de mayo de 2014]. Disponible en: http://www.buenosaires.gob.ar/areas/planeamiento_obras/copua/plan_urbano_ambiental.php

Programa MAPA-MAPI. 1994. *Caracterización de los problemas relacionados con el sistema de áreas verdes*. Buenos Aires.

Pro huerta. 2012. *Plan Operativo Anual 2012 (incluye resultados 2011)*. Buenos Aires: Pro huerta.

Pro huerta. 2011. *Plan Operativo Anual 2011 – Anexos*. Buenos Aires: Pro huerta.

Pro huerta, 2010. *Primera Jornada de Bases de Datos Pro Huerta (Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria*. Ministerio de Desarrollo Social). Buenos Aires: Pro huerta.

Pro huerta. [sin fecha a]. *Banco de datos*. [Online]. Buenos Aires: Pro huerta. [Accedido el 29 de enero de 2015]. Disponible en: http://prohuerta.inta.gov.ar/banco_datos/

Pro huerta. [sin fecha b]. *Inicio*. [Online]. [Accedido el 10 de diciembre abril de 2009]. Disponible en: <http://www.inta.gov.ar/extension/prohuerta/>

Resultados Censo 2010/2001. [sin fecha]. [Online]. Buenos Aires: Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. [Accedido el 4 de febrero de 2015]. Disponible en: http://www.buenosaires.gob.ar/areas/hacienda/sis_estadistico/censo_datdef.php?menu_id=34184

PÁGINAS WEBS:

Asamblea de Vecinos Autoconvocados de Villa Urquiza. [sin fecha]. *Inicio*. [Online]. [Accedido el 13 de enero de 2015]. Disponible en: <http://asambleavillurca.wordpress.com>

Cine Libre Parque Abierto. [sin fecha]. *Historia*. [Online]. [Accedido el 28 de mayo de 2015]. Disponible en: <https://cinelibreparqueabierto.wordpress.com>

Cetaar. Centro de Estudios sobre Tecnologías Apropriadas de Argentina [sin fecha]. *Inicio*. [Online]. [Accedido el 13 de enero de 2015]. Disponible en: <http://cetaar.blogspot.com.ar/>

El galpón. [sin fecha]. *Chacra orgánica*. [Online]. [Accedido el 8 de septiembre de 2015]. Disponible en: <http://www.elgalpon.org.ar>

Faggi, A. [sin fecha]. Ecología. *Atlas de Buenos Aires*. [Online] [Accedido el 4 de febrero de 2015]. Disponible en: http://www.atlasdebuenosaires.gov.ar/aaba/index.php?Itemid=88&id=163&option=com_content&task=view&lang=es

Feria del encuentro. [sin fecha]. *Quiénes somos*. [Online]. [Accedido el 8 de septiembre de 2015]. Disponible en: <https://feriadelencuentro.noblogs.org/>

Fundación Huerta Niño. 2011. *Inicio*. [Online]. [Accedido el 26 de mayo de 2012]. Disponible en: <http://www.mihuerta.org.ar>

Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria. [sin fecha]. *Inicio*. [Online]. [Accedido el 22 de abril de 2015]. Disponible en: <http://inta.gob.ar>

Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación [sin fecha]. *Acerca de*. [Online]. [Accedido el 17 de agosto de 2012]. Disponible en: <http://www.fao.org>

Plan Nacional de Seguridad Alimentaria. [sin fecha]. *Inicio*. [Online]. [Accedido el 23 de abril de 2015]. Disponible en: <http://www.desarrollosocial.gob.ar/pnsa/141>

RUAF. [sin fecha a]. *Inicio*. [Online]. [Accedido el 13 de diciembre de 2015]. Disponible en: <http://www.ruaf.org>

RUAF. [sin fecha b]. *Entrevista con Roberto Cittadini*. [Online]. [Accedido el 4 de febrero de 2015]. Disponible en: http://www.ipes.org/backup_eyresis/public_html/index.php?option=com_content&view=article&id=387&Itemid=186

PUBLICACIONES INFORMALES:

Díaz, D., Galli, A., Bergez, M., Cazorla, C., Velasquez, M., Lupi, L. y Rubió, M. 2004. *La huerta orgánica familiar*. [Cartilla]. Buenos Aires: Pro huerta. Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria.

Huerta de Saavedra. 2011. *Fanzine Cucoco*. I(1) [Fanzine]. Buenos Aires.

Huerta. 2010. *La huerta. Culto. Cultivo. Cultura. El origen de las palabras*. [Cuadernillo]. Buenos Aires: Imprenta Madres.

Marín, A. 2002. *Poesías*. [Panfleto]. Buenos Aires.

Revista Jardín. 2001. La huerta. Número especial.

En 3. La Huerta Orgázmika (2002 - 2009)

ARTÍCULOS EN PERIÓDICOS:

2002. Cultivan verduras para los más pobres. *Clarín*. 18 de diciembre. Buenos Aires.

2003. Los vecinos que cultivan una huerta para donar alimentos. *Clarín*. 31 de marzo. Buenos Aires.

2008. Desalojo de cartoneros. *Página 12*. 23 de octubre. Buenos Aires.

2008. En Caballito: Una huerta comunitaria lucha para mantener su espacio. *eter Agencia*. Buenos Aires.

2008. A los vecinos del barrio no les interesa el proyecto. *eter Agencia*. Buenos Aires.

2009. Buenos Aires barre a los "sin techo". *El País*. 3 de noviembre. España.

2009. La patota del desalojo. *Página 12*. 8 de marzo. Buenos Aires.
2009. Medidas de prevención en Capital Federal. *La Nación*. 31 de marzo. Buenos Aires.
2009. Otro desalojo con topadora. *Página 12*. 19 de mayo. Buenos Aires.
2009. Polémica en Caballito por una "Huerta Orgázmika". *Perfil*. 29 de febrero. Buenos Aires.
- 2009 ¡Viva la vida! *Revista el Abasto*. marzo. Buenos Aires.
2010. Volvió el palito de abollar ideologías. *Página 12*. 6 de enero. Buenos Aires.
2014. Urge cambiar este sistema alimentario criminal. *El mundo*. 8 de noviembre. España.

DOCUMENTOS INSTITUCIONALES:

Dirección General de Estadísticas y Censos. 2010. *Anuario Estadístico de la Ciudad de Buenos Aires 2009*. [Online] Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Dirección General de Estadísticas y Censos. [Accedido el 28 de abril de 2015]. Disponible en: <http://www.estadistica.buenosaires.gob.ar>

Defensoría del Pueblo de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. 2009a. *Informe especial sobre violencia policial en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires*. [Online]. Buenos Aires: Defensoría del Pueblo de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. [Accedido el 18 de mayo de 2013]. Disponible en: www.defensoria.org.ar/institucional/doc/informeViolenciaPolicial.doc

Defensoría del Pueblo de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. 2009b. *La UCEP: Un organismo estatal con prácticas ilegales y paraestatales*. Informe de denuncia sobre el accionar de la Unidad de Control de Espacio Público de la Ciudad de Buenos Aires. [Online]. Buenos Aires: Defensoría del Pueblo de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Defensoría General de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS). [Accedido el 18 de mayo de 2013]. Disponible en: http://www.cels.org.ar/common/documentos/INFORME_FINAL_UCEP_.pdf

FAO. 1999a. *La Agricultura Urbana y Periurbana*. [Online]. Roma: Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO). [Accedido el 16 de octubre de 2011]. Disponible en: <http://www.fao.org/unfao/bodies/coag/coag15/x0076s.htm>

NORMATIVAS:

Decreto N°607. 2008. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Boletín Oficial.

Decreto N° 1232. 2008. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Boletín Oficial.

Ley Nº 1110. 2003. Denominación de la Plaza Giordano Bruno. Ciudad de Buenos Aires: Legislatura.

Proyecto de Resolución. 2006. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Cámara de Diputados de la Nación.

Resolución Nº 484. 2006 Ciudad Autónoma de Buenos Aires publicado: Secretaría de Producción, Turismo y Desarrollo Sustentable.

PÁGINAS WEBS:

Anónimo, 2009a. De cómo los funcionarios porteños, las topadoras y la policía pretenden convertir la huerta Orgázmika en tierra arrasada. *Cuaderno de Trabajo*. [Online]. 20 de mayo. [Accedido el 1 de diciembre de 2012]. Disponible en: <http://cuadernodetrabajo.wordpress.com>

Anónimo. 2009b. Inutilidad de todo Símbolo. *Manifiesta*. [Online] 19 de mayo. [Accedido el 2 de diciembre de 2012]. Disponible en: <http://manifiesta.blogia.com/2009/051901-inutilidad-de-todo-simbolo.php>

Asociación Civil Caballito Puede. 2008. Historia. *Caballito Puede*. [Online]. [Accedido el 7 de diciembre de 2012]. Disponible en: <http://www.caballitopuede.com.ar/historia.php>

Asociación Civil Caballito Puede. 2009a. Reclamo al CGPC por el tema dengue. *Caballito Puede*. [Online]. 3 de abril. [Accedido el 1 de diciembre de 2012]. Disponible en: <http://www.caballitopuede.com.ar>

Asociación Civil Caballito Puede. 2009b. Desalojo consensuado de la Huerta Orgázmika. *Caballito Puede*. [Online]. 26 de febrero. [Accedido el 1 de diciembre de 2012]. Disponible en: <http://www.caballitopuede.com.ar>

Asociación Civil Caballito Puede. 2009c. Reclamo a funcionarios de temas prometidos. *Caballito Puede*. [Online]. 18 de febrero. [Accedido el 1 de diciembre de 2012]. Disponible en: <http://www.caballitopuede.com.ar>

Cetaar. Centro de Estudios sobre Tecnologías Apropriadas de Argentina blogspot. [sin fecha]. *Inicio*. [Online]. [Accedido el 13 de enero de 2015]. Disponible en: <http://cetaar.blogspot.com.ar/>

Defensoría del Pueblo. 2009c. La ciudad desalojada: políticas nada amistosas. *Revista digital*. [Online]. Noviembre. [Accedido el 1 de diciembre de 2012]. Disponible en: <http://www.defensoria.org.ar/publicaciones/newsletter42.php>

Indymedia. 2007. La Huerta Orgázmika de Caballito Resiste. *Indymedia Argentina*. [Online]. 20 de julio. [Accedido el 3 de diciembre de 2012]. Disponible en: <http://argentina.indymedia.org>

Indymedia. 2008. La Huerta Orgázmika de Caballito corre peligro de desalojo. *Indymedia Argentina*. [Online]. 10 de septiembre. [Accedido el 3 de diciembre de 2012]. Disponible en: <http://argentina.indymedia.org>

Indymedia. 2009a. Tierra arrasada. *Indymedia Argentina*. [Online]. 23 de noviembre. [Accedido el 3 de diciembre de 2012]. Disponible en: <http://argentina.indymedia.org>

Indymedia. 2009b. El Desalojo de la Huerta fue ilegal. *Indymedia Argentina*. [Online]. 19 de mayo. [Accedido el 3 de diciembre de 2012]. Disponible en: <http://argentina.indymedia.org>

Indymedia. 2009c. Comunicado de la abogada: desalojo de la Huerta Orgázmika. *Indymedia Argentina*. [Online]. 18 de mayo. [Accedido el 3 de diciembre de 2012]. Disponible en: <http://argentina.indymedia.org>

Indymedia. 2009d ¡Alerta, el Glifosato está en las plazas de Buenos Aires! *Indymedia Argentina*. [Online]. 3 de septiembre. [Accedido el 3 de diciembre de 2012]. Disponible en: <http://argentina.indymedia.org>

Huerta Orgázmika. 2008b. Sembrar en Huerta en Plaza de Jujuy y México: Cultivar el Espacio Público, Tapar las Rejas. *La sala y ex Huerta Orgázmika*. [Online]. 27 de septiembre. [Accedido el 12 de diciembre de 2012]. Disponible en: <http://orgazmika.blogspot.com.ar>

Huerta Orgázmika. 2007b. Marcha por la preservación de la Huerta Orgázmika de Caballito. *La sala y ex Huerta Orgázmika*. [Online]. 22 de marzo. [Accedido el 12 de diciembre de 2012]. Disponible en: <http://orgazmika.blogspot.com.ar>

Huerta Orgázmika. 2007c. Agenda de Actividades Apoyando el Acampe contra el Desalojo. *La sala y ex Huerta Orgázmika*. [Online]. 13 de marzo. [Accedido el 12 de diciembre de 2012]. Disponible en: <http://orgazmika.blogspot.com.ar>

Huerta Orgázmika. 2007d. Comunicado desde la Huerta Orgázmika. *La sala y ex Huerta Orgázmika*. [Online]. 9 de marzo. [Accedido el 12 de diciembre de 2012]. Disponible en: <http://orgazmika.blogspot.com.ar>

Huerta Rosa Rose. 2010. Historia. *Garten Rosa Rose*. [Online]. [Accedido el 12 de diciembre de 2012]. Disponible en: <http://www.rosarose-garten.net>

Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. 2009. El Gobierno de la Ciudad desalojó un espacio de una plaza intrusada. *Ministerio de ambiente y espacio público*. 19 de mayo. [Accedido el 1 de

diciembre de 2012]. Disponible en:
http://www.buenosaires.gob.ar//apps/contenido/?modulo=ver&idioma=es&item_id=11&contenido_id=39187

Revista Horizonte. 2009. Importante desalojo de asentamientos en Caballito. *República de Caballito*. [Online]. 18 de mayo. [Accedido el 3 de diciembre de 2012]. Disponible en:
<http://www.republicadecaballito.com/barrio/importante-desalojo-de-asentamientos-en-caballito.php>

PROGRAMAS DE RADIO:

Fmp3. 2007. FM La tribu, 17 de marzo.

Fmp3. 2008. FM La Tribu. 9 de septiembre.

Horizonte Sur. 2008. Radio Nacional. 7 de septiembre.

La Mar en Coche. 2008. FM La Tribu. 8 de septiembre.

La mar en coche. 2009. FM La Tribu. 19 de mayo.

Piedra Libre. 2008. Radio La Colectiva. 6 de septiembre.

SOS Caballito. 2010. Radio La colectiva. 27 mayo.

SOS Caballito. 2010. Radio La Colectiva. 6 de mayo.

PUBLICACIONES INFORMALES:

Gobierno de la ciudad de Buenos Aires. 2009. Ministerio de Salud. [Folleto].

Huerta Orgázmika. 2008a. Junta de firmas. [Documento].

Huerta Orgázmika. 2007a. Proyecto de Huerta Orgánica. [Documento]

Cetaar. 2008. Encuentro regional de intercambio de semillas Trafkintu. [Panfleto].

VIDEOS:

Aire y Luz. 2009. *Marcelo Imbrich sobre las Obras Compromiso*. [Online]. [Accedido el 12 de abril de 2012]. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=6dBxD3k44bE>

Huerta Orgázmika. 2008c. *Huerta Orgázmika Informe*. [Accedido el 15 de noviembre de 2012]. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=iliHg_KMAKU

Enric Peris & videohackers. 2012. *A tornallom, un documental sobre la lluita de L'horta de la punta (Valencia)*. [Accedido el 24 de mayo] Disponible en:
<https://www.youtube.com/watch?v=rPC5D9msKGo>

En 4. La Huerta Libre Parque Abierto (2012 - 2013)

ARTÍCULOS EN PERIÓDICOS:

2012. Insólita protesta: ponen una huerta en el Parque Centenario. *Clarín*. 1 de noviembre. Buenos Aires.

2013. Para la Ciudad, los incidentes fueron provocados por gente con "intereses creados". *Clarín*. 29 de enero. Buenos Aires.

2013. Peleas y detenidos por una protesta en Parque Centenario. *Clarín*. 29 de enero. Buenos Aires.

2012. Parque Centenario: un jardín histórico tomado por los manteros. *La Nación*. 24 de agosto. Buenos Aires.

2012. Los vecinos del Parque Centenario se dividen por la instalación de las rejas. *La Nación*. 10 de diciembre.

2013. Macri: "Que nadie se quede con un cacho de parque". *La Nación*. 29 de enero. Buenos Aires.

2013. Los incidentes en Parque Centenario fueron "provocados". *Perfil*. 29 de enero. Buenos Aires.

DOCUMENTOS INSTITUCIONALES:

Dirección General de Estadísticas y Censos. 2010. *Anuario Estadístico de la Ciudad de Buenos Aires 2009*. [Online] Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Dirección General de Estadísticas y Censos. [Accedido el 28 de abril de 2015]. Disponible en: <http://www.estadistica.buenosaires.gob.ar>

NORMATIVAS:

Ley N° 1.227. 2003. Patrimonio cultural. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Legislatura.

Resolución N° 0427. 2003. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Defensoría del Pueblo.

PÁGINAS WEBS:

2012. *No a las rejas en el Parque Centenario*. [Facebook]. [Accedido el 17 de octubre de 2012]. Disponible en <http://www.facebook.com>

Anónimo. 2012. Proyecto huerta comunitaria en contraposición al proyecto del diputado Acevedo. *Palermo Online*. [Online]. 6 de noviembre. [Accedido el 20 de diciembre de 2012]. Disponible en: <http://palermonline.com.ar/wordpress/?p=11249>

Cine Libre Parque Abierto. [sin fecha]. *Historia*. [Online]. [Accedido el 28 de mayo de 2015]. Disponible en: <https://cinelibreparqueabierto.wordpress.com>

Escalona, L. 2002. La verdad de la permacultura y la mentira de los permacultores. *Red de permacultura*. [Online]. [Accedido el 23 de septiembre de 2015]. Disponible en: <http://www.redpermacultura.org/articulos>

Feria del libro independiente y Alternativa. 2012 *¿Qué es la F.L.I.A?* [Accedido el 1 de diciembre de 2012]. Disponible en: <http://feriadellibroindependiente.blogspot.com.ar/p/que-es-la-flia.html>

Greenpeace Argent. 2011. *Sobre nosotros*. [Online]. [Accedido el 5 de enero de 2015]. Disponible en: <http://www.greenpeace.org/argentina/es/>

Indymedia. 2012a. El proyecto de la huerta de Parque Centenario. *Indymedia Argentina*. [Online]. 15 de noviembre. [Accedido el 3 de diciembre de 2012]. Disponible en: <http://argentina.indymedia.org>

Indymedia. 2012b. Continúan el acampe contra las rejas en Parque Centenario. *Indymedia Argentina*. [Online]. 11 de octubre. [Accedido el 3 de diciembre de 2012]. Disponible en: <http://argentina.indymedia.org>

Indymedia. 2013a. Parque Centenario: policía reprime y detiene a manifestantes contra las rejas. *Indymedia Argentina*. [Online]. 29 de enero. [Accedido el 25 de marzo de 2013]. Disponible en: <http://argentina.indymedia.org>

Indymedia. 2013b. CABA: Acampe y toma por vaciamiento de la Sala Alberdi (octavo día). *Indymedia Argentina*. [Online]. 12 de enero. [Accedido el 25 de marzo de 2013]. Disponible en: <http://argentina.indymedia.org>

Huerta Orgázmika. 2009. Cumpleaños de la huerta. *La sala y ex huerta Orgázmika*. [Online]. 31 de enero. [Accedido el 1 de diciembre de 2009]. Disponible en: <http://orgazmika.blogspot.com.ar>

Ministerio de Asuntos del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires. 2007. Más de mil personas concurren a la primera feria provincial de semillas nativas y criollas. *Gacetilla*. [Online]. 19 de mayo. [Accedido el 7 de junio de 2013]. Disponible en: http://www.maa.gba.gov.ar/gacetillas/2007/05_mayo/19.html

Proyecto Nave Tierra MDQ. (s.f.). *Inicio*. [Accedido el 23 de septiembre de 2015]. Disponible en: <http://www.navetierramdq.com.ar/>

Revista Horizonte. 2011. Debate de candidatos. *Caballito Te Quiero*. [Online]. 27 de junio. [Accedido el 6 de junio de 2012]. Disponible en: <http://caballitotequero.com.ar>

Revista Horizonte. 2012a. La junta comunal denuncia la ocupación del parque centenario. *Caballito Te Quiero*. [Online]. 18 de julio. [Accedido el 6 de noviembre de 2012]. Disponible en: <http://caballitotequero.com.ar>

Revista Horizonte. 2012b. Caballito te quiero premiado en la legislatura porteña. *Caballito Te Quiero*. [Online]. 9 de septiembre. [Accedido el 6 de noviembre de 2012]. Disponible en: <http://caballitotequero.com.ar>

Revista Horizonte. 2012c. Las rejas del parque centenario ¿Sí o no? *Caballito Te Quiero*. [Online]. 29 de septiembre. [Accedido el 6 de noviembre de 2012]. Disponible en: <http://caballitotequero.com.ar>

Revista Horizonte. 2012d. Rejas: opina la asociación vecinos del Parque Centenario. *Caballito Te Quiero*. [Online]. 30 de septiembre. [Accedido el 6 de noviembre de 2012]. Disponible en: <http://caballitotequero.com.ar>

Revista Horizonte. 2012e. Posición del Frente para la Victoria: El Parque Centenario y las contradicciones del sistema. *Caballito Te Quiero*. [Online]. 15 de octubre. [Accedido el 6 de noviembre de 2012]. Disponible en: <http://caballitotequero.com.ar>

Revista Horizonte. 2012f. Cómo explicar la situación del Parque Centenario. *Caballito Te Quiero*. [Online]. 25 de noviembre. [Accedido el 10 de diciembre de 2012]. Disponible en: <http://caballitotequero.com.ar>

Revista Horizonte. 2012g. Parque Centenario: ¡Qué dolor siento! *Caballito Te Quiero*. [Online]. 27 de noviembre. [Accedido el 10 de diciembre de 2012]. Disponible en: <http://caballitotequero.com.ar>

Revista Horizonte. 2013a. Barbarie en el Parque Centenario. *Caballito Te Quiero*. [Online]. 28 de enero. [Accedido el 10 de febrero de 2013]. Disponible en: <http://caballitotequero.com.ar>

Revista Horizonte. 2013b. El Parque Centenario fue vallado para iniciar su puesta en valor se colocaron rejas perimetrales. *Caballito Te Quiero*. [Online]. 28 de enero. [Accedido el 10 de febrero de 2013]. Disponible en: <http://caballitotequero.com.ar>

PROGRAMAS DE RADIO:

Partido Pirata de Argentina. 2012. 17 de octubre. [Accedido el 20 de noviembre de 2012]. Disponible en: <http://partidopirata.com.ar>

PUBLICACIONES INFORMALES:

Enero Autónomo en el Parque Centenario. 2013. [Panfleto]

Centro de Educación y Tecnología. 1983. *El huerto familiar intensivo*. [Cartilla]. Santiago de Chile: Centro de Educación y Tecnología.

Revista Jardín. 2001. La huerta. Número especial.

VIDEOS:

KerMaraK TV. 2012. *FLIA en Parque Centenario sin rejas*. [Online]. [Accedido el 15 de diciembre de 2012]. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=9B8PDVW67HI>

Cine Libre Parque Abierto. 2008. *Cine Libre Parque Abierto - ¡Video dos años!* [Accedido el 15 de diciembre de 2012]. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=cExFerSzsZI>

En 5. Conclusiones

DOCUMENTOS INSTITUCIONALES:

FAO. 1999a. *La Agricultura Urbana y Periurbana*. [Online]. Roma: Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO). [Accedido el 16 de octubre de 2011]. Disponible en: <http://www.fao.org/unfao/bodies/coag/coag15/x0076s.htm>

FAO. 1999b. *Cuestiones de la agricultura urbana*. [Online]. Roma: Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO). [Accedido el 9 de diciembre de 2014]. Disponible en: <http://www.fao.org/ag/esp/revista/9901sp2.htm>

6.2 Gráficos expandidos



Gráfico N°3a. Evolución del total de huertas familiares a nivel nacional. Elaboración propia con datos del Plan Operativo Anual 2011 - Anexos (Pro huerta, 2011).

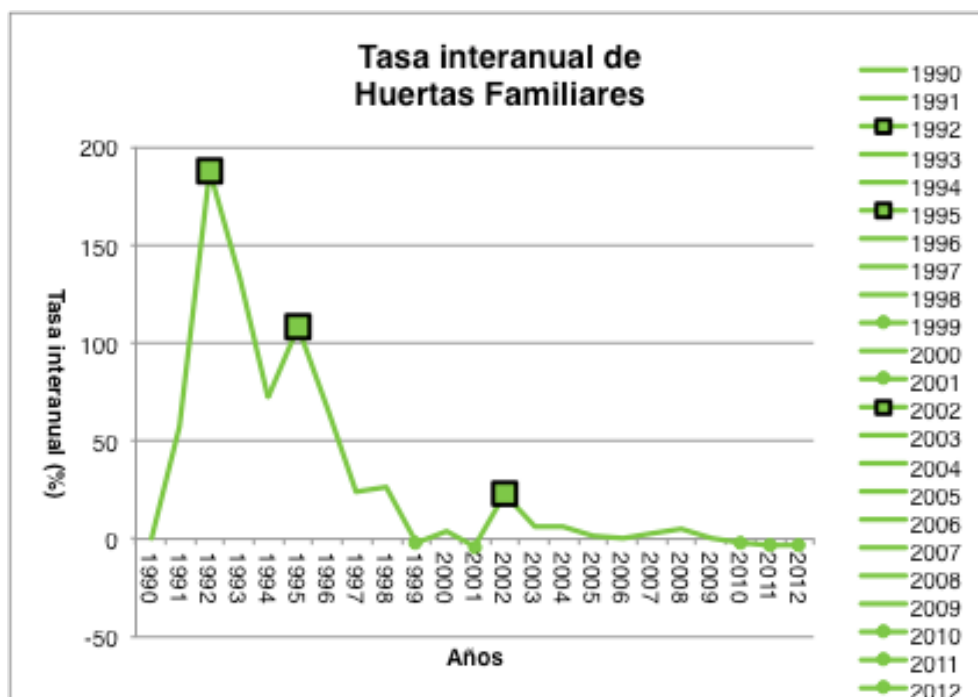


Gráfico N°3b. Tasa interanual. Elaboración propia con datos del Banco de datos con sus valores históricos definitivos (Pro huerta, s.f. b).



Gráfico N°4a. Evolución del total de huertas escolares. Fuente: Plan Operativo Anual 2011 - Anexo (Pro huerta, 2011).

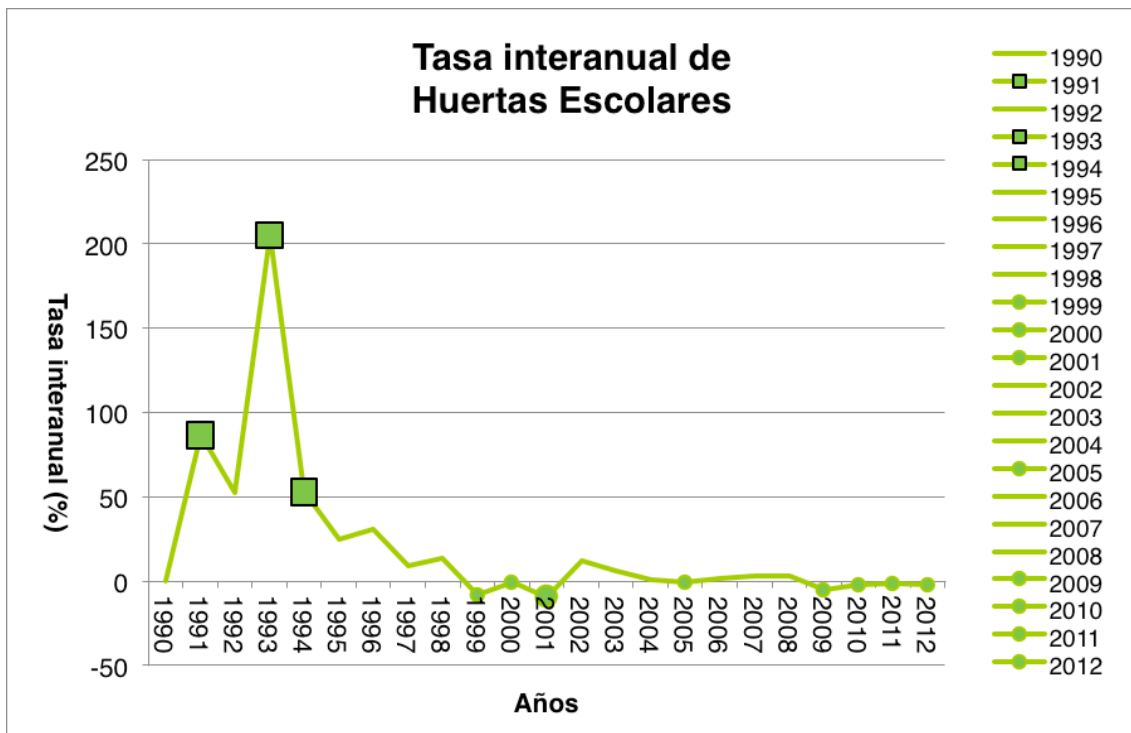


Gráfico N°4b. Tasa interanual. Elaboración propia con datos del Plan Operativo Anual 2011 - Anexos (Pro huerta, 2011) y Banco de Datos con sus valores históricos definitivos (Pro huerta, s.f. b).



Gráfico N°5 a. Evolución del total de huertas comunitarias. Fuente: Plan Operativo Anual 2011 - Anexos (Pro huerta, 2011).

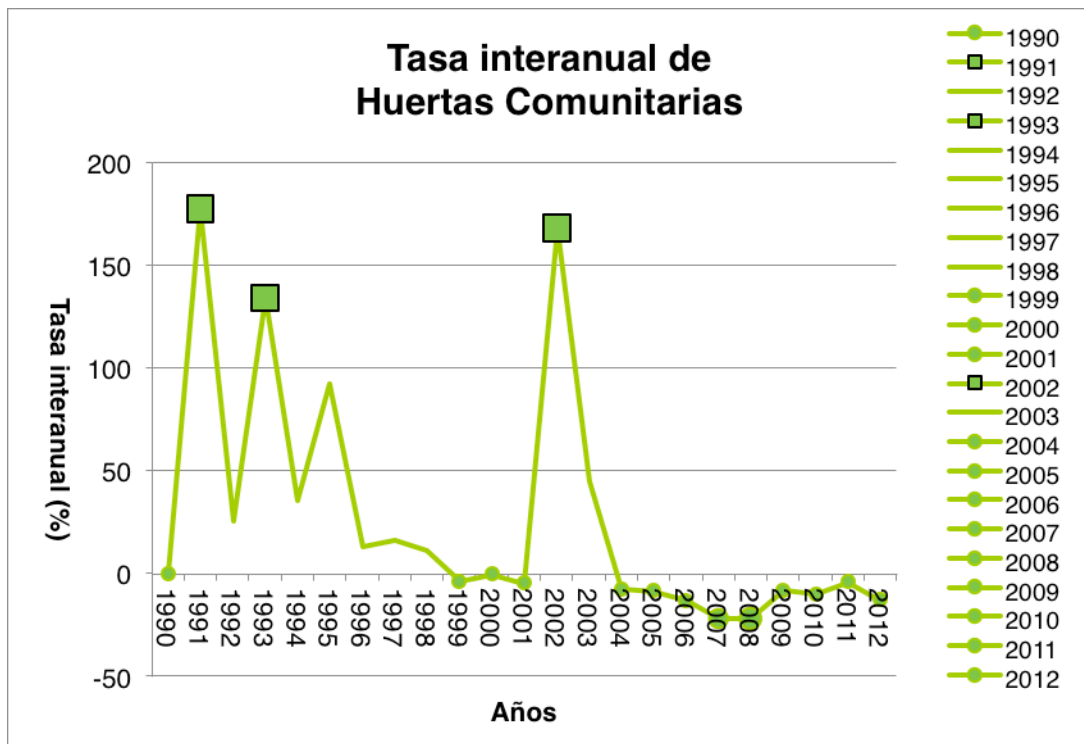


Gráfico N°5 b. Tasa interanual. Elaboración propia con datos del Anexo Plan Operativo Anual 2011 - Anexos (Pro huerta, 2011) y Banco de Datos con sus valores históricos definitivos (Pro huerta, s.f. b).

6.3 Tabla Nº 2 Huertas relevadas en el año 2013 en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires

	Nombre	Algunas características de la huerta
1	Huerta de Saavedra	Huerta de organización mixta vinculada con una asamblea barrial. Se inicia en el año 2002 y forma parte de un espacio cultural donde se realizan múltiples talleres. En el último período ha tenido diferentes intentos de desalojo. Barrio de Saavedra.
2	Ecoaldea Velatropa	Huerta de organización mixta asociada a los estudiantes de la Universidad de Buenos Aires. El espacio ha estado abierto a la comunidad y se propone como un centro de experimentación interdisciplinaria. Barrio de Belgrano.
3	Huerta de Garay	Huerta de organización mixta vinculada con una asociación vecinal. Se inicia en el año 2002. El espacio fue proyectado como parque público aunque nunca se realizó la obra en cuestión. Barrio de Parque Patricios.
4	Huerta Terracera de Villurka	Huerta de organización mixta asociada a una asamblea barrial. El espacio fue finalmente desmontado por problemas de filtración. Barrio de Villa Urquiza.
5	Huerta del Corralón de Floresta	Huerta de organización mixta vinculada con un espacio cultural. Se inicia a mediados del 2012 y se presenta como plaza cultural. Desde sus inicios, ha tenido diferentes intentos de desalojo. Barrio de Floresta.
6	Huerta del Parque Avellaneda	Huerta de organización mixta asociada a un curso de huerta que se realiza en el vivero del parque. Barrio del Parque Avellaneda.
7	Huerta El caskote	Huerta de organización mixta que se presenta como una actividad dentro de un club barrial. Barrio de Caballito.
8	Huerta Libre Parque Abierto	Huerta de organización mixta conformada por una asamblea en contra del enrejado de un parque público. Barrio de Caballito.
9	Huerta del Hospital Alvear	Huerta de organización formal asociada al Hospital de Emergencias Psiquiátricas Alvear con participación del Programa de Extensión Universitaria en Huertas Escolares y Comunitarias (PEUHEC) en parte de su historia. Barrio La Paternal.
10	Huerta del Espacio Albariño	Huerta de organización mixta iniciada en un espacio comunitario ubicado en Ciudad Oculta con apoyo de técnicos del Ministerio de Salud de la Nación y el Pro huerta (Instituto

		de Tecnología Agropecuaria y Ministerio de Desarrollo Social de la Nación). Barrio de Villa Lugano.
11	Huerta del Hospital Borda	Huerta de organización formal asociada al Hospital Interdisciplinario Psicoasistencial Borda con participación del mencionado programa PEUHEC en su conformación. Barrio de Barracas.
12	Huerta El Galpón	Huerta de organización mixta vinculada a una experiencia de comercialización bajo el formato de la economía social. Barrio de Chacarita.
13	Huerta del CEABA	Huerta de organización mixta realizada por integrantes del centro de estudiantes de agronomía de la Universidad de Buenos Aires, con participación del PEUHEC durante parte de su historia. Barrio de Agronomía.
14	Huerta de Agronomitos	Huerta de organización formal llevada a cabo por docentes del jardín de infantes de la Facultad de Agronomía, con participación del PEUHEC durante parte de su historia. Barrio de Agronomía.
15	Huerta del Jardín Botánico de la Facultad de Agronomía	Huerta formal asociada a una cátedra de la Universidad de Buenos Aires. Es una iniciativa instalada en el marco de un Jardín Botánico que es utilizado por docentes y estudiantes de la universidad. Barrio de Agronomía.
16	Huerta de la Escuela de Educación Técnica	Huerta formal asociada a una escuela de educación técnico profesional de nivel medio, con participación del Pro huerta en parte de su historia. Barrio de Agronomía.
17	Huerta Orgázmika	Huerta de organización mixta asociada a una asamblea barrial. Experiencia desalojada por el Gobierno de la ciudad. Barrio de Caballito.
18	Huerta del Hogar de Ancianos San Martín	Huerta de carácter formal vinculada con un centro residencial para adultos mayores, con participación del PEUHEC durante parte de su historia. Barrio de La Paternal.
19	Huerta Sumakc Huayra	Huerta formal vinculada al centro de estudiantes del Profesorado de la Escuela Normal Superior Mariano Acosta, con apoyo del PEUHEC en su inicio. Barrio de Balvanera.
20	Huerta del Jardín Botánico	Huerta de organización formal vinculada al Jardín Botánico Carlos Thays. Allí también se realizan cursos. Barrio de Palermo.
21	Huerta El Arte de Vivir	Huerta de organización mixta desarrollada en la terraza de un edificio con macetas y canteros. En este caso particular, la experiencia fue iniciada por un estudiante de la Licenciatura en Economía Agraria que participa de las actividades de la Fundación El Arte de Vivir de Ravi Shankar. Barrio de Villa

		Crespo.
22	Huerta del Comedor Amor y Paz	Huerta de organización mixta en una sede de alfabetización para adultos. Barrio de Barracas.
23	Huerta CIDAC - PEUHEC	Huerta de organización mixta vinculada con el Centro de Innovación y Desarrollo para la Acción Comunitaria (CIDAC, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires) y el Programa de Extensión Universitaria en Huertas Escolares y Comunitarias (PEUHEC, Facultad de Agronomía, Universidad de Buenos Aires). El predio fue donado a la Universidad de Buenos Aires. Barrio de Barracas.
24	Huerta El perro	Huerta de organización mixta vinculada con el primer centro cultural ferroviario de la Ciudad creado en el año 2001. Barrio de Barracas.
25	Huerta de los pibes (Lida)	Huerta de organización informal, casa de familia. Barrio de Barracas.
26	Huerta El Alfarero	Huerta de organización mixta vinculada con el Comedor El alfarero. El PEUHEC tuvo participación en diferentes momentos de su historia. Barrio de Barracas.
27	Huerta del Hospital Moyano	Huerta de organización formal asociada al Hospital de Salud Mental Moyano, con participación del PEUHEC durante parte de su historia. Barrio de Barracas.
28	Huerta del Hogar de Ancianos Rawson	Huerta de organización formal vinculada al Hogar de Ancianos Rawson, con participación del PEUHEC en parte de su historia. Allí se han ubicado diferentes huertas, algunas asociadas al Pro huerta durante el año 2001. Barrio de Barracas.
29	Huerta Hospital Tobar García	Huerta de organización formal asociada al Hospital Infanto Juvenil Tobar García que encontró en esta actividad una estrategia para rehabilitar a los jóvenes en diferentes barrios de la capital. Barrio de Palermo y Agronomía.
30	Huerta Mburucuyá	Huerta de organización mixta vinculada con una Biblioteca Popular. Barrio de Barracas.
31	Huerta de Florazul	Huerta de organización informal, casa de familia, barrio de La Paternal.
32	Huerta Comunitaria Parque Ameghino	Huerta de organización mixta instalada en un parque público de la ciudad en el año 2013. Barrio Parque Patricios.
33	Espacio Cultural del Sur.	Huerta de organización informal llevada a cabo en un espacio cultural del Gobierno de la Ciudad. Barrio Parque Patricios.

6.4 Tabla Nº 3 Número de huertas y Tasa interanual a nivel nacional (periodo 1990-2012)

Año	Total Huerta Familiar	Tasa Huerta Familiar (%)	Total Huerta Escolar	Tasa Huerta Escolar (%)	Total Huerta Comunitaria	Tasa Huerta Comunitaria (%)	Total Huerta (suma)	Tasa Total Huerta %
1990	4.101				81			
1991	6.435	56,91	493	86,74	225	177,16	7.153	60,87
1992	18.474	187,09	750	52,03	282	25,61	19.506	172,71
1993	43.002	132,77	2.287	205,07	660	133,87	45.948	135,56
1994	74.319	72,83	3.501	53,09	895	35,71	78.714	71,31
1995	154.732	108,20	4.369	24,81	1.722	92,40	160.823	104,31
1996	255.347	65,03	5.703	30,53	1.950	13,24	263.000	63,53
1997	316.810	24,07	6.195	8,63	2.266	16,18	325.270	23,68
1998	399.634	26,14	7.007	13,10	2.516	11,04	409.156	25,79
1999	392.720	- 1,73	6.443	- 8,04	2.416	- 3,98	401.579	- 1,85
2000	409.247	4,21	6.371	- 1,12	2.406	- 0,41	418.023	4,09
2001	393.468	- 3,86	5.772	- 9,41	2.288	- 4,88	401.528	- 3,95
2002	485.173	23,31	6.444	11,65	6.125	167,70	497.742	23,96
2003	515.692	6,29	6.816	5,77	8.887	45,09	531.394	6,76
2004	548.053	6,28	6.887	1,05	8.204	- 7,69	563.144	5,97
2005	557.171	1,66	6.832	- 0,81	7.497	- 8,61	571.500	1,48
2006	560.910	0,67	6.921	1,30	6.510	- 13,17	574.340	0,50
2007	576.770	2,83	7.109	2,72	5.070	- 22,11	588.949	2,54
2008	607.725	5,37	7.305	2,76	3.947	- 22,15	618.977	5,10
2009	608.121	0,07	6.906	- 5,47	3.629	- 8,06	618.655	- 0,05
2010	598.997	- 1,50	6.755	- 2,18	3.271	- 9,88	609.023	- 1,56
2011	577.830	- 3,53	6.633	- 1,81	3.136	- 4,11	587.599	- 3,01
2012	558.537	- 3,34	6.460	- 2,61	2.730	- 12,96	567.726	- 3,38

7 BIBLIOGRAFÍA

Abruzzese, M., Arqueros, X., Lapalma, A., Souza Casadinho, J. 2003. Intervenciones en la realidad actual. El Programa de Huertas Escolares y Comunitarias. *Encrucijadas*. **24**.

Aguilar Merlino, M., Arqueros, X., Carnevaro, V., Cervera Novo, J. P., Drovandi, L., Gallardo Araya, N. L., Harris, M. y Palma Nasuti, A. 2014. Puntos de Encuentro: una experiencia de Agricultura urbana en la zona sur de la Ciudad de Buenos Aires. En: *III Jornadas de Extensión del Mercosur*. Tandil.

Aliata, F. y Silvestre, G. 2001. La revolución verde. En: Aliata, F. y Silvestre, G. *El paisaje como cifra de armonía*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Aliata, F. y Silvestre, G. 1994. *El paisaje en el arte y las ciencias naturales*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Alonso, A. y Costa, V. 2002. Por una sociología dos conflitos ambientais no Brasil. En: Alimonda, H. ed. *Ecología política. Naturaleza, sociedad y utopía*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), pp. 115–135.

Altieri, M. 2007. La agroecología como alternativa sostenible frente al modelo de agricultura industrial. *Realidad Económica*. **229**(1).

Altieri, M. 1997. *Agroecología: Bases Científicas para una agricultura sustentable*. La Habana: Asociación Cubana de Agricultura Orgánica (ACAO). Consorcio Latinoamericano sobre Agroecología y Desarrollo (CLADES).

Altschuler, B. 2008. El pensamiento de Raymond Williams en el análisis de la Economía Social. *Prácticas de oficio. Investigación y reflexión en Ciencias Sociales*. [Online]. 3. [Accedido el 20 de noviembre de 2015]. Disponible en: <http://ides.org.ar>

Arnold, D. 2001. *La naturaleza como problema histórico*. México: Fondo de Cultura Económica.

Arqueros, X. 2010. *Programas de Desarrollo Rural en ejecución*. Materiales didácticos de la materia Sociología y Extensión Agrarias. Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires.

Arqueros, X. y Gallardo Araya, N. L. 2014. La Agricultura Urbana ¿una práctica utópica en las ciudad globales? En: Arqueros, X., Gallardo Araya, N. L. y Souza Casadinho, J. coord. *Huertas urbanas agroecológicas: espacios de acción y reflexión*. [CD e-book]. Buenos Aires.

- Arqueros, X. y Puhl, L. 2002. Programa de Extensión Universitaria en Huertas Escolares y Comunitarias. En: Carballo González, C. ed. *Extensión y transferencia de tecnología en el sector agrario argentino*. Buenos Aires: Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires.
- Arregui, M. C. y Puricelli, E. 2008. *Mecanismo de acción de plaguicidas*. Santa Fe: Universidad Nacional de Rosario.
- Azuela, A. 2006. *Visionarios y pragmáticos. Una aproximación sociológica al derecho ambiental*. México: Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- Azuela, A. y Mussetta, P. 2009. Algo más que el ambiente. Conflictos sociales en tres áreas naturales protegidas de México. *Revista de Ciencias Sociales*. **1**(16), pp. 191–215.
- Bachelard, G. 1957. *La poética del espacio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Barsky, A. 2005. El periurbano productivo, un espacio en constante transformación. Introducción al estado del debate, con referencias al caso de Buenos Aires. *Scripta Nova: revista electrónica de geografía y ciencias sociales*. **9**(36).
- Batallán, G. 2007. *Docentes de infancia. Antropología del trabajo en la escuela primaria*. Buenos Aires: Paidós.
- Batallán, G. y García, J. 1992. Antropología y participación. Contribución al debate metodológico. *Publicar en antropología y ciencias sociales*. **1** (1), pp. 73-96.
- Bauman, Z. 2000. *Modernidad líquida*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. 1997. *Legisladores e intérpretes*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Bauman, Z. y May, T. 2007. *Pensando sociológicamente*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Bayardo, R. 1997. Antropología, identidad y políticas culturales. *Noticias de Antropología y Arqueología*. **14**.
- Benencia, R. 1997. *Área Hortícola Bonaerense: cambios en la producción y su incidencia en los actores sociales*. Buenos Aires: La colmena.
- Benencia, R. y Flood, C. 1998. Nuevas formas de intervención social entre pobres rurales. En: *Jornadas Nuevas Estrategias en Políticas Sociales*. Buenos Aires: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. Organización Internacional para las Migraciones. Universidad Nacional de Quilmes.

- Benencia, R., Quaranta, G. y Souza Casadinho, J. 2009. Introducción. En: Benencia, R., Quaranta, G. y Souza Casadinho, J. coord. *Cinturón Hortícola de la Ciudad de Buenos Aires. Cambios sociales y productivos*. Buenos Aires: CICCUS.
- Bottaro, L. y Sola Álverz, M. Á. 2011. Rupturas y continuidades entre los movimientos sociales de las últimas décadas y los movimientos socioambientales del nuevo milenio. Un análisis a partir de la resistencia a los proyectos mineros a gran escala. En: *IX Jornadas de Sociología*. Buenos Aires.
- Bourdieu, P. 2006. *Argelia 60. Estructuras económicas y estructuras temporales*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. 1999. *La miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, P. 1993a. *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa.
- Bourdieu, P. 1993b. Espíritus de Estado Génesis y estructura del campo burocrático. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*. **96**, pp. 49–62.
- Bourdieu, P. 1979. *La distinción: Criterios y bases sociales del gusto*. España: Taurus.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. 2005. *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Brubaker, R. y Cooper, F. 2007. Más allá de “identidad”. Apuntes de Investigación Grupo de Estudios en Cultura, Economía y Política (CECyP). **7**.
- Cáceres, D., Silvetti, F., Soto, G., Robledo, W. y Crespo, H. 2006. La adopción tecnológica en sistemas agropecuarios de pequeños productores. En: Cáceres D., Silvetti, F., Ferrer, G. y Soto, G. “Y... vivimos de las cabras”. *Transformaciones sociales y tecnológicas de la capricultura*. Buenos Aires: La colmena, pp. 107–125.
- Callon, M., Lascoumes, P. y Barthe, Y. 2001. Hybrid Forums. En: Callon, M., Lascoumes, P. y Barthe, Y. *Acting in an uncertain world. An essay on technical democracy*. England: The MIT press, pp. 14–36.
- Carman, M. 2014. *Conflictos e impugnaciones prácticas en la ciudad: un estudio etnográfico sobre las políticas socio-urbanas, ambientales y culturales hacia sectores populares y medios en diversos espacios del área metropolitana de Buenos Aires*. Proyecto de investigación de la Universidad de Buenos Aires (UBACyT).

- Carman, M. 2011a. La aparente “falla moral” de los sectores populares considerados antiecológicos. En: *Seminario derechos humanos y sociedad: la perspectiva de la víctima*. Posadas.
- Carman, M. 2011b. *Las trampas de la naturaleza. Medio ambiente y segregación en Buenos Aires*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Carman, M. 2006. *Las trampas de la cultura. Los “intrusos” y los nuevos usos del barrio de Gardel*. Buenos Aires: Paidós.
- Carman, M. En prensa a. *La frontera de lo animal y lo humano*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Carman, M. En prensa b. Cercanías espaciales y distancias morales en el Gran Buenos Aires profundo. En: Palacio, J. M. ed. *Historia de la Provincia de Buenos Aires*. Buenos Aires: Universidad Pedagógica Provincial. EDHASA editorial.
- Carman, M. y Pico, M. 2010. Los ciudadanos de la intemperie y la paradoja del espacio público. En: Rodríguez M. Á. y Niño Gutiérrez, N. S. comps. *Expresiones de la apropiación espacial en las ciudades latinoamericanas*. México: Universidad Autónoma de Guerrero.
- Carman, M. y Yacovino, M. P. 2007. Transgrediendo el derecho de los que nos vulneran: Espacios ocupados y recuperados en la Ciudad de Buenos Aires. *Revista Argentina de Sociología*. 5(8), pp. 28–50.
- Carrasco, A. E. 2011. El glifosato: ¿es parte de un modelo eugenésico? *Salud Colectiva*. 7(2), pp. 129–133.
- Castro, H. 2011. Naturaleza y ambiente: Significados en contexto. En: Gurevich, R. comp. *Ambiente y educación. Una apuesta al futuro*. Buenos Aires: Paidós, pp. 43–74.
- Centro ecuménico de educación popular. 1987. *Técnicas participativas para la educación popular*. Buenos Aires: Humanitas.
- Chiriguini, M. C. 2003. Identidades socialmente construidas. En: Chiriguini, M. C. comp. *Apertura a la Antropología*. Buenos Aires: Proyecto Editorial.
- Ciccolella, P. 1999. Globalización y dualización en la Región Metropolitana de Buenos Aires. Grandes inversiones y reestructuración socioterritorial en los años noventa. *Eure Santiago*. 25.
- Ciccolella, P. 2009. Buenos Aires: una metrópolis postsocial en el contexto de la economía global. En: Pérez, P. ed. *Buenos Aires, la formación del presente*. Quito: Organización Latinoamericana y del Caribe de Centros Históricos (OLACCHI).

Ciccolella, P. y Vecslir, L. 2010. Nuevos espacios del terciario y transformación metropolitana en Buenos Aires. En: *Memorias del XI Seminario Internacional de la Red Iberoamericana de Investigadores sobre Globalización y Territorio*. Mendoza.

Colao, C. A. 2011. *Representaciones sociales sobre la producción doméstica de alimentos en el marco del programa Pro-huerta en el partido de San Miguel, Provincia de Buenos Aires*. Tesis de maestría. Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires.

Companioni, N., Rodríguez Nodals, A., Fuster, E., Carión, M., Alonso, R., Ojeda, Y., García, M., Peña, E., y Martínez, A. 1996. *La agricultura urbana en Cuba*. La Habana: Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola (FIDA). Ministerio de Agricultura de la República de Cuba. Fundación CIARA.

Corcuff, P. 2005. De la herencia filosófica al programa relacionalista y al lenguaje constructivista. En: Corcuff, P. *Las nuevas sociologías. Principales corrientes y debates*. Madrid: Alianza Editorial.

Cruz Hernández, C. 2000. Conceptual Framework for urban agriculture. *Dialog*. **65**(2), pp. 4–7.

Dawn McConkey, A. 2008. *Raíces de resistencia: La lucha por crear y mantener un espacio recuperado que se ha convertido en una huerta donde alimentos orgánicos, conocimientos, y vínculos comunitarios crecen y prosperan*. Trabajo final de estudios en Movimientos Sociales y Derechos Humanos. SIT Study Abroad.

De Certeau, M. 2000. *La invención de lo cotidiano*. México: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente de la Universidad de Iberoamericana (ITESO).

De Ípola, E. 2004. Un recorrido por la acción colectiva. El conflicto en la facultad de ciencias sociales (2002-2003). En: De Ípola, E. y Baranger, D. *El eterno retorno. Acción y sistema en la teoría social contemporánea*. Buenos Aires: Biblos.

Deleuze, G. y Guattari, F. 1994. *Rizoma*. México: Ediciones Coyoacán.

Delgado, M. 2008. Apropiaciones inapropiadas. Usos insolentes del espacio público en Barcelona. *Tragasaliva*.

Delgado, M. [sin fecha]. La arquitectura interpelada. Una apropiación insolente del espacio público en Barcelona. España: [sin publicar].

Departamento de Antropologia e Programa Pós-Graduação em Antropologia Social (2011). *III Congreso Internacional de Estudios Socioespaciales: Ciudades, Fronteras y Movilidad Humana*. 2011. [Circular]. Manaus: Universidade Federal do Amazonas.

- Descola, P. 2005. Más allá de la naturaleza y la cultura. *Etnografías contemporáneas*. **1**, pp. 93–114.
- Descola, P. y Pálsson, G. 2001. Introducción. En: Descola, P. y Pálsson, G. coord. *Naturaleza y Sociedad. Perspectivas antropológicas*. México: Siglo XXI, pp. 11–33
- Díaz, E. 1996 ¿Qué es el imaginario social? En Díaz, E. (coord) *La ciencia y el imaginario social*. Buenos Aires: Biblos.
- Díaz de Rada, A., Velasco Maillo, H. y Cruces Villalobos, F. 2006. *La sonrisa de la institución: confianza y riesgo en sistemas expertos*. España: Ramón Areces.
- Di Pace, M. 2001. *Sustentabilidad urbana y desarrollo local*. [Online]. [Accedido el 18 de diciembre de 2014]. Disponible en: <http://municipios.unq.edu.ar>
- Domínguez, P. 2008. El contexto cultural en la implementación de proyectos de desarrollo rural. El caso del Parque Pereyra Iraola. *Mundo Agrario*. **9**(17).
- Drescher, A. 2001a. Seguridad Alimentaria Urbana. Agricultura Urbana, ¿una respuesta a la crisis? *Agricultura Urbana*. **1** (1), pp. 8–11.
- Drescher, A. 2001b. The German Allotment Gardens - a Model for Poverty Alleviation and Food Security in Southern African Cities. *Proceedings of the Sub-Regional Expert Meeting on Urban Horticulture*. January 15 – 19. South Africa: Food and Agriculture Organization of the United Nations (FAO). University of Stellenbosch.
- Drovandi, L. 2015. *Evaluación del comportamiento de Tecoma stand y Jacarandá momosifolia en el arbolado público en tres áreas de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires*. Tesis de grado, Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires.
- Dubar, C. 2000. *La crisis de las identidades. La interpretación de una mutación*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- Durand, L. 2002. La relación ambiente-cultura en antropología: recuentos y perspectivas. *Nueva Antropología*. **XVIII**(61), pp. 170–183.
- Eizenberg, E. 2011. Actually existing commons: three moments of space of community gardens in New York city. *Antipode*. **44**(3), pp. 764–782.
- Escobar, A. 2010a. *Ecologías Políticas Postconstructivistas*. [sin publicar]. [Online]. [Accedido el 10 de octubre de 2011]. Disponible en: <http://www.unc.edu>

Escobar, A. 2010b. *Una minga para el postdesarrollo: lugar, medioambiente y movimientos sociales en las transformaciones globales*. Lima: Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales.

Escobar, A. 2000. El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar ¿globalización y postdesarrollo? En: Lander, E. comp. *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires (CLACSO).

Estallo, E., Ludueña Almeida, F., Scavuzzo, C., Zaidenberg, M., Introini, M. y Almirón, W. 2001. Oviposición diaria de *Aedes aegypti* en Orán, Salta, Argentina. *Revista de Saúde Pública*. **45**(5), pp. 977–980.

Ezpeleta, J. y Rockwell, E. 1983. Escuela y clases subalternas. *Cuadernos Políticos*. **37**.

Fernández, A. M. 2011. *Política y subjetividad. Asambleas barriales y fábricas recuperadas*. Buenos Aires: Biblos.

Fernández, N. y Erbetta, H. 2007. La seguridad alimentaria en la provincia del Chaco, República Argentina: el caso del Programa Pro-huerta. *Cuadernos de Desarrollo Rural*. **58**, pp. 65–99.

Ferraudi Curto, M. 2009. Hoy a las 2, cabildo: etnografía en una organización piquetera. En: Grimson, A., Ferraudi Curto, M. y Segura, R. comp. *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo.

Foeken, D. y MboganieMwangi, A. 2000. Increasing food security through urban farming in Nairobi. En: Bakker, N., Dubbeling, M., Guendel, S., SabelKoschella, U. y de Zeeuw, H. eds. *Growing cities, growing food, urban agriculture on the policy agenda*. Germany: Foundation for International Development (DSE), pp. 303–327.

Foladori, G. 2007. El pensamiento ambientalista. *Anales de la Educación Común*. **3**, pp. 42–46.

Foladori, G. 2005. Una tipología del pensamiento ambientalista. En: Foladori, G. y Pierri, N. coord. *¿Sustentabilidad? Desacuerdos sobre el desarrollo sustentable*. México: Universidad Autónoma de Zacatecas. Miguel Ángel Porrúa.

Foladori, G. 2000. El pensamiento ambientalista. *Tópicos en Educación Ambiental*. **2**, pp. 21–38.

Foladori, G. y Tommasino, H. 2000. El concepto de desarrollo sustentable treinta años después. *Desenvolvimento e meio ambiente*. **1**, pp. 41–56.

Foucault, M. 2007. *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires:Fondo de Cultura Económica.

- Foucault, M. 1999. Los espacios otros. En: Foucault, M. *Estética, ética y hermenéutica*. Buenos Aires: Paidós.
- Franqueza, J. 2007. Vaciar y llenar, o la lógica espacial de la neoliberalización. *Reis*. **118**, pp. 123–150.
- Fukuoka, M. 1978. *La revolución de un rastrojo. Una introducción a la agricultura natural*. Valle Maipo: Germinal.
- Gallardo Araya, N. L. 2015. El espacio vivido y la experiencia presente: las prácticas agrícolas en la ciudad. *Prácticas de oficio. Investigación y reflexión en Ciencias Sociales*. **16**.
- Gallardo Araya, N. L. 2014. Agricultura Urbana y Agroecología... hacia una definición de Agroecología Urbana. En: Arqueros, X., Gallardo Araya, N. L. y Souza Casadinho, J. comp. *Huertas agroecológicas urbanas: espacios de acción y reflexión*. [CD e-book]. Buenos Aires.
- Gallardo Araya, N. L. 2012. La agricultura en la ciudad de Buenos Aires. En: *VII Jornadas de Sociología*. La Plata.
- Gallardo Araya, N. L. 2011. *Las ecoaldeas y el dinero*. Buenos Aires: [sin publicación].
- Gallardo Araya, N. L. 2009. *Huertas para todos los gustos*. Buenos Aires: [sin publicación].
- Gallardo Araya, N. L. 2007. *La agroecología desde las huertas escolares urbanas*. Tesis de maestría. Universidad Internacional de Andalucía. Universidad de Córdoba.
- Gallardo Araya, N. L. 2005. *Huertas Escolares: una mirada desde la Agroecología*. Tesis de grado. Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires.
- Gallardo Araya, N. L. 2003. *La Huerta en la escuela*. Buenos Aires: [sin publicación].
- Gallart, M. A. 1993. La integración de métodos y la metodología cualitativa: una reflexión desde la práctica de la investigación. En: Forni, F. H., Gallart, M. A. y Vasilachis de Gialdino, I. *Métodos cualitativos II. La práctica de la investigación*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- García Guerreiro, L. 2010. Espacios de articulación, redes autogestivas e intercambios alternativos en la ciudad de Buenos Aires. *Otra Economía*. **IV(6)**, pp. 68–82. [Accedido el 26 de abril de 2016]. Disponible en: <http://revistas.unisinos.br>
- García Prudencio, J. 2004. *Análisis estratégico de la Agricultura Ecológica Urbana en Argentina*. Tesis de grado. Universidad de Córdoba.

- Garnett, T. 2000. Urban agriculture in London: Re thinking our food economy. En: Bakker, N., Dubbeling, M., Guendel, S., SabelKoschella, U. y de Zeeuw, H. eds. *Growing cities, growing food, urban agriculture on the policy agenda*. Germany: Foundation for International Development (DSE), pp. 477–500.
- Garrido Peña, F.1993. La ecología como política. En: Garrido Peña, F. comp. *Introducción a la ecología política*. España: Comares.
- Geertz, C. 1997. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Giarraca, N. 2006. Territorios en disputa: los bienes naturales en el centro de la escena. *Realidad Económica*. **217**.
- Giddens, A. 2009. *Sociology*. Cambridge: Polity Press.
- Gilman, R. 1991. The eco-village challenge. *Living together*. **29**.
- Girola, F. 2007. Procesos de apropiación del espacio y sociabilidad vecinal en un gran conjunto urbano situado en la ciudad de Buenos Aires. *Anthropologica*. **XXV(25)**, pp. 131–155.
- Glacken, C. 1967. Changing ideas of the habitable world. En: Thomas, W. ed. *Man's role in changing the face of the earth*. Chicago: University of Chicago Press, pp. 70–92.
- Gliessman, S. 2002. *Agroecología. Procesos ecológicos en agricultura sostenible*. Costa Rica: Centro Agronómico Tropical de Investigación y Enseñanza (CATIE).
- Göbel, B. 2009. *La Antropología de la Naturaleza. Cosmovisión, economía y percepción del medio ambiente*. Programa del Doctorado en Antropología Social. Universidad Nacional San Martín.
- Göbel, B. 2001. El ciclo anual de la producción pastoril en Huancar (Jujuy, Argentina). En: Mengoni Goñalons, G., Olivera, D. y Yacobaccion, H. eds. *El uso de los camélidos a través del tiempo*. Buenos Aires: Ediciones del Tridente.
- Godelier, M. [1978]. 2007. Poder y lenguaje. Reflexiones sobre los paradigmas y los paradojas de la legitimidad de las relaciones de dominación y opresión. En: Boivin, M., Rosato, A. y Arribas, V. *Constructores de Otredad*. Buenos Aires: Antropofagia.
- González Novo, M. y Murphy, C. 2000. Urban agriculture in the city of Havana: a popular response to a crisis. En: Bakker, N., Dubbeling, M., Guendel, S., SabelKoschella, U. y de Zeeuw, H. eds. *Growing cities, growing food, urban agriculture on the policy agenda*. Germany: Foundation for International Development (DSE), pp. 333–351.
- Gorelik, A. 2008. El romance del espacio público. *Alteridades*. **18**.

- Grimberg, M., Schavelzon, S., Barna, A., Peluso, M., y González Martín, M. 2004. Identificaciones y disputas de sentido en Asambleas Barriales: Análisis de la construcción política de la categoría vecino. *Intersecciones en antropología*. **5**, pp. 167–175.
- Grimson, A. 2009. Introducción: clasificaciones espaciales y territorialización de la política en Buenos Aires. En: Grimson, A., Ferraudi Curto, M. y Segura, R. comp. *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo, pp. 11–38.
- Grimson, A. y Semán, P. 2005. Presentación: la cuestión “cultura”. *Etnografías contemporáneas*. **1**.
- Grinberg, M. 2006. *Somos la gente que estábamos esperando*. Buenos Aires: Kier.
- Grohmann, P. 1997. Los movimientos sociales y el medio ambiente urbano. *Nueva sociedad*. **149**.
- Guber, R. 2001. *La etnografía: método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- Gudynas, E. 2010. Imágenes, ideas y conceptos sobre la naturaleza en América Latina. En: Montenegro Martínez, L. ed. *Cultura y Naturaleza. Aproximaciones a propósito del bicentenario de la independencia en Colombia*. Bogotá: Jardín Botánico José Celestino Mutis, pp. 267–292.
- Gudynas, E. 1992. Los múltiples verdes del ambientalismo latinoamericano. *Nueva sociedad*. **122**.
- Gurrieri, G. y Szpilbarg, D. 2010. Políticas culturales y desalojos: una aproximación al problema desde la perspectiva de los centros culturales alternativos en la ciudad de Buenos Aires. En: *VI Jornadas de Investigación en Antropología Social*. Buenos Aires.
- Gürtler, R., Cardinal, V., Garelli, F., Vezzani, D. y Carbajo, A. 2009. *El dengue, el mosquito Aedes aegypti y la prevención (Científico)*. [Online]. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. [Accedido el 25 de abril de 2009]. Disponible en: <http://exactas.uba.ar>
- Gutman, P. y Gutman, G. 1986. *Agricultura urbana y periurbana en el Gran Buenos Aires. Experiencias y perspectivas*. Buenos Aires: Centro de Estudios Urbanos y Rurales.
- Guzmán Casado, G., González de Molina, M. y Sevilla Guzmán, E. 2000. *Introducción a la agroecología como desarrollo rural sostenible*. España: Mundi Prensa.

- Hajer, M. 2000. *The Politics of Environmental Discourse: Ecological Modernization and the Policy Process*. Oxford: Oxford University Press.
- Hall, S. 2003. ¿Quién necesita "identidad"? En: Hall, S. y Du Gay, P. *Cuestiones de Identidad Cultural*. Buenos Aires: Amorrortu, pp. 13–39.
- Halweil, B. y Nierenberg, D. 2007. Farming the cities. En: Starke, L. ed. *State of the world 2007: Our Urban Future*. United State of America: The world watch institute.
- Harvey, D. 2008. *El derecho a la ciudad*. New Left Review. **53**.
- Harvey, D. 1998. *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Harvey, D. 1996. *Justice, Nature and the Geography of Difference*. Oxford: Blackwell.
- Hecht, S. 1991. Evolución del pensamiento agroecológico. *Agroecología y Desarrollo*. **1**, pp. 49–66.
- Holmer, R. y Drescher, A. 2006. Empowering urban poor communities through integrated vegetable production in allotment gardens: the case of Cagayan de Oro city, Philippines. *International Workshop on Urban/Peri-Urban Agriculture in the Asian and Pacific – Region*. Philippines: Proceedings of the Food and Fertilizer Technology Center (FFTC). Philippine Council for Agriculture, Forestry and Natural Resources Research and Development (PCARRD).
- Holmgren, D. 2002. *Permacultura. Principios y senderos más allá de la sustentabilidad*. Australia: Holmgren Design Services.
- Huffshmid, A. 2012. Los riesgos de la memoria. Lugares y conflictos de memoria en el espacio público. En: Huffschmid, A. y Durán, V. *Topografías conflictivas: memorias, espacios y ciudades en disputa*. Buenos Aires: Servicio Alemán de Intercambio Académico. Nueva Trilce.
- Ingold, T. 2012. *Ambientes para la vida. Conversaciones sobre humanidad, conocimiento y antropología*. Uruguay: Ediciones Trilce. Universidad de la República.
- Ingold, T. 2001. El forrajero óptimo y el hombre económico. En: Descola, P. y Pálsson, G. coord. *Naturaleza y Sociedad. Perspectivas antropológicas*. México: Siglo XXI, pp. 37–59.
- Ingold, T. 1992. Culture and the perception of the environment. En: Croll, E. y Parkin, D. *Bush base: forest farm*. London: Routledge, pp. 39–56
- Jackson, M. 1983. Conocimiento del cuerpo. En: Citro, S. coord. *Cuerpos plurales. Antropología de y desde los cuerpos*. Buenos Aires: Biblos, pp. 59–82.

- James, A. 1993. Eating green(s) Discourses of organic food. En: Milton, K. *Environmentalism: The view from Anthropology*. New York: Routledge.
- Jauri, N. y Yacovino, M. P. 2011. Genealogía de dos categorías sociales: villas y asentamientos. Lógicas estatales de intervención y clasificación de la precariedad habitacional. *Ciudades*. **89**.
- Jiménez Herrero, L. 1989. *Medio ambiente y desarrollo alternativo. Gestión racional de los recursos para una sociedad perdurable*. España: Instituto de Estudios Políticos para América Latina y África (IEPALA).
- Lapalma, A. 1995. *El escenario de la intervención comunitaria*. Materiales didácticos de la materia Estrategias de Intervención Comunitaria. Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires.
- Latour, B. 2011. Politics of nature: East and West perspectives. *Ethics & Global Politics*. **4**, 13.
- Latour, B. 2007. *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Latour, B. 1983. Give me a laboratory and I will raise the world. En: Knorr - Cetina, K. y Michael Mulkay, M. ed. *Science Observed: Perspectives on the Social Study of Science*. London: Sage, pp. 141–170.
- Lattuada, M. y Neiman, G. 2005. *El campo argentino. Crecimiento con exclusión*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Lattuada, M. Nogueira, M. E. y Urcola, M. 2015. *Tres décadas de desarrollo rural en Argentina. Continuidades y rupturas de intervenciones públicas en contextos cambiantes (1984-2014)*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Universidad Abierta Interamericana.
- Leff, E. 2009. De la racionalidad económica a la crisis y de allí a las alternativas. *Observatorio Social de América Latina*. **25**, pp. 161–169.
- Leff, E. 2004. *Racionalidad ambiental. La reapropiación social de la naturaleza*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Leff, E. 2002. Agroecología y saber ambiental. En: *II Seminario Internacional sobre Agroecología. III Seminario Estadual sobre Agroecología, III Encontro Nacional sobre Pesquisa em Agroecología*. Porto Alegre.
- Leff, E. 2001. Prólogo. En: Porto Gonçalves, W. *Geo-grafías: movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad*. México: Siglo XXI.

- Leff, E. 1998. *Ecología y capital. Racionalidad ambiental, democracia participativa y desarrollo sustentable*. México: Siglo XXI.
- Leff, E. 1994. Sociología y ambiente: formación socioeconómica, racionalidad ambiental y transformaciones del conocimiento. En: Leff, E. comp. *Ciencias sociales y formación ambiental*. Barcelona: Gedisa.
- Leite Lopes, J. S. 2006. Sobre processos de “ambientalização” dos conflitos e sobre dilemas da participação. *Horizontes Antropológicos*. **12**(12), pp. 31–64.
- Lezama, J. L. 2001a. *El medio ambiente hoy: Temas cruciales del debate contemporáneo*. México: El colegio de México.
- Lezama, J. L. 2001b. *El medio ambiente como construcción social: Reflexiones sobre la contaminación del aire en la ciudad de México*. *Estudios Sociológicos*. XIX(2), pp. 325–338.
- Livingston, R. 1990. *Cirugía de casas*. Buenos Aires: Nobuko.
- Lombardo, P. y Viviani, G. 2002. Los cirujas de La Matanza. Un ejemplo de cómo reciclar la relación entre el estado y la sociedad civil. *Realidad Económica*. **190**.
- Manfred, L. 1966. *7000 recetas botánicas a base de 1300 plantas medicinales americanas*. Buenos Aires: Kier.
- Manzanal, M. 2009. El desarrollo rural en Argentina: una perspectiva crítica. En: Almeida, J. y Dessimon Machado, J. A. *Desarrollo rural en el cono sur*. [Online]. Porto Alegre: As sociação holos meio ambiente e desenvolvimento, pp. 10–55. [Accedido el 30 de septiembre de 2015]. Disponible en: <http://www.ufrgs.br>
- Manzanal, M. 2000. Los Programas de Desarrollo Rural en la Argentina en el contexto del ajuste macroeconómico neoliberal. *Eure*. **XXVI**(78), pp. 77–101.
- Manzano, V. 2009. Un barrio diferentes grupos: Acerca de dinámicas políticas locales en el distrito de La Matanza. En: Grimson, A., Ferraudi Curto, M. y Segura, R. comp. *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo.
- Marcús, J., Aquino, M. de la P., Benitez, J., Felice, M. y Márquez, A. 2013. El territorio como fuente de desigualdad: acceso a la ciudad, conflictos y actores sociales (Ciudad de Buenos Aires, 2008- 2013). En: *XXIX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología*. Santiago de Chile.

- Margiotta, E. y Benencia, R. 2014. *Introducción al estudio de la estructura agraria: la perspectiva sociológica*. Materiales didácticos de la materia Sociología y Extensión Agrarias. Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires.
- Martínez Alier, J. 2004. Conflictos ambientales y lenguajes de valoración. En: Martínez Alier, J. *El Ecologismo de los pobres*. Icaria, Barcelona.
- Marx, K. 1867. *El capital. Crítica de la Economía Política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mashini, D. 2012. Cómo hacer ciudad: guerrilla gardening en Berlín. *Plataforma urbana*. [Online]. [Accedido el 27 de diciembre de 2012]. Disponible en: <http://www.plataformaurbana.cl>
- Massey, D. 1994. A global sense of place. En: Massey, D. *Space, place and gender*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Max Neef, M., Elizalde, A. y Hopenhayn, M. 1994. Desarrollo y necesidades humanas. En: Max Neef, M. con la colaboración de Elizalde, A. y Hopenhayn, M. *Desarrollo a escala humana: conceptos, aplicaciones y algunas reflexiones*. Barcelona: Icaria.
- Mckay, G. 2011. *Radical gardening. Politics, idealism and rebellion in the garden*. London: Frances Lincoln.
- Menazzi, M. L. 2008. Espacio público y política: un abordaje desde los discursos mediático, político y académico. *Questión*. 1(17).
- Menazzi, M. L. 2007. Sentidos de espacio público. Tradiciones, miradas y reflexiones en torno al espacio público urbano. En: *VII Jornadas de Sociología*. Buenos Aires.
- Merlinsky, G. 2009a. La cuestión ambiental en la arena pública: algunas reflexiones sobre los conflictos socio-ambientales en Argentina. En: *Congress of the Latin American Studies Association*. Río de Janeiro.
- Merlinsky, G. 2009b. *Conflictos ambientales y territorio*. Curso ecología política en el capitalismo contemporáneo. Programa Latinoamericano de Educación a Distancia en Ciencias Sociales (PLED).
- Milton, K. 1997. *Ecologías: antropología, cultura y entorno*. [Online]. [Accedido el 8 de enero de 2015]. Disponible en: <http://www.universidadur.edu.uy>
- Misseri, L. E. 2012. El utopismo en la Argentina del Siglo XXI. En: *I Jornadas internacionales de filosofía y ciencias sociales*. Mar del Plata.
- Mollison, B. 1994. *Introducción a la permacultura*. Australia: Tagari.

- Monzón, J. 2004. *La extensión universitaria desde la perspectiva de los beneficiarios: el caso del PEUHEC*. Tesis de grado. Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires.
- Mortimer, A. M. 1996. La clasificación y ecología de las malezas. En: Labrada, R., Caseley, J. C. y Parker, C. *Manejo de malezas para países en desarrollo*. Roma: Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO).
- Mougeot, L. 2011. International support to research and policy on urban agriculture (1996-2010): achievements and challenges. *Urban Agriculture*. **25**.
- Mougeot, L. 2006. *Cultivando mejores ciudades. Agricultura Urbana para el desarrollo sostenible*. Canadá: Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (IDCR).
- Mougeot, L. 2001. Agricultura Urbana: concepto y definición. *Agricultura Urbana*. **1**, pp. 5–7.
- Mougeot, L. 2000. *Urban Agriculture: definition, presence, potentials and risks*. Germany: Foundation for International Development (DSE).
- Mougeot, L. 1994. The rise of city farming: research must catch up with reality. *Centre for learning on sustainable agriculture (ILEIA)*. **10**, pp. 4–5.
- Naess, A. 2007. Los movimientos de la ecología superficial y la ecología profunda: un resumen. *Ambiente y Desarrollo*. **23** (1), pp. 98–101.
- Neufeld, M. R. y Cravino, M. C. 2007. Entre la hiperinflación y la devaluación: “saqueos” y ollas populares en la memoria y trama organizativa de los sectores populares del Gran Buenos Aires (1989-2001). En: Cravino, M. C. *Resistiendo en los barrios. Acción colectiva y movimientos sociales en el Área Metropolitana de Buenos Aires*. Buenos Aires: Universidad Nacional Sarmiento.
- Nogué, J. 2007. Territorios sin discurso, paisajes sin imaginario. Retos y dilemas. *Ería*. **73 - 74**, pp. 373–382.
- Nogué, J. [sin fecha]. Paisaje y sentido de lugar. España: [sin publicar]
- Norgaard, R. y Sikor, T. 1997. Metodología y práctica de la agroecología. En: Altieri, M. A. *Agroecología: Bases Científicas para una agricultura sustentable*. La Habana: Asociación Cubana de Agricultura Orgánica (ACAO). Consorcio Latinoamericano sobre Agroecología y Desarrollo (CLADES).
- Novo, M. y Zaragoza, F. 2006. *El desarrollo sostenible: su dimensión ambiental y educativa*. Madrid: Pearson.

- ONG Cultivos Urbanos, 2014. *Traduciendo el zumbido del enjambre. Hacia una comprensión del estado actual de la agricultura urbana en Chile*. Santiago de Chile: CU.
- Ortner, S. 2005. Geertz, subjetividad y conciencia posmoderna. *Etnografías contemporáneas*. 1(1), pp. 25–54.
- Ortner, S. 1993. La teoría antropológica desde los años sesenta. *Cuadernos de Antropología*.
- Oszlak, O. 1991. *Merecer la ciudad. Los pobres y el derecho al espacio urbano*. Buenos Aires: Humanitas. Centro de Estudios de Estado y Sociedad.
- Oszlak, O. 1983. Los sectores populares y el derecho al espacio urbano. *Sociedad Central de Arquitectos*. 125.
- Ottmann, G. 2005. *Agroecología y sociología histórica desde Latinoamérica*. España: Instituto de Sociología y Estudios Campesinos. Universidad de Córdoba.
- Park, R. E. 1925. The City : Suggestions for the Investigation of Human Behavior in the Urban Environment. En: Park, R. Burgess, E. y McKenzie, R. eds. *The City*. Chicago: University of Chicago Press, pp. 1–46.
- Peña, J. y Bancrofft, R. 2001. Consideraciones sobre el planteamiento de la Agricultura Urbana como instrumento promotor de sustentabilidad para la ciudad de La Habana. *Proceedings of the Meeting on Urban Agriculture*. La Habana: Universidad de Humboldt. Servicio Alemán de Intercambio Académico.
- Pengue, W. 2009. *Fundamentos de Economía Ecológica*. Buenos Aires: Kaicron.
- Pengue, W. 2008. *La apropiación y el saqueo de la naturaleza. Conflictos ecológicos distributivos en la Argentina del bicentenario*. Buenos Aires: Fundación Heinrich Boll. Grupo de Ecología del paisaje y medio ambiente (GEPAMA).
- Perahia, R. y Vidal-Koppmann, S. 2010. *Cuestiones territoriales en la región metropolitana de Buenos Aires*. Buenos Aires: Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo. Nobuko.
- Perelman, D. y Boy, M. 2010. Cartoneros en Buenos Aires: nuevas modalidades de encuentro. *Revista Mexicana de Sociología*. 72(3), pp. 393–418.
- Pereyra, S. 2009. Protesta social y espacio público: un balance crítico. *Ensemble*. 6.
- Pereyra, S. 2008. *¿La lucha es una sola? La movilización social entre la democratización y el neoliberalismo*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional. Universidad Nacional General Sarmiento.

- Porto Gonçalves, W. 2001. *Geo-grafías: Movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad*. México: Siglo XXI.
- Primavesi, A. 1984. *Manejo ecológico del suelo*. Buenos Aires: El ateneo.
- Quirós, J. 2014. Neoaluvión zoológico. Avatares políticos de una migración de clase. *Cuadernos de Antropología Social*. **39**, pp. 9–38.
- Quirós, J. 2006. *Cruzando la Sarmiento. Una etnografía sobre piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Rabotnikof, N. 2005. *En busca de un lugar común. El espacio público en la teoría política contemporánea*. México: Instituto de Investigaciones Filosóficas. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Real Academia Española. [Online]. *Agricultura*. [Online]. [Accedido el 11 de diciembre de 2012]. Disponible en: <http://www.rae.es>
- Reboratti, C. 2006. *La naturaleza y nosotros. El problema ambiental*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Reboratti, C. 2000. *Ambiente y sociedad. Conceptos y relaciones*. Buenos Aires: Ariel.
- Reguillo, R. 1998. La clandestina centralidad de la vida cotidiana. *Causas y azares*. **5**, pp. 98–110.
- Rockwell, E. 1987. *Reflexiones sobre el proceso etnográfico (1982-1985)*. México: Centro de Investigación y de Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional.
- Rockwell, E. 2009. Reflexiones sobre el trabajo etnográfico. En: Rockwell, E. *La experiencia etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos*. Buenos Aires: Paidós.
- Rodríguez Manzano, A. [sin fecha]. *La socialización de la ciencia y la tecnología: una exploración de las unidades productivas derivadas de la ciencia y la tecnología en la agricultura urbana*. La Habana: Grupo de Agrosociología. Instituto de Investigaciones Fundamentales en Agricultura Tropical “Alejandro de Humboldt” (INIFAT).
- Rucht, D. 2005. Movimientos transnacionales. El desafío de y a un medioambiente cambiante. *Conflictos globales, voces locales*. **1**, pp. 42–49.
- Sabatini, F. 1997. Conflictos ambientales y desarrollo sustentable de las regiones urbanas. *Eure*. **XXII**, pp. 77–91.

- Santamarina Campos, B. 2008. Antropología y medio ambiente. Revisión de una tradición y nuevas perspectivas de análisis en la problemática ecológica. *AIBR Revista Antropológica Iberoamericana*. **3**, pp. 144–184.
- Santandreu, A., Dubbeling, M. 2002. El proceso participativo y constructivo de diagnóstico para agricultura urbana. En: Villasante, R. y Garrido, J. coord. *Metodologías y presupuestos participativos: Construyendo la ciudadanía*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos para América Latina y África (IEPALA). Red CIMAS, pp. 153 –166.
- Schonwald, J. 2010a. *Autoproducción de alimentos, seguridad alimentaria y desarrollo local*. Material didáctico del III Curso Internacional. Pro huerta.
- Schonwald, J. 2010b. *Autoproducción de alimentos, seguridad alimentaria y desarrollo local*. Material didáctico del III Curso Internacional. [Versión impresa]. Pro huerta.
- Scott, J. 2004. *Los dominados y el arte de la resistencia*. México: Era.
- Segura, R. 2013. *La ciudad, la memoria y el olvido. Topografías conflictivas*. [Online]. Café de las ciudades. 12 (126). [Accedido el 14 de febrero de 2016]. Disponible en: <http://www.cafedelasciudades.com.ar>
- Segura, R. 2012. La ciudad y el acontecimiento. Juventud, clase social y acceso al espacio público en la ciudad de La Plata. *Questión*. **1**, pp. 188–200.
- Segura, R. 2009. “Si vas a venir a una villa, loco, entrá de otra forma”. Distancias sociales, límites espaciales y efectos de lugar en un barrio segregado del Gran Buenos Aires. En: Grimson, A., Ferraudi Curto, M. y Segura, R. comp. *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo, pp. 41–62.
- Sevilla Guzmán, E. 2006a. *Perspectivas agroecológicas de sociología y estudios campesinos desde el pensamiento agrario*. España: Universidad de Córdoba.
- Sevilla Guzmán, E. 2006b. Agroecología y Agricultura Ecológica: hacia una “re” construcción de la soberanía alimentaria. *Agroecología*. **1**, pp. 7-18.
- Sevilla Guzmán, E. y Graciela Ottmann, 2006. *Los procesos de modernización y cientifización como forma de agresión a la biodiversidad sociocultural*. Material didáctico de la Maestría en Agroecología. Universidad de Córdoba. Universidad Internacional de Andalucía.
- Sevilla Guzmán, E. y Soler, M. 2009. Del desarrollo rural a la agroecología. Hacia un cambio de paradigma. *Documentación Social*. **155**, pp. 23–39.
- Seymour, J. 1980. *El horticultor autosuficiente*. Barcelona: Blume.

- Shammah, C. 2009. Conflicto territorial en un basural: los residuos como un recurso a disputar. En: Grimson, A., Ferraudi Curto, M. y Segura, R. comp. *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo.
- Shiva, V. 1994. *Monocultivos de la mente*. Uruguay: Instituto del Tercer Mundo.
- Simmel, G. 1903. *Sociología 2*. Estudios sobre las formas de sociabilización. Madrid: Alianza.
- Simmel, G. [2005]. La metrópoli y la vida mental. *Bifurcaciones*. 4.
- Smith, N. 1984. *Uneven development. Nature, capital and the production of space*. Oxford: Basil Blackwell.
- Smit, J., Nasr, J. y Ratta, A. 2001. Urban Agriculture Yesterday and Today. En: Smit, J., Nasr, J. y Ratta, A. *Urban Agriculture: Food, Jobs and Sustainable Cities*. United State of America: United Nations Development Program (UNDP).
- Soja, E. 1996. *Thirdspace*. Oxford: Basil Blackwell.
- Souza Casadinho, J. 2002. La agricultura urbana como entramado de relaciones sociales. En: *III Jornadas interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales*. Buenos Aires.
- Souza Casadinho, J., Durand, P. y Moya, M. 2009. Estudio de la producción orgánica en el Área Hortícola Bonaerense. En: Benencia, R., Quaranta, G. y Souza Casadinho, J. coord. *Cinturón Hortícola de la Ciudad de Buenos Aires. Cambios sociales y productivos*. Buenos Aires: CICCUS.
- Steel, C. 2009. *Hungry City: How Food Shapes Our Lives*. London: Vintage.
- Svampa, M. 2008. *Cambio de época. Movimientos Sociales y poder político*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Svampa, M. y Antonelli, M. 2009. *Minería transnacional, narrativas del desarrollo y resistencias sociales*. Buenos Aires: Biblos.
- Tilly, C. 2000. Acción colectiva. *Apuntes de investigación del Grupo de Estudios en Cultura, Economía y Política (CECyP)*. 6.
- Teubal, M. y Palmisano, T. 2013. Crisis alimentaria y crisis global: La argentina de 2001/2002 y después. *Realidad Económica*. 279.
- Teubal, M. y Rodríguez, J. 2002. Globalización y sistemas agroalimentarios en la Argentina. En: Teubal, M. y Rodríguez, J. *Agro y alimentos en la globalización. Una perspectiva crítica*. Buenos Aires: La colmena, pp. 63–94.

- Tobasura Acuña, I. 2007. Ambientalismo y ambientalistas: una expresión del ambientalismo en Colombia. *Ambiente y Sociedad*. **X** (2), pp. 45–60.
- Toledo, V. 2002. *La sociedad sustentable: una filosofía política para el nuevo milenio*. Material didáctico de la Maestría en Agroecología. Universidad de Córdoba. Universidad Internacional de Andalucía.
- Toledo, V. [sin fecha]. *Ecología, Ecologismos y Ecología Política*. Elementos de Política Ambiental.
- Toricelli, G.P. 2000. *El mapa: imagen, modelo e instrumento. Historia, teoría y aplicación en las ciencias sociales y económicas*. Material didáctico de la Maestría en Políticas Ambientales y Territoriales. Universidad de Buenos Aires.
- Uriely, N. y Ron, A. 2004. Allotment holding as an eco-leisure practice: the case of the Sataf village. *Leisure Studies*. **23**, pp. 127–141.
- Vasilachis de Gialdino, I. 1993. *Métodos cualitativos I. Los problemas teórico epistemológicos*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Wacquant, L. 2007. Estigma y división: del corazón de Chicago a los márgenes de París. En: Wacquant, L. *Los condenados de la ciudad. Guetos, periferias y Estado*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Wagner, L. 2008. La lucha contra la contaminación y el saqueo: de las movilizaciones en Mendoza a la unión de las reivindicaciones socioambientales en América Latina. *Historia Unisinos*. **12**, pp. 195–206.
- Williams, R. 1977. *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península. Biblos.
- Williams, R. 1976. *Palabras claves*. Buenos Aires: Anagrama.
- Williams, R. 2001. *El campo y la ciudad*. Buenos Aires: Paidós.
- Wright, S. [1998]. 2007. La politización de la cultura. En: Boivin, M., Rosato, A. y Arribas, V. *Constructores de Otredad*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Zibechi, R. 2008. *Territorios en Resistencia. Cartografía política de las periferias urbanas latinoamericanas*. Buenos Aires: Cooperativa de Trabajo Lavaca.
- Zibechi, R. 2003. Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos. *Observatorio Social de América Latina (OSAL)*. **9**, pp.185–188.

